
JUDIT FERNÁNDEZ
LA
SENDA
A TU
Corazón
SUEÑOS DE ESCOCIA III

Contents

Copyright
Sinopsis
Prólogo
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve

Capítulo Treinta
Capitulo Treinta y Uno
Capítulo Treinta y Dos
Capítulo Treinta y Tres
Capítulo Treinta y Cuatro
Epílogo
Agradecimientos

Copyright

La Senda a tu Corazón
© 2025 Judit Fernández Instagram
© 1ª Edición 2025 Judit Fernández

Deposito en SafeCreative: 2501140637326
ISBN: 9798307034729

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Sinopsis

Una mujer cautiva. Un highlander indomable.
La más ardiente de las enemistades despertará el amor en las Highlands

Cuando la fiesta de su clan termina convirtiéndose en un ataque, Kaitlyn MacLaren es robada de su hogar y llevada a la fuerza, destinada a ser esclava, prisionera de una venganza que ignora. Testaruda y valiente, jura luchar con uñas y dientes y resistirse a su atractivo captor para no caer bajo el encanto de sus ojos azules.

Evander MacFarlane regresa a las Highlands y cae presa de un hechizo lanzado por el druida de los enemigos de su clan: cautivo de la antigua magia celta, olvida quién es para verse a sí mismo como «Evander Colquhoun», el guerrero más letal de Escocia. Cuando su laird le ordena raptar a la joven MacLaren, obedece sin rechistar.

Kaitlyn odia a Evander con pasión. Evander está condenado a cuidar de su cautiva, y no le pondrá las cosas fáciles: es terca, respondona y se ha propuesto escapar. Cuando la proximidad despierta en ambos un deseo incontenible que jamás esperaron sentir, y su odio cambia para siempre…

¿Logrará la joven que el highlander recuerde quién es?

¿O su amor caerá presa del hechizo que ata al hombre que ama?

LA SENDA A TU *Corazón*



SUEÑOS DE ESCOCIA III

A ti, lector, que has llegado
hasta aquí para acompañarme.



Le solas na gealaich làn, air oidhche Samhain
Bàsaichidh gaisgeach mì-mhodhail, nàmhaid cinnidh eile.

Seann dhiathan, spioradan Fae! Le fuil nan Colquhoun,

Bidh sinn a' toirt a-steach seann dhraoidheachd,
an tè a shàbhaileas sinn.

Sguab às inntinn a 'ghaisgich,
feumar a sheann bheatha a dhìochuimhneachadh.

Gu ma h-ath-ghin e 'n nochd, Mar mhac d'ar cinneadh.
Leig leis dearmad a fhuil, leig leis dearmad a ghràdh!

Leig leis an cridhe a thoirt a-mach às
a bhroilleach le a làmhan!

Prólogo



Tower Hamlets, Londres. Agosto 1585

Cuando los delicados labios le rozaron el hueco del cuello entre la oreja y el pulso de una forma nada delicada, Evander soltó un gemido. Una risilla alegre le acompañó, y el rastro de besos de la joven se extendió hasta su barbilla, que mordió con cariño, juguetona, para subir finalmente hasta sus labios. El guerrero correspondió el beso, apenas un roce, y otro, y otro más. Estaba jugando con él, calentándolo, y aquel tonteo le gustaba demasiado como para negárselo. Abrió los ojos, de un suave azul aguamarina, y le sostuvo el rostro a la muchacha de larga melena rubia para encontrar sus miradas y besarle la nariz.

—Sigue jugando conmigo, Katherine, y esto acabará antes de lo que te gustaría… —señaló Evander—. ¿No crees que estamos a mano?

—Con lo que te gustan mis besos… no seas así, Evan, me divierte —rio ella.

—Oh, así que quieres divertirte, ¿eh? Pues vamos a jugar entonces, muchacha.

Apenas lo dijo se dio la vuelta e invirtió las posiciones para dejar a la joven debajo de él y atraparle la boca en un beso arrollador. Evander era puro fuego y Katherine no pudo más que suspirar entre sus labios mientras rodaba la lengua contra la suya. Sentía los dedos del hombre moviéndose juguetonamente sobre su sexo, y a medida que el beso subía la temperatura, el ritmo con el que la tocaba se aceleraba. El orgasmo la sacudió en oleadas intensas, como un maremoto, aún bebiendo de su boca; solo entonces Evander se alejó lo justo para mirarla con una sonrisa pícara en los labios.

—¿Todavía quieres seguir jugando a provocar? —preguntó.

—No, no, por Dios… hazlo, hazlo ya, Evan, te necesito…

—Tus deseos son órdenes, *sassenach* —contestó él.

Y posicionó su miembro para penetrarla. Katherine jadeó en voz alta sin importarle que media taberna la escuchara gritar obscenamente; las caderas de Evander se movían contra ella, su hombría la llenaba profundo y sentía que rozaba el cielo con cada envestida. Volvió a besarlo y él la correspondió, estaba a punto de alcanzar un nuevo éxtasis cuando la puerta sonó: «toc, toc». Evander no detuvo sus envites, pero los toques volvieron a oírse con más fuerza: «¡Toc, Toc!».

Katherine rompió el beso y volvió la cabeza.

—¿Quieres que abra? —preguntó Evander sin dejar de adorar su piel.

—No, que se vayan… ya se irán… sigue…

El hombre contuvo una sonrisa, estaba a punto de volver a besarla cuando una conocida voz se escuchó al otro lado de la puerta deteniendo su mañana de amor de golpe.

—¡Mierda, Evander, abre la puerta de una vez! Os estoy oyendo —gruñó la voz.

—¿Quién es? —dudó Katherine.

—Es un amigo —contestó Evander y se movió para salir de ella y dirigirse desnudo hacia la puerta, que abrió para encontrar a un exasperado anciano con la mano reposada contra la pared—. ¿No podías esperar a que terminara, John?

Entonces reparó en el aspecto de John, que tenía la camisa, fajín y pantalones empapados por la lluvia y la cara roja, como si le faltase

el aire. Evander frunció el ceño.

—¿Qué te ha pasado? Estas hecho un desastre… —comentó.

—Nada serio… he venido corriendo, pero olvida eso, tenemos que hablar.

—Quien lo diría, parece que has salido huyendo de la ventana de alguna dama, perseguido por el marido.

—Muy gracioso, ahora pídele a la dama que salga, ya tendrás tiempo para saciar tus placeres en otro momento. Esto es serio.

La noticia sorprendió a Evander, que elevó las cejas y se volvió hacia su compañera. Katherine se había sentado sobre la cama para vestirse, y ya se había puesto la camisola y la falda cuando él la miró.

—Lo siento, Kate, te prometo terminar lo que había empezado —se disculpó.

—No te preocupes, Evan, haz lo que tengas que hacer, ya sabes dónde encontrarme —contestó ella, que ya se había echado encima el chaleco y puesto los escarpines cuando se levantó y se acercó para darle un beso en la mejilla—. Me alegro de verte, John.

—Igualmente, Kate, y lamento la interrupción —dijo John.

La rubia le dio una sonrisa resignada antes de desaparecer escaleras abajo hacia el interior de la posada. Una vez a solas, John cerró la puerta y se volvió hacia el rubio, que aguardaba con los brazos cruzados.

—¿Y bien, que ha pasado? —preguntó.

—Ponte algo encima, anda, no me apetece verte el falo colgando mientras te hablo —bufó John y le arrojó los pantalones, que Evander atrapó al vuelo—. Bueno, iré directo al grano, muchacho, me temo que no te sobra el tiempo. Debes volver a Escocia, ya está todo arreglado, su Alteza lo sabe y ha dado consentimiento para que regreses con los tuyos a Arrochar.

—¿¡Qué!? —exclamó Evander sin dar crédito—. ¿¡Por qué!?

—Tu fachada ha caído, muchacho, te han descubierto y no puedes seguir en Londres ni un día más, está en juego tu cabeza. Ese *sassenach* maldito de lord Bedford ha descubierto tus juegos con su esposa, no dudes que el hijo de perra te va a acusar de traición y espionaje ante la guardia real, no hay hombre más peligroso que un

cornudo, se sentirá afrentado y querrá venganza. Debes irte hoy mismo, está arreglado.

Evander expulsó el aire de golpe, aquella declaración se sintió como un puñetazo. No podía creer que lo que tanto le había costado armar, su fachada de años entre los ingleses se hubiese descubierto por un lío imaginario de faldas con una *sassenach;* no tenía nada con esa mujer.

—No puedo volver ahora, no pienso dejar nuestro trabajo aquí para ir corriendo a esconderme a tierras MacFarlane como un cobarde —declaró.

—No es una petición, cachorro, su Majestad, el rey Jacobo, lo ha ordenado y así va a ser, lo siento —contestó John, que dejó el vaso vacío sobre la mesa del escritorio para encararle—. El éxito de la misión es lo más importante, Evander, y tú ya estás fuera de ella te guste o no. Y en cuanto a mí, no te preocupes, iré contigo a Escocia, tendré que ausentarme de mis asuntos en la corte de Whitehall Palace. Pararemos en mi casa de Yorkshire, y de allí viajaremos directos a Arrochar.

—¿Lo sabe ya mi primo Gareth?

—No, deberás escribirle tú, podrás hacerlo desde York. El Rey le ha dicho que vas a regresar a Escocia, pero no le dijo por qué razón. Le aconsejé a su majestad que eras tú quien debía explicarle al laird del clan MacFarlane lo sucedido. No te preocupes más, tu primo lo entenderá. Ahora ve a despedirte de Katherine, nos espera un largo camino hasta las Highlands… alégrate, al fin tras largos años vas a volver a casa.

—Gracias, de corazón, John. Nos olvidaré lo que has hecho por mí.

—No hay de que, pero no te vas a librar de mí tan fácilmente, cuando todo esto termine iré a visitarte y nos comeremos un jabalí asado —asintió este—. Ahora, debo irme, mañana al alba partiremos. Larga vida a Escocia.

—Larga vida a Escocia —contestó Evander.

Tras un último asentimiento, el *highlander* mayor salió de la habitación y Evander empezó a recoger los restos de su falsa vida inglesa, guardarlos en un par de baúles y encaminar sus pasos de vuelta a su verdadero hogar.

Volvía a Escocia. Volvía a casa.

Capítulo Uno



Highlands, Escocia. Invierno 1585
Castillo de Balquhidder, tierras del clan MacLaren

Kaitlyn dejó el cepillo sobre el tocador con una sonrisa traviesa. Oía los pasos de su padre al otro lado de la puerta, sabía que estaba poniéndose nervioso y no pudo ocultar una risita. Incluso ahora, en plena celebración, siempre tenía que sacar una vena responsable. Cuando los pasos se detuvieron y un par de golpes en la puerta sonaron, Kaitlyn y Eileen compartieron una mirada cómplice antes de que la mayor respondiera un «*¿Si*?».

—¿Vais a tardar mucho más? No sé qué hacéis ahí dentro o si me tengo que asustar, pero por todos los cielos, hijas mías, ¡me vais a pintar canas! —exclamó Bryden.

—¡Estamos haciendo brujería, papá, cosas perversas! —rio Eileen.

Kaitlyn le dio un pequeño empujón y Eileen se mordió los labios.

—No le hagas caso, papá, enseguida bajamos. Todavía nos estamos arreglando, cosas de mujeres —contestó Kaitlyn.

—De acuerdo, buscadme en la fiesta cuando estéis listas. Os quiero, cervatillas.

—¡Te queremos, pa!

El gruñido satisfecho y el ruido de pasos que se alejaban indicó a las jóvenes que su progenitor se había marchado. Estaban solas, así que Kaitlyn tomó la caja de horquillas de plata y comenzó a colocarlas en el largo cabello rizado de su hermana. Eileen, a diferencia de ella, tenía el cabello claro y brillante. El suyo era oscuro, negro, ondulado y sin gracia, como la cola de un frisón. Mientras colocaba los adornos, la menor no perdía detalle de sus actos, y una nueva sonrisa se le pintó en los labios.

—¿Has leído la última carta de April? —preguntó curiosa.

—Pues claro, la leí en cuanto llegó. Me alegro mucho por ella, se la ve muy feliz entre los MacFarlane —dijo Kaitlyn.

—¿Y no te da un poco de envidia? April tiene unos hijos preciosos y un marido de ensueño, y eso que es cuatro meses menor que tú, Katt. ¿Es que no te imaginas con el mismo destino que ella? A lo mejor deberías aceptar alguna de las proposiciones que te han hecho los *highlanders* del clan, tal vez Andy o la de Owen. Owen es fuerte y muy gallardo, y Andrew no se queda atrás; esos ojazos grises son un sueño…

—Por supuesto que no tengo celos de April, es mi mejor amiga y le deseo la mejor de las felicidades —contestó Kaitlyn y su tono fue tajante—. Si no me he casado todavía no ha sido por falta de opciones, Eileen, es que no he encontrado a la persona adecuada.

—Puff, ya estamos otra vez con esa canción. ¡A ti no hay quien te dome, hermana!

—No necesito que un hombre me dome, boba, sino que me comprenda.

—¿Qué te comprenda?

—Que me valore y no me pasee por ahí como una yegua recién montada —explicó Kaitlyn.

Eileen hizo rodar los ojos y se puso en pie, estaba sentada en la banqueta del tocador y su melena castaña clara caía radiante sobre su vestido azul marino, mismo color que el fajín con el tartán de su clan, los MacLaren, de cuadros verdes y rayas amarillas sobre el marino. Se volvió hacia su hermana mayor con los brazos en jarra y Kaitlyn sonrió.

—En serio, Katt, si sigues así los vas a espantar a todos. Hoy es *Hogmanay*, yo que tú aprovecharía, ¡la de besos que podrás robar a la luz de las hogueras! Si no haces nada no te extrañe que padre acuda a hablar con laird Robert para buscarte un marido —dijo.

—Puede intentarlo, claro, pero fracasará; laird Robert me conoce como si fuese su hija. Llevo trabajando a su lado desde los quince años, hermanita, no me venderá al mejor postor como a una gema o un reluciente tapiz —contestó Kaitlyn—. Además, ¿por qué insistes tanto en que me case, tan ansiosa estás por librarte de mí? Te recuerdo que la esposa siempre se muda al hogar del marido, si me caso tendré que irme de Balquhidder.

—Pues cásate con uno de los hombres del clan —sonrió Eileen.

—¿Ese es tu plan para ganar independencia? Lo tienes todo pensado…

—No lo digas así, es una broma, ¿qué haría sin ti, Katt? Es solo que padre no deja que me case hasta que lo hagas tú —admitió la menor y las mejillas le ardieron—. Lo he hablado con él y me lo ha dicho, que no es natural entregar a las hijas pequeñas si las mayores siguen solteras… Lo siento, Katt, no quería sonar egoísta, es solo que hay tanto que me muero por hacer y sentir que cuando veo a Faith, Rhona y April me pongo triste.

—Tienes dieciocho años, cariño, hace nada que has entrado en la edad para casarte. Vamos, olvida eso ahora, tú lo has dicho, hoy es fin de año y hay que celebrarlo. Baila con un montón de *highlanders*, ríe y llénate la barriga, cuando te llegue el amor te golpeará en la cara sin enterarte —dijo Kaitlyn.

—¿Tú crees?

—Palabra de escocesa.

Eileen rio sin poder contenerse, su hermana era todo un caso. Se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla y acto seguido se encaminó a la puerta. Kaitlyn la miró enternecida; su hermanita había crecido muchísimo en los últimos cuatro años, dejando atrás las alocadas ideas infantiles y el cuerpo adolescente para convertirse en una joven risueña, alegre y preciosa. Kaitlyn la veía como a «su todo»: su amiga, su hermana, su hija; pues la había criado junto a su padre tras la muerte de su madre al alumbrarla. Kaitlyn era la única

progenitora que Eileen conocía. Y, por ello, la mayor había descuidado mucho de sí misma: no era una mujer femenina, una doncella que tocaba el arpa y el laúd; que bordaba tapices y servía viandas a su prometido. A ella le apasionaba cabalgar por los prados verdes de las Highlands; trepar a los árboles y recoger fruta fresca; atrapar piedras brillantes del fondo del río; bañarse en cascadas y lagos; cazar y disparar su arco… Amaba su libertad e independencia, y no pensaba doblegarla para servir a un *highlander* que la follara hasta saciarse y luego presumiera de ello con sus amigos entre pintas de cerveza.

No, Kaitlyn tenía muy clara una cosa: había perdido mucho en la vida, y no pensaba perderse a sí misma. Había leído mucho sobre el amor: lo había visto en sus padres, en laird Robert y su esposa, en su amiga April y su marido, Caden. Y tenía muy claro que cuando un hombre fuese para ella, su cuerpo lo sabría con solo mirarlo: sentiría que le caía un rayo y le sacudía todo el cuerpo. Le temblarían las rodillas y el corazón le bailaría a ritmo de fiesta. Lo amaría con locura, y, por él, lo daría todo. Porque Kaitlyn quería a un igual, a un guerrero que la valorara y entendiera; que compartiese sus valores, sus sueños y alegrías. Y si no encontraba un hombre así, el matrimonio podía irse al infierno. De adolescente había soñado con casarse y deseado las profecías de una bruja. Pero esos tiempos quedaron atrás al madurar.

Suspiró y se puso en pie para mirarse al espejo. Siempre la habían considerado de belleza inusual: alta para ser una doncella, delgada y pálida, con la piel surcada de pecas y los ojos grises. Su cabello negro ondulado caía libre sobre su cintura, alejado de su rostro por una diadema de perlas. Y su vestido amarillo con el fajín del clan contrastaba con él y abrazaba su figura parca de curvas.

«¿Lanzarme yo a los brazos de un *highlander* esta noche?», se repitió. «Haría falta un milagro para que aparezca uno que me interese», sonrió. «O que los cielos intervengan y me manden una señal».

—Nunca digas nunca, Katt… ahora, a disfrutar: que el año que muere se lleve las penas —dijo en voz alta.

Después, con una sonrisa radiante, se dio la vuelta y salió de su dormitorio para subir al castillo a celebrar.

***

La noche estaba siendo un éxito, pensó Kaitlyn, cuyas mejillas ardían tras tanto bailar. Sentía el pulso latirle acelerado y la sangre correrle caliente en las venas; tal vez había bebido demasiado vino especiado, el dulzor de la canela y el anís le palpitaban en el paladar, pero no se arrepentía ni de uno solo de los brindis que había hecho. Era fin de año, Nochevieja, festival de *Hogmanay*, y lo pensaba celebrar por todo lo alto hasta que le ardieran los pies. La música de gaitas, laúd y tambores resonaba en el gran salón, repleto hasta la bandera, y al dar inicio una nueva pieza la joven sintió un par de manos envolverle la cintura y arrastrarla de nuevo a la pista de baile.

Sonrió, conocía muy bien esos fuertes brazos, Andrew era persistente, pero le era imposible enfadarse con él.

—¡Bueno, muchacha, hasta que me regalas una sonrisa! Y fíjate, solo he tenido que esperar media noche a que te dignes a bailar conmigo, estás muy solicitada últimamente, Katt —bromeó Andrew.

—No se lo digas a mi padre o se lo creerá, sabes cómo es —rio ella.

—Mis labios están sellados, bella mujer. Ahora, menos hablar y más danzar, si aún te quedan fuerzas después de esta ronda, prometo invitarte a cenar cerdo asado.

La joven sonrió de oreja a oreja, antes de alzar los brazos para rodearle el cuello al *highlander* y empezar a moverse a su lado. Andrew devolvió el gesto y le envolvió la cintura; sus manos se detuvieron algo más al sur de lo que a Kaitlyn le gustaría, pero quizá por el alcohol o quizá por la familiaridad, no lo detuvo. El baile parecía estar jugando a favor del guerrero, sonaba una tonada lenta y Andrew se acercó tanto que Kaitlyn sintió su aliento caliente sobre la mejilla.

—Estás preciosa esta noche, Katt —susurró.

—Tú tampoco te ves mal, Andy.

—Estoy hablando en serio. ¿No has pensado lo que harás a partir de ahora? Creo que es hora de que pienses un poco más en ti y menos en los demás, te lo mereces. Tu hermana no necesita que la protejas cual niñera, y tu padre se alegrará mucho si te casas y le das un nieto o dos. A tu amiga April le va bien con ese MacFarlane…

—No empieces, Andrew. Vamos a bailar y brindar por el fin de año, ¿vale?

El guerrero se alejó lo justo para mirarla a los ojos, verde contra gris, y Kaitlyn notó una leve chispa de decepción. Si bien él la disimuló tras una sonrisa tonta, como hacía siempre. Sabía lo que Andrew sentía por ella, pero por desgracia no le correspondía de esa forma. Veía al *highlander* como a un gran amigo, no como a un hombre del que enamorarse. A pesar de todo le reconocía el esfuerzo: era perseverante con ella y Kaitlyn no lo rechazaba porque se negaba a perder su amistad por un inútil enamoramiento. Sabía que el día que se enamorase de verdad el corazón se le prendería en llamas, lo reconocería con una sola mirada. Y Andrew no le inflamaba el alma ni le hacía temblar las piernas.

Cuando la pieza terminó, el rubio se inclinó de forma juguetona y le besó el dorso de la mano como haría un *sassenach*, logrando que Kaitlyn riera, antes de alejarse juntos de la improvisada pista en dirección a las mesas. Dada la ocasión había multitud de manjares: cangrejos de río asados; pato a la leña; salmón a la sal; jabalí asado; ternera en salsa; pastel de oveja, verdura y setas; pierna de cordero… A Kaitlyn se le hizo la boca agua y antes de darse cuenta su amigo le tendió un plato con una enorme costilla y una copa de vino caliente. La joven lo aceptó y dio un mordisco a la carne: estaba jugosa y tierna, una gota de grasa le resbaló por la barbilla antes de que Andrew la atrapara con el pulgar. Para perplejidad de Kaitlyn, se llevó el dedo a la boca y lamió la salsa.

—Listo, he evitado que te manches el vestido —sonrió él.

Pero a la joven le había incomodado el gesto; tan seductor e íntimo, tan… personal.

—Gracias. Creo que voy a salir a tomar el aire, me estoy empezando a agobiar con tanta gente, me arden las mejillas y he bebido mucho —dijo y posó el plato sobre la mesa para dar un largo

sorbo a su copa y posarla también—. Si ves a Eileen dile que he salido, no hace falta que vaya a buscarme, no tardaré.

—¿Segura? Estás muy colorada, igual deberías echarte en vez de salir.

—Estoy bien, no soy ninguna niña, Andrew.

Su tono cortante disuadió al guerrero de seguir insistiendo, y Kaitlyn lo agradeció. Salió del salón abriéndose paso entre la multitud, al llegar a las escaleras bajó y salió al patio, tan abarrotado como el interior del castillo. ¿Cómo podía hacerle entender a su amigo que cejase sus intentos de cortejo? Jamás podría enamorarse de él, habían crecido juntos y era casi como un hermano. Andrew era guapo, pero no le aceleraba el pulso ni le arrebolaba las mejillas como sabía que debía hacer un esposo; April le hablaba a menudo de Caden, y sus palabras destilaban tanto deseo y amor que a veces Kaitlyn se sonrojaba.

Sus padres habían vivido un amor así, precioso, y sabía que no viviría lo mismo si se unía con Andrew. Debía pensar qué decir para cortar aquella tontería sin herirlo ni alejarlo.

Suspiró. El ambiente de fin de año estaba en cada rincón del castillo de Balquhidder, así que, si quería encontrar paz para pensar, tendría que hacerlo en el único sitio al que no iría nadie: las caballerizas. Allí solía esconderse de niña cuando no quería que su padre la viera llorar tras la muerte de su madre, así que cruzó el puente y caminó hasta el edificio, situado a los pies del castillo. La noche estaba clara y fría, una noche de diciembre ideal surcada de estrellas con una gran luna creciente. Hacía mucho frío, el vapor dejaba sus labios, así que se frotó los brazos para darse algo de calor y siguió andando. Estaba a punto de llegar a la puerta de las cuadras cuando el ruido de los caballos le hizo detenerse. Un grupo de figuras envueltas en capas oscuras se acercaban a la salida; llevaban las riendas de cuatro caballos de los MacLaren, uno de ellos era el del laird. Y lo entendió.

¡Estaban robando! Su instinto actuó y chilló para dar la alarma.

—¡Ladrones! —gritó—. ¡Guardias a mí, hay ladrones en las cuadras!

La situación se precipitó: un puñado de soldados MacLaren salieron del puesto de vigilancia con las *claymore* en la mano y empezaron una pelea con los bandidos. El tumulto llegó al castillo, y varios *highlanders* entre los que estaba Andrew se unieron a la trifulca. Kaitlyn se asustó al ver que su padre iba con ellos y corrió a ayudarlos, no pensaba perder a un miembro de su familia de nuevo, así que corrió. La cosa se estaba poniendo fea, los caballos relinchaban como locos; y los ladrones, un grupo de cinco, se vieron superados en número.

—¡Ron, llévate a los animales ya, que no salgan heridos! —bramó uno, su líder—. ¡Mierda, muévete, Ewan, te van a dar!

—¡Eso hago, tío! —Le contestó un guerrero no mucho mayor que un muchacho.

Kaitlyn llegó al ojo del huracán y se acercó a su padre, que luchaba con uno de los asaltantes a dos manos. El ladrón la notó, sorprendido, y su padre detuvo su estocada para volverse y reparar en ella a dos pasos de él; sus ojos azules se enfurecieron.

—¡Vuelve al castillo ahora mismo, Kaitlyn, te pueden herir! —rugió su padre y se volvió hacia Andrew, que estaba luchando contra otro —. ¡Andrew, llévatela de aquí ya!

—¡Papá, dame tu daga, rápido, voy a ayudaros! —jadeó Kaitlyn.

—¡Obedece, muchacha! ¡Andrew, vamos!

—¡Voy! —dijo él.

Acto seguido noqueó a su atacante y corrió hacia Kaitlyn, que esquivó el ataque de uno de los ladrones, el muchacho, y le lanzó un golpe al estómago que le hizo retroceder. Su capucha cayó, revelando el rostro imberbe y sonrojado de un joven de cabello cobrizo no mayor de veinte años. Se enfureció tanto al verse descubierto por una mujer que alzó la *claymore* dispuesto a atravesarla. Pero antes de que llegase a tocarla, Andrew se interpuso y empezó a luchar. Kaitlyn observó impotente; odiaba no poder hacer nada, ¡sabía pelear! Nadie le daba la oportunidad de ayudar cuando era más que capaz de hacerlo. No pudo pensarlo más antes de que el chico soltara un rugido furioso; Andrew le estaba derrotando de forma humillante, así que se lanzó hacia delante con un cuchillo en una mano y la espada en la otra, quería acabar con él. Andrew lo vio venir y sonrió,

sacó su propia daga para parar el puñal y clavarle la *claymore* en las tripas.

Todo parecía ganado, los ladrones estaban derrotados. Y la situación se descontroló. El líder de los forajidos corrió hacia Andrew, que se volvió a tiempo de verle alzar la espada directa a su cabeza. Andrew empujó al chico y hundió la espada en el pecho del mayor, la *claymore* le atravesó y un hilo de sangre salió de su boca.

—¡Tío Donald, nooo! —rugió el muchacho—. ¡Pagarás por esto, hijo de puta!

—¡Maldición, William, John, coged a Donald! —dijo otro y empujó al joven para alejarlo de Andrew. El tal Donald se había desplomado —. ¡Muévete, Ewan, nos vamos!

—¡Hay que vengar al tío Dona…!

—¡Que te muevas, hay que llevarlo a un curandero o morirá!

—Subid a los caballos, ¡nos vamos! —ordenó el tercero.

Antes de poder hacer nada, los cuatro ladrones subieron a sus caballos y echaron a cabalgar en la oscuridad. Los MacLaren se apresuraron a hacer lo mismo, pero Bryden, el padre de Kaitlyn, los detuvo con un gesto.

—Dejadlos, no podemos iniciar una persecución sin las ordenes de laird Robert, guardad los sementales que querían llevarse —dijo—. No os preocupéis, esos ya no volverán, Andrew ha herido de muerte a su líder y se van a afanar en salvarlo.

—¿Quiénes eran, Bryden, les viste el tartán? —inquirió Arthur, uno de los guardias.

—No lo he visto, pero poco importa, sean quienes sean van a tardar en volver. Y tú, Kaitlyn, ¿qué locura te ha poseído para bajar aquí sola en plena noche? ¿Te das cuenta de lo que podría haber pasado si te hubieran atrapado esos tipos antes de dar la alarma?

—Soy capaz de defenderme —contradijo ella, molesta—. Si me hubieses dejado demostrarlo podría haberos ayudado a expulsarlos, papá.

—Protectora como una loba con su manada, ¿cierto, hija mía? —Bryden suspiró—. Volvamos al castillo, hay que informar al laird para que no cunda el pánico en la ciudad. Esta es una noche de fiesta, no

lo olvidemos, que no se corra la voz. Andrew, muchacho, acompaña a mi hija junto a su hermana, luego hablaré con ella.

—Por supuesto —asintió Andrew.

—Y Andy… gracias por ayudarla, has luchado bien.

El cumplido hizo sonreír al guerrero rubio, pero se encogió de hombros sin más. «Humilde hasta el final», pensó Kaitlyn y comenzó a caminar junto a su amigo de regreso al puente que llevaba al patio del castillo. La adrenalina le corría por las venas, el asunto del rechazo a Andrew momentáneamente olvidado. ¿Quiénes eran esos hombres y por qué querían robar caballos en pleno festival de *Hogmanay*? ¿eran forajidos, mercenarios, o gente de un clan rival? Su padre tenía razón, no tenía sentido pensar en ello ahora, sea como fuere no iban a volver hasta que no curaran a ese tipo, el líder de su pandilla. Mientras tanto, volvería a la fiesta y se entretendría con su hermana, lo demás, el mañana y el amanecer del nuevo año lo dirían.

***

Ronald cabalgaba con el corazón en la garganta, cada milla que *Espolón*, su purasangre gris, recorría hacia el castillo de Dunglass más se le anudaba el nudo en el estómago. Donald había fallecido hacía un par de horas, se había desangrado sin remedio entre sus brazos mientras cabalgaban, puesto que en plena fiesta de *Hogmanay* y a esa hora de la noche había resultado imposible encontrar a un curandero. El hermano del laird estaba muerto, el camino hacia su hogar parecía insoportable. Todo había salido terriblemente mal. Lo que parecía un robo inofensivo se había transformado en una tragedia; ¿cómo había podido pasar? Llevaban a cabo ese tipo de incursiones decenas de veces y nunca había sucedido nada: llegaban en plena noche, entraban en las cuadras o en los corrales sin hacer ruido, se llevaban un buen puñado de animales y cabalgaban hacia el puerto de Inveraray para venderlos y sacar buenas ganancias con las que sustentarse.

El clan Colquhuoun no era muy grande, pero les iba bien, sabían lo que hacían; se defendían y no pasaban dificultades porque luchaban

por lo que querían a sangre y fuego. El robo a los MacLaren iba a ser sencillo, eran un clan acomodado y poco belicoso, y en una noche como esa, fin de año, estarían celebrando y felices en su borrachera. Jamás imaginó que se pudiese complicar así.

Y ahora Donald estaba muerto.

Todo por culpa de esa necia muchacha que había chillado y alertado a la guardia. Ya se iban, habían robado cuatro caballos excelentes, purasangres y frisones, cuando ella los vio. ¿Cómo le iba a decir a Alec que su hermano había muerto? A su lado, Ewan cabalgaba silencioso y pálido como un fantasma; era su primera incursión, su padre, laird Alec, no le dejaba ir dada su falta de talento innata para la lucha. Y estaba claro que por justas buenas razones: la moza había dado la alarma, sí, pero el que mató a Donald había sido ese tal Andrew, porque Donald trataba de protegerlo a él, a Ewan.

Decidió no echar más leña al fuego, bastante se estaría culpando ya.

—Cambia esa cara, chico, si tu padre te ve así te dará una tunda. Las cosas hay que aceptarlas y encajar la derrota unidos, no te culpes de lo ocurrido, ¿me oyes? —animó.

—Desde luego que no, sé que la culpa no ha sido mía, sino de esa ramera MacLaren —bufó Ewan con los dientes apretados—. Si la muy necia no se hubiese metido, ahora el tío Don estaría vivo y llevaríamos un gran botín a casa; padre estaría orgulloso de mí.

—Sea como sea no puedes cambiar lo ocurrido, Ewan, el pasado pasado está. Estamos a punto de llegar, sé un hombre y componte, no parezcas una doncella plañidera.

El insulto enfureció al muchacho, que elevó la cabeza con las mejillas coloradas y expresión dolida. ¡Desde luego que no era una chiquilla llorica! Y lo pensaba demostrar. Estaban cruzando la ciudad de Dumbarton, el castillo de Dunglass se alzaba en lo alto, iluminado por las antorchas y los estandartes de fiesta. Ellos, como todos los clanes de Escocia, celebraban esa noche; si bien Ronald estaba seguro de que la fiesta se terminaría en cuanto cruzaran las puertas. El puente estaba vacío cuando lo cruzaron, y al llegar a los muros del castillo desmontaron. Cargó a Donald en brazos y echó a andar seguido de William, Ronald y John; Ewan iba el último, silencioso y

tenso como una vara de avellano. Al llegar a la puerta los guardias les saludaron con una sonrisa, hasta que vieron lo que cargaba.

—¿¡Qué ha pasado!? ¡Ese es Donald! ¿Está…? —comenzó Fergus.

—Sí, así que déjame pasar, debo dar la noticia a Alec —dijo Ronald —. ¿Todavía está en el salón?

—En plena fiesta —asintió Ander.

Ronald no contestó, le abrieron las puertas y pasó de largo para entrar en el castillo. El corazón le latía en los oídos con la fuerza de un tambor, y cuando la música de gaitas y flautas le llegó, tragó saliva. Ya no había vuelta atrás. Se adentró en el gran salón y caminó hacia el asiento del laird, que reía, distraído, junto a su esposa con una copa en la mano, ajeno a la desgracia. La música se detuvo de golpe, «ya está, nos han visto», se dijo. Ronald siguió avanzando entre la perpleja multitud hasta llegar a la altura del laird. Entonces dejó a su amigo muerto a los pies de su hermano. Laird Alec Colquhoun perdió el color en el acto, la copa se le cayó y se hizo añicos contra el suelo, y pasó los ojos de Ronald a Donald sin dar crédito.

—Donald… por los espíritus, no. Qué… qué ha pasado? —masculló. Entonces se puso en pie, furioso, y su rostro pasó del blanco al rojo, parecía ir a arder—. ¡He preguntado que qué ha pasado! ¡Responded a vuestro laird! ¿¡Qué le ha ocurrido a mi hermano!?

—Ha muerto durante la incursión —comenzó Ronald.

—¡Eso ya lo veo, estúpido! Dime como ha ocurrido. ¿Quién le ha quitado la vida?

Los cuatro hombres cruzaron miradas, fue William el primero en romper el silencio.

—Ha sido Andrew MacLaren —explicó—. Habíamos terminado el robo, teníamos a cuatro sementales y ya nos íbamos cuando una muchacha nos vio y alertó a la guardia. Se nos echaron encima como perros de presa.

—Nos superaban en número —asintió Ronald—. Donald trató de proteger a Ewan y…

—¿Ewan? —cortó el laird.

El muchacho palideció bajo la mirada feroz de su padre, su respiración se agitó. Tenía que decir algo para salvar su pellejo de su ira. Todo el salón del castillo de Dunglass estaba en silencio, la celebración se había arruinado, la tensión se podía cortar.

—¡No fue culpa mía, padre, fue esa maldita perra MacLaren! —gritó alterado—. ¡Ella es la culpable de todo, iba a matarla cuando el tal Andrew se lanzó a por mí! Tío Don me defendió y ese perro le asesinó a traición. ¡Todo ha sido debido a ella, créeme!

—¿Estabas luchando contra una mujer y aun así te superaron? —inquirió laird Alec, su voz contenía una tormenta. Ewan bajó la cabeza, humillado—. ¿Qué mujer es esa?

—No sabemos quién es, uno la llamó Kaitlyn —dijo Ronald.

—Kaitlyn MacLaren. Hmn, ya veo.

Alec bajó los tres escalones que lo separaban de su hermano y los hombres retrocedieron; no sabían como iba a reaccionar su laird a la terrible perdida. Él los ignoró y se agachó junto al cadáver de Donald, al que besó en la frente, antes de sacarle la claymore de la vaina para colocársela sobre el pecho en una noble postura. Como un héroe que había caído en combate y recibía los mejores honores.

—Adiós, hermano mío. Ve y descansa con los espíritus de nuestros ancestros —susurró. Después se puso en pie y perdió todo atisbo de dulzura—. Esos bastardos han asesinado a mi hermano y la sangre se paga con sangre; eso es lo que los espíritus demandan. Quiero la cabeza de ese Andrew, ¡lo quiero ver muerto! Y no admitiré el más mínimo fracaso: ¡falladme y por la espada de *Lugh* que lo vais a pagar!

—Lo mataré yo mismo, padre, lo juro sobre los restos de mi tío —intervino Callum.

—Y yo te ayudaré, hermano —dijo Ewan.

—No, tú ya has hecho bastante, cachorro. Te quedarás aquí hasta que seas hombre —negó laird Alec y se volvió a la figura que estaba a su lado, serio como una tumba—. Evander, irás con tu hermano y me traerás a esa mujer viva, sana y salva; esa será tu misión en la partida. Si es debido a ella que Donald ha dejado este mundo, se hará justicia con su carne; hazla prisionera y tráemela.

—¿Deseas matarla? —cuestionó Evander.

—No, como he dicho, la sangre exige sangre y Donald será vengado con la cabeza del tal Andrew. Lo que deseo de ella es una reparación: su vida por la vida de mi hermano. ¿Obedecerás mi petición?

—Por supuesto, padre.

Alec sonrió, sabía que Evander no le iba a fallar, la magia druídica era poderosa; para ese muchacho él era su padre adoptivo. Y él, sin saberlo, su brazo de hierro, su perro leal. Le dio un par de golpecitos en el hombro antes de volverse.

—¡La fiesta no ha terminado! —bramó el laird—. Honraremos a Donald con brindis y cánticos, al alba lo enterraremos en la cripta familiar. Bebed, comed, brindad y recordad; se ha ido un gran guerrero, pero vivirá eternamente en la memoria. ¡Por Donald!

—¡Por Donald! —rugió la multitud.

—¡Por el clan Colquhoun!

—¡Por el clan Colquhoun! —corearon.

Dicho aquello el laird tomó la mano de su esposa y salió del salón. Evander miró el hueco por el que acababa de salir y frunció los labios. Parecía que, la noche que tan bien había empezado, había encontrado un amargo final. Ese era un *Hogmanay* que ni los MacLaren ni los Colquhoun iban a olvidar. Tenía una misión en las manos y por los cielos que la iba a completar: que esperara esa tal Kaitlyn, muy pronto se verían las caras.

Capítulo Dos



Highlands, Escocia. Enero 1586.
Tierras del clan MacLaren.

El cielo estaba surcado de rojos, naranjas y violetas, Kaitlyn sonrió cuando un solitario copo de nieve cayó de una rama y se le posó en la mejilla. La tarde estaba preciosa y la idea de Andrew de salir a dar un paseo por los prados le pareció perfecta para poder hablar a solas con él sin que nadie los interrumpiese o fisgonease. Habían pasado diez días desde la fiesta de *Hogmanay* y llevaba todo ese tiempo dándole vueltas al asunto de cómo rechazarlo sin ofenderlo ni perder su amistad, así que se llevó los dedos a la mejilla para retirar el pequeño cristal en forma de flor y observarlo. La luz del crepúsculo lo iluminó un instante antes de que el calor de su piel traspasara el guante y lo derritiera. «Lastima, la madre tierra es la mejor de los artesanos, ojalá pudiera tener un colgante así, de cristal tan bellamente tallado», pensó distraída. Fue el sonido del resoplido de *Carbonero*, el robusto caballo negro de su amigo lo que la hizo elevar la cabeza.

Andrew se había detenido a su lado en lo alto de una loma sobre el río Balvaig, que recorría las afueras de su ciudad, y ambos miraron juntos el horizonte cubierto de nieve. Kaitlyn acarició la cabeza de *Valerosa*, su yegua baya de crin negra antes de volverse.

—¿Quieres echar una carrera hasta el río, o estás asustado de que te gane una mujer? —comentó alegre.

—Había pensado en seguir hasta las cascadas del Dochart, a esta hora del día estarán preciosas, heladas y púrpuras bajo la luz del atardecer. Hay algo de lo que quería hablar contigo, Katt —dijo Andrew y sonrió de medio lado—. Sin embargo, si lo que buscas es que te haga morder el polvo…

—Di mejor la nieve, *highlander*.

Kaitlyn se rio y él se unió a ella, dibujando nubes de vapor helado con su aliento.

—La nieve, pues, si quieres tragar nieve, te lo concederé, muchacha. A la de tres, el que cruce antes el río saca primero el tema al llegar a las cascadas, ¿te parece? —dijo él.

—Muy bien, a la cuenta de tres. Uno…

—Dos…

—¡Tres! —exclamaron a la vez.

La joven espoleó a *Valerosa* y Andrew hizo lo mismo con *Carbonero*, ambos eran purasangres, así que no había diferencia entre ambos en velocidad. Bajaron la colina veloces como rayos, la nieve les hacía resbalar las patas y llegar más rápido, así que al llegar abajo galoparon por el prado, sortearon los árboles y saltaron los pedruscos para llegar a la orilla del río. En cuanto el agua helada le mojó el vestido Kaitlyn soltó un grito; la adrenalina le corría por las venas, estaba muy contenta, y apremió a su yegua.

—¡Vamos, *Valerosa*, casi hemos ganado! —animó.

—¡Sueña con eso, mujer! —rio Andrew y espoleó al suyo—. ¡Vamos, *Carbonero*!

El semental resopló y saltó a la orilla, saliendo el primero del agua para alegría del guerrero, que hizo una cabriola para mirar a la joven salir con un mohín adorable. Elevó las cejas, pagado de sí mismo, y Kaitlyn le dio un empujón amistoso que casi lo derriba de la silla. Andrew rio y le guiñó el ojo antes de echar a trotar entre la nieve.

Las cascadas del Dochart estaban cerca; ambos ríos, Dochart y Balvaig rodeaban su ciudad y bañaban las tierras del clan MacLaren nutridos por numerosos torrentes y arroyos; si bien, el Dochart bajaba de las montañas y tenía multitud de saltos y cascadas que a Kaitlyn le encantaba contemplar. Se había bañado bajo sus frías aguas multitud de veces, Andrew lo sabía, por eso había sugerido ese lugar. Llegaron cuando los últimos rayos del atardecer arrebolaban el cielo, los amarillos, rojos y naranjas murieron para dar paso a los lilas y rosados; como había dicho Andrew, el hielo de las cascadas —totalmente congeladas— brillaba violeta y daba al claro un ambiente mágico.

Fue él quien desmontó primero. Tras tomar las riendas de su caballo y atarlas a un tronco hizo lo mismo con la yegua de Kaitlyn, que se dejó guiar. Cuando se aseguró que no iban a escapar, el rubio acarició el flanco de *Valerosa* hasta llegar al pie de la joven, que sacó del estribo con cuidado. Se miraron a los ojos. A Kaitlyn se le aceleró el pulso, aquel era un gesto íntimo; se le arrebolaron las mejillas y un sentimiento de desasosiego le hundió el pecho. Pero Andrew lo tomó como un rubor romántico y elevó la mano sobre su pantorrilla, bajo el vestido, para acariciarle la piel con los dedos en una suave caricia; Kaitlyn enfrentó sus miradas. ¿Qué es lo que veían los ojos de Andrew al hundirse en los de ella? No lo supo con certeza, pero decidida a no darle más alas pasó la otra pierna sobre la silla para desmontar de un salto. Andrew la atrapó al llegar abajo y le calentó los hombros con las manos.

—¿Tienes frío, Katt? Puedo envolverte en mi *feileadh mor* —susurró.

—No es necesario, la carrera me ha calentado el cuerpo —dijo ella y rompió el contacto de sus ojos—. Andy, yo… quería hablar contigo de algo importante.

—Ah, ah, ah, muchacha, no olvides quién ha ganado la carrera. Te recuerdo que he sido yo, por tanto, me corresponde ser el primero, ya que también quería hablar contigo de un tema serio.

—Muy bien, es lo justo. Habla, ¿qué es lo que querías decirme?

—Aquí no, ven, paseemos hasta el río.

Sin esperar respuesta, el guerrero le tomó la mano y caminaron siguiendo el curso del río hasta la base del acantilado, donde la cascada helada descendía hacia el río. Andrew se detuvo frente a la corriente —que bajaba suave, los contornos estaban helados y el agua arrastraba trozos de hielo—, junto a un menhir sobre la orilla pedregosa. Kaitlyn aguardó, estaba a punto de romper el silencio cuando Andrew se volvió.

—Mira, Kaitlyn, esta situación está llegando a un punto insoportable, creo que tanto tú como yo lo sabemos —comenzó, y la joven asintió para que continuara. ¿Podía estar refiriéndose a lo mismo que ella? Aguardó, expectante, y Andrew prosiguió—. Hemos crecido juntos, te he visto florecer y madurar, siempre sola, siempre sacrificándote por los demás, y mi amistad hace mucho que dejo de serlo para convertirse en otra cosa.

—Andrew… —interrumpió, no quería oírlo, no quería que lo dijera.

—No, déjame terminar, Kaitlyn. ¿Es que aún no lo sabes, incluso a estas alturas? Te deseo, te anhelo; te quiero como mi esposa, que seas la madre de mis hijos: te amo.

—¡No! No, Dios, Andy… no digas esas cosas…

—¿Por qué? Es lo que siento por ti, Katt, mi corazón está ardiendo.

La joven se encontró incapaz de sostenerle la mirada, aquello iba a ser más difícil de lo que pensó, no sabía si sería capaz de decirlo sin herirle. Y no quería eso por nada del mundo. Retrocedió un par de pasos y Andrew los avanzó hacia ella. Solo cuando su espalda chocó contra el menhir y quedó atrapada entre el hombre y la roca, se atrevió a elevar su mirada. Andrew elevó la mano para acariciarle la mejilla y sostenerle el mentón; las mejillas de la joven seguían muy coloradas y estaba conteniendo el aliento. Así que el guerrero se inclinó para apoyar su frente sobre la de ella. Kaitlyn cerró los ojos, incapaz de mirarle; la iba a besar, la iba a besar…

—No tengas miedo, Kaitlyn, nunca te haré daño —susurró él.

—Andrew, no… no puedo —logró articular, aún sin mirarle.

—¿Por qué?

—No quiero hacerte daño. Te quiero… pero no de esta forma.

Abrió los ojos y lo miró, encontrando que él parecía determinado.

—Lo sé, te conozco como a mí mismo, sé que no me amas como te amo yo, pero el amor puede nacer en tu corazón si me dejas mostrártelo —dijo Andrew—. Permítemelo, Kaitlyn, deja que cuide de ti y que te haga mi mujer. Me amarás, lo sé.

Kaitlyn abrió la boca para rebatir, pero el guerrero se adelantó y le atrapó los labios. No fue un beso necesitado ni un baile febril. Andrew encajó sus bocas y ladeó la cabeza para besarla profundo; coló su lengua en la boca de Kaitlyn, y la joven se dejó llevar para comprobar que, por perfecto que fuera ese beso no le hizo sentir nada: ni deseo, ni anhelo, ni pasión, ni mucho menos amor. Aquello era un error.

Lo empujó para alejarlo y romper el beso.

—¡He dicho que no siento lo mismo, Andrew! —exclamó.

—¡No seas terca, Katt, da el brazo a torcer, déjate amar! ¿¡Es que no vas a permitir siquiera que lo intente!? Pienso luchar por ti hasta ganar tu amor.

—¡Basta ya! ¡No vuelvas a mencionarlo o tendré que alejarme de ti! Si he venido hoy ha sido porque quería explicártelo, que no deseo una relación así contigo.

—¿¡Es que hay alguien más, estás enamorada de otro!?

—¡No, y si lo estuviera sería solo asunto mío, idiota! —chilló ella.

Se estaba enfadando, y él también. Kaitlyn se alejó para que no volviera a acorralarla y echó a caminar hacia los caballos; le tronaba el corazón y oía los pasos de Andrew tras ella rompiendo la nieve. Se detuvo, pero antes de que pudiese girarse para encararlo oyó el inconfundible sonido de una flecha. Elevó la vista hacia los árboles para ver a un par de guerreros con un tartán azul y negro encaramados en los árboles. Uno de ellos volvió a disparar y le impactó a Andrew en el brazo, si bien lo esquivó y solo fue un roce, la flecha pasó de largo.

—¡Kaitlyn, refúgiate tras los árboles, rápido! —gritó Andrew.

—¡Y un diablo! —negó ella y sacó la daga que llevaba en el costado de su bota.

—¡Maldita sea, muchacha, no puedo luchar y defenderte a la vez!

—¡No necesito que me defiendas!

Un grupo de guerreros apareció a su espalda, al otro lado del río, entre los árboles. Eran ocho y todos iban a caballo. Sus *feileadh mor*, igual que los de los tipos del árbol eran negros y azules, «Colquhoun», pensó Kaitlyn y elevó la daga para hacerles frente. Andrew sacó la espada y puso una postura defensiva, pensaba proteger a Kaitlyn. Los Colquhoun saltaron de sus caballos y cayeron sobre ellos. Kaitlyn chocó acero contra acero, no estaban por la labor de jugar, esos hombres venían en busca de sangre y su fuerza era mucho mayor que la suya. Chilló, furiosa, y se lanzó contra uno de ellos, moreno, alto y barbudo; pero este le arrancó la daga de un espadazo y Kaitlyn jadeó. El choque había impactado con tal fuerza en que casi le rompe el brazo. El guerrero le plantó un guantazo en la mandíbula que la derribó y la lanzó al suelo. Andrew, que luchaba contra dos hombres al mismo tiempo, gritó al ver que la joven caía sobre la nieve como una muñeca de trapo.

—¡Katt, corre, maldita sea! —rugió—. ¡No puedo con todos, vete!

—¡No voy a dejarte a su merced! —chilló ella.

—¡Que te largues, terca, vete ya!

Estaba a punto de rebatir cuando su atacante dio una nueva estocada y clavó la espada en el lugar donde Kaitlyn había estado un instante antes de no haberlo esquivado. Sabía que Andrew tenía razón, estaba estorbando: eran muy inferiores en número, dos contra diez, y ocho de sus rivales iban a caballo. Así que hizo lo que Andrew dijo, correr hacia los caballos y desatar a *Valerosa*: tenía que volver al castillo a pedir ayuda. Subió y espoleó a la yegua como alma que lleva el diablo.

—¡Evander, ahora! —oyó que decían.

Volvió la cabeza y vio que no estaba sola, uno de esos malnacidos la seguía a lomos de un frisón marrón , una bestia poderosa que flotaba sobre la nieve de lo rápido que iba. «¡Maldición, debo darme prisa, me está alcanzando!», pensó. Habían corrido durante varias millas y los caballos estaban al límite, pero su yegua, al ser purasangre, se cansó antes que el frisón, más fuerte y resistente. El *highlander* aprovechó la ventaja para ponerse en pie sobre la silla y saltar a la de Kaitlyn, derribándola en pleno galope. Rodaron pendiente abajo y la joven quedó encima de él medio enterrados

sobre la nieve; sonrió, era el momento de huir. Si bien la alegría no le duró mucho, apenas se había incorporado cuando él la sujetó de la muñeca y tiró de ella hacia abajo haciendo que chocara contra su pecho. Pasó la rodilla sobre su trasero e invirtió las posiciones para quedar encima.

—¡Ya eres mía muchacha, ríndete! —advirtió.

—¡Vete al infierno! —Le espetó.

Kaitlyn forcejeó, se resistió y trató de golpear sus partes nobles. Y él, cansado de su arrebato, sacó una cuerda del *sporran* y le ató las manos sobre la cabeza para furia de la joven, que rugió y le arañó en la mano mientras la amarraba. Evander, así se llamaba él a juzgar por las palabras de los otros, se levantó de golpe y la arrastró hacia arriba con fuerza, como si no pesara nada. Comenzó a caminar hacia su caballo tirando de ella.

—¡Suéltame, malnacido! —chilló Kaitlyn.

—Deja de resistirte, mujer, me estás hartando —dijo.

—¿Vas a matarme?

—Tsk, no. Si quisiera tu muerte no estaríamos hablando.

—¿Entonces que quieres, por qué nos atacáis? —insistió Kaitlyn—. Si buscas libras, mi laird puede pagarte, mi padre es amigo suyo y…

—No gastes aliento, no me importa el dinero de tu clan —contestó él—. Ahora, te voy a subir al caballo y te vas a comportar, ¿me has entendido?

—¿Y si no qué?

—Créeme, no quieres comprobarlo.

Kaitlyn entrecerró los ojos y el toque de diversión, ¿o era exasperación? en los claros iris azules de él le hizo sentir un escalofrío que la recorrió de los pies a la cabeza. Ese Colquhoun tenía los ojos más azules que jamás había visto, como un cielo despejado. Frunció los labios y se mordió el interior de las mejillas. ¿Quién era? ¿Qué ganaba con llevársela y atacar a Andrew? Oh, Dios, ¡Andrew! El pensamiento la alteró y se detuvo, logrando que el guerrero parara, arrastrado por ella, para mirarla enfadado.

—Te he dicho que te... —comenzó molesto.

—¡Hay que volver al río, mi amigo está en problemas!

Evander bufó.

—¿Amigo? Pobre diablo. ¿Es así como llama una MacLaren al hombre que le mete la lengua en la boca en medio del bosque? —se burló, entre irritado y divertido.

—¡Púdrete, cerdo, moriré antes que hablar contigo de él! —rugió Kaitlyn.

—Está claro que no vas a colaborar. Tú lo has querido, muchacha.

—¿¡Qué vas a…!?

Antes de que pudiera decir nada más, Evander la tomó por la cintura y la subió a la silla cual fardo; ni siquiera la sentó como a una prisionera. ¡La tumbó boca abajo como si fuera un saco de harina! Kaitlyn se movió furiosa, humillada y enfadada, pero el guerrero subió y se sentó tras ella sobre la silla. La acomodó sobre sus muslos para vergüenza de la joven, cuyo rostro chocaba con su musculosa pierna, cabeza abajo, dejando su trasero, su espalda y sus manos a su merced.

—¡Súbeme, desgraciado! —ordenó furiosa—. ¡Esto es indigno, eres un…!

—Sí, sí, un malnacido. Ahora cállate, fierecilla, tenemos prisa, ¿recuerdas? —señaló Evander y Kaitlyn rugió, logrando que le diera un cachete en el trasero y ella chillara aún más, roja como las brasas de una fragua—. ¡En marcha, *Suspiro*!

El frisón echó a trotar entre la nieve, y al ver que se alejaban y dejaban a *Valerosa* atrás, Kaitlyn volvió a revolverse sobre su improvisado y masculino asiento. «¡Mi yegua, no podemos dejarla aquí!», gritó, pero el guerrero la ignoró y espoleó al frisón para tomar el camino de regreso al claro de la cascada donde Andrew estaba luchando. A medida que se acercaban, Kaitlyn comprobó que el muy desgraciado no desviaba el rumbo ni una vez, como si se supiera de memoria el camino. «¿Nos han estado espiando?», dudó. «¿Desde cuándo están los Colquhoun en nuestro clan sin que nos hayamos dado cuenta?». No pudo pensar más en ello antes de que el tal Evander detuviera de golpe al caballo, logrando que su rostro chocara contra su pierna, y aprovechó para darle un mordisco que le sacó sangre. Furioso, el hombre rugió y la volteó para mirarla cara a cara.

—¡No vuelvas a hacer eso, te lo advierto! —amenazó.

Kaitlyn le escupió por respuesta, así que Evander tensó los músculos y cabalgó hacia el claro. Los Colquhoun caminaban hacia ellos; Kaitlyn se movió para ver qué pasaba y notó una figura ensangrentada en el suelo. ¡Dios, no, no, no! Era Andrew.

Evander se adelantó y detuvo al caballo junto al que parecía ser el líder del grupo.

—Callum, ¿qué ha pasado? Estás herido —señaló al notar que sangraba mucho por un corte en el hombro y una ceja que se había roto, ensangrentando su rostro y su barba.

—El desgraciado me ha herido, viviré —contestó Callum.

—¿Y el otro?

—Tío Donald ha sido vengado, nos vamos.

«Tío Donald ha sido vengado», decía. Eso significaba que Andrew había… ¡No!

—¡Andrew! —chilló Kaitlyn—. ¡Andrew! ¡Noooooo! ¡No, no, no!

—Evander, haz callar a esa maldita mujer, mierda, o lo haré yo —rugió Callum—. No quiero alborotos durante la huida, no debemos llamar la atención hasta la frontera.

—¡Hijo de perra, te haré pagar por esto! —lloró ella—. ¡Andrew era inocente!

Callum se acercó y la sujetó del pelo con tanta fuerza que los ojos le picaron por las lágrimas. Se sentía morir de culpa y rabia, y el moreno la forzó a mirarlo.

—¡Tu Andrew mató a mi tío, se ha hecho justicia, nada más! —rugió—. Ahora, si no quieres que te rebane el cuello silencia esa lengua, muchacha del demonio.

—Basta, Callum, suéltala, ya me encargaré yo de que no dé problemas —intervino Evander, y su gesto sorprendió a Kaitlyn, que no esperaba que la defendiera.

—¿Qué piensas hacer con ella?

—Voy a dar un rodeo, aunque tarde un poco más. No me arriesgo a volver con vosotros directamente a las tierras del clan Colquhoun, si os ven pasar y los MacLaren preguntan, mejor que los testigos digan que con el grupo de Colquhoun no iba ninguna mujer. No dudes que en cuanto el padre de la muchacha note su ausencia la van a buscar

—afirmó seguro—. Viajaré por las montañas con ella hasta llegar a la frontera del clan.

—¿Estás seguro? —dudó Callum—. ¿No te dará problemas? Parece una potranca sin domar, vas a tener que dormir con un ojo abierto.

—Podré vivir con ello —bufó Evander.

Callum sopesó la situación en silencio unos instantes mientras Kaitlyn lloraba. Después asintió y le soltó el cabello para darle una larga mirada a Evander.

—Buena suerte entonces, te esperaremos, padre se alegrará mucho de las noticias —dijo antes de volverse hacia el grupo, que habían acercado los caballos, para montar en el suyo, un enorme clydesdale blanco y negro—. ¡Volvemos al clan!

—Suerte, Evander —dijo otro, alto y calvo.

Kaitlyn lo recordaba, era uno de los que había estado en el ataque la noche del robo. Sus ojos se abrieron como platos y la situación cobró poco a poco sentido. Esos hombres eran los que habían tratado de robar en las cuadras durante la fiesta de *Hogmanay*. Y Andrew había matado a su líder. El hombre de pelo negro mencionó que su tío «había sido vengado». ¿Sería posible que quisieran…? Dios, no, por el amor de los *Fae*, no. Si buscaban venganza y se la llevaban, nada bueno saldría de allí. Solo tenía una alternativa, debía negociar con ese patán bárbaro que la había raptado, a ver si lograba convencerlo de liberarla.

Cuando hicieran un descanso lo intentaría.

Capítulo Tres



Por desgracia para ella, el ansiado descanso no sucedió. Su captor cabalgaba implacable por el sendero de piedras que bordeaba el río. Cuando los meandros se hicieron tan amplios que ya no había orillas por las que cabalgar y el prado cubierto de nieve invadía el paisaje, su travesía amenazó con empeorar. Evander detuvo al frisón un momento para pensar, Kaitlyn se giró como pudo para mirarle, agradecida por la pausa; de tanto cabalgar cabeza abajo se le estaba entumeciendo todo el cuerpo. ¡Y él seguía más fresco que una verdura! Tenía los ojos fijos en el horizonte, como si estuviese analizando.

—¿Te has perdido o qué? —cuestionó ella, irritada.

—En absoluto, sé perfectamente el rumbo que voy a seguir —contestó sin mirarla—. Estoy sopesando si aguantarás o no el agua helada, ha oscurecido y hace bastante frío.

«No puede estar hablando en serio», pensó Kaitlyn.

—¿Es que no piensas parar para pasar la noche? —cuestionó incrédula, y de pronto la realidad la golpeó como un jarro de agua helada—. ¿No irás a meterte en el río, no?

—Es justo lo que voy a hacer. Sé lo que planeas, muchacha, que pare en la orilla, encienda una hoguera y les dé pistas que seguir a los guerreros de tu clan. ¿Tan idiota crees que soy? Van a salir a buscarte en cuanto noten que no apareces, y apenas vean a tu amigo, la cosa se va a poner fea. Usarán perros de presa para rastrearte, y no voy a ponerles las cosas en bandeja. Te lo aviso, si estabas esperando que te haya raptado un necio tus esperanzas han caído en saco roto.

—El río está helado, ¡sufriremos hipotermia! —insistió Kaitlyn.

—Tendrás que aguantar, nos calentaremos después, cuando haya puesto bastante distancia entre Balquhidder y la frontera de los MacGregor. Ahora cállate y ahorra aliento, vas a necesitar esa fuerza para resistir el agua helada —cortó Evander.

—No pienso ceder en nada, malnacido, quizá te creas muy listo, pero no lo eres. Pagarás lo que habéis hecho, haré que sufras cada maldito segundo que me tengas cautiva. Huiré y te atraparán, lo juro.

—¿Es una amenaza?

—Una promesa.

Evander soltó una carcajada, la primera que sonaba despreocupada, sincera y alegre desde que Kaitlyn lo conocía. Espoleó al caballo y comenzó a trotar hacia el agua. El río bajaba muy crecido debido a las nieves y las lluvias del invierno, había mucha corriente y pequeños saltitos de agua salpicaban la superficie. El Dochart era un torrente profundo, al menos dos o tres metros, y se abría y crecía a medida que se alejaba de las montañas. En cuanto el caballo se hundió en el río y el agua helada golpeó a Kaitlyn, soltó un grito; el frío se le clavó en el cuerpo como mil agujas punzantes. Pero eso no fue lo peor, sino que, a medida que avanzaban su cabeza se hundía; de seguir así lo pasaría realmente mal.

De pronto sintió que un brazo duro como el hierro la cargaba y se vio a sí misma arrastrada hacia arriba, para caer patéticamente sobre el pecho de su captor entre toses. La melena se le había empapado y pegado a su rostro y sus pechos, tenía las mejillas pálidas y las pestañas le goteaban. ¡Malnacido! Miró a Evander con furia, había sido él quien por propia voluntad la había sentado contra él, quizá temiendo que se ahogara. Pero para sorpresa suya, el guerrero se

alejó del centro del río hacia la orilla opuesta, donde el agua cubría menos, por alguna razón que Kaitlyn ignoraba. Tosió para calmar su garganta, pero a pesar de su agotamiento se negó a recostar su peso sobre él, cuyo pecho permanecía seco y caliente bajo las capas de lana del *plaid*.

Así pasaron las siguientes cuatro horas. La medianoche debía haber pasado hacía poco, a juzgar por la posición de la luna en el cielo. Miró el paisaje, en la oscuridad no podía decirlo con certeza, pero las montañas que cobijaban su clan habían quedado atrás y los bosques se abrían ante ellos; eso solo significaba una cosa, estaban llegando a los límites de su territorio. Un escalofrío le recorrió la espalda, no supo si por miedo o cansancio. Estaba agotada, agarrotada y helada; le dolía todo el cuerpo, le ardían las manos donde las cuerdas rozaban sus muñecas, pero se negaba a ceder y suplicar ayuda. Como si le hubiese leído la mente, el hombre aflojó el paso y sostuvo las riendas con una mano, alzando la otra para recorrer su cintura y su costado. Kaitlyn trató de alejarse, pero Evander no se inmutó y le coló la mano en el escote para palpar su piel.

—Bastardo… saca de ahí la mano o juro por Dios que te la cortaré —gruñó ella.

—No dudo que lo harías, fierecilla, y me encantaría verte intentarlo —dijo él—. Farfulla todo lo que quieras, mientras sigas sentada en este caballo te tengo a mi merced.

No hubo nada sexual en su toque, no le acarició los pezones ni le mesó los pechos, tan solo la tocó y dejó allí un instante la mano para sacarla un instante después. Kaitlyn sintió que le ardían las mejillas, su palma estaba caliente como una brasa y, para su horror, le había gustado el tacto de sus dedos encallecidos contra su piel.

De pronto Evander cambió el rumbo y guio a su bestia al oeste, a las colinas que se abrían en el horizonte, cada vez más cerca de la frontera con el clan MacGregor. Notarlo la sorprendió, el clan Colquhoun estaba al sur, y él se dirigía al oeste en vez de hacia su hogar. ¿Por qué? No pensaba preguntárselo ni abrir la puerta en su cabeza a deducir lo mismo que ella, puesto que aquello le brindaba una ocasión de escapar que tal vez el guerrero ignoraba. Cuanto más

se acercasen a los MacGregor más fácil le resultaría a Kaitlyn encontrar ayuda.

La realidad era que Evander lo sabía, pero estaba preocupado por ella. La joven estaba helada, helada de verdad, tal vez cabalgar río abajo no había sido la mejor de las ideas. Él hubiese podido soportarlo, pero la muchacha tenía la piel fría como el hielo y el pulso errático. Ni siquiera se molestaba ya en protestar. Si no la calentaba pronto perdería la consciencia y se desmayaría para jamás despertar.

—Vamos a parar a comer y entrar en calor —anunció Evander—. En esas lomas de ahí delante encontraremos refugio, encenderé una hoguera y podrás descansar.

—¿Y qué hay de ti, no necesitas descansar? —se burló ella, la voz le temblaba.

—No descansaré hasta que no nos considere a salvo, ni tampoco pegaré ojo dejándote un arma al alcance. No te confundas porque te haya salvado antes del agua, muchacha, no confío en ti.

«No confío en ti», decía. Kaitlyn apretó los puños, por supuesto que no.

Ella tampoco confiaba en él; por eso sabía que cualquier intento de revelarse sería en vano. Y una idea acudió a su cabeza. Estaban muy cerca del clan MacGregor; tal vez laird Robert enviase algún mensajero para pedir ayuda, y por fuerza tendrían que pasar por ese camino. Debía dejar alguna pista, así que, aprovechando que Evander no la veía por detrás, se sacó con los dedos el único anillo que llevaba, un aro de plata sencillo con una perla engarzada, el anillo de soltera de su madre, que arrojó al suelo con la esperanza de que alguien lo viera y supiera que estaba allí. Sonrió internamente, aquello iba a funcionar, lo sabía. Eso estaba pensando cuando Evander tiró de las riendas y alzó la mano para cubrirle la boca, Kaitlyn se revolvió.

¿¡Qué diablos le pasaba ahora!?

—Guarda silencio, he oído algo —dijo Evander.

En vez de obedecer, Kaitlyn hizo lo contrario: trató de chillar y le mordió los dedos, logrando que Evander siseara y apretara el agarre. Oyeron unas pisadas alejarse, un jinete solitario, y cuando se hubo

alejado del todo Evander la soltó. Enfadado, bajó del caballo y la arrastró con él, no pensaba dejarle las riendas de *Suspiro* ni loco.

—¿¡Qué diablos te crees que haces!? Si digo que guardes silencio, muchacha, guardas silencio —exclamó enfadado—. ¡Si vuelves a hacer un numerito como ese lo único que vas a lograr es provocar un enfrentamiento y que tenga que matar a alguien!

—¡O que te maten a ti, hijo de chacal! —contestó Kaitlyn.

El *highlander* elevó la mirada de golpe, como si no hubiese esperado aquel insulto.

—No se te ocurra volver a faltarme el respeto, ni a mí, ni a mi padre —advirtió, y lo hizo con un tono tan serio y calmado que Kaitlyn tragó saliva; se había venido arriba—. Ahora, camina, no vamos a esperar.

—Pero antes has dicho que iríamos a las colinas…

—E iremos. Así que, caminando, fierecilla.

«Si vuelve a decir fierecilla una vez más juro que lo mato», pensó Kaitlyn furiosa. Se le arrebolaron hasta las orejas, pero hizo lo que él decía y echó a andar. El movimiento la ayudó un poco con el frío, pues había dejado de sentir los dedos de las manos. El cabello empapado le pesaba una tonelada y el vestido no ayudaba. A dos pasos de ella, Evander tomó las riendas de *Suspiro* y bajó la cabeza para acariciarle el flanco, había cabalgado durante horas y se merecía un respiro. Entonces algo llamó su atención en el suelo, un brillo plateado entre el verde de la hierba; se agachó para ver que era y notó un anillo. Un anillo que, de hecho, ya había visto… en el dedo de su condenada y rebelde invitada. Lo recogió y se lo guardó en el *sporran*, no sabía si estaba enfadado, irritado, divertido o sorprendido por tan burdo intento de fuga. Esa muchacha, Kaitlyn MacLaren era una caja de sorpresas: valiente, respondona y de corazón fogoso. Le gustaba su espíritu rebelde.

Pero debía darle una lección que le dejara bien claro que no estaba jugando: obedecería la petición de su padre y la llevaría a salvo hasta el castillo de Dunglass. Jueguecitos como ese del anillo podían meterle en problemas. Apretó el paso para darle alcance, y una vez a su altura se centró en buscar un refugio. Sabía que en zonas como esa debía haber alguna cueva, así que buscó y buscó

hasta notar un agujero en la ladera de una de las lomas. Sonrió, agradeciendo al cielo su suerte y los condujo hasta allí. Una vez dentro ató las correas de *Suspiro* a una roca y rebuscó en la alforja, un pequeño fardo de ramas que depositó en el suelo para hacer una hoguera.

—Veo que lo tenías todo pensado, dado que incluso has traído leña —señaló ella.

—Sí, tenía pensado llevarte conmigo, pero no te creas tanto, MacLaren, siempre llevo leña cuando hago viajes largos en invierno: regla primera del explorador, nunca pierdas el calor o morirás —contestó Evander sin mirarla, mientras colocaba la leña en circulo para dejar un poco de yesca debajo y encenderla con el pedernal—. Lo sabrías si hubieses salido algo de tu bonito castillo.

—¿¡Cómo te atreves!? Ni siquiera me conoces, no eres nadie para insinuar si he salido o no de mi hogar, ¡no sabes nada de mí!

—Cierto, no lo sé, lo he supuesto por tu aspecto. Además, tú misma me has dicho antes que tu padre es amigo de laird Robert MacLaren, así que no eres una pueblerina.

Kaitlyn abrió la boca para replicar, pero lo pensó mejor y volvió a cerrarla. Se ruborizó, era cierto que lo había dicho. Como si notara que se había sonrojado, Evander se volvió a mirarla con una sonrisa. La llama había prendido y ardía con calidez, así que se puso en pie y la miró.

—He dado en el blanco, ¿no es eso? Eres la niña de papi, por eso te molesta que lo diga —insistió Evander, pero la joven no contestó—. Bien, no hables, ni falta que hace, tus gestos hablan por ti. Ahora, deja de hacerte la digna y acércate al fuego, estás al borde del colapso y me niego a perderte por un remilgo tuyo.

—Sé cómo sobrevivir, Colquhoun, no hace falta que me alecciones —dijo Kaitlyn y cruzó la distancia que la separaba de la hoguera para sentarse frente a la lumbre y extender las manos; el calor era reconfortante—. ¿Qué piensas hacer conmigo?

—Nada, me han ordenado que te lleve a Dunglass y eso haré.

Aquello desconcertó a Kaitlyn, que alzó la mirada para encontrar la de él, azul contra gris claro. Si no tenía un objetivo con ella, ¿qué diablos hacían allí?

—¿Por qué yo? —dudó—. Ni siquiera nos conocemos…

—No me corresponde a mí explicártelo. Basta con que sepas que tienes una deuda que saldar con mi clan y es tu destino cumplirla; hasta entonces eres mi prisionera.

«Así que la deuda no es con él, tal vez pueda convencerlo… debo intentarlo», pensó Kaitlyn y se mordió los labios. Debía ser inteligente, jugar bien sus cartas.

—Tengo hambre —dijo de pronto, y su tono fue más amable.

—Bien, espera, tengo carne, queso y pan dulce en la alforja; los asaremos al fuego y después te dejaré un *feileadh mor* para que descanses. Debes dormir, el viaje será largo —afirmó Evander.

—Gracias.

El *highlander* no respondió, se limitó a asentir y se alejó de ella para rebuscar en la bolsa que cargaba su caballo. Regresó un minuto después con un paquetillo de tela, una hogaza de pan y un trozo de queso de oveja; no había platos ni cubiertos, así que Kaitlyn supuso que tendrían que comerlo en un bocadillo. Mientras Evander dividía las porciones, Kaitlyn le observó. Era un hombre muy gallardo, joven, rondaría la treintena. Su barba y cabello eran de un suave tono miel claro, un rubio manchado con toques marrones. Lo llevaba largo por media espalda, y lo apartaba de su rostro con un pequeño moñito. Era alto, y un mar de pecas le recorrían el rostro y los brazos. Si bien, lo que más llamaba la atención de él eran sus ojos, de un claro azul celeste frío como el hielo invernal.

Se notaba que era un guerrero muy activo por su porte fibroso y sus músculos, pero a pesar de todo no era un bruto sin seso; tenía lengua afilada y respuesta rápida, había inteligencia en esos ojos claros, así que decidió lanzarse y probar suerte.

—Oye, eh…

—Evander —completó él.

—Evander. Mira, sé que no hemos empezado con buen pie, y sé que te han ordenado que hagas esto por algún motivo que ignoro, pero sabes, o intuyes en el fondo de tu ser que en realidad está mal —dijo Kaitlyn—. Yo no le he hecho nada a tu clan, jamás he cruzado palabras con los Colquhuoun, es imposible que tenga una deuda con vosotros.

—Eso es lo que tú piensas; las deudas de sangre se pagan.

—Si se debe al ataque de la noche de *Hogmanay*, yo no pretendía que muriera nadie.

Evander la miró, tenso, pero no dijo nada, así que ella continuó.

—Te vuelvo a decir lo mismo, no tienes por qué hacer esto —dijo —. No sé qué crees que he hecho, pero si me llevas de regreso a Balquhidder, laird Robert te pagará bien. Soy su protegida, me encargo de administrar sus cuentas, es tan querido para mí como lo soy yo para él.

—Así que me ofreces dinero por tu libertad —comentó Evander—. ¿Qué más?

—Lo que tú quieras: caballos, o cereales, incluso animales, si no pides muchos. Hablaré por ti y juro que no te culparán de la muerte de Andrew; de hecho, eres inocente, no estabas allí cuando esos brutos lo asesinaron, yo soy testigo de que estabas conmigo.

—¿Y si pidiera una esposa? Tal vez te desee a ti, muchacha.

Kaitlyn se quedó muda, no podía estar siendo serio, ¿verdad? Cuando Evander le ofreció un trozo de pan con queso lo tomó, mientras él colocaba la carne al fuego.

—Yo no estoy en venta, Evander Colquhoun —declaró.

—Tampoco lo estoy yo, muchacha. No me insultes ofreciéndome tonterías, la sangre no se compra con libras, ni tampoco la libertad —escupió Evander irritado—. El hombre que murió era mi tío, así que ni sueñes conque te voy a liberar.

—¡Pero soy inocente, yo no levante la espada!

—Mala suerte, jodiste con quien no debías al alertar a la guardia; entre los míos el honor y la lealtad lo son todo, así que no me vas a insultar pensando que aceptaré tus sobornos. Ahora cállate y come, como he dicho, el viaje es largo y vas a necesitar fuerza.

—No pienso comer nada —dijo Kaitlyn.

—Comerás.

Kaitlyn le fulminó con la mirada, pero Evander era tan duro e inflexible como una espada recién templada. La rabia le corrió por las venas, ¡maldito fuera ese hombre! A un bruto se le podían perdonar sus errores, a un peón sin seso que cumplía las ordenes de su laird;

pero Evander era inteligente y sabía de sobra lo que hacía. ¡Maldito fuera!

—¡Vete al infierno, hijo de perra, moriré de hambre antes que obedecerte! —chilló.

—Te advertí que no volvieras a insultarme —dijo Evander—. Si no quieres comer, sea, no comerás. Ya te entrará el hambre, eres tenaz, fierecilla, pero yo lo soy aún más.

Antes de que lo viera venir, Evander se levantó y le arrebató el queso y el pan para volver a guardarlos en la alforja y acuclillarse de espaldas mientras terminaba la cena. El aroma a carne de cerdo asado le hacía la boca agua, pero por los *Fae* que no comería. Sus tripas rugieron y, como si lo hubiese oído, el hombre se sentó y comenzó a comer frente a ella un trozo de lomo especiado. Se veía jugoso y tierno, se deshacía entre sus labios, que Kaitlyn se había quedado mirando como tonta, mojados por la grasa de la carne y brillantes a la luz de la hoguera. Evander sonrió. Esa mujer era una potra sin domar, como dijo Callum, pero había dado con él. Le esperaba un viaje largo… y viendo como era su huésped, agotador.

Que esperara su padre, pronto le llevaría su prisionera.

Capítulo Cuatro



El día llegó demasiado pronto, pensó Kaitlyn. Había pasado la noche en vela acurrucada junto a las llamas y muerta de frío, temerosa de que ese malnacido pudiese aprovecharse de ella mientras dormía. Si tantos deseos de venganza tenía, quien sabía lo que podía llegar a hacerle. La tensión había alcanzado su punto álgido en un momento cercano a las tres de la madrugada: Evander la ignoraba con determinación, y ella le fulminaba la nuca con los ojos deseando traspasarle el cuello con una daga. Como si lo notara él se volvió y echó otro puñado de leña al fuego para sentarse de frente y sostenerle la mirada como si la retara a decir algo. Sus ojos azules la traspasaban hasta el alma y las mejillas se le arrebolaron; por supuesto que no dijo nada, él notó su enfado y la irritó aún más con una ligera sonrisa torcida… pero no se acercó. Finalmente, su cuerpo se había rendido al frío y al cansancio cercano el alba, cayó de lado sobre la incómoda roca del socavón y durmió de mala manera.

Despertó cuando un vaso de agua helada le fue arrojado en la cara; chilló, para encontrarlo acuclillado a su lado con expresión de fastidio. Kaitlyn se incorporó furiosa.

—¿¡Qué diablos crees que haces!? —gritó.

—Despertarte, te he llamado tres veces y no te has inmutado; cuando te he tocado en el brazo me has soltado un gruñido e ignorado, así que he tomado medidas —contestó él y se levantó también para dirigirse hacia su caballo—. Aséate y orina ahora si lo necesitas, no vamos a parar en un buen tramo.

«¿Y la comida?», pensó Kaitlyn. No le había ofrecido desayunar, pero notó los restos de un cuenco para hervir infusión de manzanilla, aún se olía el aroma en el aire. Sentía tal hueco en el estómago que podría encontrar oro si su hambre seguía excavando.

—¿Qué hora es? —preguntó para tantear el terreno.

—Cercanas las siete, has dormido tres horas hasta que te he despertado.

—¿Y has comido ya?

—Pan dulce y una infusión; también tengo *shortbread* para el camino, pero, por supuesto, sé que tú no comerás nada —bufó él mientras recogía las cosas y comenzaba a guardarlas en el morral—. ¿Cómo era lo que dijiste anoche? «Moriré de hambre antes que obedecerte», era así, ¿no?

—Púdrete —gruñó Kaitlyn.

Evander se rio y desató las riendas de *Suspiro*, que había atado a una roca para subir de un salto y ofrecerle la mano a la joven, que le miró con el ceño fruncido desde abajo. El guerrero puso los ojos en blanco, pero no se movió de la silla.

—¿Qué va a ser, muchacha, subes, o me obligas a bajar y subirte? No hay tiempo que perder, así que decídete de una bendita vez —inquirió sin perder el toque de diversión, aunque había un claro fastidio en su tono de voz.

—Si no acepto, ¿me cargarás como un fardo otra vez?

—Sí.

—¿Me mantendrás atada?

—No me has dado motivo para hacer otra cosa, así que sí, Kaitlyn, seguirás atada hasta que lo estime oportuno. ¿O has olvidado tu promesa de fugarte?

Kaitlyn frunció los labios y no dijo nada, le costaba contenerse, así que asintió.

—Subiré, pero ni se te ocurra tocarme de nuevo o juro que te lo haré pagar.

—Atrévete a intentarlo y veremos quien puede más, fierecilla —contestó él.

La joven tensó los músculos de la mandíbula antes de pasar el pie por el estribo y subir a la silla para quedar sentada delante. Evander había perdido el toque de diversión, estaba serio, y aquello la puso nerviosa. Intentó poner distancia entre sus cuerpos, lo que menos le apetecía era sentir su duro pecho y su hombría rozándole el trasero. Él lo notó, pero no hizo nada por acercarla, si iba a ser terca, allá ella. Su larga melena negra ondulada se había secado durante la noche y el viento lanzaba hebras con aroma a lilas contra su rostro. Contuvo un suspiro, resignado a aquella situación. Mientras dormía la había estado observando, Kaitlyn MacLaren era una mujer preciosa: de piel clara y pecosa, ojos grises y cabello oscuro y frondoso. Su cuerpo era grácil, rectilíneo y fibroso —sin duda a causa de trabajar y cabalgar—, aunque sus pechos se intuían redondos, tiernos y apetecibles bajo el vestido, ni muy pequeños ni grandes. La deseaba, descubrió.

Deseaba verla desnuda y comprobar si las pecas que tanto le gustaban se extendían por su escote y pintaban también su busto y su abdomen; cabalgar con ella iba a resultar duro, ese fuego de pelea innato en ella le encendía y despertaba al guerrero que había en él. Pero no se aprovecharía de una mujer por muy enemiga que fuera: era una de las cosas más básicas de su carácter de *highlander*, una mujer era sagrada y jamás la forzaría o yacería con ella sin que esta lo quisiera. Se limitaría a soportar sus amenazas hasta llegar a Dunglass, donde la entregaría a su laird y se olvidaría de ella para siempre.

***

El mediodía pasó y la tarde llegó, tan encapotada como fría. El aguacero no se había detenido ni un instante, gruesas cortinas de lluvia sacudían las Highlands y empapaban a la pareja, que cruzó la frontera del clan MacGregor para adentrarse en las tierras del clan

Buchanan. Evander redujo el paso, debía ser cuidadoso y tener mil ojos, estaban a pocas millas del clan MacFarlane, aliado de los MacLaren y enemigos acérrimos de los Colquhoun. Decidió cabalgar directo a las montañas para pasar la noche a resguardo; el día siguiente correría como loco a las tierras de su clan, tres días bajo la lluvia helada y sin comer serían demasiado para Kaitlyn. Su prisionera había permanecido en un sorprendente silencio durante el viaje, y aquello le puso alerta: podía estar débil, pero bien podía estar fingiendo.

—¿Ves esos acantilados? —preguntó Evander, pero Kaitlyn se negó a responder—. El río que estamos siguiendo nace allí, hay una red de cuevas profundas que se adentra en la montaña; ese es nuestro destino. Nos refugiaremos y pasaremos la noche allí.

De nuevo, Kaitlyn guardó silencio.

—Miraré las rozaduras de tus muñecas cuando estemos a resguardo junto al fuego. Hasta entonces, trata de no echarme muchas maldiciones; si muero repentinamente temo que lo vas a pasar mal, si te atrapan los MacFarlane no serán tan considerados como yo.

—No hables de los MacFarlane —gruñó Kaitlyn.

—¿Por qué, acaso los conoces? —se sorprendió Evander.

—Los conozco muy bien, mi mejor amiga es la esposa del hermano de su laird, son aliados de mi clan. No puedes ni soñar con compararte a la nobleza y gentileza de Caden MacFarlane y laird Gareth; ellos si son *highlanders*, no perros sin honor como tú.

—¡Cuanta devoción! Por como hablas de él, parece que estás enamorada del tal Caden —bufó Evander—. ¿He dado en el blanco, fierecilla, se te mojan los muslos pensando en ese bufón?

—¡Vete al diablo, no me insultes! ¡No me conoces en absoluto! —chilló Kaitlyn—. ¡Jamás le haría algo así a una amiga! Solo me he limitado a resaltar los valores de ese hombre, que luchó con uñas y dientes por la mujer que ama. Los MacFarlane no necesitan raptar mujeres como hacéis vosotros, hijos de perra sin sentimientos.

Aquello molestó a Evander, que apretó el paso y acercó el rostro al oído de Kaitlyn. No supo por qué, le enfureció el hecho de que ensalzase a esa gente, los tenía endiosados sin conocer cómo eran.

Para los Colquhoun eran peores que la peste, y algo se removió dentro de su pecho al oír nombrar al tal Caden; si bien no lo llegó a entender.

—Deja que te cuente algo de los MacFarlane; crees que son *highlanders* de honor, pero no son mas que traidores —escupió.

—¡Mentira! Un MacFarlane nunca falta a su palabra —insistió ella.

—¡Silencio, muchacha! Te contaré una historia que te abrirá los ojos sobre los malditos MacFarlane. Hace siglos, mucho antes de la llegada de los *sassenach* a Escocia, hubo un tiempo en el que los clanes vivían en paz. En aquel entonces todos los escoceses adoraban a los antiguos dioses y servían a la diosa madre Cailleach.

Kaitlyn aguardó, le gustaban esas historias de linajes del pasado. Y aunque no creía que fuese a cambiar nada su opinión escuchó atenta.

—Vivíamos en paz, MacFarlane y Colquhoun, como clanes hermanos, hasta que comenzaron a llegar a las Highlands hombres del sur. Primero vinieron sus monjes a intentar convertirnos, pero cuando fracasaron, llegaron guerreros cristianos, que arrasaron las aldeas y destruyeron los altares. Los clanes se unieron para hacer frente a los invasores y expulsarlos, pero fuimos traicionados. El laird Darach MacFarlane, que había jurado luchar junto a sus hermanos, abandonó a los dioses de sus ancestros y se convirtió al cristianismo. Nos dejó solos en la batalla cuando mas los necesitábamos y los Colquhoun fueron masacrados. Nos vimos obligados a huir y refugiarnos en las montañas para seguir adorando a los verdaderos dioses en secreto. Laird Greig Colquhoun juro odio eterno a Darach y a sus descendientes, y desde entonces somos enemigos de los MacFarlane.

—Pero eso sucedió hace siglos… Incluso si así fue y ellos iniciaron el conflicto, ¿qué sentido tiene seguir enfadados ahora?

—La palabra de un *highlander* es sagrada, quien la rompe no tiene honor.

—Los que rompieron su palabra son huesos y polvo desde hace mucho tiempo, y los ofendidos también han dejado este mundo. Yo creo que deberiais aprender a perdonar las afrentas del pasado. Si

no, mira como laird Gareth olvidó su enemistad con el clan Graham y ahora es buen amigo de laird Lachlan.

—Suficiente, no quiero seguir oyéndote hablar de esos traidores.

«Los MacFarlane». Algo quemaba dentro de él con solo oírlos nombrar. Y no sabía qué era, pero era una pasión muy fuerte: No era solo odio, ¿miedo tal vez? No lo entendía, pero le dolía la cabeza cuando intentaba aclararlo, así que lo apartó de sus pensamientos. No volvieron a cruzar palabra hasta que, tal como había señalado Evander, alcanzaron la base de los acantilados. Allí parecía llover menos; el bosque rodeaba la montaña y llegaba hasta la entrada desviando la mayor parte de la lluvia. El río, que allí era apenas un arroyuelo de un palmo de profundo, se adentraba en la roca y desaparecía en la oscuridad, así que Evander bajó de la silla y tomó las riendas para conducir a *Suspiro* al interior de la cueva más cercana por un tramo seco. Kaitlyn se agachó, la entrada no era tan alta y a lomos del frisón le rozaba la cabeza. Cabalgaron unas decenas de metros hasta que el guerrero se detuvo y ató las correas a una estalactita antes de tomar a la joven de la cintura para sentarla en el suelo.

—Voy a buscar leña, me quedé sin ella ayer por la noche —anunció—. Te curaré las rozaduras a la vuelta, cuando haya encendido el fuego. Ah, y te aconsejo que no trates de escapar, le he hecho un nudo triple a las riendas de *Suspiro*, jamás lo desharás con las manos atadas, solo perderás el tiempo y la paciencia.

La joven le fulminó con la mirada, así que Evander se puso en pie y echó el faldón del *feileadh mor* sobre su cabeza para resguardarse un poco antes de salir de la cueva y dejarla sola. Kaitlyn suspiró y se dejó caer hacia atrás; estaba molida, le dolían cada músculo y cada hueso del cuerpo. Si ese condenado supiese que no podía escapar ni aunque quisiera… tenía tal hambre que creía que se desmayaría, y sus brazos quemaban de estar atados en la misma posición. En vez de tratar de huir, se hizo un ovillo y lloró.

***

Evander regresó una hora más tarde calado hasta los huesos y con un fardo de leña bajo el *plaid*. Le había costado horrores encontrar madera seca y no quería alejarse demasiado, por si a su querida «invitada» se le ocurría la gran idea de escapar otra vez. Al llegar a la cueva la encontró silenciosa, así que se adentró y vio que todo estaba tal como lo había dejado: *Suspiro* atado a la roca y la joven acurrucada como un ovillo, profundamente dormida. Evander se acercó, no estaba fingiendo: estaba dormida. Suspiró y dejó el fardo de leña a su lado para quitarse el *feileadh mor* y la camisa mojadas y ponerse algo seco. No lo admitiría ante ella, pero estaba agotado, el cansancio también le estaba pasando factura, llevaba dos días sin dormir y su cuerpo se estaba resintiendo. Así que se echó encima un *plaid* nuevo y se descalzó para hacer una hoguera y secar sus botas.

Dejó descansar a la joven, lo necesitaba, y esa tranquilidad le dio tiempo para organizar las cosas; sacó ropa seca para ella y carne fresca para asar. Sacó un cuenco y puso agua a hervir para hacer un caldo caliente y un poco de infusión; Kaitlyn era terca, pero no podía pasarse tres días completos sin comer o terminaría muriendo. Comería lo quisiera o no.

Fue el olor de vegetales y cerdo asado lo que la despertó, el celestial aroma le inundó la nariz y gimió un poco, el estómago le dolía, ya no sentía hambre, solo un vacío sordo. Abrió los ojos y miró a su alrededor, estaba en esa cueva del infierno con su *Demonio de Ojos Azules* particular removiendo un cuenco de hierro lleno de lo que parecía ser ¿¿guiso de costillas, zanahoria y setas?? Se incorporó de golpe y le miró, gesto que él devolvió; se miraron a los ojos y Kaitlyn se negó a apartar la suya. Quería ganar ese duelo, así que Evander sonrió y bajó la suya hacia su cuerpo, logrando que la joven se sonrojara hasta las orejas. Trató de cubrirse un poco el escote con la mano.

—¿Qué crees que miras, pervertido? —acusó ella.

—A ti. Estás mojada como una lubina recién pescada, deberías desnudarte y ponerte algo seco, te he dejado ahí un *feileadh mor* mío; no es un vestido, pero es mejor que nada —contestó él.

—¿Y lo dices con semejante descaro? Ni en sueños me voy a desnudar delante de ti, antes cabalgo hasta tu clan calada hasta los

huesos que complacerte.

—Oh, y lo harías, estoy seguro, eres tozuda como una mula; pero si pasas otra noche empapada vas a despertar con fiebres, y eso sí que me supone un problema. Cámbiate, no te lo volveré a pedir.

—¡He dicho que no! —exclamó Kaitlyn más roja que una brasa—. ¡No me tocarás! ¿Qué esperabas, que te pusiera las cosas en bandeja? ¡No seré una más de las que te beneficias!

—Cálmate, muchacha, no hay nada bajo tus faldas que no haya visto y tocado mil veces —resopló Evander, y de repente se puso serio—. No tienes que temer nada de mí, si quisiera yacer contigo a la fuerza, lo habría hecho hace mucho. No soy un monstruo sin alma, Kaitlyn MacLaren, no te voy a tocar, no me interesas.

Su respuesta alteró a la joven, que sintió que le daba un vuelco el corazón. «No te voy a tocar, no me interesas». Cielos, debería sentirse aliviada, y en vez de ello se sintió dolida, herida. ¿Por qué no quería tocarla, es que acaso era tan horrible y poco deseable? Era consciente de que se había descuidado a sí misma en favor de cuidar a su hermana, de que no tenía los pechos tan grandes o turgentes como otras mujeres, pero su rostro era agradable ¿cierto? Sintió que los ojos le picaban por las lágrimas, pero se negó a dejar que él viera que su respuesta le había afectado.

En vez de ello se levantó, y en un arrebato se desabrochó el vestido y dejó que cayera a sus pies para quedar en enaguas: combinación blanca de algodón hasta las rodillas, corsé y polainas. No llevaba medias, solo unos calcetines cortos de lana, así que sus piernas quedaron a la vista. Evander la miró, esa mujer era una caja de sorpresas. ¿Por qué se desnudaba, cuando hacía un minuto le había gritado que no lo haría? Cuando comenzó a quitarse el corsé la miró a los ojos: Kaitlyn estaba roja, agitada y tensa, pero un fuego ardía en sus ojos y en su pecho que a Evander le gustó: desafío, le estaba retando. Devolvió el gesto observando su figura medio desnuda de arriba abajo. Era alta, de piernas largas y esbeltas. Sus caderas eran estrechas, y su busto, tal como intuyó, agradable. No le notó los pezones, así que algún tipo de tela llevaba bajo la combinación. Su rostro era precioso, barbilla redonda, labios arqueados y nariz pequeña.

Cuando llegó a sus ojos grises se miraron en un nuevo duelo, y Kaitlyn elevó el mentón con orgullo. Entonces tomó el vestido y lo extendió frente a las llamas para secarlo, pero no se acercó al *plaid* que él le había ofrecido. Se sentó junto a la lumbre y cruzó las piernas.

«Tozuda… prefiere helarse que cubrirse con mi manto», pensó él.

—Comerás. Hay guiso y chuletas de cerdo, no voy a dejar que mueras de inanición, así que por tu bien te lo advierto: come o te haré comer yo —dijo Evander—. ¿Qué va a ser, muchacha?

—Comeré, no soy tan necia como piensas, maldito, no me dejaré morir de hambre —contestó Kaitlyn.

—Sabia elección, necesitarás fuerzas si quieres volver a intentar escapar, ¿no? Ten, plato y cuchara —ofreció Evander, y Kaitlyn notó que no le ofrecía un cuchillo.

—Gracias.

El guerrero asintió y comieron sumidos en sus pensamientos. La cena le sentó a Kaitlyn como gloria bendita, tenía tanta hambre que devoró dos platos de estofado y cuatro chuletas ella sola; y cuando Evander le tendió un puñado de frutos secos y galletas, lo aceptó. Después de llenarse el estómago se sintió mucho mejor, como si su cerebro necesitara ese sustento para funcionar. Debía pensar un nuevo plan, ya que el primero no había funcionado. Tenía claro que debía volver con su familia, con su hermana y con su padre. Por ellos sobreviviría como fuera, incluso si eso era obedeciendo al «*Demonio de Ojos Azules*», como desde ahora pensaba llamar a Evander en el refugio de su corazón.

Lo miró, estaba recogiendo los enseres —que primero había limpiado en el río—, y como si notara que la estaba observando, se volvió.

No supo que vio al mirarla, pero se acercó y se arrodilló frente a ella; elevó la mirada y la clavó en la suya, sus iris celestes le traspasaron el alma. A Kaitlyn se le secó la boca, y su corazón dio un vuelco cuando él alzó la mano y le acarició la mejilla para colocar un mechón despeinado detrás de su oreja. Entonces, para sobresalto de Kaitlyn, le tomó el mentón con dos dedos y la acarició con tal dulzura que sintió que todas sus terminaciones nerviosas revoloteaban.

—¿Puedo fiarme de ti, muchacha? —preguntó Evander.

—Jamás. Soy tu enemiga y tú el mío, nunca podrás fiarte de mí, Evander Colquhoun —contestó ella, y su voz sonó más firme de lo que se sentía.

Evander sonrió.

—Me gusta el fuego que arde en ti, eres valiente, y eso lo respeto —dijo—. Seré más claro, para que no haya confusiones: ¿si te libero de las ataduras tratarás de matarme mientras dormimos? Sabe que, si intentas matarme y escapar, ya es tarde para eso, los del clan Buchanan son enemigos de los MacLaren, si te pillan en sus tierras lo pasarás mal.

—No trataré de matarte.

—¿Tengo tu palabra? —insistió Evander sin dejar de mirar sus ojos.

—La tienes.

—Muy bien, entonces vamos a curarte las manos.

Bajo la atenta mirada de Kaitlyn, Evander sacó una daga de su cinturón y le cortó las cuerdas; entonces vieron el alcance de sus heridas. Las cuerdas le habían rozado la piel hasta enrojecerla y pelarla por partes; no había sangre, pero de seguir atada, saldría. Evander frunció los labios y se levantó para dirigirse hacia su caballo; rebuscó en el morral y regresó con un frasco de vidrio ahumado en la mano. Kaitlyn aguardó y observó, curiosa, como el fiero guerrero abría el bote y hundía dos dedos en la espesa melaza que contenía, de fuerte aroma herbal, para untarla sobre sus heridas. Siseó, picaba más de lo que creía, y el guerrero la aplicó con un cuidado que la sorprendió.

—Déjalas al aire, no las mojes ni las cubras, la piel debe respirar para que el ungüento haga efecto y penetre —anunció, y Kaitlyn asintió, lo sabía—. Ahora duerme, mañana va a ser un día largo, vamos a cabalgar sin demora hasta Dumbarton.

—Gracias… por la pomada, no tenías por qué —contestó ella.

—Agradécemelo cumpliendo tu palabra, muchacha.

Dicho aquello se levantó y guardó las cosas en su morral, antes de sacar su petate y extenderlo junto a las llamas. Kaitlyn se acurrucó sobre sí misma, el fuego ayudaba, pero seguía teniendo frío. Sin

embargo, guardó silencio y se dejó llevar a los brazos de Morfeo al ritmo de las llamas que crepitaban a su espalda. Estaba a punto de quedarse dormida cuando sintió el peso reconfortante de una manta. Abrió los ojos y notó un plaid de cuadros azules y negros; el *feileadh mor* de Evander, pensó al notar el aroma a bosque, a humo de leña y flores silvestres que impregnaba la tela. Se sonrojó sin poder evitarlo, pero no movió ni un músculo para demostrar que estaba despierta; pues si él se daba cuenta de que su pequeño gesto le había arrebolado las mejillas y acelerado su corazón estaría perdida… perdida sin remedio entre las garras del *Demonio de ojos azules.*

Capítulo Cinco



Highlands, Escocia. Otoño 1585
Trossachs, frontera de los clanes MacLaren y Graham

La sonrisa se pintó en sus labios afilada bajo las gotas de lluvia. Se podía saber que había uno vuelto a las Highlands por el olor a bosque, el frío helador bajo el plaid y las ráfagas de incesante tormenta. Evander se llevó una mano al rostro para apartarse los largos mechones amelados que le empapaban los ojos y acarició su feileadh mor rojo y verde, colores del clan MacFarlane, que ahora volvía a lucir con orgullo tras su regreso a Escocia mientras sostenía las riendas de Suspiro. Se volvió para mirar a su compañero. John era escocés, como él, un Stewart de la casa real de Escocia, amigo de su clan. Sin embargo, llevaba tantos años lejos de las verdes montañas de Argyll que dudaba que recordara como ser un highlander.

—¿Qué tal lo llevas, anciano, se te ha quedado plano el culo de cabalgar o aún lo aguantas? —bromeó.

—Tengo más aguante del que piensas, Evander, cuando tu hermano y tú aún dejabais la teta de vuestra madre yo ya rebanaba cabezas en las guerras de clanes. No creas que la paz que conocéis

ahora los jóvenes ha sido siempre así —contestó John y apremió a su caballo—. Más me preocupas tú, que llevas casi diez años lejos de Arrochar. ¿Asustado? ¿o te pican las posaderas por volver a llevar falda?

—A lo segundo, muy gracioso; y no, en realidad es liberador. ¿Cambiar pantalones y jubón por feileadh mor? Lo estaba deseando. A lo de estar asustado, ¿de qué, de volver a casa? Jamás. Me muero por volver a ver a mi familia; mis hermanos; mis primos; Elaine, Rob, Moray, Finn, Ian… me han contado tanto que salto de curiosidad.

—Es cierto, los MacFarlane han crecido mucho desde tu marcha con tanta boda.

—Me alegro, si alguien merecía encontrar el amor son mis primos. Gareth sufrió mucho tras enviudar y Caden tenía que sentar la cabeza; si sus matrimonios han servido para solucionar un odio centenario entre clanes, mejor que mejor —asintió Evander—. Y en cuanto a Duncan, espero que esté en el castillo de Inveruglas para recibirme, o tendré que darle una buena tunda.

—Cuenta con ello, ese muchacho te quiere mucho, como todos los MacFarlane —dijo John—. Hablando de ellos, ¿has pensado qué le vas a decir a laird Gareth sobre tu regreso a Escocia? El rey Jacobo no le contó nada por carta, ya lo sabes.

—Sí, por eso le voy a decir la verdad; mi primo es el laird y merece saber que para bien o para mal ahora que han descubierto la farsa mi andadura en tierras sassenach se ha acabado para siempre. Eso, a menos que quiera que me corten la cabeza y se la envíen en una caja.

—Míralo de esta manera, si la cosa se pone fea en Londres, no será culpa tuya.

—Menudo consuelo, siete años de mi vida arrojados al abismo para nad…

El guerrero rubio se detuvo a media frase y frunció el ceño, ganando una mirada sorprendida del mayor. Había oído un ruido, el sonido inconfundible del acero, y su expresión alertó a John, que llevó la mano a la empuñadura de la claymore. Evander no se movió, solo se oían las gotas de lluvia caer sobre las hojas en incesantes cortinas.

—¿Qué pasa, cachorro? —preguntó John en voz baja.

—Nos están acechando, entre los árboles, he oído acero al desenvainarse —contestó Evander—. Estate alerta, John, ya saben que lo sabemos y están al caer.

—Hmm.

El mayor asintió y chasqueó la lengua para indicarle a su montura que avanzara. Evander golpeó los flancos de Suspiro, su frisón, y se puso a la par, tenso como la cuerda de un arco. No se oía nada, ni pisadas, ni siquiera el canto de las urracas. Era anormal: el silencio. Silencio roto solo por la lluvia. Abrió los ojos como platos antes de verlo, oyó el silbido de una flecha cortar el aire y el quejido de John; se volvió para verlo caer del caballo y bajó de un salto. A John le habían impactado en el pecho, de espalda, cerca del corazón, y la flecha le salía a través del feileadh mor. Evander desenvainó la espada y se giró, a tiempo de ver un grupo de guerreros ataviados con tartanes azules y negros, «Colquhoun» pensó antes de chocar su acero con la primera claymore que se movió hacia su piel. Su oponente había cambiado con los años, se había endurecido más aún, si es que era posible, pero Evander lo reconoció: Callum, hijo primogénito de laird Alec Colquhoun, un hijo de perra, pendenciero, con menos seso que un asno, pero letal.

—¡Matad al viejo, Evander MacFarlane es mío! —rugió.

El otro hombre, que Evander no conocía, obedeció y se lanzó contra John. Se había puesto en pie para dar pelea y luchaba a dos manos. Evander estaba preocupado, pero no podía bajar la espada y ayudarlo, ese demente de Callum le miraba con ojos sanguinarios.

—Mira que regalo nos ha traído el viento, un ratoncito asustado que vuelve a casa… —se burló sin dejar de hacer fuerza contra su espada, el filo se estaba mellando—. ¿Al fin te has cansado de follar sassenach, MacFarlane, vuelves a por las perras de tu clan?

—Mejor follar a las mujeres de mi clan que a las cabras del tuyo, Colquhoun —escupió Evander—. Estás lejos de casa, lárgate o te mataré aquí mismo, estás advertido.

—Jajajaja, ¡no has cambiado ni un poco, sigues siendo un necio engreído! Permite que te eduque con mi claymore, parece que se te han pegado los modales ingleses.

Apenas lo dijo se echó hacia atrás y se volvió a lanzar, Evander esquivó e hizo una floritura para pillarlo desprevenido, chocaron sus hojas en un baile de estocadas, golpes y derribos. Los otros seis Colquhoun no se atrevían a enfrentarse a él, temían más la ira de Callum que a su espada. Y eso ponía en peligro a John; seis contra uno era demasiado para un hombre de cincuenta y tres años, más si estaba herido. Cuando escuchó un nuevo grito Evander supo que tendría que intervenir o su amigo no la contaría, así que le lanzó una patada en el pecho a Callum y corrió a ayudarlo. John sangraba copiosamente por sus heridas —el flechazo y un corte en el muslo—, se le veía desbordado. Un guerrero joven de cabello y barba rojizos se lanzó para rematarlo, pero Evander intervino y detuvo su espada con la propia en el último instante.

—¡Resiste, John, retírate, acabaré yo con ellos! —apremió Evander.

—Preocúpate de ti, chico… hay más —jadeó John.

Evander empujó al pelirrojo, alzó la espada y le cortó la coraza de cuero que llevaba sobre el plaid; le hizo un corte en el pecho y el guerrero chilló de dolor. Dos hombres más se lanzaron contra él, los derribó, pero el rugido de Callum a su espalda le hizo volverse a tiempo de ver como soltaba la cuerda de su arco y disparaba de nuevo a John, en el cuello, como a un jabalí en una cacería.

Evander gritó, pero uno de los guerreros le golpeó en la rodilla y cayó al suelo. John se desplomó sobre los charcos embarrados, sin vida, y Evander sacó su daga. Habían caído en una emboscada: eran dos, y los Colquhoun, siete. Se había confiado, no esperaba ser atacado allí, a pocas millas del clan Graham, en la frontera del clan MacLaren. Se suponía que era territorio seguro, ambos clanes eran aliados de los MacFarlane.

—Ah, ah, ah, Evander, yo no haría eso —dijo Callum y con un gesto ordenó a uno de sus hombres, calvo, alto y fuerte, con barba poblada marrón que le sujetara del cabello y le pusiera un cuchillo sobre la garganta. El acero le rozó la nuez de Adán y una gota de sangre manó—. El viejo es pasto de los gusanos, y en cuanto a ti, vas a venir con nosotros sin rechistar, o Ron te rebanará el pescuezo como a un cerdo.

—Mátame, cabrón, no me verás rendirme ante un Colquhoun —escupió Evander desafiante—. Mátame ahora que aún puedes, o en cuanto me libere, y lo haré, te destriparé yo mismo por lo que has hecho.

El grupo rompió a reír y el forzudo que le sujetaba tiró de su pelo con tal fuerza que a Evander le ardió la cabeza. Tragó saliva, y más sangre manó del corte.

—Muy valiente, MacFarlane, no eres más que un bravucón. Pero hoy la suerte está de mi lado —dijo Callum y se guardó la espada—. Ron, noquéalo. Atadlo, hay que volver a Dunglass cuanto antes, mi padre se va a alegrar mucho con esto.

—Lo que tú digas, Cal.

Evander sintió un golpe seco en el cuello, y luego nada.

Todo se volvió negrura.

Fue el sueño lo que despertó a Evander. Su respiración estaba agitada, no entendía lo que le sucedía, pero a veces, cuando su mente estaba tranquila, como esa noche que junto a Kaitlyn había podido relajarse, acudían a él esos sueños. No lo entendía, pero su mente parecía querer jugar con él y decirle algo, nunca recordaba los detalles, solo la sensación de vacío en el pecho; justo como ahora. Le quedó un mal sabor de boca, así que decidió librarse de la amargura, se removió bajo las mantas, abrió los ojos y se desperezó bajo sus pieles antes de incorporarse para comprobar que Kaitlyn aún estaba dormida.

Sonrió de medio lado, había cumplido su promesa de no clavarle un cuchillo en el cuello, y la idea de ver que poco a poco iba a ir calmándose le tranquilizó. Le gustaba el espíritu ardiente y combativo de la muchacha, pero no tanto el tener que estar alerta y con cien ojos a su alrededor para esquivar una trampa. Decidió dejarla dormir un poco más y se acercó a *Suspiro* para darle una manzana, el caballo había defecado y orinado en la cueva, así que tomó el cuenco que usaba para el agua y salió a buscar un poco al exterior, entre la nieve fresca. Al volver con el recipiente lleno lo puso sobre las mortecinas brasas y añadió leña para avivar el fuego antes de sacar las hierbas —salvia, trébol y manzanilla—, para hacer la infusión.

Mientras se hacía, sacó el último trozo de carne que llevaba —un pedazo de pierna de cerdo—, y lo puso a asar. Lo partió por la mitad para darle algo a su invitada y la miró; la joven se había volteado hacia él, dormía con los labios entreabiertos y sus mejillas estaban sonrosadas. Su escote se bajó y Evander entrevió que llevaba una venda atada en el busto, por eso no le había notado los pezones el día anterior. ¿Por qué se vendaba, acaso se avergonzaba de su figura? No podía imaginar el motivo, pero le pareció un crimen verla cubrirse así siendo una mujer tan deseable y hermosa. Tan bonita cuando dormía que tuvo que concentrarse en su misión: llevársela a su padre. Había estado con muchas mujeres, pero ninguna le había despertado ese deseo de… ¿de qué? De fuego y desafío, que le despertaba la inocente Kaitlyn. Porque lo era, era inocente, sus rubores y su actitud ante él cantaban cual golondrina: esa mujer no sabía nada de hombres a pesar de vivir rodeada de guerreros y portarse combativa como uno. Se prometió que, por mucho que lo sacara de quicio o le hiciera la vida infernal, la protegería. Sobre todo, de sí misma y su maldita cabezonería. ¡Jamás había visto a ninguna otra mujer tan terca y tan tenaz!

El aroma de las flores infusionadas despertó a Kaitlyn, que abrió los ojos y se sentó, envolviéndose en el acto con el feileadh mor de Evander al darse cuenta de que la estaba mirando. El guerrero puso los ojos en blanco y se acercó para dejarle un vaso de infusión y un trozo de la pieza de cerdo antes de sacar su cuchillo para empezar a comer.

—Voy a salir de caza, esta pierna era el último trozo de carne que traía en la alforja y vamos a necesitar algo fresco para la comida y la cena; si hay suerte llegaremos a las tierras del clan Colquhoun al amanecer —anunció—. Te dejo la mitad, aunque voy a tener que atarte.

—Pero mis muñecas no han sanado —señaló Kaitlyn.

—No he dicho que vaya a atarte las manos.

La joven abrió la boca para replicar, pero su respuesta murió en sus labios. Se dejó hacer mientras su Demonio de Ojos Azules la sentaba en el suelo, le pasaba una cuerda a la cintura y ataba esta a una roca con uno de esos nudos triples que había mencionado, nudos

de barquero. Sería imposible romperlos sin un cuchillo, pensó la joven. Cuando Evander volvió a comprobar que la soga no le rozaba la piel, Kaitlyn soltó lo que llevaba tiempo horas preguntar.

—¿Por qué yo? —susurró.

—Ya te lo dije, tienes una deuda con mi clan —contestó Evander.

—Sabes que eso no es cierto, nunca me había topado con un Colquhoun hasta la noche de Hogmanay. Sé que el hombre que murió y era el líder del grupo que atacaba ese día es hermano de vuestro laird, pero Andrew no pretendía matarlo, solo defenderme de un muchacho.

Evander la miró en silencio, era una joven inteligente, había deducido el parentesco de Donald sin que él le hubiese dicho nada al respecto. Y de paso, mencionado a Ewan. Debía andar con pies de plomo con lo que decía ante ella.

—¿Quién dice que fuese hermano del laird? —dijo, evasivo.

—Al guerrero que nos atacó a Andrew y a mí lo llamaste Callum, y Callum dijo que el hombre era su tío. Todo el mundo sabe que el primogénito de laird Alec Colquhoun es Callum Colquhoun, una bestia sanguinaria sin honor —explicó Kaitlyn y continuó—. Además, estoy segura de que tú también eres hijo de laird Colquhoun.

—Es mi padre de crianza.

Aquello sorprendió a Kaitlyn, que elevó las cejas perpleja. No esperaba que lo admitiera, pero Evander no vio la necesidad de negar algo que descubriría en dos días.

—¿Entonces no eres un Colquhoun? —cuestionó Kaitlyn.

—No por nacimiento, pero como si lo fuera —dijo Evander—. Y antes de que empieces a suplicármelo, no pienso traicionar a mi clan; te lo dije, MacLaren, para mí la lealtad es inquebrantable y soy un hombre leal hasta la médula.

—¿¡Qué sabrás tú de lealtad!? ¡Un hombre leal, un highlander, no haría lo que has hecho, robar a una mujer de su hogar para castigarla por un crimen que no ha cometido! ¿Qué vais a hacer conmigo?

—Eso es solo asunto de mi padre decidirlo, no mío.

—¡Y un demonio! Respóndeme, es lo mínimo que me debes.

—No te debo nada, muchacha, la deuda la tienes tú, no yo —contestó Evander, se estaba hartando de esa charla acusatoria; él solo hacía lo que le habían pedido los suyos, así que dejó la cuerda y se levantó—. No tardaré en volver, come mientras no estoy, después te sacaré para que puedas orinar y aliviarte.

—Muy generoso de tu parte —bufó Kaitlyn.

Evander puso los ojos en blanco y se levantó para tomar el arco y el carcaj de su alforja, echarse el faldón sobre la cabeza y salir de la cueva. Una vez a solas, Kaitlyn se lanzó hacia sus ataduras, debía romper los nudos o soltarlos como fuera, pero ese condenado había amarrado la cuerda de tal forma que si tiraba de ellos los apretaba en vez de aflojarlos. Resignada, se detuvo, tenía que pensar, tenía que ser lista. ¿Qué estarían haciendo en Balquhidder?, ¿la estarían buscando? Estaba segura de que así era, su padre no dejaría de buscarla así tuviese que recorrer Escocia entera. Y su querida Eileen, ¿lo estaría pasando mal, pensando que la habían asesinado o violado o Dios sabía qué? Conociendo a su hermana, estaría planeando mil venganzas contra su captor; así era Eile, un pequeño vendaval. Además, laird Robert no se quedaría de brazos cruzados tras el asesinato de Andrew; la buscarían, estaba segura.

Los ojos se le aguaron al pensar en Andrew, en como habían terminado las cosas entre ellos. No podía creer que sus últimas palabras para él hubiesen sido para discutir, para herirlo al rechazar su propuesta de matrimonio. ¡Qué horror! Andrew se había ido al más allá pensando que le asqueaba… no, no, no, no, no. Darse cuenta de lo cruel que había sido con él le hizo doler el alma, y ahora ya no podría remediarlo, arreglarlo. ¡Malditos Colquhoun! Jamás podría disculparse con él, ni oír su risa, ni bromear con el que siempre había considerado su mejor amigo. Ahora más que nunca su determinación de huir se renovó, tenía que escapar de allí y volver al clan MacLaren.

Decidida, tomó el trozo de carne por el hueso para comenzar a comer como si su vida fuese en ello. Devoró hasta los restos y se bebió la infusión de un trago, estaba tibia, pero el sabor era exquisito; después se limpió las manos en la enagua y se dejó caer

contra la roca para evaluar sus opciones. Un borde punzante se le clavó en la espalda, ¡que fastidio!

—Un momento… ¿un borde punzante? —murmuró.

Abrió los ojos como dos lunas al dar con una solución, y se giró a toda prisa para comprobar que la estalactita donde Evander había la había atado tenía un extremo afilado. No podía soltar los nudos, ya lo había asumido, pero quizá pudiese rasgar la soga. Entusiasmada con la idea, Kaitlyn comenzó a restregar su espalda contra la roca para romper las hebras de la cuerda, y siseó al notar que no solo la cuerda se estaba rasgando: su fina combinación de algodón se rompió y la roca comenzó a arañarle la piel de la espalda. «No importa, Katt, debes ser fuerte y seguir hasta el final, ¡sopórtalo, vamos!», se dijo mientras repetía el movimiento una y otra vez. Cuanto más se movía más sangre manaba de sus heridas, pero la cuerda comenzó a aflojarse. Y diez minutos más tarde, con la zona baja de la espalda llena de arañazos en carne viva, cayó hacia delante libre de sus ataduras. Se puso en pie, sonriente y adolorida. Miró en derredor y se dirigió hacía la lumbre para ponerse su vestido, ya seco, y sus botines.

No podía huir por allí en enaguas.

—Veamos… no puedo desatar al caballo, ese nudo es un infierno y me atraparía antes —comentó en voz alta, como si *Suspiro* pudiese entenderla—. Si salgo y corro por ahí, me perderé, y además corro el riesgo de toparme con él mientras vuelve. No, eso no puede ser, tengo que huir cuando ese demonio vuelva a la cueva, pero, ¿cómo?

Entonces se le ocurrió; estaba en una cueva, ¿cierto? Podía esconderse hasta que Evander volviera y soltara al frisón para irse muy lejos a buscarla creyendo que había huido por el bosque. Y entonces, correría en dirección opuesta. ¡Era un plan perfecto!

Satisfecha, tomó una rama del montón, le ató un pedazo de cuerda y la prendió en la hoguera. Ya tenía antorcha, así que se adentró dispuesta a esconderse en la oscuridad. Quien sabe, quizá incluso encontrase una segunda salida, muchas grutas tenían varias entradas; así que caminó y caminó sin saber qué encontraría. La cueva resultó ser inmensa; sabía, por los libros que había en la biblioteca del castillo de Balquhidder, que una red de grutas recorría

las montañas de las islas británicas, así que podía medir millas. Llevaba media hora andando por amplias galerías cuando la cueva empezó a empequeñecerse. El techo estaba bajando y las paredes estrechándose y llegó un punto en que hubo de agacharse si quería seguir caminando.

—Maldita sea, Katt, en qué líos te metes… —bufó cuando llegó al límite. Tenía que arrastrarse para pasar por el hueco, así que dejó la antorcha apoyada en una piedra y se tumbó en el suelo para reptar como una culebrilla hacia el otro lado. Al llegar notó que el espacio era amplio, una corriente de aire fresco le golpeó el rostro y había eco—. Parece que he llegado a una sala grande… eso siempre es buena señal.

Debía regresar a por su antorcha, así que se volvió, en la oscuridad absoluta, y sus pies encontraron el vacío. Cayó en un pozo y chilló presa del pánico. ¿Y si se mataba? Cuando se golpeó en seco contra el fondo dejó de pensar; algo caliente le manó de la cabeza, así que cerró los ojos y se la llevó el olvido. Su plan, después de todo, había sido un nuevo fracaso.

***

La lluvia había amainado y el sol amenazaba con asomar tras las gruesas nubes cuando Evander regresó a la cueva. Había cazado una libre y recogido un buen puñado de setas, una suerte inesperada, pero no perdió la oportunidad de tomar su cuchillo y cortar unas cuantas boletus y jugosas chantarellas amarillas. Apostaba que ni su fierecilla particular podría encontrar ninguna pega en la cena que le llevaba. Sonrió para sí, le recibiría con un puñado de maldiciones por haber tardado más de la cuenta, así que apretó el paso y entró en la caverna. *Suspiro* estaba atado y tranquilo, pero la hoguera se había consumido hasta morir. Aquello le extrañó, hacía frío, pero no había rastro de ella. Al darse cuenta dejó la comida y corrió hacia la roca, para encontrar las ataduras rasgadas, que no cortadas.

«Maldita inconsciente, ¿qué has hecho?», pensó Evander y notó la sangre sobre la estalactita. La muy necia había raspado su propia piel para cortar la soga contra el filo de piedra, haciéndose una herida por

el camino. Había huido mientras él no estaba. ¡Mierda! Evander se levantó y dejó el arco para ajustarse la claymore a la espalda, no podía haber ido lejos, tenía que alcanzarla. Estaba a medio camino de la entrada cuando se detuvo de golpe. No, no había huido por allí, no había tratado de llevarse a *Suspiro*, y era lo bastante avispada para saber que a pie la alcanzaría con rapidez yendo él a caballo. Seguramente había usado otra de sus tretas, y cuando la realidad le invadió el aliento se le atascó antes de que el enfado comenzara a borbotear en su pecho.

«¿Habrá sido tan condenadamente estúpida de meterse en la cueva sola?», pensó enfadado. «Pff, por supuesto, eso es justo lo que ha hecho», resolvió, dando media vuelta hacia el interior. Abrió el sporran y sacó su pedernal, que raspó contra la espada para provocar una chispa y encender la hoguera. Tomó una rama y la envolvió con un trozo de tela y grasa antes de prenderla. Así, antorcha en mano y enfado a flor de piel, Evander se adentró en la cueva en busca de su testaruda y rebelde fierecilla. «No puede haberse adentrado tanto, el terreno es difícil», pensó al cabo de lo que pareció una hora. La cueva estaba empezando a estrecharse, el techo se inclinaba y bajaba, lo que le dificultaba caminar. Irritado, caminó durante otro buen tramo hasta que el terreno fue imposible de transitar sin arrastrarse.

—Las cosas que tengo que hacer, condenada —masculló incómodo.

Entonces lo vio, el brillo de una antorcha apoyada contra la roca. Se apresuró, y al llegar miró en derredor; había un agujero en la pared por el que sin duda ella se había metido. «¡Mierda!», pensó Evander: tenía un mal presentimiento, así que la llamó.

—¡Kaitlyn! —gritó—. ¡Muchacha, responde!

Nada, solo el eco de su voz al otro lado del agujero. «Maldita sea».

—¡MacLaren, te lo juro, si estás fingiendo me vas a conocer!

De nuevo el eco fue su respuesta. Más enfadado que nunca, Evander mordió la antorcha con fuerza y comenzó a reptar por el agujero, raspándose la espalda, los brazos y las piernas contra la roca; el hueco era muy angosto y le costaba moverse en él. Al llegar

al otro lado tenía el aliento entrecortado, pero se levantó y alzó la antorcha para ver mejor; se encontraba en una sala amplia y hueca, no había pasadizos ni túneles, solo una inmensa cámara llena de estalactitas, estanques y… pozos. ¡Oh, no! Alarmado, Evander notó que junto a la entrada había un socavón, y algo le decía que Kaitlyn había caído en él. Se asomó y ahí estaba. Yacía inconsciente y había sangre en su cabeza; así que posó la antorcha, se quitó el cinturón y el feileadh mor e hizo una cuerda con ellos. Los ató a una roca para empezar a descender a sacarla. El hoyo mediría cuatro metros, era imposible que Kaitlyn subiera, incluso él tendría dificultades.

¡Menuda estampa debía estar dando con las nalgas al aire, en botas, chaleco y camisa bajando por una improvisada cuerda al interior de un pozo! Al llegar al fondo se arrodilló y la tomó entre sus brazos, la joven estaba helada, pero viva. Su pecho se movía al ritmo de su respiración, y Evander suspiró aliviado antes de cargársela al hombro y empezar a trepar por su plaid. Al llegar arriba le tomó el pulso, latía normal, quizá algo acelerado. Acarició su mejilla y dio una palmadita suave para despertarla; Kaitlyn no reaccionó, así que repitió el gesto y la joven gimió. Abrió los párpados y se llevó la mano a la frente; había sangre y le dolía horrores, pero se sentía cómoda entre unos brazos suaves, fuertes y cálidos. Enfocó la mirada en un intento por ver dónde estaba… y lo reconoció: ¡era el Demonio de Ojos Azules!

La había atrapado.

—T-tengo que… salir de aquí… —farfulló.

—No se te ocurra moverte, tienes que recuperar el equilibrio antes de levantarte, te has dado un buen golpe en la cabeza —contestó Evander, e impidió que se moviera—. ¿¡Qué diablos estabas pensando, condenada!? ¡Casi te matas! ¿Es que nunca mides las consecuencias de tus acciones?

—¡Tengo que volver con mi familia! —chilló Kaitlyn y se sentó, aún entre sus brazos. Entonces notó el estado de desnudez de Evander, su hombría rozándole la mano izquierda. Su rostro se tiñó de rojo tan rápido que el guerrero temió por su salud—. ¡Jesucristo, Colquhoun, cúbrete, que tienes el… el… «eso» al descubierto!

—Vaya, gracias, MacLaren, no lo había notado, me encanta sentir el aire fresco. ¡He tenido que desnudarme para hacer la cuerda con la que te he rescatado! ¡Por si no te has dado cuenta, está hecho con mi maldito feileadh mor!

—Bueno… pues… ¡pues vístete!, ¡no quiero verte! No es decente que un hombre se muestre así ante una mujer soltera.

Evander resopló y se apartó para tomar la cuerda y desatar el cinto de la roca. «Qué poco sabes de los hombres si eso es lo que piensas». Se envolvió la cintura con la tela de cuadros de espaldas a ella, y al volverse, notó que se había cubierto los ojos con una mano. Bendita fuera, ¡era inaudita: valiente cual loba y tímida como una lironcilla!

—Eres peor que un dolor de huevos, MacLaren, nos vas a hacer morir a los dos con tus chiquilladas…

—¡Vete al…!

—¡Sí, al diablo, y tú estás atrapada conmigo! —rugió Evander, ya vestido, su respiración estaba agitada y resoplaba por la nariz—. Mira, vamos a salir de aquí y lo vamos a hacer juntos, pero necesito que colabores. Voy a pasar primero por el agujero, es muy angosto y te voy a dejar la espada. No trates de apuñalarme por la espalda, si muero, mi cadáver taponará la salida y quedarás atrapada. Lamento decírtelo, fierecilla, pero esta cámara no tiene más salidas, lo comprobé al llegar; así que, ¿qué va a ser? ¿te comportarás o no?

—¿Tengo otra opción? —dudó Kaitlyn.

—No, y no tientes más a la suerte, estoy furioso contigo.

Kaitlyn no contestó, su plan había sido un fracaso estrepitoso, había salido herida y solo había conseguido enfurecer al guerrero y además tener que ser rescatada por él. ¡Como lo odiaba! Asintió, pero Evander no se dio por satisfecho.

—Dilo en voz alta, que quede claro que has aceptado no atacarme; si lo incumples, habrás demostrado no tener honor —dijo Evander.

—Está bien, desgraciado, acepto, no te haré daño. ¿Satisfecho?

—Es suficiente por ahora. Bien, voy a pasar, sujeta mi claymore.

Le tendió la espada y comenzó a arrastrarse por el angosto agujero bajo la atenta mirada de Kaitlyn. Un par de minutos después

llegó al otro lado y asomó la cabeza.

—¡Pasa tú ahora, muchacha! —dijo.

—¡De acuerdo, ya voy!

Kaitlyn lo hizo, y al llegar al otro lado, Evander la ayudó a levantarse. Kaitlyn se tambaleó, pero Evander detuvo su caída en el último momento; al parecer aún estaba trastornada por la caída y no se sostenía bien. Como si lo intuyese, Evander la cargó en brazos, pero no como las veces anteriores, sino como a una novia, y Kaitlyn se ruborizó.

—Cuando lleguemos al campamento te curaré las heridas, tienes varios cortes en la espalda, y sabe el cielo qué te habrás hecho al caer —declaró—. Descansa, casi estamos.

—Gracias —murmuró Kaitlyn.

—¿Por qué?

—Por salvarme la vida.

Evander bajó la mirada para encontrar sus ojos, y por primera vez, la joven no fue capaz de sostenerle la mirada. Asintió con un sonido ronco, después, avanzó.

Capítulo Seis



Llegaron al improvisado campamento y Evander la sentó sobre sus pieles con cuidado, Kaitlyn aún se negaba a mirarle, y el guerrero se preguntó qué le pasaría por la cabeza en ese instante; esa mujer era un misterio. A veces actuaba tan valiente y aguerrida, y otras tan tímida como ahora. ¿Estaba avergonzaba de que le fuera a curar las heridas?, ¿o afligida por haber fallado en su intento de huida? Sea como fuere estaba a punto de averiguarlo. Se acercó al morral de *Suspiro* y sacó el bote de pomada de hierbas que Greig, el druida del clan, le había entregado. Se acercó para arrodillarse frente a ella y Kaitlyn elevó el mentón con orgullo. «Ah, sí, aquí está de nuevo, mi fierecilla particular», pensó satisfecho al ver que su fuego regresaba a ella. Abrió el bote y el aroma herbal flotó.

—Vamos a revisarte, a ver si la caída te ha hecho alguna herida más aparte de la de la frente y la que tú misma te has causado en la espalda —dijo, y la observó de arriba abajo—. ¿Te duele algo?

—El brazo, me duele si intento levantarlo —contestó Kaitlyn.

—Déjame ver.

La joven lo hizo de buena disposición, debía dolerle mucho, y al mirar su hombro Evander entendió el motivo; el hueso de su hombro

se había movido. Arrugó la boca y la miró con determinación antes de extenderle el brazo y suspirar.

—Esto te va a doler —Le advirtió.

—¿El qué, qué vas a…? ¡Aaahhhhh! —chilló Kaitlyn. Evander le había colocado el hueso de golpe y creyó que veía las estrellas—. ¡Maldito seas, podías haberme avisado!

—Vamos, no ha sido para tanto, ¿no se supone que eres muy fuerte?

Kaitlyn gruñó y maldijo entre dientes, así que Evander sonrió y siguió el análisis. A parte del corte en la frente y una raspadura en la rodilla, no había nada más a la vista.

—Bien, date la vuelta, muchacha, voy a curar el corte de la espalda —anunció Evander—. Voy a tener que quitarte la combinación, te has cortado la piel, así que no armes un escándalo cuando baje la tela.

—No iba a hacerlo, tengo el vestido para ponerme después.

—Me temo que no, se enganchó en tu escapadita y se ha roto entero por detrás. A menos que quieras ir sosteniendo constantemente los lazos, no vas a poder ponértelo.

—¿¡Que qué!? ¡Ni hablar! ¡No pienso ir desnuda para ser objeto de burla y admirada como un trofeo de caza por los perros de tu clan! —exclamó Kaitlyn.

—¿Por quién me has tomado, eso es lo que crees? No voy a dejarte ir desnuda con el tiempo que hace por mucho que eso me alegre la vista, fierecilla, iba a envolverte en mi *feileadh mor* como si fuera una túnica, ¿es que las mujeres de tu clan no lleváis *arisaid*?

—Por supuesto, pero si me pongo el tartán de los Colquhoun…

—Admitirás que nos perteneces —completó Evander.

La joven asintió y notó que se sonrojaba, le latía el corazón con fuerza, y al alzar la mirada para hundirla en los pozos azules como el cielo despejado que eran los de Evander, se ruborizó aún más. ¡Maldita fuera su suerte! Sabía que él tenía razón, pero ceder suponía admitir la derrota, era humillante y un golpe para su malherido orgullo.

—Vuélvete, voy a empezar ya —pidió Evander.

Kaitlyn se giró y cerró los puños sobre las rodillas con la respiración agitada. Al primer toque de Evander sobre su piel desnuda se le erizaron los vellos y contuvo el aliento; sus manos siempre estaban muy calientes, era como un oso. Y a medida que desataba los lazos de la combinación y la dejaba caer por su espalda, el pulso se le aceleraba. Al llegar a la tela de venda que llevaba sobre los pechos, sacó la daga y la cortó, liberando poco a poco la piel de Kaitlyn de su prisión de tela. La joven tembló y todo su cuerpo se encendió como una fragua, si bien, Evander no hizo nada por mirarla. Rodó los dedos con cuidado a lo largo de su columna, y al llegar a la zona central, las dorsales, se detuvo y analizó las heridas. La joven aguardó en silencio el veredicto.

—Hay varios cortes, pero no son profundos. Voy a poner ungüento sobre ellos, y más te vale no intentar nada, porque si se te infecta una herida en la espalda puedes contraer fiebres y morir —anunció Evander muy serio—. Tal vez te arda un poco.

—Lo soportaré… hazlo ya —dijo ella.

Cuando vertió la melaza de hierbas sobre la herida y comenzó a extenderla, Kaitlyn siseó y tensó su postura. Se decidió a hablar para olvidar la molesta picazón y la sensación demasiado agradable de las manos del guerrero sobre su piel sensible y expuesta.

—Seguro que a tu esposa le encanta tu devoción, eres muy considerado «Evander» —masculló en tono burlón.

—¿Y qué te hace pensar exactamente que estoy casado, muchacha?

—Sabes mucho de mujeres y no te sonrojas con nada.

Evander sonrió; era una respuesta tan ingenua que tuvo que contener una réplica.

—Además, eres hijastro del laird, ¿no? —continuó Kaitlyn—. Gozas de buena posición y también eres gallardo, debes ser muy popular en el lugar en el que vives.

Evander se rio ya sin poder evitarlo.

—Gracias por la parte que me toca, MacLaren, tres cumplidos gratuitos, me siento halagado —contestó con voz alegre—. Sin embargo, te equivocas, no estoy casado. Soy joven y no tengo la presión de engendrar un heredero para mi clan, así que, ¿por qué

privarme de vivir cuando no he encontrado aún a la persona que estoy esperando?

—Estás muy pagado de ti mismo, solo he señalado lo evidente, que eres gallardo. Pero, de nuevo, confirmas lo que ya sabía: los Colquhoun estáis amasados de la misma pasta, preferís fornicar y gozar que comprometeros —escupió Kaitlyn molesta—. Vivir en Dunglass va a ser un infierno, ya que los tuyos y tú sois de la peor calaña.

—¡Cuanta hostilidad hacia mi clan! Si tú misma has dicho que no te habías topado con un Colquhoun hasta hace cuatro días. ¿Qué pasa, es que los hombres MacLaren son unos castos monaguillos que llegan vírgenes al matrimonio y no tocan a sus mujeres? Así llamáis los cristianos a los mozos de iglesia, ¿no? ¿Es eso lo que hacías en el bosque con el tal Andrew, enseñarle? Porque de ser así os compadezco de verdad, no solo por el poco placer que brindarán los maridos a sus esposas, sino por lo poco que gozarán… Y, sinceramente, es lo que parecía, a juzgar por el ansia con que te comía a besos la boca.

La mención a Andrew enfureció a Kaitlyn, que se volvió con fuego en la mirada sin importarte tener los pechos al aire; por suerte, su larga melena cubría la mayor parte de su busto y él no vio nada. Había fuego en sus iris cuando Evander la miró, y le gustó, se estaba acostumbrando a esas oleadas de pasión que tan propias parecían de ella.

—¡No tienes ni idea de cómo era Andrew, ni de cómo somos los MacLaren! Los hombres de mi clan son verdaderos hombres, *highlanders* que respetan y honran a su mujer antes de beneficiársela, que hincan la rodilla en la tierra para pedir su mano —exclamó—. ¡No puedes ni soñar con compararte con un MacLaren!

—Cálmate, no lo he dicho como un insulto, siento verdadera curiosidad —resopló Evander—. ¿Qué hay de ti, estás casada? ¿Ya han hincado la rodilla por ti?

Sabía que no por cómo reaccionaba, pero quería ver qué decía.

—No te importa en absoluto si estoy o no casada, Evander Colquhoun; aunque no lo esté, jamás obtendrás nada de mi —cortó Kaitlyn y se volvió para no tener que mirarle.

«Respuesta ambigua, pero reveladora. Mal jugado, muchacha», pensó él.

—Muy bien, guárdate tus misterios, solo trataba de ser amable.

—¿Amable? Sigo siendo tu prisionera, no hay gentilezas entre el lobo y el cordero.

—¿Eso es lo que crees que eres, una presa a mi merced?

—Por el momento —matizó Kaitlyn—. No sé con quién crees que estás tratando, demonio, pero no soy la inútil que has imaginado que soy: eso te lo prometo, no dejaré de intentar huir de ti mientras haya sangre corriéndome en las venas.

—Bien, acepto tu desafío, estaré ahí para enfrentarme a ti; te avisé, fierecilla: eres tenaz… pero has dado conmigo. Ahora estate quieta, aún no he terminado con el ungüento.

La joven soltó aire por la nariz con fuerza: ese hombre era in-su-fri-ble. La sacaba de quicio, siempre tenía respuesta a sus réplicas, no importaba lo mordaz que fuera. Y lo peor es que parecía ver a través de ella; adivinaba sus intenciones siempre. Aunque, si era fiel a la verdad, le debía la vida tras su último intento de fuga. Si Evander no la hubiese sacado del pozo habría muerto atrapada. Pero eso no se lo reconocería en voz alta a él ni bajo tortura; ni hablar, eso jamás. El roce de sus dedos la distrajo y evaporó su línea de pensamientos, el picor se incrementó cuando fue poniendo más y más de esa miel oscura de hierbas sobre sus heridas, y a medida que subía por su espalda, lo hacía su rubor.

¿Qué diablos le ocurría con ese hombre? No era la primera vez que un varón la tocaba. A parte del beso de Andrew, había compartido caricias ese verano con Bruce, uno de los hombres de laird Robert, durante el festival de Beltane. Actuó movida por la curiosidad, su sangre ardía con los fuegos del festival y ese hombre, aún siendo quince años mayor que ella, le atraía. Apenas fueron unos besos robados a la sombra de las hogueras bajo una terraza; unas caricias en el trasero bajo el vestido y unos besos en el escote. Le gustaron, pero no le hicieron hormiguear la piel, cada poro, como lo hacían los dedos de este Colquhoun ahora. Se mordió los labios para evitar hacer ningún sonido, lo que menos quería era demostrarle al patán arrogante y engreído que su toque la excitaba.

—Ya está, he terminado —anunció Evander y alejó la mano para cerrar el frasco. Apenas lo hizo, Kaitlyn se encontró añorando sus caricias—. No te subas la enagua, si te quitas el ungüento con la tela de nada servirá habértelo puesto.

—No pretenderás que duerma y cabalgue desnuda, ¿verdad?

—Sería una visión deleitante, muchacha, pero no. Hoy no vamos a cabalgar, tenía intención de proseguir el viaje antes de mediodía, pero me has trastocado los planes; tienes las heridas demasiado abiertas y, a menos que quieras cabalgar como tú bien dices «desnuda», no vamos a montar a caballo hoy.

—Pero esta mañana dijiste que tenías prisa por llegar a Dumbarton.

—Los míos pueden esperar unas horas —negó Evander—. De todas formas, es una ventaja para mí, si los MacLaren y sus rastreadores llegan a la conclusión de que han sido los Colquhoun los que se te han llevado y acuden al castillo de Dunglass en tierras de mi clan para buscarte, será maravilloso que no nos encuentren allí. ¿Lo ves? Hasta los dioses conspiran en tu contra para allanarme el camino.

—Sigue soñando con eso, desgraciado —bufó Kaitlyn.

Evander puso los ojos en blanco y se levantó para guardar el frasco de pomada en la alforja, Kaitlyn le miró con los ojos entrecerrados y las mejillas coloradas. Tenía razón, su fallido intento de huida había sido tan penoso que le había jugado a favor a Evander. Tenía que ser más lista y hacer las cosas de otra manera, si no, le iba a ir muy mal.

***

Pasaron el resto del día en la cueva. El cielo, que se había despejado por la mañana, había vuelto a nublarse a media tarde y ahora caían chuzos de punta. Una tormenta en toda regla sacudía las Highlands, y Kaitlyn agradeció estar a resguardo allí mientras los prados se inundaban y los relámpagos encendían el cielo invernal. Evander cocinó la liebre que había cazado y ella puso a asar las setas; era curioso, estaba cautiva y actuaba como una compañera de viaje para

el *Demonio de Ojos Azules*. Lo peor era que se compenetraban bien: Evander despellejaba y despiezaba, ella preparaba el caldo. Evander cortaba la leña y ella avivaba las llamas soplando a pleno pulmón. Al caer la tarde la oscuridad inundó la cueva y Evander se levantó para sacar a defecar a *Suspiro* y que comiera hierbajos en el prado, ya que se había quedado sin manzanas. Mientras lo hacía, Kaitlyn aguardó.

¿Qué castigo tendría pensado para ella laird Alec Colquhoun? ¿Querría su muerte? ¿Querría azotarla? ¿Querría violarla y convertirla en su ramera? Todas las opciones que se le ocurrían eran horribles, más aun teniendo en cuenta la fama del hombre. Alec era un tipo sanguinario y cruel, todos en el sur de las Highlands lo sabían. Pero sea lo que fuere que le tenía preparado lo soportaría hasta que encontrase un modo de escapar y volver con los suyos; era una mujer fuerte y no pensaba rendirse, por duro que fuese su cautiverio. Evander regresó un rato después calado hasta los huesos, con *Suspiro*. Lo ató de nuevo y se sacudió el cabello empapado antes de sentarse junto a las llamas.

—Vamos a cenar ya, mañana emprenderemos el viaje llueva o nieve —dijo.

—¿Y qué hay de mí? Con mi vestido roto el agua me va a empapar —dijo Kaitlyn—. De poco le voy a servir a tu laird si llego hecha una piltrafa.

—Mala suerte, muchacha, no podemos esperar a que escampe. Y no gimotees tanto, que ya te he ofrecido el único *feileadh mor seco que tengo*, no vas a pasar frío, eso te lo garantizo.

—Ya, y tu palabra vale mucho —se mofó ella.

—Más que la tuya, al parecer. Si digo que haré algo, lo cumplo, no juego con tretas y artimañas propios de embaucadores.

—¿¡Cómo te atreves!? ¡No tienes derecho a insinuar que soy una rastrera!

—No, eso ya lo has hecho tú.

—Vete al infierno, malnacido hijo de chacal… —masculló Kaitlyn.

De nuevo aquel insulto. Evander soltó la pata de conejo que estaba terminando de pelar y la arrojó a las llamas para levantarse, furioso, y fulminarla con la mirada. Kaitlyn le sostuvo el duelo, parecía que aquello le enfurecía. Se acercó en dos zancadas y ella se

mantuvo firme. Más cuando Evander la alzó y se la echó al hombro cual fardo, se resistió; le arañó la espalda y pataleó como una cabra montesa, golpeándole la cara.

—¡Estate quieta, condenada! —rugió él—. ¡Te advertí que no volvieras a insultar a mi padre! ¡Para, no me obligues a atarte otra vez!

Kaitlyn rugió, enfadada, y Evander salió de la cueva para que la lluvia helada les bañara en un instante, empapando la piel de la joven como si la hubiese tirado al lago. Estaba tan fría que le cortó la respiración y chilló, ¡condenado bastardo!

—¡Arrrgff, maldito seas, Colquhoun! —gritó congelada—. ¡Está helada!

La llevó al interior de la cueva y la sentó sobre las mantas que había extendido para dormir; su intención era dejarle el hueco frente a la hoguera a ella, pero le había colmado la paciencia y debía darle una pequeña reprimenda en forma de baño helado. Sin decir palabra, Evander comenzó a desnudarse pieza a pieza: primero el cinturón; luego el chaleco y la camisa; y por último el *feileadh mor*. Kaitlyn le observó tiritando, con los dientes apretados, incapaz de apartar la mirada; ese demonio era un monumento, tenía que reconocérselo. Su cabello rubio oscuro como la miel de arce chorreaba sobre su pecho; mechones sueltos caían sobre sus ojos de cielo, que la miraban con tal fuego como las brasas de la fragua de un herrero. Evander era alto, de complexión atlética y cuerpo trabajado, no muy ancho de espaldas, piel clara y surcada de pecas. Una franja de vello tostado le recorría los pectorales y el abdomen para llegar a sus caderas, donde la mata de rizos coronaba su hombría. Sus piernas fuertes y poderosas caminaron hacia ella y Kaitlyn tragó saliva. ¿Iba a forzarla, se cobraría su venganza?

—¿Qué pretendes? —jadeó, tensa.

—Te lo he dicho, si quisiera yacer contigo a la fuerza, lo habría hecho hace mucho —contestó Evander en tono seco y cortante—. A ninguno nos conviene contraer fiebres en medio de una cueva. Dormiremos, y como no me fío de ti, lo harás a mi lado; no pienso soltarte ni un minuto.

—¡Ni lo sueñes! ¡No te vas a acercar a mí de esa guisa, demonio!

—¿Qué, ahora me vas a decir que nunca te ha tocado un hombre?

—¡Eso es asunto mío y jamás lo sabrás! —exclamó Kaitlyn.

—Muy bien, no digas nada, no te suplicaré —resopló Evander, y se arrodilló junto a ella para tumbarse entre las pieles y cubrirlos a ambos con las mantas—. Que no te den caza los lobos en sueños, corderita, nunca se sabe lo que puede pasar.

—¡Que se te seque la polla si te atreves a tocarme, maldito! Lo juro, ¡te la cortaré!

Evander soltó una carcajada, y el rubor de Kaitlyn se extendió hasta sus orejas. Ardía de ira, ¡maldito fuese ese infame, descarado… so necio… patán! En un intento de esconder su desnudez de él se giró bajo la manta y le dio la espalda, pero Evander extendió el brazo y lo pasó sobre su cintura para acercarla a él. La joven creyó que combustionaría allí mismo de lo ardientes que sentía las mejillas, ¡le quemaban hasta las pestañas! Nunca había sentido a un hombre desnudo piel contra piel; diablos, ni siquiera con ropa. Y, fiel a su palabra, Evander la pegó contra su pecho y dejó su brazo sobre el de ella, lo mismo que su pierna, que coló entre las suyas, encerrándola sin remedio con su cuerpo.

De pronto, notó que el guerrero le movía el cabello para echarlo hacia delante y que no le hiciese cosquillas, y la suave caricia le hizo sentir un hormigueo de placer por todo el cuerpo. ¡Que el cielo la ayudara! Estaba cautiva entre los brazos de un demonio, medio desnuda y empapada de los pies a la cabeza. El pulso le dio un vuelco, se sentía incapaz de dormir con él rozando su cuerpo; al contrario que Evander, cuya respiración se fue relajando hasta convertirse en un calmado arrullo contra su nuca. Aquello tranquilizó a Kaitlyn, parecía que iba a cumplir su palabra de no tocarla, ¿podría ella decir lo mismo?

Aquella iba a ser la noche más larga de su vida.

Capítulo Siete



Kaitlyn despertó con la calidez envolviendo cada parte de su cuerpo, se sentía bien, tan cómoda como envuelta por una manta. Una manta algo pesada, pero reconfortante, de aroma floral y almizclado. Un momento, ¿almizclado? Abrió los ojos para encontrarse a sí misma con el rostro enterrado en el hueco entre el cuello y el hombro de Evander. El aroma varonil envolvía su nariz: flores, humo, sudor; y su pulso le rozaba los labios. El guerrero dormía boca arriba y a pierna suelta: el brazo izquierdo bajo la cabeza a modo de almohada; la pierna derecha envolviéndola, y la otra estirada. Se veía comodísimo el desgraciado. De algún modo inexplicable había terminado tendida sobre él, con la enagua descolocada y medio levantada tras haber dado varias vueltas, y Evander había respetado las heridas de su espalda para dejar reposar su mano sobre su trasero. ¡Tenía la mano en sus posaderas! Kaitlyn apoyó las manos sobre el pecho del hombre y se incorporó, notando que había otra parte de la anatomía masculina que se había despertado.

Se le arrebolaron las mejillas y trató de alejarse, pero la voz del *Demonio de Ojos Azules* la sobresaltó.

—Aún no ha amanecido, vuélvete a dormir —murmuró Evander.

—¡Tienes la mano en mi trasero! Apártate, quiero levantarme —exclamó ella.

Evander suspiró, resignado a no dormir más, y abrió los ojos para mirarla. Dejó caer la mano y se incorporó sobre los codos, logrando sin pretenderlo que su miembro hiciera contacto directo con el sexo de ella. Kaitlyn soltó un jadeo y se puso tan roja como una cereza. Se miraron a los ojos y el guerrero sonrió de medio lado. Estaba tenso; se notaba que se estaba conteniendo, que le estaba costando un esfuerzo no hacer nada.

—No parezcas tan sorprendida, muchacha, estas cosas pasan —dijo.

—Pues no deberían; no eres mi marido, ¡no soy tu esposa! Diablos, ¡ni siquiera nos gustamos! Eres un maldito desvergonzado.

—¿Un desvergonzado? Di mejor un hombre sano, y además un caballero, te he respetado y no te he tocado ni una vez. Vamos, ¿qué esperabas que pasase si te me tiendes encima medio desnuda y no dejas de dar vueltas toda la noche, rozándome la hombría con el trasero? No es culpa mía que los de tu clan necesiten un cura para complacer a una mujer; en el mío nos hacemos hombres en cuanto tenemos la edad. Y puedes estar contenta de haber dado conmigo, otro Colquhoun no hubiese sido tan considerado después de la muerte de mi tío.

—¡Eso no tiene nada que ver ahora! —rebatió ella, ruborizada hasta las raíces—. ¡Y déjame ya de una vez! Necesito vestirme…

—Hace rato que te he soltado —señaló Evander.

Kaitlyn abrió la boca para replicar, y al darse cuenta de que era cierto entrecerró los ojos y le fulminó. Se había acomodado tanto sobre él que se sintió ridícula por no notarlo. Se levantó de golpe, arrastrando el *feileadh mor* para cubrirse, dejando a Evander tan desnudo como el día que nació. Kaitlyn frunció los labios y se forzó a mirarle a los ojos; no era una chiquilla miedosa que salta por tocar a un hombre. ¡Debía actuar con madurez! Así que, mientras él se levantaba y caminaba con total normalidad hacia el caballo, no apartó la mirada: tenía una espalda fuerte, fibrosa y cubierta de pecas; y un culo firme y redondo. Al llegar a la alforja, Evander sacó un *feileadh*

mor y caminó de regreso hacia ella para tendérselo. Kaitlyn no lo cogió, y él se explicó.

—Como sabes, tu vestido se ha roto, lo rasgaste en tu aventurilla por la cueva, así que, a menos que quieras congelarte bajo la lluvia durante horas, te envolverás en este *plaid* y lo usarás a modo de capa. No es lo más femenino, pero mejor que ir en corsé y polainas. Eso, a menos que prefieras ir mostrando tus encantos empapados a todos los guerreros de Dumbarton; no me oirás quejarme, eres una mujer muy atractiva —dijo sin apartar la mirada para asegurarse que le entendía—. Vamos a salir ya, haré la infusión, nos la bebemos y nos vamos.

—¿Permitirías eso… que todo el mundo me mire?

—Por supuesto que no, pero debo hacerte entender que la terquedad tiene consecuencias allá donde vamos; por tu bien, no pongas a mi padre a prueba. Mientras estés bajo mi protección nadie te va a tocar ni un solo pelo, eso sí te lo puedo prometer.

«¿Bajo su protección?», pensó ella, mortificada y aliviada a la vez.

—Muy bien, me lo pondré —suspiró Kaitlyn.

Evander le volvió a tender la tela y esta vez la joven la tomó, para extenderla mientras él se volvía hacia sus cosas para vestirse. Kaitlyn le echó un par de miradas de soslayo mientras se vestía, pensativa. ¿Podía confiar en que ese demonio la protegiera? La había salvado de morir en la cueva y compartido su calor y tratado sus heridas. Era un patán, pero mejor que su hermano Callum. Decidió confiar en él, mejor lo malo conocido. Con la decisión tomada abrió el *feileadh mor* y se lo echó sobre la espalda, cruzando la tela sobre su pecho y caderas para formar un vestido, que ató con un nudo en un lateral; debía tener un aspecto patético, pero era mejor que ir medio desnuda.

Al volverse encontró al *highlander* completamente vestido y acuclillado frente a las llamas mientras removía el cuenco de infusión. Ese día olía distinto, a valeriana, té y flores. Le rugió el estómago sin poder evitarlo, y el sonido hizo que Evander la mirara.

—Bebe, te templará el cuerpo —dijo mientras le tendía un vaso.

—¿Qué lleva? No es la misma de ayer —señaló Kaitlyn mientras soplaba el vapor.

—Té negro, hierbabuena, tormentilla y valeriana.

—La de ayer sabía diferente, a trébol y manzanilla. ¿Entiendes de plantas?

—No se me dan nada mal. He añadido algunas que ayudarán con las heridas de la espalda y las muñecas, te bajarán la inflamación. Ahora calla y bebe, el día avanza y hay mucho tramo que cubrir, no pienso perder otra jornada en territorio del clan Buchanan.

—Hmnn.

Por una vez estuvo de acuerdo con él, no le hacía ninguna gracia estar en territorio Buchanan; como el muy necio había señalado el día anterior, los Buchanan eran el mayor rival del clan MacLaren. Si la atrapaban ellos la tratarían incluso peor que los Colquhoun. Se terminó la bebida en dos tragos largos y arrojó los posos al fuego antes de tenderle el vaso a Evander, que lo guardó junto con el suyo en el morral. Después, mientras desataba las riendas, Kaitlyn aprovechó para subir a la silla y acomodarse; el demonio tomó las correas y saltó tras ella para espolear al caballo y salir de la cueva. Apenas salieron la lluvia les caló. Kaitlyn contuvo un jadeo, estaba helada, y a juzgar por las nubes no parecía que fuese a escampar. Resignada, miró el paisaje mientras el frisón volaba sobre los prados nevados de las Highlands.

Las horas fueron pasando, el mediodía llegó y la tarde era una realidad cuando alcanzaron la frontera entre los territorios Buchanan y Colquhoun. La lluvia había disminuido de tormenta a llovizna, pero Kaitlyn tenía tanto frío que el vapor dejaba sus labios con cada respiración. El efecto de las hierbas había pasado y le dolía la espalda, así que comenzó a moverse incómoda sobre la silla. Evander lo notó; la joven llevaba varias millas moviéndose, tal vez debía hacer una pausa, lo que menos necesitaba era que se desmayara y tener que cargar con ella inconsciente. Alzó la mano y le tocó el brazo, tenía la piel helada.

—Ya no falta mucho para llegar, hemos cruzado la frontera de mi clan hace un rato, a partir de ahora podemos relajarnos y respirar tranquilos —anunció Evander—. ¿Quieres parar y aliviarte? Podemos, si necesitas orinar.

—Estoy bien. Prefiero llegar cuanto antes a la mazmorra a la que me llevas.

—No creo ni una palabra, llevas un buen rato moviéndote. ¿Qué te pasa?

—¿Acaso te importa? —bufó Kaitlyn.

—Me importa, si no, no habría preguntado. Ahora deja de hacerte la dura y canta, muchacha.

La joven suspiró, no tenía sentido negarlo; le repateaba el hecho de tener que admitir su debilidad, pero el escozor la estaba matando. No quería parecer una inútil ante él, más teniendo en cuenta que las heridas se las había infringido ella misma. Pero sabía que lo terminaría averiguando: si algo había descubierto de Evander Colquhoun era que era más perseverante y perspicaz que un minero en una veta de oro; lo averiguaría.

—Son los arañazos de la espalda, me arden —admitió al fin—. Cada bamboleo del caballo sobre las piedras del camino hace que se me rocen contra tu pecho, es doloroso.

—Podías haberlo dicho antes, le habría puesto remedio —dijo él.

—¿Cómo?, ¿qué vas a hacer?

—Aguarda y lo verás.

Kaitlyn abrió los labios para replicar, y tenía la respuesta en la boca cuando se sintió alzada en el aire por los fuertes brazos de Evander, que la volteó para sentarla de cara a él. Al notar su nueva posición Kaitlyn se envaró, un leve rubor le tiñó las mejillas y frunció las cejas: estaba en una posición de lo más indecorosa: con las piernas abiertas a cada lado de las de él; sus pechos rozando el de él, sus caderas haciendo fricción. ¡Jesucristo!

—¿Qué diablos crees que haces, Colquhoun? —exclamó—. ¡Esto es un escándalo!

—Tranquila, fierecilla, no hay nadie mirando. Y si lo hay deja que mire —bufó él y bajó la mirada para encontrar sus ojos azules con los grises de ella—. Has dicho que te ardían las heridas por el roce, ¿no? pues ahora ya no te rozan; asunto resuelto.

«No, ahora lo que me roza es otra cosa», pensó Kaitlyn al sentir que las caderas de Evander se balanceaban hacia adelante con un

bache del camino. El rubor se extendió hacia sus orejas, pero se negó a decir nada que delatara lo que estaba pensando.

—¿Cuánto falta hasta el castillo de tu clan? —inquirió con los dientes apretados.

—Un par de horas, al ritmo que llevamos.

—Pues date prisa, no soporto ni un minuto más atrapada contigo en esta bestia.

Evander bufó.

—Como si a mi me encantara hacerte de niñera, fierecilla.

—¡Deja de llamarme así, desgraciado! —rugió Kaitlyn.

—¡Dejaré de llamártelo cuando dejes de comportarte como una maldita chiquilla!

—Bastardo hijo de…

—Te lo advierto por última vez, MacLaren, di una sola palabra más y te arrepentirás —dijo Evander.

Kaitlyn se mordió el interior de las mejillas. Su corazón bullía, hervía como una marmita por gritarle a los cuatro vientos a ese demonio sus verdades. Pero no podía darse ese lujo ahora que estaba en pleno territorio de sus enemigos. ¿Qué iba a ser de ella? A medida que avanzaban veía multitud de aldeas en el camino, pueblitos de no más de ocho o nueve casas, ya habían pasado al menos cuatro. La disposición del clan Colquhoun era diferente a la del clan MacLaren o el clan MacFarlane; estos tenían menos aldeas, la gente se instalaba en pueblos más grandes alrededor del castillo. Balquhidder y Arrochar eran ejemplos de ello. Se preguntó si Dumbarton sería también así.

Eso estaba pensando cuando Evander tiró de las riendas y condujo al frisón hasta la orilla del camino. Había caído la tarde y a unas millas delante se veían las luces de un pueblo. El guerrero la tomó en brazos y la bajó del caballo para descender él mismo.

—¿Qué haces, por qué paramos aquí? —dudó Kaitlyn.

—Quiero revisar tus heridas, eso de ahí delante es Dumbarton, el corazón del clan; más allá está el mar. En cuanto crucemos el río Clyde estaremos en los terrenos del castillo de Dunglass, así que voy a ponerte ungüento de nuevo antes de separarnos.

—¿Por qué?

—No tengo idea de qué planea hacer mi padre contigo, pero no voy a entregarte ardiendo de fiebre. No temas, muchacha, será la última vez que nos veamos; desde esta noche ya no tendrás que soportarme, y yo podré librarme de ti.

Kaitlyn le miró perpleja, no supo cómo le hizo sentir esa declaración. ¿Liberada? ¿aliviada? No se sintió bien. Sabía que laird Alec Colquhoun era una bestia. Y Evander, por necio que fuera, la había respetado. Si bien no pensaba mostrar ni un ápice de flaqueza ante él. Si lo que decía era cierto y estaban a menos de una milla del mar, se le ocurrió una idea para escapar: si lograba llegar al muelle y robar un barco pequeño, un esquife de remos, podría tratar de llegar a territorio MacAuley. Los MacAuley se llevaban a matar con los Colquhoun, y aunque no eran aliados de los MacLaren, a lo mejor se avenían a resguardarla hasta que llegara su padre. Con esa idea en mente se volvió hacia los árboles; tenía que librarse de Evander cuanto antes.

—Necesito orinar, iré a esos matorrales que hay allí, tras los árboles —dijo.

—Muy bien, pero tendrás que llevar una cuerda atada a la cintura, recuerda que no me fío de ti —afirmó Evander de espaldas a ella, estaba rebuscando en el morral. Antes de que Kaitlyn pudiese protestar se volvió y la miró con ironía—. La alternativa si te niegas es que vaya contigo, elige lo que prefieras, muchacha.

—Ni muerta voy a orinar delante de ti.

—No voy a discutir, fierecilla, solo te informo. Elige: llevas una cuerda, o voy contigo.

Kaitlyn maldijo entre dientes y cerró los puños con fuerza.

—Bien.

—Bien, ¿qué?

—¡Llevaré una maldita cuerda! —exclamó ella.

—Que así sea —asintió Evander y se volvió con una soga en la mano, que le ató a la cintura con cuidado de no llegar a rozar su espalda—. Tomate el tiempo que necesites, cuando vuelvas te revisaré las rozaduras y emprenderemos el camino al castillo.

La joven asintió de mala gana, hervía de rabia y frustración, pero la idea no se le iba de la mente: iba a escapar antes de llegar a esa

condenada prisión sea como fuera. Así que caminó los veinte metros que la separaban del camino y se escondió entre los arbustos para remangarse el *feileadh mor,* bajarse la polaina y orinar. Se sintió aliviada, y tras limpiarse se puso en pie y miró en derredor. ¿Qué podía hacer para librarse de Evander? Una pequeña roca le llamó la atención; podía cortar la soga y correr bosque adentro… pero, si lo hacía, Evander montaría en *Suspiro* y la atraparía en un instante. No, tenía que dejarlo inconsciente. Usaría el caballo para llegar al puerto; después el cielo sabría. Al regresar, encontró a Evander sentado sobre un tronco con la soga en la mano, y cuando Kaitlyn se acercó la observó detenidamente.

Kaitlyn le sostuvo el duelo, retándolo, y el guerrero enarcó una ceja. ¿En qué estaba pensando? No lo sabía, pero Evander hizo un gesto y le indicó que se sentara a su lado. La joven se sentó a horcajadas sobre el tronco de espaldas a él y se desató el nudo del *feileadh mor* para revelarle la enagua. Su combinación se había secado un poco, así que Evander bajó la tela y descubrió su espalda; las heridas estaban mejor, no sangraban, pero estaban inflamadas. Alzó la mano y, con tal cuidado que hizo estremecer a Kaitlyn, untó de nuevo la melaza herbal.

¿Cómo era posible que un bruto como él tuviese mano con las plantas y las cosas delicadas? Tocaba con manos de sanador. A medida que sus dedos acariciaban su piel, un hormigueo recorría a Kaitlyn, y se mordió los labios para evitar soltar un suspiro.

—Gírate, voy a ponerte en las muñecas —pidió Evander.

—Bien, pero no apartes los ojos de allí o nos las veremos.

—Creo, Kaitlyn, que después de la nochecita de ayer en la cueva estamos lejos de esas preocupaciones, para bien o para mal.

«Sí, si dormir medio desnuda en brazos de un hombre que además es mi captor es indicativo de algo», concedió Kaitlyn, pero se negó a admitirlo en voz alta.

—De acuerdo, hazlo —dijo.

Evander asintió y bajó la mirada al frasco de ungüento para rebañar un poco más. «Ahora, ahora es el momento, está distraído», pensó Kaitlyn y apretó la piedra que tenía escondida en un pliegue de la tela. Frunció los labios y elevó la mano, cuando un destello marrón

claro brilló en su ojo: una serpiente, ¡una víbora parda! Y se acercaba a la pierna de Evander por el tronco, siseando. Sin pensarlo, Kaitlyn arrojó la piedra a la cabeza de la víbora y la mató, años de puntería vertidos en un instante. Evander elevó las cejas y pasó sus iris de ella a la serpiente; parecía perplejo, como si no lo hubiese esperado.

—Me acabas de salvar la vida… la has dejado tiesa —dijo, y tomó la serpiente muerta para arrojarla lejos—. ¿Por qué lo has hecho? Si me hubiese mordido en un par de minutos me habría fallado el corazón y te habrías desecho de mí para siempre.

—No soy tan deshonorable como los tuyos, Evander Colquhoun.

—Ya… pues gracias, Kaitlyn MacLaren, estoy en deuda contigo.

—La deuda está balanceada; tú me salvaste a mí del pozo, estamos en paz.

Se miraron a los ojos y el corazón le dio un vuelco a Kaitlyn. ¿Por qué lo había hecho? Acababa de salvarle la vida a uno de los hombres que habían causado la muerte de Andrew, que la había raptado. Escapar sería ahora imposible, había gastado su única baza al lanzar esa piedra. Evander le tomó las manos y untó pomada en sus rozaduras.

—No voy a preguntar como ha llegado esa piedra a tus manos —dijo, y la soltó—. Si alguien debe ponerte en su sitio no seré yo, sino el laird. Ahora levanta, nos vamos.

Kaitlyn lo hizo, y así, Evander la volvió a sentar de cara a él, y Kaitlyn se dejó caer sobre su pecho, agotada. Ya no le importaba, si la miraban, que la mirasen, tendría que soportar su cautiverio un poco más, hasta que lograse encontrar una ocasión de escapar.

Capítulo Ocho



Dumbarton era todo lo que Kaitlyn había esperado y más: las miradas sorprendidas y hostiles que recibía le hicieron arder las mejillas. Era humillante llegar envuelta en un *plaid* con el tartán de sus enemigos, en brazos de uno de ellos. Y cuanto más se adentraban en el pueblo más insegura se sentía. Había una plaza grande y redonda embarrada hasta los topes, un corral de cerdos junto a un puesto, y comercios variados: una tienda de telas, un herrero y una pequeña taberna. Las casas eran de madera y piedra, y las ropas, desabridas. Los cabellos de la gente eran en su mayoría castaños y cobrizos, muy pocos rubios, pero todos destilaban un aire de peligro, de miradas afiladas.

El castillo de Dunglass se erigía alto y amenazante en lo alto de un acantilado; abajo, el río Clyde bañaba y bordeaba la fortaleza, ancho e inmenso, profundo. Por lo que podía ver, al castillo se accedía por un brazo de tierra, la loma estaba en lo alto de una península, los muros de piedra oscura parecían inexpugnables. Cuando llegaron al camino del brazo, custodiado por *highlanders* Colquhoun, uno de ellos saludó a Evander.

—Veo que has traído a la moza, Evander, el laird se va a alegrar mucho —dijo el primero, alto y robusto, fuerte como un toro, de pelo marrón rizado. Al reparar en el *plaid* y las piernas desnudas de Kaitlyn, se rio—. Y veo que te has divertido un rato con ella ¿eh, gañan? ¡Espero que hayas dejado algo para los demás!

—Sí, buena caza, muchacho —felicitó el otro, también moreno.

—Gracias —dijo Evander, aunque no entró al trapo de las burlas—. ¿Está Alec dentro?

—Avisaron de que veníais en cuanto os vieron en Dumbarton; estará esperando.

—Gracias.

—Bienvenido, chico.

Evander se limitó a asentir como respuesta. Después espoleó a *Suspiro* y galopó a toda velocidad por el camino empedrado hacia las puertas del castillo. Les recibió otro par de guardias, y tras cruzar las puertas Kaitlyn vio por primera vez la que habría de ser su prisión mientras conseguía escapar. El castillo de Dunglass en nada se parecía a Balquhidder: de muros altos, con guerreros yendo y viniendo; sin puestos de mercado en el patio, ni mujeres trabajando, ni niños jugando. Parecía un bastión militar. Evander descendió y la bajó con él para soltarle la cuerda de la cintura y conducirla hacia las escaleras interiores. Al entrar al castillo el calor la reconfortó, había antorchas y alfombras en los suelos, y chimeneas encendidas. Había tapices en los muros, esa gente no era pobre, vivían bien, les iba bien. ¿Por qué robaban animales, si eran autosuficientes?, ¿es que eran de tan mala calaña?

No pudo seguir pensándolo antes de que dieran a un gran salón repleto de vida; había varias mesas llenas de gente comiendo y bebiendo, una chimenea al fondo, junto a los ventanales, y mujeres sentadas sobre las rodillas de sus hombres. Había varios perros enormes, mastines, tumbados frente a la lumbre. Y multitud de trofeos de caza colgando en la pared: astas de ciervo, cabezas de jabalí, de lobo, de zorro, de oso. Kaitlyn elevó el mentón cuando una treintena de cabezas se volvió a mirarlos mientras avanzaban hacia el asiento del laird. Alec Colquhoun era intimidante, de unos sesenta años, alto, fuerte y cabello castaño canoso. Lo llevaba a la altura de

los hombros, rizado y peinado hacia atrás. Tenía barba, corta al ras, y sus ojos eran de un gris claro como el acero. A su lado se sentaba un muchacho pelirrojo, el mismo que había causado todo aquel desastre la noche de *Hogmanay.*

Las miradas de ambos se centraron en Evander, que se detuvo.

—Veo que has cumplido lo que te ordené, bien hecho, muchacho —dijo el laird.

—Gracias, padre —asintió Evander.

Alec observó a Kaitlyn de arriba abajo, analítico, y enarcó una ceja.

—¿Esta es?, ¿ella es la moza que causó la muerte de mi hermano? —inquirió.

—Soy Kaitlyn MacLaren, sí, y yo no causé nada; la respuesta la hallareis en vuestro hijo, ese cobarde que se sienta a vuestro lado.

—¡Silencio, ramera! —rugió Ewan.

—Valiente, sin duda, hermosa… y deslenguada; una hembra sin domar —continuó laird Alec, e ignorando a su hijo menor se levantó para acercarse y tocar la tela del *feileadh mor* de Kaitlyn para alisar una arruga en el hombro. La joven se zafó, molesta—. Veo que te has entretenido con ella, Evander, y la has vestido con los colores del clan; le sientan bien a su belleza. Bien hecho, hijo.

—No la he tocado, si es lo que estás insinuando —afirmó Evander.

—Habrá tiempo para eso, esta muchacha necesita aprender modales. Ahora, querida, permite que me presente. Soy laird Alec Colquhoun, jefe de este clan y el hombre al que has agraviado al robar la vida de mi hermano.

—¡Yo no he robado nada! Los ladrones sois vosotros, que vinisteis a mi clan a robarnos caballos en pleno *Hogmanay*.

—¡Qué te calles, no vuelvas a insultar al clan! —rugió Ewan.

Ewan se levantó, furioso, y levantó la mano dispuesto a golpear a Kaitlyn, pero Evander se interpuso y le sujeto el brazo con la mano, causando el estupor del muchacho.

—Basta, Ewan —advirtió Evander.

—¡Suéltame, debo enseñarle modales a esta mujerzuela! —exclamó Ewan y la miró—. Si vuelves a faltarle el respeto a mi padre,

te pondré de rodillas a lamer sus botas. ¿Me has entendido, ramera MacLaren?

Kaitlyn le escupió en la mejilla, y Alec hubo de intervenir para calmar a su hijo, que Evander aún tenía sujeto del brazo, e impedir que hiciera algo contra Kaitlyn. Después se acercó y la tomó por el cabello con tanta fuerza que la joven siseó.

—Disculpa a mi hijo, es un cachorro necio que no sabe nada de la vida ni de como tratar a una mujer —dijo Alec, calmado, imperturbable, a pesar del daño que le estaba haciendo. Evander frunció los labios; no le gustaba lo que estaba pasando—. Ahora eres una invitada en mi hogar, y vas a tratarnos con el respeto que merecemos. Te dirigirás a mi como «mi laird», y a mis hijos como «señor». ¿Me has entendido, muchacha?

—De donde vengo no se trata así a los invitados, «laird» —contestó Kaitlyn.

—Tal vez me he expresado mal; no eres una invitada, estás aquí para servirme, para resarcirme por hacer causado la muerte de Donald. No estás a mi mismo nivel, y no te voy a tratar como tal, así que no me pongas a prueba… mi paciencia tiene límites. Ahora, querida, me besarás la mano como señor tuyo que soy. ¡Obedece!

Empujó a Kaitlyn hacia delante, pero ella se resistió y se zafó de un brusco manotazo. Laird Alec hinchó las aletas de la nariz y elevó la mano para cruzarle la cara.

—¡No, padre! —exclamó Evander y se adelantó, interponiéndose entre ambos—. Déjame a mí el castigo de la muchacha, la violencia no sirve de nada con ella, es terca.

—¿Qué castigo le impondrías, muchacho? —dijo Alec.

—Limpiar estiércol en las cuadras, el aroma a mierda le bajará los humos.

Hubo risas en el salón y Kaitlyn fue consciente de que todos estaban observando. Se ruborizó hasta las pestañas, pero se negó a bajar la cabeza. ¡Antes morir que rendirse!

—Eres muy blando, Evander, a las hembras hay que montarlas hasta amansarlas, no darles cuerda suelta para hacer lo que les plazca o se revelarán —declaró el laird—. Sin embargo, es evidente

que algún tipo de entendimiento has alcanzado con ella durante el viaje, así que será tuya la tarea.

—¿¡Qué!? —exclamó él—. ¡Ni hablar! ¿¡por qué yo!?

—¡Porque lo ordeno, así que callarás y obedecerás!

Evander cruzó una mirada con Kaitlyn y miró después a su padre. Tenía la mandíbula tensa y los puños apretados, parecía obvio que le molestaba toda aquella situación, y Kaitlyn no supo si sentirse aliviada o exasperada. La voz del laird la devolvió a la realidad.

—Esta mujer me agravió al causar que los MacLaren le robaran la vida a Donald, un guerrero del clan Colquhoun, así que será su castigo parir a nuevos guerreros que traigan vida al clan: una vida por otra, muerte por vida, me parece lo justo —declaró—. Evander, eres un gran luchador, mortal y eficaz; eres inteligente y valiente, pero te domina el corazón. Para ser un *highlander* de honor, un señor de las Highlands, deberás enfrentar decisiones difíciles, aprender a lidiar con súbditos rebeldes. Y eso implica acciones que no te van a gustar, pero, ante todo, obedecerás a tu laird.

—Padre, no es…

—¡Silencio! He dicho que la vas a amansar y lo harás, es mi última palabra. Ahora vete, te mereces un descanso tras el trabajo bien hecho. Que te curen y te den comida y un baño; de la muchacha se encargarán las mujeres. ¡Largo!

Evander inclinó la cabeza y salió, a todas luces furioso, para desaparecer por el corredor por el que habían entrado. Kaitlyn tragó saliva y el laird le tomó el mentón para obligarla a encontrar su mirada, que ella sostuvo a regañadientes.

—Sé bienvenida al castillo de Dunglass, muchacha, aprenderás a llamarlo hogar —declaró laird Alec.

Acto seguido hizo un gesto y un grupo de criadas tomaron a Kaitlyn de los brazos y la sacaron del salón para llevarla al que supuso, iba a ser su nuevo hogar.

***

Un par de criadas tomaron a Kaitlyn por los hombros y la condujeron bajo la atenta mirada de todos los Colquhoun del salón hacia la

salida. No tomaron la dirección por la que había salido Evander, sino hacia unas escaleras que bajaban. A medida que caminaban Kaitlyn se iba poniendo más nerviosa; una de las criadas era mayor, de unos cincuenta años, la otra rondaría la veintena. Al ver que la miraba, la joven sonrió con cara de circunstancia.

—No te asustes, no te vamos a hacer daño ¿eh? solo vamos a llevarte a los baños —dijo—. Soy Mary y ella es Ailse, la gobernanta, solo está por debajo de *lady* Marion.

—¡Silencio, Mary! No le des detalles a esa necia, lo que sea que deba aprender lo aprenderá por sí misma —regañó la mayor, la tal Ailse—. Y tú, moza, acostúmbrate a tratar con más respeto al laird y a los señores de Dunglass o lo vas a pasar mal.

—No se trata con respeto a tus captores —cuestionó Kaitlyn.

—Peor para ti, aprenderás a morderte la lengua por las malas.

La joven MacLaren abrió la boca para responder, pero lo pensó mejor y no dijo más, ya que en ese instante se detuvieron frente a una puerta ancha de madera. Ailse tiró de la aldaba y entraron a una sala de baños de aspecto tétrico; más parecía una mazmorra que otra cosa. En medio de la habitación de piedra había una piscina enorme, no había ventanas, solo un respiradero en el techo para que saliera el humo y el vapor. Las paredes estaban iluminadas por candiles, y al fondo había un par de bancos de madera y un estante con enseres de baño: toallas, jabones, aceites.

Sin más dilación Ailse soltó a Kaitlyn y se dirigió al estante para tomar un par de toallas, que elevó frente a su rostro mientras se acercaba a Kaitlyn con expresión de fastidio.

—Dos: una para el cuerpo, la otra, para el pelo, no voy a permitir que vayas chorreando los pasillos y luego haya que fregarlos —dijo—. Desnúdate, no hay tiempo que perder. Mary, encárgate de ayudarla, voy a buscar ropas para ella, no puede ir vestida como una ramera.

—Por supuesto, Ailse —asintió Mary.

A Kaitlyn no le gustaba nada esa mujer; ni el modo de hablarle a Mary ni a ella, como si todo le supusiera una molestia. La miró con desaprobación, pero antes de que Kaitlyn pudiese responder la puerta del baño se abrió y entraron dos mujeres bien vestidas. A juzgar por sus ropas —de seda, con los tonos del clan y fajín con

tartán—, supo que se trataban de mujeres de la familia del laird. La mayor rondaría los cuarenta y tantos, alta y pelirroja, hermosa y altiva. La otra sería de su tercia o algo mayor, no más de veinticinco años; rubia, delicada y bajita. La mayor se acercó y la miró de arriba abajo.

—¿Esta es la zorra que causó la muerte de Donald? No parece gran cosa vista de cerca, está escuálida, no será buena para parir —señaló, y miró a Mary—. Quítale el *plaid*, quiero verla de cerca.

—Lo que ordenéis, *milady* —asintió Mary.

Se apresuró a desatar el nudo de la tela del *feileadh mor* de Kaitlyn, que no se resistió, demasiado ocupada en calar a la otra mujer. Se miraron a los ojos en un duelo de gris contra azul, y la mayor enarcó una ceja. La tela cayó y les reveló su figura medio desnuda, solo vestida con su fina combinación, sus polainas cortas y nada más. Cuando la última prenda cayó, la joven dama rubia rompió el silencio desde atrás.

—Parece que Evander ha tomado posesión de su conquista, ¿no cree, *lady* Marion? No iría en enaguas bajo el tartán del clan si no la hubiese hecho su mujer —dijo.

—Eso lo veremos ahora mismo —contestó la mujer y se acercó para palparla entre los muslos, para consternación de Kaitlyn, que le sacó la mano de un guantazo. *Lady* Marion se miró los dedos, secos, y sonrió con sorna—. Por supuesto… no esperaba menos de Evander. No, Anna, esta muchacha sigue siendo aún doncella.

—Eso no prueba siempre la doncellez, *milady* —intervino Ailse.

—Tal vez el tacto falle, pero jamás las miradas. Se ha ruborizado en cuanto la he tocado, Ailse, el fuego de sus ojos refleja rebeldía. Sé lo que veo, Evander no la ha tocado. Bueno, eso cambiará rápido; Evander, mi hijo, o alguno otro la tendrá pronto.

—Eso nunca, antes les corto el falo que dejar que me hagan suya —contestó Kaitlyn— En mi vida seré la mujer de un Colquhoun, ¿me ha oído?

Lady Marion se rio con sorna antes de cruzarle la cara de un bofetón. Kaitlyn se llevó la mano a la mejilla, incrédula, y la mujer resopló y comenzó a caminar alrededor de la tina sin despegar sus ojos de ella.

—Respetarás a mi clan, insolente. Deberías dar gracias de que mi marido, laird Colquhoun, te haya concedido el honor de servirnos cuando yo te habría hecho ajusticiar en cuanto llegaste —dijo *lady* Marion—. Aunque no comparta su decisión, a Alec se le ha metido en la cabeza que has de resarcirlo y quiere tomarte bajo su ala antes de darte a uno de los hombres de Dumbarton. Por ende, servirás como criada hasta que conozcas nuestras costumbres. Vas a aprender a amar este clan, a besar su tartán y a abrir las piernas gustosa para que te la metan bien adentro. ¿He sido clara, chiquilla estúpida?

—Meridiana, «señora» —masculló Kaitlyn con la mandíbula tensa.

—En tal caso limpiadla, traed un vestido y un *arisaid* con el tartán del clan.

—No pienso ponerme un vestido con los colores Colquhoun.

Anna y la sirvienta joven, Mary, ahogaron un jadeo, y la *Lady* del clan se detuvo en seco al otro lado de la habitación antes de elevar la cabeza con orgullo. Después se acercó y la miró por encima del hombro mientras se dirigía hacia la puerta.

—Si esa es tu elección, que así sea, a las potras hay que domarlas si son capturadas —declaró *lady* Marion y cruzó una mirada con Ailse —. No le deis ropa; si la necia reniega de la hospitalidad y los colores del clan Colquhoun, irá desnuda. Que se vista con ese camisón mugriento que traía, ¡y ni una sola prenda más!

—Pero *lady* Marion, se va a congelar con los vientos de invierno, enero es duro… —protestó Anna.

—Mala suerte para ella, tiene que doblar su soberbia y aprender su lugar. Ailse, en cuanto se limpie asígnale sus tareas.

—Así lo haré, *milady* —asintió la gobernanta.

Dicho aquello la *Lady* salió y dejó solas a las tres mujeres con Kaitlyn. Mary hizo un gesto a Kaitlyn para que entrara a la piscina, y en cuanto lo hizo notó que el agua estaba muy fría. No le importó, se sumergió de lleno y nadó hacia el extremo, el frescor alivió el calor que sentía por todas partes: en sus mejillas sonrojadas, en las heridas de la espalda, y en el alma. Esa gente era más malvada de lo que creía, de lo que todos pensaban. ¡Eran bestias! ¿Y aún tenían el valor de llamarla «su invitada»? ¡Malditos fueran! Su determinación

de huir se intensificó. Eso estaba pensando cuando sintió el toque de las manos de Mary sobre la cabeza.

Se apartó en un acto reflejo, pero Mary le sonrió, apenada.

—No tienes nada que temer de mí, de veras, no deseo hacerte daño —dijo Mary—. Acércate para que pueda enjabonar tu melena, tienes un cabello precioso y brillante.

—Lo siento, no quería ser grosera… esta situación es horrible —contestó Kaitlyn.

—Eso te pasa por ser altanera; te lo advertí, aprende a tratar con respeto a los señores —bufó Ailse—. Mira, niña, si te avienes no todo será malo, solo doblega tu orgullo.

—Mi orgullo es la única barrera que me queda para protegerme.

—Pero no tendrías que protegerte si dejaras que te casen con uno de los hombres —intervino *lady* Anna—. Yo soy la esposa de Callum, el hijo de laird Alec y *lady* Marion, y es un hombre protector con los suyos. También podrías tener un marido así, si quisieras.

—¡Antes muerta que casarme con una bestia como él! —rugió Kaitlyn—. ¡Ese hombre mató a mi amigo y lo dejó ensangrentado para pudrirse!

Lady Anna se ruborizó, y Kaitlyn soltó el aire con fuerza por la nariz. Sabía que se había sobrepasado, que la muchacha no tenía la culpa, parecía amable y buena, no como su suegra. Sin embargo, jamás cambiaría de opinión sobre Callum. El toque del paño enjabonado de Mary sobre su brazo le hizo relajar la postura.

—Lo siento, no tengo nada en tu contra, pero tu esposo… —se disculpó Kaitlyn.

—Lo entiendo, y lo lamento, tu pérdida —sonrió Anna, tensa—. Debo irme, me están esperando.

Dicho aquello salió corriendo y dejó la puerta entreabierta. Kaitlyn se sintió mal, pero no podía revertir sus palabras; tampoco quería, puesto que las creía.

—Esa es la actitud que debes cambiar, y vamos a ponernos a ello cuanto antes —dijo Ailse—. Mary, en cuanto salga y se seque, dale un cubo de agua, jabón y paños, va a empezar fregando las escaleras del patio, los mastines del laird han orinado allí hoy.

—Por supuesto, Ailse —asintió Mary.

Dicho aquello la gobernanta suspiró y salió de la sala, dejando a las dos muchachas a solas. Mary frunció los labios, apenada, y Kaitlyn sintió que las lágrimas inundaban sus ojos antes de correr libremente por sus mejillas. ¡Resistiría, por duro que fuera!

—No te preocupes, en mí tendrás una amiga —dijo Mary—. ¿Cómo te llamas?

—Kaitlyn MacLaren —contestó y se limpió las lágrimas—. ¿Y tú?

—Mary O'Driscoll.

El apellido sorprendió a Kaitlyn, a todas luces no era escocés.

—O'Driscoll, ¿eres irlandesa? —dudó.

—Así es, me trajeron de niña, me robaron en un asalto tras morir mis padres. Por eso entiendo por lo que estás pasando, y te digo que no son tan malos. *Lady* Anna es buena, y también *lady* Elsie, incluso Ailse tiene su parte dulce, ya lo verás… no seas tan hostil y terca con ellos o lo pasarás mal. Te ayudaré, ¿de acuerdo? Seremos amigas.

—Gracias, Mary.

La joven sonrió, y Kaitlyn supo que, al menos, incluso rodeada de enemigos, tendría alguien en quién confiar. Si Evander resultaba estar cortado de otra tela como parecía, solo el tiempo lo diría, ahora que ese maldito chacal de Alec se la había encomendado.

Capítulo Nueve



Conoció a las demás sirvientas apenas salió del baño. Tal como había ordenado la *Lady* del clan, *lady* Marion Colquhoun, no se le proporcionaron ropas con las que cubrirse del frío y el viento helado. Así pues, determinada y orgullosa, Kaitlyn se puso su polaina y la combinación rasgada y siguió a Mary a las cocinas, donde el corazón del castillo de Dunglass latía al ritmo de los fogones. La actividad bullía. Decenas de criados iban y venían: cortando carne, desplumando aves, removiendo cazuelas, fregando en barreños… Mary se detuvo junto a la encimera con el pilón de desagüe y tomó dos paños antes de darle un codazo amistoso a su compañera.

—Eara, Ailse ha dicho que freguemos los orines de los perros del laird —dijo—. Vamos a llenar los cubos, nos va a llevar un rato.

—¿Otra vez? ¡Como odio a esos mastodontes! —se quejó la otra muchacha, morena y regordeta, de aspecto amable, mientras se secaba las manos con una servilleta—. Si los dejara en las cuadras con los caballos nos ahorraría mucho trabajo, ¡son odiosos!

—Odiosos o no les tiene cariño, son sus perros de caza, así que calla y obedece —regañó Ailse, y dio un empujón a Kaitlyn para que se acercara—. Os llevareis a la nueva, está aquí por un capricho de

laird Alec, así que ni se os ocurra tramar nada con ella u os colgaré de los pulgares si nos metéis en un lio con el laird. ¿Entendido?

—¿Y por qué va en enaguas? —dudó Eara.

—Porque así lo ha ordenado *lady* Marion. Menos hablar y más trabajar. ¡Caminando!

Las muchachas suspiraron y tomaron los paños y los cubos vacíos antes de indicarle a Kaitlyn con un gesto que las siguiera y entregarle un cubo. Caminaron por un angosto corredor y bajaron unas escaleras para dar a salir al patio delantero del castillo, más transitado en esa hora, repleto de *highlanders* entrenando con la espada y afilando sus armas en la rueda del herrero. Apenas cruzó la puerta y el aire frío la golpeó, Kaitlyn ahogó un jadeo, hacía un frío de muerte, y todos los vellos del cuerpo se le erizaron a la vez. La esposa del laird era cruel, pero no pensaba darle el gusto de doblar la cabeza, así que apretó la cuerda que servía de asa al cubo y corrió para ponerse a la altura de las dos jóvenes. Mary parecía más mayor, de su edad, unos veintipocos. Ella iba a cumplir veinticuatro en unos meses. La otra, Eara, no aparentaba más de quince.

Kaitlyn se presentó mientras andaban, y Eara y ella se sonrieron.

—Lamento que no podamos darte nada de abrigo para cubrirte, Kaitlyn, Ailse y *lady* Marion nos castigarían —Se lamentó Mary y añadió en voz baja—. Tranquila, cuando no miren te prestaré mi *arisaid*, no vamos a dejar que te congeles.

—Gracias, Mary, pero no es necesario. No quiero causaros problemas, resistiré.

—*Lady* Marion es una bruja, la forma en que nos trata, como si fuésemos basura —intervino Eara—. Si no fuera porque pagan bien me iría del castillo, en el pueblo hay menos trabajo y necesitamos las monedas en mi hogar. ¿Tienes hermanos, Kaitlyn?

—Sí, una hermana, Eileen —confirmó Kaitlyn—. Debe estar muy preocupada, mi padre y ella son mi única familia tras la muerte de mi madre.

—Lo siento, de corazón.

—No te disculpes, volveré con ellos pronto, eso os lo prometo.

Su tono de voz sonó tan seguro y convencido que hasta se lo creyeron; había valor y determinación en ella, algo de lo que ambas

jóvenes estaban escasas. Cuando llegaron al pozo Mary se detuvo y posó su cubo sobre la nieve cuajada para empezar a tirar de la cuerda y subir el caldero.

—Voy a llenar los cubos, añadiremos el jabón solo en uno, y aclararemos con los demás, ¿vale? Si no tendríamos que hacer más viajes —señaló Mary.

—Muy bien —asintió Eara.

—¿Y qué es lo que tenemos que limpiar? No veo escaleras… —inquirió Kaitlyn.

—Oh, créeme, las veras —bufó Mary—. Hay como una veintena de escalones, los que dan al patio inferior. Hay un descansillo donde a los mastines les gusta tumbarse, siempre cagan y orinan allí los muy desconsiderados.

—No será peor que recoger el estiércol de los caballos.

El tono había sido de broma, y Mary sonrió.

—Es peor, al menos allí podemos usar una pala, aquí tendremos que arrodillarnos.

—Pues vamos, cuanto antes lo hagamos antes volveremos —dijo Kaitlyn.

—Me caes bien, Kaitlyn, eres optimista, siempre viene bien una cara alegre entre tanto amargado —se rio Eara—. Creo que vamos a ser buenas amigas.

—Estoy segura.

Las tres muchachas se sonrieron y Mary repartió el agua del caldero entre los tres cubos, así, cargadas con paños y agua, cruzaron el patio entre risas mal disimuladas y miradas curiosas. Kaitlyn sabía que se debía a su desnudez, así que elevó la cabeza y no dejó que la afectaran. Las mencionadas escaleras estaban en la parte trasera del castillo, sobre el río. Como había dicho Mary, había al menos veinte escalones divididos en dos tramos de diez, separados por un descansillo redondo y amplio. Allí posaron los cubos y Kaitlyn observó el panorama; el aroma a orines era fuerte, el pis se había deslizado por las escaleras, así que tendrían que fregarlas enteras. «Estupendo», pensó irónica.

—¿Te encargas tú de enjabonar, Kaitlyn? Eara y yo enjuagaremos —propuso Mary.

—Me parece bien, sois dos, así iremos más rápido —asintió ella.

—Ten, aquí está la pastilla; es jabón de ceniza. Huele un poco mal… pero limpia bien. ¡Oh, y ten cuidado, te irrita las manos!

—Tranquila, me las arreglaré.

La rubia asintió y tras esparcir agua en los escalones Kaitlyn se encaminó a la parte alta de las escaleras para empezar a enjabonar. No le quedó más remedio que arrodillarse sobre la fría y rugosa piedra para pasar la pastilla de jabón sobre los orines. La piedra le raspó las rodillas, pero no se quejó; tenía tanto frío que no sentía los dedos de las manos, así que hundió el paño en el cubo y frotó para sacar espuma y esparcirla. No era tan difícil, y media hora después la mitad de las escaleras estaban embadurnadas de jabón. Sus compañeras subieron a la parte alta para empezar a aclarar paño en mano, Kaitlyn se quedó en la parte inferior.

Así fue como la encontró Evander. El guerrero llegaba envuelto en el faldón de su *feileadh mor* a modo de capa, acompañado de otro *highlander* que Kaitlyn no conocía. Su *Demonio de Ojos Azules* y ella cruzaron miradas. Kaitlyn la sostuvo un instante antes de enarcar una ceja y volver a clavar el rostro en su trabajo. Evander se detuvo en seco y el otro hombre le imitó, sorprendido; parecía algo más joven que él, de pelo castaño.

—¿Qué ocurre, Evan? —preguntó el otro.

Evander no respondió, tenía la mirada fija en Kaitlyn, en su estado lamentable. Parecía tan helada y miserable que hasta la piel de las manos se estaba enrojeciendo. Iba vestida con la combinación rota que llevaba durante el rapto; vio las roturas causadas por los arañazos en la tela, y todo su cuerpo estaba erizado, incluidos sus pezones, que libres de la venda que solía usar, se erguían como dos puntas de flecha rosas bajo la fina tela de algodón. Estaba arrodillada sobre la piedra con un paño en la mano y las rodillas a palo seco. ¿Qué diablos significaba aquello?

—Si ya te has cansado de mirar, Colquhoun, puedes seguir tu camino, tengo mucho que hacer —comentó Kaitlyn sin mirarlo, aunque las orejas le ardieron de vergüenza.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió él.

—Lo que me han ordenado, limpiar los orines de los perros de tu padre.

—Eso lo veo, muchacha, todavía tengo ojos en la cara. No es eso a lo que me refiero, sino a tu estado. ¿Por qué vas así vestida?

—O, mejor dicho, «no vestida» —señaló el otro *highlander*.

Evander le ignoró y Kaitlyn elevó la cabeza para mirarlos.

—¿Es que no te han llevado a los baños? —insistió Evander al ver que no respondía.

—Sí.

—¿Y por qué sigues enfundada en ese trapo roto y ensangrentado?

—Porque la *Lady* del castillo se enfureció cuando me negué a llevar los colores de tu clan —contestó Kaitlyn—. Ha ordenado que no se me vista mientras no los porte.

—¡Eso es ridículo, con el tiempo que hace no durarás ni dos días antes de coger una pulmonía! —bufó Evander, indignado, y se acercó para ofrecerle la mano. Kaitlyn le miró, y al ver que no se la estrechaba se agachó y la levantó del suelo—. Ven conmigo, me encargaré de ponerle fin a esta locura.

—¿¡Qué crees que haces!? —exclamó Kaitlyn.

—Deja de protestar, fierecilla, pretendo ayudarte.

Se quitó el fajín y lo extendió sobre los hombros de Kaitlyn, cuyo rubor ardió con la intensidad de una fragua. Después comenzó a caminar con ella escaleras arriba hacia el castillo bajo las perplejas miradas de Mary, Eara y el otro guerrero, que se puso a su lado en cuatro largas zancadas. Parecía tan confundido como Kaitlyn, que había dejado de resistirse, agradecida por el calor del brazo de Evander sobre su espalda. Su demonio tenía la piel tan cálida que su tacto era una bendición de la que no pensaba quejarse. La voz del otro hombre cortó sus pensamientos.

—¿Qué haces, Evan? Si *lady* Marion se entera vas a tener problemas —señaló.

—Mejor, porque estoy deseando cruzar unas palabras con ella; lo que ha hecho es cruel y desalmado —dijo Evander—. Tranquilo, Malcolm, ve tú a hablar con Ronald, ya os alcanzaré después, ¿quieres?

—Si estás seguro, sea, nos vemos luego. Adiós, muchacha —se despidió Malcolm.

Kaitlyn estaba tan perpleja que no alcanzó a articular palabra antes de que el moreno se perdiera por el patio hacia el interior del castillo. Evander comenzó a guiarla hacia la parte delantera, y al ver a la joven prisionera MacLaren resguardada bajo el brazo de Evander con su fajín de lana sobre los hombros, los murmullos entre los *highlanders* no se hicieron esperar. Evander los ignoró y entró por una de las puertas laterales del castillo. Sin embargo, Kaitlyn no pudo evitar soltar lo que estaba pensando.

—¿Por qué lo haces? Soy una prisionera, no tienes por qué ayudarme —susurró.

—No sé qué clase de hombre crees que soy, Kaitlyn, pero no soy de los que goza viendo sufrir a una mujer —contestó Evander.

—Eso no responde a mi pregunta, Colquhoun.

Insistió, pero su demonio parecía decidido a ignorar sus palabras. Estaban en el ala de los criados, notó Kaitlyn, por eso habían entrado por una puerta secundaria. Tras subir las escaleras dieron paso a una sala que parecía un despacho. Ailse estaba allí, enfrascada entre libros y pergaminos, y al ver a Evander sosteniendo a Kaitlyn se acercó.

—¿Necesita algo, señor Evander? —preguntó la gobernanta.

—Quiero que se le entregue ropa adecuada a esta muchacha, ropa interior nueva y abrigada, unas polainas largas y un vestido sencillo sin tartán —dijo Evander, su voz era seca y autoritaria, no admitía réplicas—. Después, ven a hablar conmigo.

—No puedo hacer lo que me pide, señor, *lady* Marion ordenó expresamente que…

—¡Me importa una mierda lo que ordenó! No pienso dejar que se hiele bajo la nieve y se exponga a ser violada en plena borrachera de alguno de los hombres por ir mostrando carne. Vas a llevarnos a ambos a su nuevo alojamiento, veré que no sea un cuchitril, y le entregarás ropa nueva y cambios. ¿Me has comprendido o no, Ailse?

—Por supuesto, mi señor, discúlpeme. Síganme —contestó ella.

Ailse los condujo por los corredores a una nueva zona del castillo. Seguían en el ala de criados, pero las habitaciones ya no eran

ratoneras. La gobernanta se detuvo frente a una de las puertas y abrió para mostrarles un dormitorio sencillo con una cama, una ventana estrecha, un aguamanil y un baúl. Un candil pequeño sobre la pared era la única decoración. Aún así, parecía bastante agradable.

—Es el cuarto que ocupan la mayoría de criadas del castillo —explicó Ailse—. Espere aquí, voy a por las ropas y las mudas, no tardaré.

El guerrero asintió por toda respuesta y Ailse salió, dejando solos en la habitación a Kaitlyn y Evander. Hacía frío dentro, aunque menos que en el exterior; aun así, la joven se arrebujó bajo el fajín y frunció los labios antes de elevar la mirada hacia él, que bajó la suya para encontrarlas en su habitual duelo de gris y azul. Kaitlyn era alta, pero él lo era más, y se vio forzada a elevar el mentón.

—Si tienes frío puedo envolverte con el *feileadh mor* —ofreció Evander y sonrió—. Tranquila, fierecilla, no hay nadie mirando, tu feroz orgullo no sufrirá daños.

—¿Por qué me has ayudado? —soltó Kaitlyn, ignorando su pullita, no caería en su juego de provocaciones. Seguiría insistiendo hasta que respondiera.

—No vas a dejarlo correr, ¿verdad?

—Verdad.

Evander suspiró.

—Mira, si te traje aquí a la fuerza fue porque así me lo ordenaron, no por gusto, no porque desee verte miserable. Para bien o para mal mi padre me ha ordenado velar por ti, y eso es lo que pienso hacer.

—¿Acaso siempre haces lo que ordena tu maldito padre? —acusó Kaitlyn.

—Sí, a eso se le conoce como «lealtad». ¿Te suena?

—Desde luego, es una cualidad con la que vosotros, bastardos, no sois familiares.

—Di lo que quieras, ódiame, si te hace sentir mejor, pero, como te dije, somos presa de nuestras elecciones: tú tomaste la tuya al dar la alarma esa noche, y ahora has de pagar por ello —dijo Evander y continuó al ver que ella pretendía interrumpir—. Yo también soy presa de las mías, y ahora, me guste o no, estás a mi cuidado. Si

vuelven a faltar el respeto o tienes algún problema con alguien, dímelo a mí directamente.

—¿Qué soy ahora, Evander, tu mascota? ¿Una cachorrita herida y desvalida a la que proteger para sentirte valeroso y amable, un verdadero *highlander*?

—Tsk, estás muy lejos de ser una cachorrita, «Kitty»; más bien una tigresa con garras y dientes, puedo dar fe en mis carnes —bufó Evander, mitad irritado mitad divertido.

—¡Ni se te ocurra volver a llamarme así, demonio! —rugió Kaitlyn.

—¿Kitty? Te llamas Kaitlyn, ¿cierto? Kitty es un apodo valido, «gatita».

—Vuelve a decirlo y nos las veremos…

Kaitlyn apretó los dientes, se sentía impotente, ¡odiaba su situación! Vulnerable y a merced de esos desgraciados. ¿Rebajarse a aceptar la ayuda de Evander para protegerse? ¡Maldito fuera por hacerla desearlo! Porque quería. El condenado la estaba mirando con un deje de alegría brillando en sus claros ojos celestes. Odiaba ese apodo, «gatita», y pensaba demostrarle lo equivocado que estaba por subestimarla. Estaba a punto de darle un rodillazo en las pelotas de las que tanto presumía, cuando él alzó una mano y la posó sobre su mejilla, paralizándola. Kaitlyn contuvo el aliento y su corazón se desbocó. El guerrero le acarició la línea de la mandíbula con el pulgar y movió el dedo en una suave caricia hasta su mentón, que sostuvo con los dedos.

—Te juro, Kaitlyn, que nadie te hará ningún daño mientras estés a mi cuidado —susurró Evander—. No te enfrentes más a mí, no me hagas la guerra sin razón.

—Nunca pararé, en el momento en que me rinda me perderé.

Sus ojos, sus condenados ojos de hielo celeste parecían más azules que nunca. Parecían fuego hechizado, una piscina natural en la que no podía dejar de mirarse. Quería decir cada palabra que había dicho: en el momento que dejara de ver a Evander como a un enemigo, se perdería en el embrujo de esos ojos de cielo. Le haría la guerra hasta el final. Y, sin embargo, allí, con su fajín envolviendo su piel y su mano sobre su barbilla, se sintió bien, a salvo. Fue el carraspeo de Ailse el que rompió la burbuja e hizo que se alejara de

Evander; el guerrero no se movió, fastidiado, solo miró a la mujer en silencio. Ailse traía dos vestidos de criada, marrón y verde oliva; dos polainas largas de algodón y una combinación nueva. Evander se alejó de Kaitlyn y suspiró.

—Cámbiate, muchacha, esperaré fuera —dijo.

Salió sin esperar respuesta, y la gobernanta cerró la puerta para ayudar a Kaitlyn.

—He traído ropa sin tartán, espero que no se te ocurra rechazarla, porque no pienso darte un vestido de dama: vestirás como una de nosotras, que es lo que eres, una sirvienta —dijo Ailse—. Hay mudas y ropa interior, no hay corsé, así que arréglatelas. También te he dejado paños para el sangrado, ocúpate de lavarlos y cambiarlos por tu cuenta.

—Lo haré, es perfecto, Ailse, gracias —asintió Kaitlyn.

—No me las des a mí, agradéceselo a Evander; se ve que le has caído en gracia a ese muchacho, hay quien no se atrevería a desafiar a su señora como ha hecho él.

«¿Su señora, no es su madre?», pensó la joven, pero no dijo nada.

—Igualmente, gracias.

—No hay por qué, ahora vamos, a vestirse —dijo Ailse.

Kaitlyn asintió y una a una se deshizo de sus prendas para enfundarse en las nuevas con cuidado de no abrirse las heridas de la espalda; polainas, combinación, vestido, calcetines y zapatos. Una vez ajustados los lazos se sintió mejor. Ailse tomó su ropa vieja, pero Kaitlyn la detuvo en el último momento.

—No las tires, por favor, me gustaría quedármelas —pidió.

—Están rotas y sucias, no vas a poder darles uso —señaló Ailse.

—Sé lo daré, lo prometo. Por favor, Ailse, dámelas.

—Si te hacen sentir mejor, sea, aquí las tienes.

Le tendió las enaguas rotas, y bajo su perpleja mirada Kaitlyn las guardó en el baúl. Después, gobernanta y criada salieron de la habitación para encontrar a Evander apoyado en la pared, esperando de brazos cruzados con una rodilla doblada. Al verlas fijó su mirada en Kaitlyn, ataviada como las criadas del castillo, y asintió, dando su aprobación.

—Mucho mejor, ahora no enfermarás de frío —dijo—. Vuelve a tus tareas de limpieza, y si alguien vuelve a mandarte algo absurdo, dímelo y me encargaré. En el castillo de Dunglass no somos bestias, muchacha, ya lo aprenderás.

—No todas las bestias son tan malas, Colquhoun, ya lo aprenderás —bufó Kaitlyn y se sonrojó sin poder evitarlo mientras se alejaba—. Gracias de nuevo… por tu ayuda.

Evander asintió, y tras aquel breve intercambio, la joven se perdió por el pasillo. Ailse se dispuso a seguirla, pero Evander cruzó el brazo en su camino y le cortó el paso.

—¿Señor? —dudó ella.

—Si mi madre o mi padre te vuelven a pedir que hagas algo como esto, me lo dirás. ¿Me has entendido, mujer?

—Por supuesto, señor Evander.

—Vete, sigue con tus tareas. Y ni una palabra a mi madre, tengo que hablar con ella.

Ailse asintió, y cuando Evander retiró su brazo, salió por el pasillo a paso rápido. Parecía que se había tomado la tarea de protector al pie de la letra, y ella no sería quien se interpusiera en el camino del maldito MacFarlane. Después de todo, el hechizo del druida que lo mantenía prisionero de su mente podía caer en cualquier momento, y ella no quería convertirse en su enemiga. Si se encaprichaba de Kaitlyn, allá él, no intervendría: lo que los dioses quisieran… ocurriría.

Capítulo Diez



Los tres siguientes días pasaron como un borrón, mientras Kaitlyn se habituaba a su nueva y forzosa realidad a pasos agigantados. La rutina nunca se repetía, aunque seguía cierto patrón: levantarse temprano —antes del alba—, asearse, y bajar a las cocinas para que Ailse asignase sus tareas. Estas diferían en función de las necesidades: limpiar el castillo, ayudar con las comidas, bajar a hacer compras al mercado de Dumbarton, ayudar con los animales… siempre había algo que hacer y jamás se aburría. La consecuencia era que terminaba tan cansada que no tenía energías ni para pensar en escapar. Parecía mentira que hubiesen pasado ya siete jornadas desde que estaba en ese claro junto a las cascadas besándose con Andrew. Una semana desde que su mundo había cambiado por completo, arrancada de su clan por los brazos de un demonio. Uno al que no había visto en las últimas horas. Kaitlyn se preguntó si la estaba evitando o lo habían castigado por ayudarla. No lo sabía, pero había pensado mucho en ello, en él, durante la última noche hasta lograr quedarse dormida. Evander era un Colquhoun, quizá solo por crianza, pero eso poco cambiaba. Malo o menos malo, ¿por qué la ayudaba?

Había pasado tanto tiempo dándole vueltas a ese «asunto de ojos azules», que se desveló. Y ahora estaba pagando las consecuencias. Un paño le fue arrojado en plena cara, Kaitlyn se incorporó, indignada, para encontrar que el sol brillaba tras la ventana y una irritada Ailse la estaba mirando desde el frente de su cama con los brazos en jarra.

—Levanta ese trasero perezoso, moza, vas con un retraso terrible —regañó.

—Buen día, Ailse, también me alegro de verte —dijo Kaitlyn, burlona, y suspiró—. ¿Qué hora es? Me he quedado dormida, pero no puede ser tan tarde, ¿no?

—Las nueve, hace dos horas que debiste levantarte. Si te he concedido esa pequeña misericordia es porque no había demasiado trajín; pero hay una tarea aguardándote ahora, así que levántate, aséate y baja a las cocinas cuanto antes. ¿Entendido?

—Por supuesto, ahora mismo voy.

Ailse asintió y salió de la habitación dejando a Kaitlyn sentada sobre el revoltijo de sábanas. Suspiró y apartó la manta para asearse en el aguamanil, que había rellenado con agua fresca la noche anterior. Se desnudó y hundió las manos en la jofaina para salpicarse la cara, dejando que las gotas resbalaran por su cuello hasta perderse por su escote. Podía respirar tranquila, en esos días que llevaba allí nadie había intentado nada con ella. Quizá la encontraban poco atrayente, poco deseable, y eso le dolía. Se miró en el espejo del aguamanil, sus pechos no eran grandes, pero tampoco pequeños, y ella solía esconder su forma bajo las vendas como un salvavidas para hacerse menos atractiva. «Mejor», pensó, «una preocupación menos con estos chacales».

Se limpió las axilas y suspiró. ¿Qué tarea le aguardaba? Nada bueno, si Ailse venía a su alcoba personalmente. Se calzó; se enfundó su enagua rota —que había cortado y cosido para darle uso de corpiño, ya que no tenía corsé—; se echó encima la combinación y las polainas y se acomodó en el vestido verde oliva. Recogió su larga melena negra en una trenza y salió de la habitación.

Las cocinas estaban tranquilas, el desayuno se había servido ya, así que la mayoría de criadas estaban fregando ollas, tazas y platos.

Se acercó a Ailse, que le tendió un par de cubos vacíos que Kaitlyn sostuvo con una ceja en alto.

—*Lady* Elspeth ha pedido un baño, así que baja al pozo, llena los cubos con agua y caliéntalos al fuego. Después sube y prepárale su baño —ordenó la gobernanta.

—¿Quién es *lady* Elspeth? —dudó Kaitlyn.

—¡Espíritus, que lentita eres, chiquilla! *Lady* Elspeth es la hija pequeña del laird, hermana del señor Callum y el señor Ewan; es una criatura muy tierna, así que no se te ocurra ofenderla ni molestarla o te juro por los dioses antiguos que te moleré a palos. ¿Me oyes? Su cuarto es el último del pasillo superior, el que da al lago.

—¿Y por qué no se baña en la piscina de los baños del castillo como hice yo?

—Los señores tienen bañeras de cobre fundido en sus estancias, son más calientes y les dan más privacidad —explicó Ailse y puso los ojos en blanco—. No te sorprendas de que no quieran bañarse con agua helada del río, hace un frío que pela, así que calienta esos cubos cuanto antes, la señorita ha pedido conocerte.

«¿Conocerme a mí?», se sorprendió Kaitlyn.

—¿Por qué? —inquirió.

—Supongo que tiene curiosidad, así que mueve los pies, muchacha.

—Mnn, está bien.

Dicho aquello tomó un par de cubos más —cuatro en total—, y salió de las cocinas por el conocido camino que cruzaba el patio para llegar al pozo. En los días que llevaba en el castillo de Dunglass apenas había tenido tiempo de salir sola, sin compañía de otra de las criadas, y aprovechó ese momento para fijarse en las posibles rutas de escape. ¿Podría salir en plena noche sin que ninguno de los *highlanders* de guardia la atrapara? No por la puerta principal, eso estaba claro. Suspiró, tendría que intentarlo cuando el patio estuviese menos vacío, ver adónde podía llegar explorando sin que la vieran.

La mañana estaba fría pero el sol había derretido la nieve y el empedrado del patio estaba mojado. Los guerreros entrenaban con las espadas en un choque de acero reconfortante, así que Kaitlyn caminaba distraída, sin notar que un par de ojos azules habían

reparado en ella. Evander había vuelto esa misma mañana de una misión de reconocimiento junto a su hermano Ewan y varios hombres por la frontera del clan; estaba ejercitándose con Malcolm y los demás cuando su fierecilla apareció por la puerta del servicio cargada con un puñado de cubos. No le había visto, parecía sumida en sus pensamientos, así que la observó. Llevaba el pelo recogido en una trenza, y varias hebras rebeldes habían resbalado por sus hombros y enmarcaban su rostro. El vestido verde oliva no le hacía justicia, es más, el color le sentaba fatal a su piel pálida y ojos grises. Aun así, estaba preciosa.

No vio venir el golpe hasta que sintió el dolor en la sien; Malcolm había tenido el tino de girar la espada en el último momento para golpearle con el mango y no con el filo, si no, ahora mismo sus sesos estarían esparcidos por el suelo.

—Despierta, hombre, que te has quedado alelado y por poco te siego la cabeza. ¿Qué te pasa? —preguntó Malcolm y llevó los ojos en la dirección que había estado mirando Evander—. Vaya, sí que te ha dado fuerte con la recién llegada. ¿Te gusta?

—¿Conoces alguno de los presentes a los que no les guste? —dijo Evander.

—Hablo en serio, Evan, ¿te interesa esa mujer?

—Me interese o no es lo de menos, tengo que velar por ella, ya oíste lo que dijo mi padre, que tengo que «amansarla». ¿Qué diablos significa eso exactamente?

Malcolm bajó la espada y la envainó, antes de sacar su odre de agua para echar un trago. Se limpió las gotas rebeldes de la comisura antes de lanzárselo a Evander para que bebiera. El rubio lo hizo bajo la divertida mirada de su amigo, que pasó la mirada de él a Kaitlyn que sacaba agua del pozo ajena a su escrutinio.

—¿Quieres una respuesta sincera, o una adecuada? —dijo Malcolm.

—Ambas, ya sabes que siempre preferiré una verdad sincera que una endulzada, pero quiero oír los dos puntos de vista.

—Entonces óyeme: está claro que la moza se te ha metido en la cabeza en el tiempo que has pasado con ella viajando desde territorio de los MacLaren. No te he visto mirar así a una mujer desde que te

conozco, Evander, y has yacido con muchas. ¿Mi sugerencia? Sedúcela y sácala de tu mente. Si resulta que te gusta más de lo que creías, pídesela a tu padre, te la dará, a fin de cuentas, la raptaste tú.

—Menudo consejo, Mal —resopló Evander.

—Has pedido sinceridad, ¿no? Bueno, la otra cuestión es que las mujeres, nos guste o no, siempre se ablandan cuando conocen el toque del varón. Es algo propio de su ser: se dulcifican, se enamoran, la mejor manera de «amansarla» es esa, follándola.

—Como si hacerlo fuese a solucionar nada... Si me encamo con ella será peor, tú mismo lo has dicho, ni siquiera la conozco y me ha atrapado como el hechizo de un druida —contestó Evander y le devolvió el odre—. Además, eso no siempre funciona. ¿O qué me dices de ti, has yacido ya con mi hermana?

—¡Qué dices! Claro que no, Elsie es una cría —exclamó Malcolm.

—Pero te gusta. No, que digo, la amas, estás enamorado de ella.

—Sí…

—Entonces, ¿por qué no sigues tu propio consejo? De cría Elspeth ya no tiene nada, es una mujer hecha y derecha —insistió Evander y Malcolm apretó la mandíbula y bajó la mirada, pintando una sonrisa torcida en el rostro de su amigo—. ¿Lo ves? Cuando te gusta una mujer, yacer con ella para olvidarla no sirve de nada.

—Pero tú no estás enamorado de esa MacLaren —señaló Malcolm.

Evander se encogió de hombros mientras envainaba la *claymore* y se volvía hacia el pozo para mirarla. Kaitlyn estaba ya terminando con el último cubo.

—Cierto, no estoy enamorado. Es más, esa fierecilla un fastidio andante y me irrita como no te haces idea… pero es verdad, algo en ella me atrae y no puedo evitarlo, tal vez su instinto de pelea, de retarme —admitió—. Creo que me limitaré a evitar que se mate por ahí con su carácter endiablado; tal vez saque algo de ello, se puede ser amigo de una mujer sin tener que beneficiársela, ¿sabes? Eso existe, Mal, se llama confianza.

—Ya, confianza —rio Malcolm—. Muy bien, «señor confiado», aprovecha y habla con ella, tal vez eso de la protección funcione para domarla, parece que está desbordada.

«Es cierto, como siempre, aborda más de lo que puede sobrellevar la muy tozuda», pensó Evander al ver que Kaitlyn peleaba por sostener los cuatro cubos repletos de agua sin derramarla por el camino. Le dio una palmada amistosa en el hombro a su amigo y cruzó el patio para detenerse frente a la joven para cortarle el paso. Kaitlyn elevó las cejas al verlo, como si no hubiese esperado toparse con él.

—Evander —soltó perpleja.

—Vaya, Kaitlyn, es la primera vez que pronuncias mi nombre sin rastro de una amenaza o burla implícita, me gusta —dijo él.

—Pues no te acostumbres, me has atrapado desprevenida.

El guerrero sonrió sin poder evitarlo. Ahí estaba, ese instinto combativo. Decidió no responder algo que la hiciera saltar, no quería tener que castigarla si llamaba la atención de los hombres que entrenaban en el patio. Decidió cambiar de tema.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Tengo que subir estos cubos al cuarto de *lady* Elspeth, no tengo ni idea de dónde está y voy con retraso, así que, por favor, déjame pasar o Ailse me comerá viva.

—Trae, te llevaré yo, Elsie es mi hermana.

Antes de que se quejara, Evander le quitó tres cubos y los cargó sin esfuerzo, dejando que ella llevara el último con las mejillas coloradas. Kaitlyn arrugó la nariz.

—No tienes que hacerlo, Colquhoun, puedo sola —protestó.

—Ya lo sé. Si lo hago es porque me place hacerlo, no soy uno de esos caballeros *sassenach* que llevan sombreros de plumas, como bien sabes.

—Desde luego, se arruinaría tu reputación si actuaras como tal.

—¿Qué sabes tú de mi reputación? —cuestionó Evander.

—Nada, no te conocía hasta que me secuestraste —admitió Kaitlyn.

—Mejor, nunca se ha ganado nada dejándose llevar por los rumores y prejuicios de otros. Ahora calla y deja de gimotear, que ya casi hemos llegado.

Kaitlyn notó que estaban en un pasillo al que nunca había subido. Debía ser el ala del laird, pues hacía calor entre los muros

alimentados por las chimeneas, y tapices y retratos decoraban las paredes. Había alfombras en el suelo y jarrones con flores de temporada. De repente, Evander se detuvo al final del pasillo y llamó a la puerta.

—Soy Evan, hermana, ¿estás presentable? —preguntó él.

—Pasa, bobo, estoy vestida —dijo una voz alegre desde el interior.

El guerrero empujó el pasador y entraron. Aquella habitación nada tenía que ver con la suya, pensó Kaitlyn, era acogedora y bonita, decorada en tonos azules y madera, con cortinajes y sofás y mesitas y libros. ¡Ah, los libros! A Kaitlyn le hicieron los ojos chiribitas al verlos, siempre rodeada de ellos en el castillo de Balquhidder. Evander carraspeó y Kaitlyn se volvió para ver a la mentada *lady* Elspeth. Se trataba de una joven de unos diecisiete años, no más de dieciocho, ojos azules y cabello besado por el fuego. Un mar de pecas oscurecía su piel de porcelana, y sonrió al verlos allí plantados.

—¡Evan, si has traído compañía! —exclamó la joven y dio una palmada al aire—. ¿Esta es ella, la muchacha MacLaren de la que todo el mundo habla?

—Así es, es Kaitlyn MacLaren —confirmó Evander.

—Todavía sé cómo presentarme —bufó Kaitlyn antes de sonreírle a la muchacha—. Estoy a su servicio, *lady* Elspeth, me han dicho que quería conocerme… así que aquí me tiene.

Elspeth se cubrió la boca con la mano para ocultar una risita, y pasó sus ojos de ella a él con entusiasmo. Evander puso los ojos en blanco, conocía esa mirada. Oh, oh.

—Kaitlyn, qué alegría que estés aquí. No sabes cómo me alegro de que Evander te haya traído. ¡Al fin podré tener una amiga y alguien decente con quien hablar aparte del cazurro de Ewan y las necias del clan Grant que me presenta ma! Así que nada de hablarme de usted —comentó Elspeth para perplejidad de Kaitlyn—. ¿Cómo te llamo yo, Kaitlyn, o Kattie, o…?

—Mis amigos me llaman Katt —contestó desconcertada.

—Katt, me gusta. Yo soy Elsie, no me llames Elspeth, ¿eh? Y tú, Evander, vete, tengo que bañarme y hemos de hablar entre mujeres. Me alegro de verte, hermano.

—Igualmente, Elsie, nos veremos más tarde —asintió él y se inclinó para darle un beso en la mejilla antes de volverse hacia Kaitlyn—. Cuando acabes aquí ve directa a mi alcoba, tengo que hablar contigo.

—¿A tu alcoba…?, ¿y por qué no podemos hablar aquí? —dudó Kaitlyn.

—Porque lo digo yo, hay algo que deseo hablar contigo. No me cuestiones, muchacha, deja de protestar y escucha lo que voy a decirte.

—Muy bien.

Evander asintió satisfecho con su respuesta y se miraron un instante antes de que él se volviese hacia la puerta y saliese de la habitación. La joven soltó el aire que había estado reteniendo sin darse cuenta, sentía el corazón latirle rápido en los oídos y tuvo que parpadear para despejarse. ¿Por qué diablos le afectaba tanto Evander? ¿Qué había en su voz, en su maldita mirada que la hipnotizaba? ¡Si le odiaba con todas sus fuerzas! Suspiró, notando la mirada de la otra joven sobre ella.

—Hombres… se creen siempre con la razón absoluta, ¿verdad? —dijo alegre.

—La mayoría de las veces, sí —concedió Kaitlyn.

Ambas rompieron a reír. Elsie parecía agradable, no como su madre, Kaitlyn sonrió.

—Voy a poner los cubos al fuego para que puedas bañarte —dijo y los acercó a la chimenea, que estaba encendida, aunque ardía a llama baja. Tomó un atizador para mover los leños y sopló hasta avivarla—. ¿Quieres que te ayude a desvestirte?

—Por favor.

Elsie se levantó y corrió el biombo de madera que había junto al tocador para revelar una tina de cobre con una toalla enorme extendida dentro. Se metió en la bañera y aguardó, en pie, a que Kaitlyn se acercara. Cuando lo hizo abrió los brazos y comenzó a desnudarla lazo a lazo. Una vez en cueros, Elsie se recostó sobre la toalla para sorpresa de la mayor, que no esperaba tanta ligereza; ella era más recatada.

—¿Te ruborizas? Si quieres puedo vestirme otra vez —dudó Elsie.

—No, solo me has sorprendido, ni siquiera nos conocemos y tú ya… bueno… los MacLaren tenemos otras costumbres —admitió Kaitlyn—. Las mujeres de mi clan no somos tan liberales, ni los hombres tan desvergonzados como los vuestros.

—¿Eres cristiana, cierto?

—Sí, pero ya sé que vosotros no, Evander me lo dijo, que adoráis a los dioses celtas.

—Así es, somos de los pocos clanes escoceses que aún mantiene las tradiciones —confirmó Elsie—. No supone gran diferencia, creo, no pareces tan distinta. En realidad, me alegro, ¿sabes? Podré aprender de ti, seguro que tienes muchas historias.

—Me encantaría contártelas, Elsie, pero no planeo quedarme.

Apenas lo dijo se arrepintió. ¿Y si se lo contaba a su padre? ¿Qué aún tenía intención de escapar? Se volvió hacia la chimenea para ocultar su expresión y notó que los cubos ya estaban humeando, así que cargó con el primero y se acercó a la bañera para llenarla.

—¿No quieres quedarte con los Colquhoun? —dudó Elsie.

—Este no es mi clan, ¡me trajeron por la fuerza! —exclamó ella—. Discúlpame, no pretendía gritarte, es que solo con recordarlo me enfurezco; fue terrible lo que sucedió.

—Lo siento, lo de tu amigo. Mi hermano Callum aún presume de ello, es un idiota.

Kaitlyn tensó los músculos de la mandíbula y se volvió para tomar otro cubo. No podía creerlo, que el hijo de puta de Callum presumiera de haber matado a Andrew.

—No importa, el pasado no podemos cambiarlo, aunque queramos —dijo con amargura—. Solo podemos seguir adelante con lo que tenemos y permanecer fuertes hasta que los vientos cambien.

—Conmigo no tienes que ser fuerte, puedes ser tú misma, Katt, quiero ser tu amiga. No sé qué cosas horribles pasaron aquel día que te trajeron aquí, pero no quiero que me veas como una enemiga ante la que fingir, estoy siendo sincera, de corazón.

—Gracias, Elsie… te lo agradezco, saber que cuento con alguien.

—Conmigo siempre podrás. Y con Evander, él también es un soplo de aire fresco —afirmó la joven Colquhoun.

La joven la miró sorprendida. ¿No defendía a sus otros hermanos? Había dicho que Callum era un idiota. ¿Qué clase de hermana era? Sea como fuere no iba a quitarle la razón, pero le pareció curioso. Cuando hubo vaciado el último cubo, tomó un paño de conejo y lo impregnó con el jabón de flores para comenzar a enjabonar. Elsie era una joven curiosa, se tumbó y se dejó hacer como un cachorro de gato, sin importarle si Kaitlyn veía o no sus vergüenzas o las tocaba. De pronto abrió los ojos y le sonrió, Kaitlyn se había detenido con el paño sobre su mano, y Elsie notó sus heridas.

—¿Qué te ha pasado en las manos? Tienes la piel de las muñecas levantada —dudó.

—Una gentileza de Evander, me amarró con una cuerda al venir.

—¿En serio?

—Sí.

Elsie se rio, logrando que a Kaitlyn le ardieran las mejillas.

—¡Ay, Evan es de lo que no hay! ¡Es el hombre perfecto! Tan rudo y valiente… ¡Ojalá Malcolm me hubiese raptado a mí así, como hizo él! Me rio mucho con él, ¿sabes? Las cosas son mucho mejores desde que llegó, Callum es… digamos que… no me hace reír. Y Ewan es un idiota, tiene la madurez de un niño recién destetado.

«¿Desde que llegó?», repitió Kaitlyn. «¿De qué diablos habla?».

—¿Estás hablando de tu hermano Evander? —dudó.

—*Aye*, sí, no conozco a ningún otro Evander —sonrió Elsie.

—¿Acaso no ha vivido siempre aquí, en Dumbarton? Como has dicho eso de «desde que llegó», me ha sorprendido. Creía que el castillo de Dunglass es el bastión de tu clan.

Elsie palideció, se puso nerviosa, le pareció a Kaitlyn; luego sonrió como si nada.

—No, claro, antes vivía en otro de los castillos del clan, tenemos varios. Evan llegó hace poco y…, se ha ganado los corazones de todos —inventó Elsie y de pronto cambió de tema, más bruscamente de lo que pretendía—. ¿Te duelen las heridas?

—No, pero a veces escuecen, la piel tarda en sanar si la mojas constantemente.

—Te daré una pomada de hierbas que prepara Greig, el druida del clan. ¡Es una maravilla, cura cualquier cosa! Espera, voy a buscarla.

Para sorpresa de Kaitlyn la joven se levantó, salió de la tina y cruzó la habitación en pelota picada para agacharse frente a su baúl y ponerse a rebuscar en él. Lo encontró rápido y se volvió con un frasco de vidrio ahumado en la mano similar al que poseía Evander.

—Aquí está, es magia, ya verás —dijo Elsie y se lo puso en la mano—. Úsalo de noche antes de ir a dormir, en unos días tus heridas habrán sanado.

—Muchas gracias, Elsie —sonrió Kaitlyn.

—De acuerdo, puedes irte si quieres, terminaré de asearme yo. Después de todo, Evander te está esperando, ¿eh? Ya nos veremos. Ey, Katt, me alegra haberte conocido.

—Sí, a mí también.

Dicho aquello la joven se puso en pie y sonrió, antes de poner rumbo a la salida con los cubos vacíos y más dudas que antes. ¿Qué diantres pasaba en ese clan? Sea como fuere no era asunto suyo; ella tenía una misión muy clara, y esa era escapar. Volvería a su clan… pronto.

Capítulo Once



Dejó los cubos vacíos en la encimera de la cocina antes de escabullirse para esquivar las miradas inquisitivas de Ailse —parecía un halcón con los criados, a la mínima que veía a uno ocioso, ahí que se lanzaba—, y encaminar sus pies a la habitación de Evander. Cruzó el *hall* y subió las escaleras hasta detenerse en el amplio descansillo; se acababa de dar cuenta de que no sabía dónde dormía su *Demonio de Ojos Azules*, así que volvió al ala donde se alojaba Elsie dispuesta a preguntarle a algún sirviente. Debía ser en ese pasillo, como hijastro del laird del clan se alojaría en la mejor zona del castillo de Dunglass. El corredor era ancho y había varias puertas, ¿cuál sería la de Evander? Estaba a punto de llamar a la primera cuando oyó pasos a su espalda; se volvió para ver a Eara, que llegaba cargada de mantas y sábanas limpias hasta las cejas.

Kaitlyn sonrió y tomó un puñado para poder verle la cara.

—¿Quieres que te ayude? Casi no ves por dónde vas —ofreció.

—Kaitlyn, qué susto me has dado —rio ella—. No, no te preocupes, voy al dormitorio de *lady* Marion, es friolera y siempre quiere tener encima tres mantas como mínimo, pero secarlas lleva mucho tiempo y… ¡espíritus, te estoy entreteniendo! Ailse te está

buscando, creo que quiere regañarte por no sé qué de un baño de *lady* Elspeth.

—Tranquila, ya la ayudé, ella misma me dijo que podía irme.

—Entonces acompáñame a guardar esto —dijo Eara y Kaitlyn asintió—. Es una muchacha agradable *lady* Elspeth, ¿verdad? Siempre nos trata bien y reímos juntas de los hombres cuando entrenan en el patio, y eso que tiene casi mi edad.

—Sí que es agradable, no me lo esperaba, me ha parecido cercana.

La joven de cabello castaño asintió y se detuvo frente a una puerta, que abrió con una mano mientras hacía equilibrios para sostener las mudas; después entraron en la habitación. Kaitlyn observó la decoración ostentosa en profundos tonos azules; las paredes llenas de trofeos de caza y escudos con armas colgadas encima; las alfombras de piel. Y supo que sí, era la habitación de laird Alec, espantosa como su dueño.

—Vamos, Kaitlyn, te has quedado atontada —sonrió Eara desde el fondo del cuarto, donde un armario empotrado decoraba la pared—. Es aquí, deja, ya las guardo yo, si las apilamos mal caerá todo el montón y habrá que empezar desde el principio.

—Lo siento, toma.

Le tendió las mantas y Eara se acercó y las cogió para guardarlas.

—A veces hasta pienso que Elspeth no es hija de *lady* Marion. Si no fuera porque ella y Ewan son como dos gotas de agua pensaría que es hija de otra sangre, no es para nada como sus hermanos —señaló mientras doblaba los bultos, aún de espaldas a ella.

—¿Ni siquiera como Evander? —cuestionó Kaitlyn.

—Ah, Evander, ¡por supuesto! Siempre me olvido de él, como es tan diferente a ellos jajaja. Y, sí, Evander es bueno, generoso y paciente, siempre está ayudándonos. ¡Aunque es un poco cazurro! Trae locas a las de las cocinas, siempre coquetea con las muchachas para que le den comida a deshoras, y come como un lobo. Pff, coquetear… ¡como si lo necesitara! Con esos ojos azules y esa sonrisa de diablo, todas le ponen ojos de cordera degollada.

«Así que le gusta coquetear», pensó Kaitlyn y, sin saber por qué, le molestó. «Tal como creía, los Colquhoun están cortados de la

misma tela; fornicar así sin más…». Para más énfasis ahora tenía que ir a su cuarto a hablar de los cielos sabían qué. Si pensaba que lograría algo con ella como con las otras se llevaría un chasco, ¡vaya que sí! Le saltaría los dientes de un guantazo de ser necesario.

—Hablando de él, me ha pedido que vaya a su alcoba. ¿Sabes cuál es? No tengo ni idea —comentó Kaitlyn.

—Claro, bajo las almenas, la última de la torre —dijo Eara.

—¿En la torre?, ¿no duerme junto a su familia en el ala principal?

—Pues... no, supongo que le gustan las vistas, desde su alcoba se ve todo el valle —dijo Eara y de pronto se mordió los labios—. Deberías ir ya, Katt, he hablado de más.

Kaitlyn la miró perpleja, ¿por qué se ponía nerviosa?

—No has dicho nada malo, Eara. Además, he sido yo quien ha preguntado —La tranquilizó—. Solo me has sorprendido, pero tal vez tengas razón y le gustan las vistas; la verdad es que vuestro clan está ubicado en un valle precioso.

—Sí que lo está, gracias, Kaitlyn.

—No hay por qué darlas —sonrió ella—. Bueno, me voy, nos vemos.

La muchacha asintió y Kaitlyn la dejó seguir trabajando. En el castillo de Dunglass actuaban extraño respecto a Evander, como si, por el hecho de que fuese el hijastro adoptado del laird, no fuese uno de ellos. ¿Tan trogloditas eran? Sin embargo, hablaban con cariño de él, tanto Elspeth como Eara; y el propio Alec lo recibió y abrazó como a un hijo cuando llegaron. Su actitud era rara como poco. Aquello la extrañó, pero decidió no decir nada, los Colquhoun eran un misterio en sí mismo y no deseaba desentrañarlo.

***

El camino a la torre fue sencillo de encontrar, el castillo de Dunglass no era tan laberíntico como el de Balquhidder, sus corredores eran amplios y solo tuvo que subir escaleras y alcanzar el extremo más alejado. La torre no era tan alta, y según dijo Eara, Evander vivía bajo las almenas, así que subió las escaleras de caracol hasta el último descansillo y llamó a la puerta. Se abrió para revelar al dueño

de sus pensamientos, que se hizo a un lado para permitirle pasar antes de cerrar tras él. Kaitlyn aprovechó para observar la habitación: redonda, con una ventana alta y estrecha decorada con un doble cortinaje—azul de terciopelo y de gasa blanca—, sencillo. Había una cama con dosel, un par de baúles, una mesa y un butacón. No había chimenea, pero sí una estufa de leña. Si bien, lo que más le gustó fue la cantidad de libros: estantes repletos de libros; un soporte de armas con una espada, un arco largo de caza y dagas.

Era la habitación de un guerrero, pero el detalle de los libros le hizo sonreír y caminar hacia ellos para leer los títulos. Descubrió muchos de caballería y aventura, de historias clásicas y leyendas. También de herbología y plantas, e incluso alguna novela de amor. Uno le llamó la atención: *Aedan y La Dama del Lago*. Le encantaba esa novela, contaba la historia de amor entre un *highlander* Cameron y una mujer que cruzaba el tiempo para llegar a él; para ser separados por el destino y que el tiempo le borrase la memoria a ella.

—¿Lo has leído? —preguntó Evander, se había acercado en silencio y Kaitlyn saltó.

—Sí, lo he leído muchas veces, es uno de mis preferidos —admitió.

—Yo lo encuentro fantasioso, y no porque no crea en la magia, sino porque un amor así, que atraviese el tiempo, me parece idealizado.

—¿Y qué no hay más idealizado que el amor? Es la fuerza más grande del mundo, por la que se han librado mil guerras y batallas.

—Hay quien diría que estás hablando del odio —señaló él.

Kaitlyn se encogió de hombros y le dio la cara, elevando el mentón para mirarlo a los ojos directamente. Evander le sostuvo la mirada y se perdieron en los iris del otro.

—Prefiero creer que es posible un amor capaz de llegarnos dentro, que desafíe nuestras convicciones y haga temblar el suelo bajo nuestros pies; un amor que nos haga sentir que la vida vale la pena ser vivida, sin importar de donde vengamos o quienes seamos. Eso es amor: ser feliz y saber que has encontrado tu lugar. El odio jamás podrá hacer eso, Evander Colquhoun, como ningún sentimiento nacido de la desventura.

—Tienes un corazón idealista, muchacha, ojalá nunca tengas que verlo destrozado —contestó Evander sin dejar de mirarla a los ojos; a Kaitlyn se le detuvo el pulso antes de romper a galopar, pero Evander cortó el contacto para volverse hacia el libro—. ¿Dices que este libro es tu favorito? Entonces quédatelo.

—¿Me lo regalas? —jadeó Kaitlyn incrédula—. ¿Por qué?

—Te hará más feliz a ti que a mí. Si va a traerte consuelo, adelante, cógelo.

Sacó el mencionado libro de la estantería y se lo tendió, pero Kaitlyn dudó. Evander tomó su mano y lo puso en ella, rozando sus pieles, lo que hizo que ambos sintieran un escalofrío, como si les hubiese caído un pequeño rayo.

—Gracias —murmuró la joven.

—No hay por qué darlas, te lo he dicho, no soy el desalmado que crees. Ahora, escúchame con atención, MacLaren, que esto es importante, por eso te he pedido venir. Y no se te ocurra mentirme, pues lo sabré, y créeme, no quieres verme enfadado por un asunto serio —dijo Evander y Kaitlyn notó que su tono había cambiado por completo—. Llevas aquí poco tiempo, pero no he olvidado tu promesa de fugarte ni por un instante. Para bien o para mal ahora estás en Dunglass, vives entre nosotros y eres parte del clan. Cuanto antes lo aceptes, menos problemas para los dos. Voy a ser directo, para que no haya lugar a medias tintas. ¿Cuáles son tus intenciones?

—¿Qué?

—Te pregunto que es lo que pretendes, muchacha. Te he visto congeniar con las mozas de la cocina, seguro que terminas trabando amistad con ellas; pero también he notado como fulminabas con la mirada a mi hermano Ewan y a los guerreros del clan. Eres una fierecilla, Kaitlyn MacLaren, y sé que deseas escapar, eso lo has dejado bastante claro; pero ten por seguro que no ocurrirá mientras yo sea tu guardián. Por ende, tienes que elegir —explicó él y suspiró —. Debes decidir si me haces la guerra o te pliegas, aquí no valen las falsedades.

—¿Qué más te da lo que haga? Si logro escaparme mejor para ti.

—Cierto, no me encanta tener que estar cuidándote cual niñera…

—¿¡Niñera!? ¡No necesito que me vigiles como un perro guar…!

—…pero las órdenes del laird se cumplen, y mi padre ha sido claro: te quiere aquí, y no voy a desobedecerle por mucho que me traiga de cabeza su elección —continuó Evander y sonrió de medio lado—. Mala suerte, «Kitty», no te vas a librar de mí.

—Serás… —masculló ella.

—Cuidado, muchacha, vigila esa lengua.

Kaitlyn sostuvo el libro contra su pecho y se dio la vuelta, tenía la respiración agitada y le temblaban las manos. ¡Ese maldito demonio! Si se tratase de otro hombre las cosas serían más fáciles, odiarle, maldecirle, pero con Evander no lo eran: era inteligente, era amable, y eso era peligroso para ella. En ese instante solo quería golpearlo y dejar de sentir esa sensación que sentía cuando le rozaba la piel, cuando la miraba a los ojos.

—Si tanto te fastidia vigilar a esta prisionera, Evander, déjame marchar. ¡Libérame! Haz como que no me has visto y lávate las manos con tu padre, me iré por mi cuenta y te librarás de mi presencia para siempre —dijo molesta.

—Te encantaría, ¿no? Correr por ahí y maldecirme hasta hartarte.

—¡Sí!

—Pues no es lo que parecía el otro día, estabas muy cómoda conmigo en la cueva —señaló Evander, y Kaitlyn notó un deje de alegría en su voz, quizá diversión—. Te recuerdo que fuiste tú la que se me acurrucó encima como un osito mimoso, Kitty.

—¡Estaba dormida, descarado! Además, fue tuya la idea de que durmiésemos en el mismo *plaid*, ¡y estabas desnudo! —rugió Kaitlyn.

El rubor le había teñido de rojo hasta las raíces, Evander sonrió sin poder evitarlo.

—Así es como duermen los hombres, Kaitlyn, cuando estés con uno lo comprobarás —señaló alegre.

—Eres insufrible, Colquhoun…

—Tal vez, pero te estás apegando a mí, no puedes negarlo. He visto como me miras, ¿o vas a negármelo?

—Te lo tienes tan creído que el brillo de tu ego me va a dejar ciega —comenzó a objetar Kaitlyn, pero se interrumpió al oír ruidos de caballería en el patio—. ¿Qué es eso?

—No lo sé, pero hay jaleo —contestó Evander.

Ambos se dirigieron a la ventana trasera de la torre para mirar al patio y ver que un grupo de una decena de jinetes estaba en el patio del castillo rodeados de gente, de ahí el barullo. Resultaba evidente que venían de guerrear, había sangre en sus armas y estaban exaltados. Evander lo entendió al instante y desvió la vista a Kaitlyn de forma fugaz, pero ella tenía la suya fija en los recién llegados, a todas luces suspicaz. Sin dejar de mirarla de reojo Evander se asomó por la ventana y llamó a uno de los hombres.

—¡Angus! ¿Qué pasa ahí abajo? —preguntó, ya con la vista en ellos.

—¡El ataque ha sido un éxito, Callum está descargando el botín! —dijo Angus.

«Mierda», pensó Evander y se alejó de la ventana para encaminarse a la puerta.

«¿Botín?, ¿de qué ataque habla?», pensó Kaitlyn.

—¡Evander espera! —exclamó y se apresuró a guardar el libro en la faltriquera de su vestido para seguirlo—. ¿Qué está pasando?, ¿estáis en problemas?

—Problemas son los que estamos a punto de tener —contestó él y masculló un claro «maldito seas, hermano»—. Quédate aquí, no hace falta que bajes conmigo.

—¿Por qué?, ¿qué pasa?

Evander no respondió. Habían cruzado ese intercambio mientras corrían escaleras abajo, Kaitlyn tenía la lengua fuera cuando cruzaron las puertas del castillo; Evander parecía tener prisa a juzgar por la velocidad a la que andaba, y aquello asustó a Kaitlyn. Debían estar en problemas si el *highlander* se mostraba tan alterado. Cruzaron el patio, en el que el grupo de guerreros había desmontado para reír y celebrar junto a sus compañeros que no habían salido. Más de uno le palmeó la espalda, pero él los ignoró y salió directo a la puerta, la que salía al camino que llevaba a Dumbarton.

—¡Evander, no corras! —llamó Kaitlyn al ver que la dejaba atrás.

—¡Quédate ahí, muchacha! —contestó él sin mirarla.

—¡Y un demonio!

«Ahora más que nunca quiero ver qué pasa», pensó.

Al llegar al pueblo lo entendió: Callum Colquhoun estaba en el centro de la plaza de Dumbarton a lomos de su caballo con un *feileadh mor* MacLaren ensangrentado colgado del hombro a modo de capa.

Un *plaid* de su clan.

A Kaitlyn se le aceleró el corazón y sus pasos se anclaron, negándose a ir más allá. Observó al primogénito del clan Colquhoun: tan orgulloso, varonil y feroz; con gotas de sangre aun manchando su mejilla —sangre de un MacLaren— y sonrisa radiante. Llevaba el largo cabello castaño oscuro atado en una cola alta y parecía tan satisfecho y alegre con su hazaña que a Katt le dieron ganas de saltar, sacar una daga y clavársela. Los ojos le picaban por las lágrimas que se habían ido acumulando, y cuando notó lo que le rodeaba desbordaron.

Había un puñado de vacas lanudas y caballos rodeando al grupo, y a sus pies un cofre con monedas; seguramente habían atacado una de las granjas de las aldeas cercanas a Balquhidder para robar y matado a sus habitantes. ¡Malditos monstruos! Entonces, Callum bajó del caballo y se agachó para tomar un puñado de libras de plata de un cofre pequeño y lanzarlas al aire para alegría de los habitantes del pueblo.

—¡Coged, amigos, y disfrutad de los tesoros bien ganados! —exclamó—. ¡Esos perros MacLaren pagarán lo que nos deben, así que alegraos, que han ido servidos!

Hubo un coro de risas y vítores, y Kaitlyn apretó los puños.

—Malnacido… te haré pagar esto —murmuró con los ojos anegados de lágrimas.

Empezó a andar hacia Callum dispuesta a golpearlo, cuando un tirón en la muñeca la detuvo en seco. Volvió la cabeza para ver a Evander a su lado, era él quien la retenía, y estaba a todas luces muy molesto, incluso preocupado.

—Para, Kaitlyn, espera antes de cometer una… —comenzó.

Pero ella se soltó y le cruzó la cara de una bofetada. Tanto, que le ladeó el rostro. Jadeaba de rabia. Evander se recompuso y se llevó la mano a la mejilla antes de encararla; Kaitlyn lloraba ya sin ocultarlo, y verlo le dolió. Callum había ido muy lejos.

—¿¡Esta es la deuda de sangre de la que tanto hablas, la justicia que tanto laureas!? —exclamó ella, ganando miradas de los aldeanos —. ¡Podéis iros al infierno, tú y todo tu maldito clan! ¡Habéis asesinado a gente inocente para robar un puñado de animales!

—Basta, aquí no, luego podrás maldecirme —advirtió Evander.

«Maldita sea, está llamando la atención», pensó él, y se interrumpió a sí mismo al ver que su hermano y Ronald se estaban acercando, los habían visto. Pero Kaitlyn no se había percatado de ellos todavía, de tan furiosa como estaba.

—¡No tenéis honor en este clan! —rugió enfadada—. ¡Sois escoria!

—Vaya, veo que has traído a la moza MacLaren para que celebre nuestra victoria, ¿eh, Evan? —rio Callum—. Ven, hermano, únete a la fiesta; hemos traído vino y un barril de cerveza. ¡Hoy no se queda nadie sin beber en Dumbarton!

—¡Eres un maldito hijo de perra, Callum Colquhoun! —chilló Kaitlyn y se lanzó hacia él. Elevó el puño para darle un golpe, pero Callum la sujetó y le retorció el brazo—. ¡Suéltame!

—¡Vaya, la zorrita tiene garras! —se burló Ronald.

Los hombres rieron, algunos entre dientes y otros abiertamente.

—Desde luego que las tiene, es de armas tomar… ya veremos si logro amansarla —bufó Callum y apretó tanto el agarre con el que le retorcía el antebrazo a Kaitlyn que la joven creyó que se lo rompería.

—Basta, Callum, suéltala —advirtió Evander.

—¿Por qué, prefieres hacerlo tú?

—Suéltala AHORA, no lo repetiré.

Ambos hombres cruzaron miradas. Kaitlyn jadeó de dolor y Callum finalmente la soltó de un empujón y la lanzó contra Evander, que la sostuvo entre sus brazos, enfadado. No podía creer que su hermano se comportara así con una mujer, era deshonroso. Pero Callum le quitó hierro al asunto con una sonrisa y una palmada sobre su espalda.

—Te queda mucho trabajo, Evander, la moza está muy salvaje aún —comentó—. Ven, vamos al castillo, podremos celebrar un rato antes de ponernos al día.

—¿No vas a hablar primero con padre? —cuestionó Evander.

—¡Que espere! Merezco beber y celebrar por un trabajo bien hecho.

Evander no respondió, le susurró a Kaitlyn que callara cuando Callum no miraba; se había dado la vuelta para indicarle a sus hombres que cargasen el botín para subirlo al castillo. Mientras caminaban, Evander preguntó lo que le estaba quemando por dentro.

—¿Lo ha ordenado padre? El ataque de hoy, el robo —aclaró.

—No necesito permiso de padre para atacar a nuestros enemigos —bufó Callum—. Y ya podrías haber venido, nos hubiera venido bien tu espada, hemos tenido que matar a varios. Pero bueno, ha valido la pena volver allí por tan buena recompensa.

—Cállate —gruñó Evander.

—¡Mira que eres aburrido! —rio Callum—. Vamos, tengo hambre.

—Sí, subamos de una vez.

Cruzaron las puertas del castillo y entraron al *hall* para ser recibidos con aplausos. Kaitlyn había perdido las ganas de golpear, solo quería llorar, y le mataba que pudieran verla derrotada. Fue la voz de su *Demonio de Ojos Azules* lo que la hizo elevar la mirada, que había clavado en los baldosines para que no le vieran la cara.

—Sube a mi cuarto ahora mismo y espérame, no se te ocurra salir —dijo Evander.

—¿Tan necia crees que soy como para ponerte las cosas en bandeja? —sollozó Kaitlyn, había rabia en su voz, pero también una profunda pena—. No voy a abrirme de piernas para que me «amanses», como ha dicho ese asesino al que llamas hermano.

—No seas estúpida, lo que busco es protegerte —contestó él y Kaitlyn notó que le habían dolido sus palabras; estaba molesto, además de enfadado—. Te lo he dicho dos veces, testaruda muchacha, y no lo volveré a decir: si quisiera tenerte a las malas, lo habría hecho desde el primer día; no soy la clase de hombre que se impone a una mujer.

—¿Entonces por qué?

—¿Qué piensas, que las cosas no se van a salir de control? Nunca has visto una juerga de *highlanders* festejando, por lo que veo. Cuando esos hombres estén embriagados por el licor y la cerveza subirán a los cuartos de las criadas y las tomarán hasta saciarse,

muchas ya son sus amantes, y una novedad como tú será un dulce en miel. En mi alcoba estarás segura y protegida, nadie va a entrar allí sin que lo ordene yo.

—¿Y tú? —murmuró Kaitlyn, cuyos sollozos se habían calmado—. ¿No debo temer lo que hagas tú cuando te embriagues?

—De mí no debes temer nada, Kaitlyn, te doy mi palabra.

Se miraron a los ojos, y allí, en esas profundidades cerúleas, Kaitlyn supo que era sincero, que Evander no le haría daño. Un leve sollozo dejó sus labios en forma de suspiro, y el guerrero alzó la mano para limpiarle la mejilla con los dedos en la más suave de las caricias. Kaitlyn contuvo el aliento y el corazón se le aceleró descontrolado.

—Espérame y no salgas, subiré en un rato y pasaremos la noche juntos para que nadie intente nada contigo —susurró Evander y sonrió al añadir—. No te preocupes, dormiré en el suelo, si tanto te asusta volver a compartir el lecho conmigo.

—No me asustas, demonio —dijo Kaitlyn.

—Entonces vete ya, valiente gatita.

Kaitlyn asintió, sintiéndose repentinamente mejor. Le dolía el alma por la brutalidad que ese monstruo de Callum había demostrado, pero al menos sabía que con Evander estaría a salvo, protegida, segura. A pesar de todo confiaba en él. Asintió y se alejó para encaminarse a las escaleras. Y, en el momento que sus dedos dejaron su piel, Kaitlyn se encontró añorando el contacto. «Maldita sea», pensó. Decidida a no pensar en lo que estaba sintiendo por él, corrió sin mirar atrás.

***

Al llegar a un punto donde no pudo más, sus piernas se resistieron y se detuvo. Había corrido a ciegas y sus pasos la habían llevado al ala norte, donde vivía la familia del laird. El laird, ese maldito bastardo. «Podría matarlo», pensó Kaitlyn de pronto, y el corazón se le aceleró. «Quizá si me cuelo en su alcoba, podría matarlo sin que me vean y liberar al mundo de él». Si bien, en cuanto el pensamiento cruzó su mente lo descartó. «No, Katt, no eres una asesina, no podrías matar

a un hombre a sangre fría, ni siquiera a él». Se dio la vuelta, resignada a volver tras sus pasos para llegar a la torre, cuando el sonido de su nombre le hizo girarse para encontrar a Elspeth y Anna caminando hacia ella.

La joven Colquhoun pelirroja tenía una sonrisa, que Kaitlyn se forzó a devolver.

—¡Hola, Katt! Qué alegría encontrarte, justo le estaba hablando a Anna de ti, después de lo que hablamos le voy a pedir a mi madre que te saque de las cocinas para que estés más por aquí arriba y podamos pasar tiempo juntas —comentó Elspeth risueña. De pronto reparó en su rostro rojo y en sus mejillas húmedas—. ¡Ay, espíritus! ¿Has estado llorando? Cuéntanos qué ha pasado, quizá podamos ayudarte; si Ailse se ha pasado de la raya contigo te prometo que me va a oír.

—No, Ailse no ha hecho nada, es… ha sido ese infame de Callum. Lo siento, no debería hablar mal de él delante de vosotras, lleva vuestra sangre y no es…—dijo ella, y de pronto reparó en que Anna tenía el labio amoratado—. ¿Estás bien?

—No te preocupes, ha sido un tropiezo —contestó Anna.

—¡No lo defiendas más, An! —rugió Elspeth indignada—. Dinos, Kaitlyn, qué ha hecho ese bruto hermano mío, ¿te ha pegado a ti también?

—¡Calla, Elsie!

Kaitlyn observó como la rubia trataba de silenciarla, pero Elspeth la chistó y se volvió de nuevo a mirar a su invitada. Kaitlyn tenía la vista fija en Anna, y al reconocer la marca inconfundible de un golpe sintió que se le removía algo por dentro.

—*Lady* Anna, puedo ayudaros con ese golpe, en Balquhidder tenemos un remedio a base de milenrama que baja la inflamación y alivia el dolor, seguro que vuestro sanador puede prepararlo si hablo con él y le digo los ingredientes —ofreció Kaitlyn.

—No es un golpe, ¡y no necesito tu ayuda, criada! —chilló Anna.

—¡An!

—Disculpadme…

Anna echó a andar por el pasillo a paso rápido. Elspeth no trató de detenerla, solo suspiró y cruzó los brazos sobre el pecho. Después se

acercó a Kaitlyn y se enganchó de su codo para andar por el largo pasillo. Caminaban en silencio y Kaitlyn no se atrevía a romperlo. Sentía que estaba pisando cascaras de huevo, cualquier cosa que dijera podía ofender a su nueva amiga, y herirla era lo que menos deseaba. Fue la propia Elspeth quien habló primero.

—No se lo tengas en cuenta, Kaitlyn, la pobre está enajenada con mi hermano. ¡Espíritus! Sí que debe ser bueno fornicando para que lo defienda así —dijo molesta—. Se casaron hace año y medio, Callum tiene un carácter muy fuerte, siempre lo ha tenido, pero era bueno con ella y Anna le adora. Ahora, cada vez que se embriaga le suelta un guantazo. Creo que es porque no le ha dado hijos, la pobre está muy triste por eso.

—¡Pero eso es absurdo! Hay mujeres a las que les toma varios años quedar encinta, Callum no puede pretender castigarla por no quedarse —contestó Kaitlyn—. ¿Sabe *lady* Marion que esto está ocurriendo?

—Por supuesto, y siempre defiende a mi hermano. Si vieras los consejos que le da a la pobre Anna… que yazca con él a todas horas hasta que arraigue la semilla, me da una pena terrible ver cómo le reprocha a Anna y disculpa a Callum. Pero dime, ¿qué es lo que te ha hecho a ti? No creas que no se ve que has llorado, tienes las mejillas mojadas.

Kaitlyn se ruborizó y se llevó la mano al rostro para limpiarse.

—No es nada, de verdad —dijo.

—Katt, puedes confiar en mí —insistió Elspeth—. ¿Qué ha hecho?

—Es… ¡Callum es un monstruo!, ¡un maldito animal! —rugió Kaitlyn—. Ha ido a una aldea del clan MacLaren con un grupo de hombres y pasado a cuchillo a todos los que vivían en una granja para robarles los caballos y las vacas. Ahora está presumiendo y brindando con uno de los *plaids* de mi clan colgado del hombro como una capa, sin importarle las vidas que ha segado. ¡Y todo por unas vacas! ¿Qué clase de *highlander* es? ¿Es que no tiene corazón?

—Sé que en el fondo lo tiene, y le quiero, pero ojalá no fuese como es. Deja que te dé un consejo, Kaitlyn, aléjate de él; cuando Callum se encapricha de alguien es mejor que no esté en su camino o hará lo que sea para…

—¡Elspeth!

Ambas jóvenes se volvieron para encontrar a la *Lady* del clan con el rostro lívido al otro lado del pasillo. *Lady* Marion había subido las escaleras en silencio y atisbado parte de la conversación debido al eco de los muros. Cuando Elspeth vio a su madre sintió que el color dejaba sus mejillas. Marion cruzó el pasillo y se plantó frente a ellas.

—No se te ocurra volver a hablar así de tu hermano, ¿me oyes? Callum lucha por el clan y por todos nosotros y le debes respeto —regañó, antes de volverse hacia Kaitlyn—. Y tú, muchacha, creí haberte dicho el día en que llegaste que no te atrevieras a ponerte ropa; si tanto te asquea vestir los colores del clan que te da techo y comida, habrás de ir desnuda. ¡Quítate ese vestido ahora mismo!

—Madre, tal vez… —comenzó Elspeth.

—¡Silencio! —rugió Marion y le insistió a Kaitlyn—. Tú, obedece, ¡ya!

—No —contestó Kaitlyn.

—¿Cómo? ¿Por orden de quién te has atrevido a contrariarme?

—Por orden mía —dijo una voz a su espalda.

Las tres mujeres brincaron sobre sus pies al ver a Evander acercarse. Parecía molesto, y al llegar a su altura se posicionó al lado de Kaitlyn y encaró a su madre, que le sostuvo la mirada con el mentón en alto.

—Fui yo quien ordenó a Ailse que le diese ropas nuevas, no voy a permitir que muera de frío o le ocurra algo por un capricho tuyo, madre —dijo Evander y Marion se puso colorada—. Si tienes algo que reprochar, échamelo en cara a mí, no lo pagues con ella. ¿Por qué ordenaste algo así, de todos modos? Esta muchacha no te ha hecho nada, y ya ha está pagando su deuda sirviendo a padre.

—Debe aprender a respetar a los Colquhoun —masculló Marion.

—Lo hará, si le demuestras que hay algo que respetar. Kaitlyn MacLaren está a mi cuidado por orden del laird de este clan, así que, si tanto te enerva su decisión, acláralo con él.

—Esto no quedará así, Evander, hablaré con Alec.

—Estoy deseándolo —contestó él y se volvió hacia Kaitlyn—. Ven, muchacha, sígueme, nos vamos.

Por una vez obedeció sin rechistar y siguió a Evander por el pasillo en dirección a las escaleras que subían, y mientras se alejaban no volvió la vista atrás, temerosa de encontrar a esa bruja lanzándole maldiciones. ¿Por qué era tan mezquina? Sea como fuere, era tal para cual con su marido: unos monstruos. Tan distraída estaba que cuando llegaron a la alcoba y Evander abrió la puerta para dejarla pasar tuvo que parpadear. Una vez dentro, el guerrero cerró la puerta y suspiró.

—¿Tienes frío? Voy a encender la estufa para calentar la alcoba —dijo—. Puedes sentarte si quieres, la cama es amplia, no te morderá en el trasero ni tendrás que tocarme. Ya ves, tu orgullo seguirá intacto para encararme, si es lo que temes.

—Gracias, sí que estoy helada —suspiró Kaitlyn.

Evander se agachó junto a la estufa —de hierro forjado, grande y negra, con una rejilla tallada por la que se podía ver el fuego—, para meter un par de leños y prender la lumbre con el pedernal. Una vez que ardió una llama constante, se levantó para encontrar a la joven sentada en el borde del colchón. Tenía la vista fija en la alfombra, estaba pensativa y seria, así que tomó un *plaid* de su baúl y lo posó sobre sus hombros, logrando que ella alzara la cabeza sorprendida y le mirara con las mejillas sonrojadas.

—Gracias… de nuevo —susurró Kaitlyn.

—Olvídalo, te lo dije, mientras estés a mi cuidado no te va a pasar nada —dijo Evander.

—Aun así, no tenías por qué defenderme te habrás metido en un lio. ¿Por qué lo has hecho?

—Porque no es justo que se ensañe con una inocente que no le ha hecho nada; eres muchas cosas, Kaitlyn MacLaren, pero malvada y mezquina no están entre ellas. Mientras yo esté aquí nadie te va a tocar, es una promesa que te hago.

La declaración dejó a Kaitlyn sin palabras. ¿Por qué le afectaban así las de él? Que Evander no era como el resto de su familia era un hecho, pero, ¿por qué le había dado un brinco el corazón con la mera idea de sentirse protegida por el hombre que la había arrancado de su hogar? Decidió cambiar de tema, odiaba sentirse vulnerable.

—¿Por qué tu madre te trata así? La forma en que te ha hablado es muy dura —dijo.

—Marion Colquhoun no es mi madre, como sabes, no soy un Colquhoun de sangre —suspiró Evander—. Ignoro de dónde vengo, pero ella nunca me ha soportado; me tolera porque su marido e hijos me quieren, nada más.

—Es terrible, incluso si no eres su hijo, ¿tan fría es? Nunca formaría aquí un hogar, si todas las mujeres comparten pensamiento con ella.

Evander elevó la mirada y la traspasó; había tal intensidad en él que Katt creyó que podría leerla como un pergamino. Tragó saliva, y él habló.

—Formarás un hogar, eso es para lo que te he traído —dijo—. Espero que lo aceptes cuanto antes, porque es lo que va a pasar. Ahora descansa, luego subiré comida para los dos, no te preocupes, que no te voy a tocar.

—Te mataría si lo intentas —suspiró Kaitlyn y se dejó caer sobre el colchón.

—Sé que lo intentarías, fierecilla, lo intentarías...

La risa que dejó sus labios fue suave y musical, y Kaitlyn se encontró fascinada. Sin embargo, se mordió las mejillas y se volvió de lado, incapaz de sostenerle la mirada ni un minuto más. No supo si Evander la había dado por dormida, pero se levantó y la cubrió con el *plaid* antes de darse la vuelta para salir de la habitación.

Capítulo Doce



La noche resultó más tranquila de lo que creía, Evander, fiel a su promesa, tomó un par de mantas y se tendió sobre la alfombra, frente a la estufa, dejándole el lecho a ella. Por alguna razón Kaitlyn había supuesto que, dado que la cama era doble, la compartirían; no sería lo más raro que hacían, si tenía en cuenta su noche en la cueva. Pero de nuevo tenía que sorprenderla comportándose como un hombre respetuoso y de palabra. Habían cenado en el dormitorio una bandeja de costillas de cerdo asado y un pastel de verduras y masa especiada; de postre, bollos dulces bañados en miel. Kaitlyn se había encontrado disfrutando de la noche, para su posterior horror. Evander y ella habían hablado un poco de sus gustos —sin ahondar en temas personales, pues la joven saltaba y se ponía a la defensiva—, y Kaitlyn descubrió que compartían muchos.

Cuando la música de gaitas y tambores que resonaba por los muros del castillo de Dunglass comenzaron a mezclarse con el de cánticos y sonidos de cristales y risas de borracho, Evander supo que había llegado el momento de poner fin al día. La celebración de Callum duraría varias horas y no tenía intención de salir de ese cuarto ni para beber; ni para celebrar un ataque que le parecía innecesario;

ni para dejar sola a Kaitlyn. Por ello, dejó que ocupara su cama y se tendió en el suelo.

Las primeras dos horas ninguno durmió, pero poco a poco el sueño fue apoderándose de él y se quedó dormido al calor de la lumbre. Para Kaitlyn la situación no fue tan fácil. Rodeada por las suaves mantas de su lecho sintió que sus sentidos se inundaban de él: el aroma de la almohada y la sábana, el hueco de su cuerpo en el colchón, el color del dosel, similar a sus ojos, los sonidos de su respiración a dos pasos de ella… Dio vueltas y vueltas, incapaz de dormir, su mente estaba llena de Evander, y cuanto más pensaba en él más confundida se sentía.

Evander Colquhoun era, en esencia, lo opuesto a su familia.

No conocía a laird Alec más que de oídas, pero tras su encuentro le pareció un hombre frío y cruel. Lady Marion disfrutaba con el sufrimiento ajeno, las palabras de Elsie sobre su actitud con Anna lo demostraban. Callum era temperamental y ruin, violento. Y el muchacho que causó la muerte de Andrew, Ewan, tenía muy mala entraña. Por ende, los únicos diferentes eran Elspeth y el propio Evander. Evander, leal hasta la médula. Evander, valiente y resolutivo. Evander, justo y protector. Y sí, condenadamente atractivo, gallardo y engreído y… ¡suficiente de pensar en él! se dijo, frustrada. El sudor le corría por el cuerpo a pesar del frío nocturno, así que hizo a un lado las mantas y se levantó para plantarse frente al aguamanil y asearse.

Se salpicó el rostro, mojó las manos y se limpió el sudor de las axilas, los brazos y los pechos. Entonces se sintió mejor. A juzgar por el color del cielo debían ser cercanas las cinco, estaba oscuro, pero no había amanecido. Decidió salir a tomar el aire para despejar la cabeza, eso siempre la ayudaba a dormir, así que dio una última mirada a su guardián y salió de la habitación.

Apenas dejó el calor del cuarto el aire fresco de la noche le erizó los vellos y caminó descalza hasta llegar a la puerta de la torre, que daba al patio. La música de la fiesta había parado y la noche estaba tranquila, brillaba una gran luna creciente, y Kaitlyn se acarició los brazos.

«Papá, Eileen, ojalá estéis bien», pensó apenada. «Si al menos pudiese ponerme en contacto con vosotros de algún modo y deciros

que estoy viva». Lágrimas rebeldes comenzaron a acumularse tras sus párpados y caminó, sin saber adónde iba, hasta el otro extremo del patio. Una hilera de caballos estaba atada junto al muro y las escaleras que desdecían al patio inferior; Kaitlyn supo que eran los animales robados al clan MacLaren, puesto que, para su sorpresa, reconoció a uno. Se trataba de Nublado, un clydesdale negro con patas blancas y una mancha en el morro, era el caballo de Arthur, uno de los guardias del castillo de Balquhidder. «Así que la granja que asaltaron era de Bryce MacLaren, el padre de Arthur», pensó con un nudo en el estómago.

Conocía a esas personas: Iona, esposa de Braice; Marian, la hermana de Arthur; William y su esposa Meadow; Jaimie, Alasdair, Fergus, sus primos y hermanos. Y habían muerto por unas simples vacas. «Maldito seas, Callum Colquhoun, pagarás esto». Se acercó al enorme semental y le acarició el morro. El caballo reconoció su aroma y bajó la cabeza, Kaitlyn lo abrazó, las lágrimas cayendo libres.

—Hola, pequeño, me alegro de verte… Bidh tu gu math, a each beag, a bhalaich mhath —susurró sin dejar de acariciarlo—. Vas a estar bien, Nublado, saldremos de esta.

—¿Planeas robarlo y huir montada en él? —dijo alguien tras ella.

Kaitlyn se volvió de golpe para encontrar a Callum apoyado contra el muro, de brazos cruzados, observándola desde la oscuridad. Sujetó las riendas de Nublado en un acto reflejo, y él elevó las comisuras de sus labios.

—Sigo esperando una respuesta, muchacha. ¿Es que los tuyos no tenéis modales? —dijo Callum y comenzó a acercarse.

—No te atrevas a hablar de los MacLaren, maldito animal, y no te acerques más.

—¿Acaso me tienes miedo?

—Te lo advierto, no des ni un paso o te arrepentirás —dijo Kaitlyn.

—Estás siendo muy maleducada, no tenemos por qué llevarnos mal, ahora eres Colquhoun y estoy seguro de que podemos pasar un buen rato —dijo Callum, y se acercó tanto a ella que Kaitlyn se vio atrapada entre el caballo y él. La miró de arriba abajo, y Kaitlyn fue consciente de que apenas iba cubierta—. ¿Qué llevas debajo?

—¡No me toques!

Callum alzó la mano para rozarle las caderas en un intento de subirle la enagua, pero Kaitlyn lo empujó y lo empotró contra la pared. ¡Maldito cerdo! Se dio la vuelta dispuesta a correr escaleras arriba, pero no hubo dado ni dos pasos cuando un fuerte tirón la arrastró y se vio empujada contra la pared. Callum se colocó detrás de ella y le aplastó el cuerpo contra los ladrillos de piedra helada; Kaitlyn forcejeó con todas sus fuerzas en un intento por librarse, sacando una risa ronca del hombre.

—Sigue así… me gustan las mujeres que se resisten, me la ponen dura como no te haces una idea, MacLaren —dijo Callum y Kaitlyn notó su repulsivo aliento de whisky sobre la mejilla, que le lamió con descaro, sacandole lágrimas de impotencia—. Te voy a follar hasta que aprendas a respetarme y supliques de rodillas, maldita ramera…

Empezó a subirle la combinación por los muslos. Dios Santo, ¡la iba a forzar! Y apenas lo pensó un destello de rebeldía y valor la invadió. «No mientras pueda evitarlo, monstruo», pensó. Comenzó a palpar a su alrededor con la mano, tenía que haber algo, ¡tenía que liberarse!

***

Evander despertó con el cuerpo adolorido, tenía los ojos cerrados, pero sentía la luz y el calor del fuego a su lado. No trató de moverse,, analizó con sus sentidos lo que le rodeaba, en caso de que esos malnacidos le hubiesen capturado; y lo que sintió no le dio buenas vibraciones. El aire olía fresco y terroso, húmedo; el ambiente era, de hecho, muy húmedo. Olía a musgo, a helechos, a piedra mojada, a tierra fresca, a plantas… y al aroma inconfundible del incienso al arder; estaban quemando hierbas en un brasero. Tenía las manos atadas a la espalda, a juzgar por el escozor que sentía en las muñecas y lo que le tiraban los brazos; se hizo evidente que sí, le habían capturado. Entonces oyó las voces, tres hombres hablaban entre ellos, uno era Callum, así que prestó atención.

—…sin ver el propósito de esto, padre, es absurdo.

«Así que uno de ellos es laird Colquhoun, el padre de ese loco», pensó.

—Mira que eres necio, hijo, a veces creo que el intelecto del clan te pasó de largo —dijo el laird—. El propósito es evidente: nos cobraremos con él todo daño que esos MacFarlane hijos de perra nos han hecho durante generaciones. Los ancestros nos lo sirven en bandeja de plata.

—¿Y por qué no lo matamos y ya? A Gareth le hará el mismo daño vivo que muerto —insistió él.

—¿¡Es que no lo ves!? ¡Es una señal de los espíritus! Tú te cruzaste con este perro para que lo tomases como prisionero. Era tu destino capturarlo y es el mío aprovechar la oportunidad que nos brinda. —exclamó Alec y suspiró, armándose de paciencia—. Donald, ¿tiene ya el druida lo necesario?

—Sí, en cuanto se despierte lo llevamos al poste, ya han encendido las llamas.

«¿Encendido las llamas?», pensó Evander. «¿Qué piensan hacer estos dementes, quemarme vivo? No, Alec ha dicho que le soy útil para su venganza», resolvió. Donald Colquhoun era el hermano del laird, de la edad de su difunto padre; no le caía bien. Sin embargo, parecía más razonable que Alec y Callum. La voz del menor lo alertó.

—De acuerdo, entonces no veo por qué esperar más —dijo, y acto seguido Evander sintió un chorro de agua helada empaparle. Abrió los párpados, furioso, el imbécil le había arrojado un cubo de lleno en el pecho y la cara—. Bienvenido de nuevo, bella ramera, despídete de tu mundo y reza lo que sepas, que tu vida está a punto de cambiar.

—No me veréis suplicar —dijo Evander.

—No, desde luego que no, el valiente Evander MacFarlane jamás nos suplicaría —se mofó Alec—. Callum, Donald, levantadlo, quiero empezar cuanto antes el ritual.

«¿Ritual?»

—Tú de la derecha, sobrino; yo me encargo del otro lado —asintió Donald.

Callum asintió y entre los dos lo sujetaron de un brazo para alzarlo con brusquedad y empujarlo hacia la salida de la estancia. Era apenas un recoveco tallado en la montaña, una cueva que bien podía servir de almacén de grano o de Dios sabía qué. Lo condujeron a una segunda gruta, mucho mayor que la primera: estalactitas y

estalagmitas bajaban y subían del techo y el suelo proyectando sombras fantasmagóricas. Una gran hoguera ardía en el centro, y a un lado, un grueso poste de madera de dos metros y medio de altura había sido colocado. Un grupo de muchachas medio desnudas danzaban a su alrededor; aquello sí que sorprendió a Evander. Estaba acostumbrado a ver cosas raras, pero esa se llevaba la palma. Las jóvenes llevaban el vientre al aire, iban ataviadas con una falda, sus pechos estaban cubiertos con hojas de roble, y tenían dibujos brillantes de color azul y negro por todo el cuerpo, y como tocado tenían una calavera de carnero.

Parecían drogadas, casi… en trance.

Entonces lo vio. De uno de los extremos de la cueva llegó un hombre alto más propio de un cuento de brujas que del mundo real; era druida, un sacerdote de la tradición celta, y a Evander se le heló la sangre. «¿Es que esta gente no es cristiana?», pensó, se estaba empezando a poner nervioso. «¿Qué pretenden hacer conmigo?».

Entonces cayó en la cuenta del día que era: 31 de octubre, noche de Samhain.

«Mierda», pensó, «debo huir, esto pinta mal»; comenzó a forcejear. Los MacFarlane creían en la magia antigua, en el legado celta, en los Fae y en los ritos. Aunque, como cristianos, habían dejado atrás esas prácticas hacía siglos. En su clan había un monasterio, una iglesia y un sacerdote, como en la mayoría de clanes de las Highlands. Si había un momento donde la magia antigua cobraba más fuerza eran los solsticios y equinoccios: Yule, Beltane, Samhain y Midsommar. Al ver que forcejeaba, Callum le dio un golpe en el estómago y entre su tío y él lo ataron al poste. Solo entonces se acercó el druida.

—¡Espíritus del bosque, del cielo y del mar! Moradores de esta tierra sagrada, vieja como las peñas, profunda como los lagos, dueños de carne y sangre —comenzó el viejo—. ¡Os convoco esta noche para hacer renacer un alma, y hundir otra en la oscuridad!

Evander se resistió, trató de forzar sus ataduras. Su movimiento alertó al druida, envuelto en una túnica marrón con el tartán de los Colquhoun a modo de fajín y capa. Se acercó a él con una daga de

cobre en la mano y Evander alejó el rostro; el anciano no se inmutó y le tomó el mentón con los dedos para hacer que lo mirara.

—¿Sabes qué noche es hoy? —inquirió.

—Samhain —contestó Evander con voz agitada—. Suéltame, no sé qué brujería planeas hacer, anciano, pero no deberías jugar a la ligera con la magia antigua… se vuelve contra uno, y si me sucede algo a mí, mi primo os arrasará hasta las cenizas.

—Laird Gareth poco podrá hacer con una espada y un ejército contra los espíritus. Los MacFarlane habéis abandonado las creencias de los antepasados y derramado sangre de los verdaderos hijos de Escocia durante demasiado tiempo. Los espíritus te han traído a nosotros, y por tu mano se hará justicia. Tú dejarás de existir, dejarás de ser un MacFarlane y el guerrero que derrotará a tu clan renacerá de las cenizas.

—¡Estás loco, maldito viejo, eso no es posible! ¡Jamás traicionaré a mi clan!

—Oh, ahí te equivocas, Evander MacFarlane: lo harás.

Callum se rio y Evander tensó y destensó los músculos de la mandíbula; por más que se revolviese las cuerdas eran inamovibles, estaba atrapado. Cuando el viejo se acercó e hizo un corte en su pecho, sobre su corazón, la sangre comenzó a arderle como fuego líquido. El anciano alzó los brazos al cielo y comenzó a recitar. Tenía los ojos cerrados, notó Evander, estaba imbuido en su brujería. Le dolía todo el cuerpo; algo debía haber en el filo del cuchillo, pues se sentía arder por dentro, como envenenado.

—Vamos a empezar el hechizo, laird, rodead todos el poste y repetid conmigo:

Le solas na gealaich làn, air oidhche Samhain
Bàsaichidh gaisgeach mì-mhodhail, nàmhaid cinnidh eile.
Seann dhiathan, spioradan Fae! Le fuil nan Colquhoun,
Bidh sinn a' toirt a-steach seann dhraoidheachd,
an tè a shàbhaileas sinn.
Sguab às inntinn a 'ghaisgich,
feumar a sheann bheatha a dhìochuimhneachadh.

Gu ma h-ath-ghin e 'n nochd, Mar mhac d'ar cinneadh.
Leig leis dearmad a fhuil, leig leis dearmad a ghràdh!
Leig leis an cridhe a thoirt a-mach às
a bhroilleach le a làmhan!

«A la luz de la luna llena, en la noche de Samhain.
Morirá un impío guerrero, enemigo de otro clan.
¡Dioses antiguos, espiritús Fae! Por la sangre de los Colquhoun,
invocamos la magia antigua, aquella que nos ha de salvar.
Borrad la mente al guerrero, su antigua vida ha de olvidar.
Que renazca esta noche, como hijo de nuestro clan.
¡Que se olvide de su sangre, que se olvide de su amor!
¡Que se saque con las manos, de su pecho el corazón!»

—«Que se olvide de su sangre, que se olvide de su amor. Que se saque con las manos, de su pecho el corazón» —repitió laird Alec.

—«Su antigua vida ha de olvidar. Que renazca esta noche como hijo de nuestro clan» —recitó Donald.

El druida se hizo un corte en la mano y la colocó sobre el pecho de Evander, momento en que las llamas de la hoguera se volvieron azules y las muchachas empezaron a bailar a su alrededor.

Evander gritó, había poder en aquellas palabras, pues cuando todos los Colquhoun comenzaron a recitar a la vez aquel hechizo, sintió que algo dentro de él se rompía. Le ardía la cabeza, la sangre le bullía; las lágrimas corrieron por sus mejillas… Y algo le fue arrojado al rostro y manchó sus ojos, su nariz y sus labios; era un líquido con olor herbal, espeso y negro como la brea. Entonces perdió el sentido y su cabeza cayó sobre su pecho.

Cuando recuperó la consciencia no había pasado demasiado tiempo, pero ya no estaba atado a ningún poste. En vez de ello estaba tendido sobre un cómodo lecho de pieles con una muchacha desnuda acurrucada contra él. Evander se movió, confuso, e hizo a un lado la manta; estaba desnudo, así que no le fue difícil atar cabos:

había vivido una noche de pasión. Sonrió, y al hacerlo le dolió el rostro; se llevó la mano a la mejilla para acariciarse la barba.

—No te muevas, Evan, has pasado una noche un tanto agitada. Ya le advertí a padre que dejarte participar en el festival tras tu ataque no era muy buena idea, pero insistió.

Evander miró al hombre y enarcó las cejas, sorprendido.

—¿Callum? —soltó, perplejo.

—¿Quién iba a ser sino, hermano, un follacabras MacFarlane? —rio este.

—¿Qué ha pasado? No me acuerdo de nada, creo que he bebido demasiado.

—Fuiste atacado por un MacFarlane, te hirió en el pecho, te recogimos y te cosimos la herida —explicó Callum y le señaló el corte —. Luego fuimos a celebrar Samhain y te lo pasaste de lo lindo con Brenna, no me pidas detalles de tu pasión, que no estaba presente.

—No, desde luego, eso lo recordaría —bufó Evander—. ¿Es de día?

—Aye, sí, padre quiere que vayamos a hablar con él. Nos está esperando, pero como no volvías he venido a buscarte a las cuevas. ¡Mueve el culo, princesa, es tarde!

El guerrero se rio sin poder evitarlo, sentía una sensación rara en el pecho, y supuso que el alcohol le había pasado factura. Estaba por levantarse cuando la chica tiró de él hacia abajo para atraparle la boca en un beso relajado y caliente, todo labios y lengua, que Evander correspondió de buena gana.

—¿Nos vemos en el castillo? —susurró melosa.

—Si se da la ocasión; nunca olvido una cara, muchacha —dijo él.

—Lo estaré esperando con ansia… volverte a ver, quiero decir.

Evander sonrió y volvió a besarla antes de ponerse en pie y tomar su feileadh mor, de cuadros azules y negros, para envolverse la cintura con él.

No había rastro de su camisa, pero poco importaba, su padre adoptivo, aquel al que quería como si lo hubiese engendrado, los estaba esperando. Y él no era de lo que faltaba a su palabra, eso era honor de highlander. Una vez vestido, Evander se volvió para despedirse.

—Nos veremos, Brenna Colquhoun.

—Eso espero, Evander Colquhoun.

El guerrero soltó una carcajada espontanea; y así, feliz y saciado, siguió a su hermano y salió de la cueva. Que la luz del sol trajera nueva vida al castillo de Dunglass.

Evander despertó de golpe, con el cuerpo empapado en sudor. Le galopaba el corazón como un purasangre y su respiración dejaba sus labios, entrecortada. Los sueños que tenía cada vez eran mas vívidos y la sensación de que algo le desgarraba por dentro se negaba a abandonarle; su mente no le dejaba ver lo que había soñado, solo las sensaciones que le quedaban en el alma como si le estuvieran golpeando con un martillo. Se sentía incapaz de volver a dormir, estaba inquieto, aunque no fuera a admitirlo. Así que se volvió hacía su invitada, con la esperanza de encontrar algo de consuelo en la tranquila visión de su hermosa figura dormida.

Para su sorpresa, Kaitlyn no estaba en el lecho, recorrió la habitación con la mirada, quizá había ido a mirar por la ventana. Los ruidos, la música y el jolgorio de la fiesta habían parado, debía ser muy tarde. Aquello le sorprendió, ¿dónde podía haberse metido Kaitlyn a esa hora? Tuvo un mal presentimiento: tal vez solo había ido a desaguar; o tal vez… había tratado de escapar de nuevo.

Alarmado, se levantó de golpe y corrió hacia la ventana. Miró al patio iluminado por la luna y lo que vio le hizo tensar los músculos de la mandíbula y apretar los puños.

Tenía que darse prisa y actuar, y rápido.

***

Kaitlyn jadeó. Cuando sus dedos chocaron con el mango de un rastrillo lo asió y golpeó a Callum en la cabeza, logrando que soltara un chillido y se hiciera a un lado. Kaitlyn aprovechó la distracción para volverse y golpearle en la espalda, lo que le hizo doblarse con la furia de un toro bravo. La joven soltó el rastrillo y corrió, pero Callum le dio alcance en medio del patio, la volteó y le soltó un guantazo que la hizo caer. Entonces llegó Evander, a medio vestir, con el aliento

entrecortado y expresión furiosa, pasó sus ojos del hombre a Kaitlyn, que sangraba por el labio. Callum sonrió.

—Ven, Evan, vamos a domar a esta mujer, va siendo hora de que aprenda su lugar. No sé si has yacido ya con ella, pero viendo que los dos estáis en paños menores asumo que sí, lo justo es que me dejes a mí divertirme ahora —se burló Callum. Y como si quisiera dar peso a sus palabras la tomó de brazo y la levantó de un empellón.

Evander actuó. Se lanzó hacia el Colquhoun y le propinó un puñetazo tan fuerte que lo derribó y cayó al suelo como una piedra. Callum le miró desde abajo, incrédulo.

—¿¡Qué mierda haces!? —rugió.

—¡Qué mierda haces tú! ¿¡Desde cuándo los de nuestro clan golpean mujeres como bestias!? ¡Has estado a punto de violarla, Callum! —exclamó Evander—. Maldita sea, hermano, lo que has hecho no es propio de un highlander, no es propio de un hombre. ¡Ni los animales fuerzan a sus hembras! ¿¡En qué diablos estabas pensando!?

—¡Es una puta, un trofeo de guerra! Por su culpa murió tío Donald, ¡despierta!

—No, despierta tú, Callum; vuelve a intentar algo así y tendrás que pasar por encima de mí. Te lo advierto: no te vuelvas a acercar a ella, Kaitlyn es mía —dijo Evander y su tono de voz sonó tan duro que el mayor tragó saliva—. Si tanto deseas a una mujer, vuelve con tu esposa, si es capaz de soportar mirarte después de lo que has hecho.

—¡No metas a Anna en esto! —bramó Callum y se levantó furioso —. ¿No ves lo que pasa? ¡Te pone en mi contra! ¿piensas pelear con tu hermano por una mujer?

—Si te comportas como una bestia sin honor, Callum, no podré considerarte hermano mío.

Kaitlyn observaba la pelea sin mover ni un músculo, pasaba sus ojos de uno a otro como si esperara que en cualquier momento se lanzaran a darse de golpes. Pero no sucedió, Callum gruñó y salió a grandes zancadas, dejando a la pareja sola en medio del patio. Cuando se volvió a mirarla, Kaitlyn notó que estaba enfadado, tensaba y destensaba los músculos de la mandíbula, a todas luces

conteniendo su furia. Finalmente Evander se acercó y elevó la mano para, con suavidad, sostenerle la mandíbula y analizar la herida de su labio; la sangre la había manchado la barbilla y el tacto le dolió, puesto que aún estaba fresca.

—¿Duele? —inquirió.

—Ouch… un poco, sí —siseó Kaitlyn.

—Lo lamento, voy a tener que cosértela, te ha roto el labio —dijo Evander—. Volvamos arriba, tengo enseres allí.

—Evander, espera, yo…

—No digas más, hablaremos en mi alcoba, no deseo que nos vean aquí con estas pintas.

—Está bien, ve tú delante, te sigo —asintió ella.

No cruzaron palabras mientras caminaban de regreso a la torre. Solo una vez en el dormitorio, cuando se hubo cerrado la puerta, el highlander se permitió un suspiro. Estaba cansado, le dolía la cabeza y el corazón le latía muy rápido. Había sentido miedo al ver que Kaitlyn no estaba, temió que hubiese hecho alguna locura como correr por ahí de noche y sola; era tan temeraria para eso y más. Al bajar y verla a merced de Callum con el rostro ensangrentado algo se removió dentro de él. Su pecho se encogió, el corazón empezó a bombearle fuerte como un tambor, y supo… supo que lucharía por protegerla contra quien fuera. Despertaba ese instinto protector en él. Le hacía sentir cosas que no había sentido antes por otra mujer: admiración, curiosidad, anhelo, necesidad. No le había gustado verla herida, verla sufrir, y en su interior lo tuvo claro.

Miró a Kaitlyn, que se había quedado en pie junto a la estufa e hizo un gesto para que se sentara en la cama, y ella lo hizo sin protestar. Evander se agachó para buscar en su baúl, del que sacó un frasco de vidrio ahumado, un paño y una cajita de madera, que llevó con él hasta la cama para sentarse junto a ella.

—Cuando desperté y vi que no estabas temí lo peor, admito que llegué a pensar que habías intentado fugarte otra vez —explicó sin mirarla, ocupado en sacar enseres de la caja; una lata de pomada, hilo y aguja, que empezó a desinfectar—. Decía la verdad cuando te advertí que las cosas se iban a salir de control, lo ocurrido no es más que una muestra. ¿Por qué has salido de la alcoba?

—Quería tomar el aire, tenía mucho en la cabeza —contestó ella, se sentía mal, tenía la imperiosa necesidad de explicarse y que no la juzgara—. Sé que ha sido una tontería por mi parte, pero no se me pasó por la cabeza que podría haber alguien despierto a estas horas de la madrugada.

—¿Qué no se te pasó por…? Eres increíble, Kaitlyn, increíblemente ingenua.

—Ha sido un error de novata, lo admito, pero, ¿cómo iba a suponer que Callum llegaría y trataría de propasarse conmigo? No es un acto muy civilizado —protestó.

—Callum o cualquier otro, es lo de menos, estás en un castillo rodeada de enemigos, ¿lo entiendes? Te consideran su prisionera, un botín de guerra, con derecho a hacer eso y más —dijo Evander y de pronto elevó sus claros ojos azules y la miró—. Eres una mujer demasiado hermosa y deseable para pasar por alto, Kaitlyn, métetelo en la cabeza.

—Sé bien que estoy rodeada de enemigos, pero no estoy indefensa. ¡Le di lo suyo! —exclamó Kaitlyn, le ardían las mejillas y bajó la mirada al hueco entre los dos—. Aunque… reconozco que si no hubieras llegado la cosa se hubiese puesto fea.

Evander frunció los labios por toda respuesta, como si estuviese decidiendo si decía lo que llevaba por dentro o no. Sea lo que fuere Kaitlyn no lo supo, pues él decidió callar y mojar el paño en el liquido del frasco para posarlo sobre su herida. ¡Ardía como el infierno! Debía ser un preparado de alcohol destilado, y siseó sin poder evitarlo.

—Lo siento, hay que limpiarla antes de coserla —se disculpó él—. Ahora aguanta, esto te va a doler; no creo que sean más de tres puntos.

—Hazlo, puedo aguantarlo —dijo Kaitlyn.

Él asintió y empezó a suturar, apenas la aguja mordió su piel Kaitlyn cerró los ojos con fuerza. El pinchazo dolía, así que Evander rompió el silencio para distraerla.

—¿Qué es lo que te robaba el sueño como para salir del lecho? Si es algo que pueda solucionar, dímelo y veré qué puedo hacer, no

quiero que vayas paseando sola de noche para calmar tus temores y termines de nuevo empotrada contra un muro… Habla, te ayudaré.

—Pensaba en mi familia, en mi padre y mi hermana —admitió Kaitlyn, y aunque era cierto, omitió deliberadamente decir que él era gran parte de causar su desvelo—. Ojalá pudiese escribirles o que supieran que estoy bien, deben estar muy preocupados.

—Lo comprendo, pero en eso no puedo hacer nada; si les escribes en dos días tendremos aquí al ejército de los MacLaren. Tendrá que ser otra cosa, muchacha.

—Si no quieres que me vaya, ¿por qué le has dicho esa mentira a Callum? Ya sabes, eso de que soy tuya. Te recuerdo, Colquhoun, que tú y yo no hemos yacido jamás, soy tan tuya como tú mío: nada en absoluto.

Antes de responder, Evander dio el último nudo al hilo y cortó el sobrante para limpiar la aguja y volver a guardarla en la caja. Kaitlyn aguardó impaciente, y Evander se acercó a su rostro, logrando que se le acelerara el pulso y su aliento se entrecortara.

—He dicho que eres mía porque así te reclamo, Kaitlyn; desde este momento serás mi doncella y de nadie más —afirmó Evander, su voz seria y su tono ronco habían bajado una octava, sus pupilas estaban enormes a la penumbra de las llamas y la oscuridad de la noche—. No volverás a trabajar en las cocinas, ni fregando, ni sirviendo a mi madre o mis hermanos: solo me servirás a mí.

—¿Qué?, ¿por qué? ¿por qué querrías algo así? —dudó ella.

La observó en silencio, discutiendo contra tu propio corazón la respuesta. La verdad era que, aunque no se atrevía ponerle nombre a lo que sentía, era fuerte. Intenso. Visceral. Algo que nunca había sentido por otra mujer. La sola idea de que su valiente fierecilla saliera herida le ponía furioso, despertaba su instinto protector. Y aquello le desconcertaba; le asustaba sentirse vulnerable, como si ella tuviese el control de sus sentidos, de su corazón. Le asustaba abrirse, más ante una mujer que a todas luces le despreciaba. Kaitlyn era terca y lanzada, pero en el fondo, tierna como un diente de león: o se plegaba bajo el viento, o las tormentas de las Highlands la desojarían.

Mirándola sentada en su lecho, con sus grandes y brillantes ojos grises claros como un rayo de luna clavados en él y sus apetecibles labios rotos y ensangrentados, supo que no podía dejar que la hirieran o se metiera en problemas. Se mojó los labios antes de hablar.

—Quiero que seas mía, MacLaren, porque es la única forma que encuentro de protegerte de ti misma. Me importas, Kaitlyn, y voy a protegerte lo quieras o no; no porque lo haya ordenado mi padre, sino porque quiero hacerlo.

«Me importas, Kaitlyn;». Kaitlyn se puso tan roja que toda su piel ardió, le latía el pulso tan alto que creyó que Evander podría oírlo; si bien, el guerrero tenía la vista fija en su rostro, en sus labios, y elevó una mano para acariciarle la mejilla.

—Ahora ve a descansar, mañana, cuando acabes de arreglarte y hacer tus tareas, quiero que bajes a las caballerizas —dijo él.

—¿A las caballerizas? —dudó ella.

—Hay algo que tengo que hacer y tú me ayudarás.

«Las caballerizas… tal vez podría…», pensó Kaitlyn y se mordió los labios. Al ver que el guerrero no se tendía sobre su improvisado lecho de mantas aguardó; Evander le daba la espalda por algún motivo.

—¿Tú no duermes? —preguntó la joven.

—Lo haré en un instante, tengo que refrescarme antes.

Para perplejidad de Kaitlyn se dirigió al aguamanil. Y mientras ella se tapaba bajo las mantas, Evander lo tuvo claro: acababan de pasar una barrera de la que no habría vuelta atrás.

Capítulo Trece



Ahora era suya, estaba bajo su protección y cuidado, y algo en Kaitlyn se inflamó ante la idea. La complacía tanto como la odiaba. Se sentía en conflicto, su alma estaba empezando a dividirse: odiaba cada día que pasaba en Dumbarton, prisionera en el castillo de Dunglass. Si bien, la idea de alejarse de Evander, de cortar ese vínculo que había formado forzosamente con su *Demonio de Ojos Azules* le resultaba amarga; no quería dejar de discutir con él, de oír su voz, de perderse en su mirada celeste cual cielo despejado. No podía olvidar las palabras del *highlander*, su declaración, que le había traspasado el pecho como una espada para grabarse sobre su piel de forma imborrable: «me importas». Para consternación suya, ya no le dolía admitir a salvo en su mente que a ella también le importaba y estaba comenzando a sentir cosas a las que no quería ponerle nombre aún. Y así habían pasado los días, trabajando juntos mientras ella debatía consigo misma y en lo que estaba empezando a sentir por él.

Gracias a sus visitas a Dumbarton con Mary y Eara, Kaitlyn sabía dónde estaban las cuadras, junto al camino que subía a Dunglass, así que no le fue difícil dar con el edificio, al que Evander le había pedido

bajar esa mañana de primavera. Era grande, rectangular y de madera pintada de azul; había un corral de entrenamiento al lado, donde un par de guerreros trataban de amansar una yegua. La equina, una joven frisona negra como el ébano, se revolvía enfadada, y los Colquhoun trataban de pasarle un ronzal por el morro dándole golpes con una cuerda. «Así es como lo hacen todo estos malnacidos, usando la fuerza bruta», pensó molesta. Se debatió entre si ayudarlos o no por el bien de la equina, pero decidió no hacerlo para no atraer su atención sobre ella. Abrió las puertas y caminó por el pasillo mientras buscaba a su demonio con la mirada; no había rastro de él.

Entonces, de pronto, una idea fugaz acudió a su mente al verse sola. «¿Y si me marcho?», pensó, y el corazón comenzó a latirle desaforado. La idea se había plantado y ya no podía arrancarla; había perdido la ocasión de huir cuando lo salvó de la serpiente el día que llegaron, pero ahora estaba sola. Se mordió los labios mientras miraba a un lado y a otro, había varios caballos. «Evander no está, apuesto que, si monto uno de esos purasangres sin que me vean esos idiotas de ahí fuera, podría llegar al río y cruzarlo». Escaneó la sala en busca de arreos, y al llegar a la pared opuesta alzó la mano para coger unas riendas.

—¿Tratando de huir otra vez?

La voz a su espalda le dio tal susto que se le cayeron las bridas y se llevó la mano al pecho para sujetar su corazón, que amenazaba con salírsele por la garganta. Se volvió para encontrar a Evander apoyado en el poste de una de las cajoneras con los brazos cruzados.

—Me has dado un susto de muerte, cielos… ¿pretendes matarme? —jadeó Kaitlyn.

—Créeme, nunca tendré esas intenciones contigo, fierecilla —contestó Evander y se acercó para recoger del suelo las correas—. ¿De verdad creías que ibas a llegar muy lejos huyendo a las bravas con un caballo robado? ¿Tan ingenuo me consideras?

—No, pero debía intentarlo. Te lo dije, Evander, mientras me quede sangre en las venas nunca dejaré de tratar de escapar.

—Promesa valiente, aunque temeraria. ¿Qué habrías hecho si hubieses logrado huir sin que te atrapase?

—Si te lo dijera sería yo la ingenua, ¿no crees? —dijo Kaitlyn.

Chasqueó la lengua antes de elevar el mentón; Evander le sostuvo la mirada y ella sonrió y volvió a coger las riendas. Sin embargo, él no las soltó y sus dedos se rozaron, un contacto que él prolongó sin dejar de mirarla. Un escalofrío sacudió a la joven y contuvo el aliento.

—Siento curiosidad, tienes una forma de razonar de lo más curiosa y problemática, estoy seguro de que serías tan temeraria para lanzarte río adentro en un intento por llegar al territorio de tus adorados MacFarlane —dijo Evander y a Kaitlyn se le arrebolaron las mejillas. ¿Cómo había adivinado él sus intenciones? Como si supiera que era justo lo que estaba pensando, Evander sonrió—. Déjame darte un consejo: no lo hagas. El río Clyde parece tranquilo, una mansa masa de agua, pero no lo es; hay corrientes fuertes que os arrastrarían a ti y al desdichado caballo que tuvieses a bien robar hasta el mar.

—Eso no ocurriría, soy una jinete experta.

—Así que una jinete experta —repitió él, curioso.

—Sí.

—Perfecto, tendrás ocasión de demostrar tus habilidades.

Su respuesta sorprendió a Kaitlyn, y abrió los ojos cual lechuza.

—¿Me prestarás un caballo? —aventuró sorprendida.

—Ni sueñes con oler a un purasangre, eso no va a pasar —negó Evander, alegre, y abrió las manos para dejarla sostener las bridas—. En vez de correr a pleno galope como una potrilla desbocada que actúa por impulso, te daré la oportunidad de demostrar que sabes lo que haces.

—¿De qué estás hablando?

—Ya lo verás —asintió él con una sonrisa—. Ahora sube al caballo, hay mucho que hacer.

—¿Qué? Pero, ¿no has dicho que iba a mostrarte mis habilidades?

—Y lo harás, pero no ahora. Tengo rondas pendientes en los pastos, vendrás conmigo para que te enseñe las costumbres del clan —contestó Evander—. No te voy a dejar sola en las cuadras ni loco, para bien o para mal, aunque ya no eres mi enemiga, sigues siendo un dolor de cabeza con tu tendencia a hacer que termine en problemas.

«Ya no eres mi enemiga», repitió Kaitlyn y se ruborizó.

—No te sonrojes tanto —asintió Evander y sonrió de nuevo al añadir—. Es solo una cuestión práctica, no pienso dejarte uno de los caballos del clan para que intentes huir al primer descuido; los pastos son terrenos altos y podrías matarte a ti misma o al animal. Así que, ¿qué va a ser, fierecilla, subes o te subo?

—¿Y si me niego?

—¿Eso es un no, entonces?

La joven frunció los labios y cruzó los brazos, Evander puso los ojos en blanco antes de tomarla por la cintura y cargársela al hombro para sentarla sobre la silla, delante de él, de lado. Kaitlyn infló las aletas de la nariz se negaba a permitir que viera lo rojas que tenía las mejillas y lo rápido que le latía el corazón. Cielos, ¡si pudiera oír sus latidos, creería que la montaña se estaba derrumbando!

—De acuerdo, estamos listos —dijo Evander—. ¡Cabalga, *Suspiro*! Espoleó al frisón, y así, entre sus fuertes piernas, salieron de las cuadras y dejaron el castillo de Dunglass atrás.

***

Para sorpresa de Kaitlyn, el viaje le estaba gustando. Llevaban media mañana recorriendo las aldeas del clan Colquhoun y se descubrió a sí misma disfrutando de cada detalle: de las cabras saltarinas en los cercados; de los niños correteando y jugando con espadas de madera; de las enormes vacas *hairy coo* en los prados con sus cabezas lanudas cubiertas de copos de nieve; del canto de los pájaros. El bosque estaba muy vivo a pesar del invierno y Kaitlyn sonrió sin poder evitarlo: Escocia era una tierra hermosa sin importar el clan del que vineras. Incluso allí, prisionera, se sentía en casa. Evander cabalgaba despacio para darle tiempo a verlo todo, y aunque esto no lo admitiría ante ella, le gustaba ver las comisuras de sus labios alzarse con cada descubrimiento. Estaban siguiendo la ribera del río Clyde hacia el oeste, la suerte les había sonreído y se había levantado un día despejado.

Cuando tiró de las riendas y salió del camino para adentrarse en el bosque, Kaitlyn se volvió a mirarle con las cejas en alto.

—¿Te alejas del camino? —comentó curiosa—. ¿Adónde vamos?

—Vamos a la aldea de Bowling, la más cercana a la frontera occidental del clan. Los campesinos han pedido ayuda al laird, por lo visto, se les ha escapado su jabalí semental, y yo vengo a resolver el problema —contestó Evander y sonrió de medio lado al añadir—. Ah, y no pienses que porque está lejos vas a poder escapar. A menos que seas una sirena y quieras tirarte al mar helado, claro está; puesto que es el único camino que encontrarás por esa ruta.

—Si quisiera huir no lo haría por allí, tengo muchas ganas de vivir.

—Yo solo lo digo, conociendo tu nulo instinto de supervivencia y autopreservación, espero cualquier cosa de ti. Además, no vayas a esperar que te deje ir sin más.

—Desde luego, me echarías de menos, ya te has habituado a mi encantadora cara —resopló ella, y aunque trataba de sonar sarcástica, se notaba la diversión en su voz.

—Tal vez. ¿Te has acostumbrado tú a la mía? —contestó él.

Kaitlyn se volvió al frente para evitar que le viera las mejillas; sabía que se había sonrojado por cómo le quemaba la piel. Decidida a cambiar el tema, Kaitlyn miró en derredor; el bosque era amplio y abierto, no había muchos árboles, estaban cruzando una pradera y al fondo se veía un valle.

—¿Te has vuelto blando, «Evan», o a tu caballo le pesa el culo? —dijo—. Si no me falla el instinto, ese pueblo que dices debe estar en el valle, ¿no? Tal vez debas dejar que lleve yo las riendas, podría mostrarte lo bien que cabalgo y nos haría llegar en un suspiro.

—Es cierto, Bowling está unas dos millas por delante, en el valle —asintió Evander.

—Entonces, ¿me dejas? —insistió Kaitlyn.

—Si te doy las riendas, ¿tratarás de volcarnos para que me rompa las piernas?

Kaitlyn se rio sin poder evitarlo.

—Nunca le causaría daño a un caballo, incluso si eso supone no verte con las nalgas enterradas entre la nieve; *Suspiro* podría romperse una pata y tendrías que sacrificarlo. Solo quiero correr, no oculto segundas intenciones. A decir verdad, tengo curiosidad por ver qué nos aguarda, las aldeas que hemos visto son bonitas.

—Vaya, vaya, ¿así que no todos los del clan Colquhoun somos demonios que viven en chozas? ¿Me falla el oído o eso ha sido un cumplido, muchacha? —preguntó Evander, y Kaitlyn se volvió para encontrar sus ojos azules, pero se arrepintió en el acto y se giró con las orejas coloradas.

—Supongo que lo es. Habrá gente amable e indeseables, supongo, como en todas partes. Que me hayas secuestrado no es culpa de esas personas —contestó Kaitlyn.

—Buena respuesta, te has ganado las riendas. Cógelas, nos pongo en tus manos. Si morimos será cosa tuya, fierecilla. ¡Que los espíritus antiguos y los Fae me protejan!

«Será idiota», pensó Kaitlyn, pero no pudo evitar romper a reír. Cuando Evander le entregó las correas de cuero sus dedos se rozaron y la risa murió para ser sustituida por una reprimenda interna. «¡No disfrutes tanto de su toque, Katt, no te encariñes de él!», se reprendió. «En el momento en que lo hagas estarás perdida, ¡es tu enemigo!». Decidida a olvidar el escalofrío que Evander le había causado a cada poro de su piel, tomó las riendas con fuerza y espoleó a *Suspiro*, que echó a volar sobre los prados nevados. Kaitlyn sonrió, y su sonrisa se tornó una risa alegre y sincera: ¡le encantaba aquello!

La libertad del viento sobre la piel; el frescor y el rocío de la mañana en las mejillas; el aroma de los prados de las Highlands; el sol calentando su piel y el cielo azul sobre su cabeza. Sentía al guerrero sostenerle las caderas y su aliento contra el cuello, su pecho contra su espalda… y no se quejó. Evander tenía una sonrisa genuina pintada en los labios, el estallido de alegría de Kaitlyn le deslumbró. Se encontró a sí mismo queriendo más, deseando ver esa expresión, esa sonrisa, ser él quien la causaba. ¿Qué le pasaba? ¿era su olor a lilas, sus ojos grises? ¿por qué sentía tal necesidad de complacerla? ¿Era porque había prometido protegerla, cuidar de ella? No pudo pensarlo más, pues la joven tiró de las riendas para frenar a *Suspiro*.

—Parece que hemos llegado. Esto es Bowling, ¿no? —dijo y señaló en derredor, a lo que Evander asintió—. ¿Qué tal lo he hecho, cumplo las expectativas, *highlander*?

—Corres bien, aunque eso ya lo sabía —concedió él.

—Bien, entonces, ¿adónde vamos ahora?

—Desmonta, llegaremos mejor a pie.

Kaitlyn hizo lo que le pedía sin rechistar para sorpresa de Evander, que había esperado más resistencia; sin embargo, no pensaba quejarse. La imitó y bajó, para tomar las riendas con la mano y comenzar a caminar hacia el centro de la aldea. Debían formar un trío curioso: el fuerte guerrero de cabello amelado, la criada pecosa y el caballo. Recibían miradas sorprendidas, pero Evander las ignoró y caminó directo al extremo de la aldea, donde se erguía una casa enorme de madera, la más grande del lugar. Ató las riendas de *Suspiro* y llamó a la puerta. Al instante se abrió para revelar a una pelirroja de unos treinta años, bajita y pecosa, enfundada en un vestido gris con un fajín azul y negro. Un niño rubio de rizos revoltosos se aferraba a su pierna, no tendría más de dos años.

—Soy Evander, hijo de laird Alec —se presentó él con una sonrisa.

—¡Qué sorpresa! No esperábamos que viniese nadie de Dunglass tan pronto —exclamó la mujer—. ¿Te ha enviado laird Colquhoun?

—Sí —dijo Evander y tras hacerle una carantoña al pequeño se volvió hacia Kaitlyn—. Esta muchacha es una invitada, está conmigo, se llama Kaitlyn. No la pierdas de vista mientras no estoy, ¿de acuerdo? Voy a encargarme del problema ahora mismo.

Kaitlyn arrugó la nariz.

—¿Es que piensas dejarme mientras vas Dios sabe adónde? —dudó.

—No, andaré cerca, pero prefiero que no vengas —dijo Evander y volvió su atención de nuevo a la mujer pelirroja—. Eres Moira, ¿no?

—*Aye*, sí, Seamus es mi padre, fue él quien le escribió al laird —confirmó ella y tomó al pequeño en brazos, estaba haciendo pucheros en el suelo, balbuceando—. El chiquitín es Arran, mi hijo, está pesado porque le duelen los dientes, no os preocupéis. Pasad, por favor, cuanto antes arreglemos el asunto mejor.

—Entonces, Moira, muéstrame el corral, quiero investigarlo antes.

Comenzaron a andar seguidos de Kaitlyn, que no entendía nada.

—¿A alguien le importa explicarme qué está pasando? —preguntó.

—Un jabalí se ha escapado de los corrales y ha matado a varios animales, no estaba domesticado y tememos que se tope con una

persona y el asunto termine mal —dijo Moira y suspiró—. Un grupo de hombres intentó capturarlo, pero hirió a Willy y casi lo mata; eso pasó hace tres días. Desde entonces los pastores no se atreven a ir al prado.

—¿Y qué vais a hacer al encontrarlo?

—Pues matarlo, claro está, no podemos dejar que ponga en peligro a los niños o a los rebaños. Por eso hemos pedido ayuda al laird, para que envíe a un guerrero capaz.

—¿Tiene ese animal una argolla en el morro? —preguntó Kaitlyn.

—Sí, mi padre anilla a todos los jabalíes, es menos peligroso tratarlos así si son adultos —dijo Moira—. ¿Por qué, qué tiene eso que ver?

—Creo que puedo capturarlo.

Evander frunció el ceño y se volvió, sin dejar de caminar, para encararla. No le gustaba hacia donde se dirigía la conversación; conociéndola, estaba por proponer alguna tontería, como en la cueva. Kaitlyn le sostuvo la mirada y él arrugó los labios.

—No vas a venir, Kaitlyn. Te quedarás con Moira y los demás aquí, en la granja —declaró Evander.

—¡Puedo ayudarte! No tienes que matar a ese jabalí, he cazado mil veces presas así con mi padre y sé tratarlas, sé que puedo ayudarte a capturarlo —insistió ella.

—¡He dicho que no! No vas a ponerte en peligro por un capricho.

—¡No seas terco, maldita sea, puedo…!

—No me hagas repetírtelo, muchacha testaruda, te recuerdo que estás a mi cuidado: no vas a venir —cortó Evander.

Moira pasó su mirada de uno a otro con las cejas en alto: las chispas saltaban entre ellos, se perforaban con los ojos, sus respiraciones estaban agitadas y había una gran tensión chisporroteando. Parecía que él iba a tirar del brazo de ella y atraparle los labios. O, por el contrario, la joven le plantaría un guantazo. Finalmente, Kaitlyn se rindió.

—Bien, haz lo que tengas que hacer —dijo.

—No tardaré, entretente con la gente del pueblo, en menos de una hora habré vuelto —contestó Evander sin apartar la mirada

celeste de ella—. No me maldigas tanto, puedo oír tus pensamientos desde aquí.

—No eres el centro de mi universo, maldito Colquhoun.

Evander rio entre dientes.

—Guarda esa resolución para luego, todavía tengo un sitio al que llevarte en el que podrás desfogarte, vencerme y maldecirme todo lo que quieras si aún te quedan ganas.

La joven no respondió y Evander se dio la vuelta para que Moira le indicara el camino al corral. Una vez a solas con la pelirroja, Kaitlyn suspiró, no pensaba darse por vencida si podía salvarle su tozudo trasero al *Demonio de Ojos Azules*. Era temerario y más arrogante que Narciso, pero ingenuo si creía poder matar a un jabalí bravo armado con una *claymore*. Corría el riesgo de que se partiera la hoja con la fuerza del jabalí. Y, en cuanto lo hiriese, el animal se pondría furioso; necesitaría a varios hombres para abatirlo. Para capturarlo el asunto era otro, una sola persona capaz podía atarlo. Y Katt sabía cómo, pues había ayudado a los hombres de laird Robert y a su padre en Balquhidder.

Caminó junto a Moira hacia la cocina, donde la mayor le sirvió una infusión.

—Gracias, está deliciosa —dijo Kaitlyn tras dar un largo sorbo.

—Sienta bien con este frío —concedió ella—. ¿Eres la moza de Evander?

Kaitlyn la miró perpleja, entonces, al entenderlo, se ruborizó hasta las pestañas. El pequeño Arran gateó por el suelo hasta alcanzar sus tobillos, tirar de su falda y ponerse en pie. Kaitlyn lo alzó y lo sentó sobre sus rodillas, en crío estaba encantado con ella.

—No soy la «moza de nadie», me tiene como su… protegida —dijo finalmente, y se mordió la lengua para no decir «cautiva»—. Laird Alec le encargó que me vigilase.

—Entonces, ¿eres una MacLaren de verdad? El muchacho, Evander, te llamó así. ¡Qué curioso, sois tal para cual! Jajaja —rio Moira—. ¿Mas manzanilla, querida? Voy a calentarle la leche a Arran, pero si quieres más solo dilo y pondré otra tetera.

—No, gracias, pero sí que te acepto otra galleta.

«*Tal para cual*, pero ¿a qué se refiere?», pensó Kaitlyn, y miró en derredor mientras masticaba su galletita de crema de huevo. Estaba dándole vueltas al dilema cuando un grupo de niños entró corriendo en la cocina, tenían las boinas de lana llenas de nieve y las mejillas muy coloradas; abrazaron a Moira y se dispusieron a sentarse a la mesa. Entonces notaron a Kaitlyn; eran tres, una niña y dos niños, ninguno tendría más de seis años. La niña fue la primera en romper el silencio.

—¿Quién es esta niña, ma? —dudó.

—Esa jovencita —corrigió Moira—, es Kaitlyn MacLaren, una invitada del laird.

—¿Conoces a laird Alec? —preguntó el otro niño, también rubio, a Kaitlyn.

—A mí me da miedo, es viejo y ruge como un oso —dijo el último.

Kaitlyn rio sin poder evitarlo, los chiquillos eran adorables, nunca podría enfadarse con ellos por mucho que fuesen Colquhoun. Eran el futuro de ese clan, y la bondad engendraba bondad, así que les sonrió.

—Sí que lo conozco, y vaya que sí, también creo que da mucho miedo —dijo—. ¿Queréis galletas, chicos? Están muy ricas, ¿cómo os llamáis?

—Arthur, Fergus y Ona, diminutivo de Catriona —explicó Arthur, el mayor.

—¿Eres una MacLaren? —insistió Fergus.

—¿Te vas a quedar? Me gusta tu pelo, ¡quiero que el mío sea igual! —dijo Ona.

—¡Uno a uno niños! Dejad a la invitada tranquila o se va a espantar —dijo Moira.

La madre y Kaitlyn cruzaron miradas y rompieron a reír ante la incesante marea de preguntas de los niños, cuya curiosidad estaba exaltada con la novedad de su presencia. Entonces Moira se puso seria y tomó el cesto de galletas y un jarro de leche y condujo a los niños al sofá junto a la chimenea. Ellos gimotearon, pero su madre fue inflexible; por suerte, entretenidos con la comida y el calor de la lumbre su molestia se evaporó como arena en la brisa.

—Discúlpalos, son un terremoto cuando están los cuatro juntos, tengo que tenerlos en casa todo el día desde que se escapó Lugh, me da miedo que se lo topen —explicó—. Deja que traiga más galletas, merendaremos mientras esperamos a Evander.

La joven asintió, conmovida por la bonita y tierna escena familiar. ¿Tan mala era en realidad esa gente como se decía entre los otros clanes? Desde su posición actual parecían una familia tan normal como las que había en Balquhidder, en su hogar. Sin conocerla la habían recibido y ofrecido comida. Y Kaitlyn sintió el deseo de ayudarlos, no solo por Evander. Miró en derredor en busca de una solución, entonces, al reparar en el arco de caza que colgaba sobre la chimenea, tuvo una idea.

Se levantó de golpe, esparciendo migajas de galleta por el suelo.

—Moira, ¿me prestas ese arco, por favor? Te lo devolveré en un rato —pidió.

—¿Para qué? —Se sorprendió ella—. ¿Es que sabes usarlo?

—Sí, y puedo ayudaros con ese asunto del jabalí, de verdad. Pero necesito que me prestes una cuerda fina, el arco y flechas. Por favor, no voy a causar problemas, confía en mí, sé de lo que hablo.

—Mnn, no sé si es buena idea… pero a mi padre le vendrá mejor el jabalí vivo que muerto, es un buen semental para preñar cerdas y engendrar gorrinos, me apenaba perderlo. Está bien, Kaitlyn, espera aquí con los niños, vuelvo ahora mismo.

La joven asintió y cargó de nuevo a Arran, que balbuceaba alegre entre sus brazos, mientras hacía carantoñas para hacerle reír. Un par de minutos después Moira regresó con una soga, un carcaj y un arco corto de caza, más ligero que el que estaba colgado. Se lo dio a Kaitlyn y esta asintió con decisión. Que esperara Evander, le iba a salvar el trasero a las buenas o a las malas. Con esa idea en mente, salió de la cocina y corrió al bosque como alma que lleva el diablo.

***

Las huellas del corral no dejaban lugar a duda, pensó Evander. El jabalí, *Lugh*, había roto el cercado de una envestida y partido las tablas para correr bosque adentro. Las pisadas estaban claras sobre

el pasto aplastado —en esos tres días no había llovido—, así que las siguió dispuesto a ponerle fin al asunto. Le gustaba ayudar a la gente, eso hacía felices a los suyos y pagaban los tributos de buena gana. Además, la adrenalina de cabalgar por las tierras salvajes, enfrentar animales y ser uno con el viento y la lluvia le hacía sentir vivo. Por eso quiso traer a Kaitlyn, porque supuso que un viaje lejos del castillo y su rutina de criada le alegraría el ánimo. Se lo había dicho a Malcolm y lo creía: la mejor forma de amansar a esa fierecilla era ganar su confianza, llegar a ser algo parecido a su amigo. Admiraba su valor, deseaba su belleza, y le fascinaba su carácter; así que, ¿por qué no intentarlo?

Por supuesto, Kaitlyn había discutido cuando le dijo que no lo iba a acompañar. ¿En qué diablos pensaba? ¿De verdad creía qué iba a permitir a una muchacha enfrentarse a un jabalí que había envestido a un hombre de dos metros hasta casi matarlo? Ni en sueños. Avanzó a paso lento y sigiloso, llevaba la *claymore* en la mano y una daga en el cinturón; además, su arco colgaba de la correa a su espalda. No tardaría en acabar con el jabalí, solo tenía que encontrarlo. Y no le llevó mucho. Veinte minutos siguiendo huellas después llegó a una zona arbolada; había menos nieve al resguardo de las ramas, y el animal se dedicaba a rascar hierbajos entre las raíces de los árboles. No corría viento, así que su olor no sería detectado.

Evander elevó la espada y comenzó a acercarse, el jabalí no le había visto, era una bestia grande, lanuda y parda con cuernos inmensos. El anillo de su morro brillaba al sol, y se preparó para lanzarse y empalarlo. Entonces lo oyó, el silbido inconfundible de una flecha.

Desvió la mirada a un lado para encontrar a Kaitlyn encaramada en una rama con el arco en la mano. Había disparado una flecha con una cuerda atada a la cola, y para perplejidad de Evander, la lanzó directa a la cabeza del jabalí. El animal se envaró, ¿¡qué demonios pretendía hacer!? La miró y la vio maldecir entre dientes un claro «¡*Mierda*!». Sea lo que fuera que quería había errado el disparo y alertado al jabalí, que se enfureció y corrió entre los árboles.

—¡Kaitlyn! —rugió Evander y corrió hacia ella—. ¡Salta, rápido, va a por ti!

La joven no se inmutó y volvió a tensar la cuerda del arco. Tenía la postura recta, el pecho inflado de aire y la vista fija. Soltó una nueva flecha, que atravesó el aro del jabalí en una trayectoria difícil. La bestia mugió y cargó contra el árbol, derribando a la joven al suelo y atrapando tu *arisaid*, que cayó y quedo rasgado. Evander se lanzó hacia ella para sacarla de su trayectoria.

—¡Evander, tira de la cuerda, tira de la cuerda! —chilló Kaitlyn.

—¡Apártate, te va a pisotear! —negó él espada en alto.

—¡Lo sujetaremos juntos, hazme caso y tira de la cuerda! —insistió ella.

Evander lo hizo: en contra de su instinto confió en ella, rodó y tiró de un extremo de la soga, empujando al jabalí hacia el otro lado. Kaitlyn hizo lo mismo desde su posición y entre ambos volcaron al animal para amarrar la cuerda al tronco de un árbol. El jabalí pataleó, furioso, antes de levantarse ya sujeto y pisotear la hierba. Kaitlyn jadeaba, Evander resopló con el corazón en la garganta y las manos en las rodillas, y se miraron.

La joven se rio y dio un par de saltos con las mejillas rosas.

—¡Lo hemos hecho! —exclamó eufórica—. ¡Lo hemos logrado!

—Sí… y casi se me sale el corazón por la boca, maldita demente —jadeó Evander.

—Te dije que podíamos salvarlo, solo tenías que escuchar.

Él asintió y sonrió. Aún no podía creerlo, habían formado un buen equipo, se habían compenetrado y salvado a una criatura que de otro modo estaría ensartada en su espada. Tras asegurarse que los nudos estaban bien atados, comenzaron a caminar hacia Bowling para que los granjeros Colquhoun se lo llevaran de vuelta al corral; su tarea allí estaba terminada. Tras despedirse de Moira y los pequeños y aceptar una empanada de masa caliente y carne de oveja, la pareja salió de la casa y caminaron con *Suspiro*.

Anduvieron durante un rato y Kaitlyn lo observó todo con fascinación: la estatua de la Diosa Madre Caileach; el pedestal del dios Lugh; los telares con escenas bélicas a medio hilar; las mujeres tendiendo la ropa sobre las cuerdas… Todo era tan distinto entre los Colquhoun a como lo era en su clan que parecía salido de un cuento.

Fue la voz de Evander lo que la distrajo e hizo que se volviera, había una sonrisa en su cara.

—Has estado bien allá atrás, es evidente que sabes disparar. ¿Habías cazado antes? —preguntó él, su tono era de genuina curiosidad.

—Muchas veces, mi padre y yo lo hacíamos a menudo. A pesar de lo que crees no soy «la niña de papi», ni una señorita de castillo consentida del laird —dijo Kaitlyn—. Era yo quien ponía carne en la mesa cuando mi padre salía a trabajar, yo la que cuidó a mi hermana Eileen desde que nació.

—Pero te vi acompañando a laird Robert MacLaren, eres una de sus consejeras.

Aquello sorprendió a Kaitlyn, que se volvió con el ceño fruncido.

—¿Me has estado espiando dentro de mi clan?

—Durante una semana entera, vuestros guerreros ni se enteraron de que estábamos —admitió Evander—. Tras la muerte del tío Donald mi padre nos envió a Ronald, Callum y a mí a averiguar tus movimientos y los de ese tipo, Andrew. Así supimos que eres cercana al laird, dedujimos que te tenía como protegida, ya que siempre ibas con libros.

—Soy buena con números y letras, me encargaba de la contabilidad del castillo de Balquhidder —dijo Kaitlyn—. Pero no cambies de tema, ¿me espiabas?

—No te exaltes, muchacha; no soy un degenerado, no miraba cuando te metías dentro de tu casa o te bañabas en el río. Me limité a seguir tus movimientos, nada más.

—Hmn.

Caminaron un rato más en silencio hasta que Evander se detuvo y le ofreció la mano para que pisara y ayudarla a subir a la silla de *Suspiro*. Kaitlyn se impulsó y se sentó; Evander lo hizo después, tras ella, como era habitual en él. Tomó las riendas y echó a galopar hacia las montañas. El silencio de la joven le parecía extraño, esa mujer resultaba un misterio: a veces quería matarlo y otras ayudarlo. Le encantaba esa dualidad, no era la típica moza aburrida y predecible a las que estaba acostumbrado a tratar.

—El día del rapto… ¿estabais allí mucho antes? —preguntó Kaitlyn.

—Sí, os seguíamos desde el amanecer. ¿Por qué preguntas eso?

—¿Viste…? —de pronto se detuvo. Le ardieron las mejillas y agradeció que él no pudiera verla, dado que le daba la espalda—. ¿Oíste lo que dijo Andrew?

—¿Qué estaba enamorado de ti? Sí, lo oímos. Y lo lamento, no me gusta actuar así, que terminara de esa manera para él. Quizá no era mala persona, pero se metió con el hombre equivocado al matar al hermano de un laird —contestó Evander.

—¿Así es como justificas lo que has hecho? Raptarme, quiero decir.

—No justifico nada, los Colquhoun no son lo que has imaginado, no van por ahí capturando gente. Tú eres especial, contrajiste una deuda de sangre, contra eso no se puede luchar. Te aconsejo que aceptes la situación y dejes de batallar contra el destino o solo serás desgraciada —afirmó—. Mira a tu alrededor, hoy hemos hecho un buen equipo tú y yo, tú misma lo has dicho. No todo va a ser malo. Si dejas tu orgullo de lado puede que no encuentres horrible vivir entre los Colquhoun.

—¿Para eso me has traído hoy al bosque, para intentar convencerme de eso? Si es así has errado, Evander, ya te lo dije, nunca voy a dejar de intentar escapar de aquí.

—Y yo estaré ahí para impedírtelo. Te seguiré por mar y tierra si es necesario.

Kaitlyn volvió el rostro, quería verle la expresión a Evander, y la intensa mirada de determinación que encontró le hizo dar un vuelco el corazón. Se hundió en las profundidades de sus ojos. Una simple frase, una declaración tan simple como «estaré ahí» implicaba promesa. Y, por extraño y terrible que pareciera… se alegró.

Capítulo Catorce



Cabalgaron por las tierras del clan, y cuanto más le mostraba, mas se sorprendía Kaitlyn. Todo lo que veía le gustaba, le recordaba que, enemigos o no, los Colquhoun eran tan escoceses como ella. Cada roca, cara árbol y cada lago le contaban algo nuevo. Evander era buen narrador, un guía curioso y determinado, parecía disfrutar tanto como ella observando sus reacciones. Parecía que, aquella mañana de rondas por el campo se había transformado en algo más. En qué, aún debía averiguarlo.

De pronto, el rubio rompió el silencio.

—Muchacha, sé bienvenida al lago Humphrey —anunció solemne.

—El lago Humphrey… ¿este es el lugar donde tuvo lugar la batalla de aguas rojas? —se sorprendió Kaitlyn. El descubrimiento la emocionó y asustó a partes iguales, estaba en un lugar repleto de historia, incluso los MacLaren la conocían.

—Así es, la Batalla de Aguas Rojas, la lucha entre los MacDonald de Lochaber y los Colquhoun en 1512 ocurrió aquí mismo, en esa misma costa. No sabía que conocíais la historia en Balquhidder, cuéntame tu versión, a ver qué hay de cierto en ella.

—El laird Finlay MacDonald se desposó con Brigidh Colquhoun y vivió con ella en el castillo de Finlaggan durante menos de un año. No se sabe que pasó entre ambos, pero la repudió y se la devolvió a los Colquhoun muy maltratada. Se acogió a la ley de *Handfasting* para evitar las reprimendas, lo que causó una guerra de honor entre el hermano de Brigidh y los MacDonald. Como los Colquhoun eran un clan mucho menor, los MacDonald atacaron aquí, en tierras Colquhoun, pero en plena batalla se desató una tormenta en el lago que levantó olas y relámpagos, y mató a muchos MacDonald, tiñendo de rojo el agua. De ese modo los Colquhoun alcanzaron una gran victoria. ¿Es cierto?

—Sí, y bastante fiel a la realidad; ella esperaba un hijo que él decía era de otro, y la molió a golpes antes de expulsarla, por eso empezó la guerra —confirmó Evander y tomó un guijarro para lanzarlo al agua y crear un círculo de ondas que se abrían—. Estás viendo un pedazo de historia; es lo bueno de las Highlands, ¿no? cualquier roca o cueva o lago que mires tiene una leyenda: de *Fae*, de guerras, de amores; por eso adoro este lugar.

—Vaya… es curioso, yo pienso lo mismo.

—No somos tan distintos entonces.

Kaitlyn no respondió, y Evander sonrió antes de romper el silencio.

—Si te gusta ahora, espera a verlo de cerca —dijo.

Apremió a *Suspiro* y el frisón cabalgó a toda velocidad salpicando gotitas de nieve que brillaban al sol. Kaitlyn sonrió y descendieron para contemplar el inmenso lago, largo y estrecho, azul como un zafiro contra las blancas laderas. Allí, a campo abierto, no había árboles, así que Evander desmontó y ayudó a Kaitlyn antes de dejar a su montura pastar libre. Después sacó un *feileadh mor* de la alforja y lo extendió en la orilla para sentarse sobre la tela. Palmeó en un gesto de invitación, pero la joven decidió no tentar a la suerte y se acomodó en lo alto de una roca cercana. «La última vez que me tumbé con él en un *plaid*, terminé con su hombría encajada contra las posaderas», pensó. Una vez acomodada se volvió a mirarle, Evander se había tumbado con las manos bajo la cabeza y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos.

—Eres un arrogante, pero admito que has sido valiente antes —dijo Kaitlyn de pronto—. ¿Por qué has confiado en mí y accedido a usar la cuerda para atar al jabalí si tan temeraria y poco confiable me consideras? Podía haberla soltado y dejar que ese mastodonte te envistiera, me habría librado de ti y escapado con tu caballo.

—Sabía que no lo harías porque tus ojos hablan por ti —contestó Evander—. Nunca podrás ocultarme nada, Kitty, eres transparente como un arroyo, reflejas tus emociones en la mirada y vi que de verdad querías salvarlo, salvarme a mí. ¿Por qué los has ayudado? Esas gentes pertenecen a un clan que odias, son Colquhoun de sangre.

—No lo sé, tenía que hacerlo. No soy una desalmada, necesitaban ese jabalí para ayudar con la granja, y perderlo hubiese sido un revés… así que la elección fue obvia.

Evander la estudió y, de nuevo, la joven no le sostuvo la mirada, que había clavado en el *plaid* como si los cuadros y los hilos fueran algo fascinante que contemplar. Desearía saber en qué estaba pensando, pero antes de poder preguntárselo, ella se adelantó.

—¿Tu hermana Elspeth qué edad tiene, por cierto? —preguntó.

—¿Elsie? Tiene dieciocho años, los cumplió en abril, ¿por qué?

—¿Y es la más joven de los cuatro hermanos?

Evander alzó los ojos y volvió el rostro para mirarla.

—¿Por qué te interesa mi hermana? No me digas que vas a intentar unir fuerzas con ella, porque si es así pierdes el tiempo: Elsie es leal al clan como una fiera, aunque no lo parezca bajo esa mirada dulce y carita de ángel con pecas —bromeó.

—No, no es eso, es que… bueno, cuando la ayudé con el baño noté...

—Te ruborizas de nuevo al mencionar la desnudez. ¿Qué diablos os enseñan de la vida en el clan MacLaren? Al menos sé que sabes lo que es un falo y para qué se utiliza, por como reaccionaste al ver el mío el otro día; de no haberte visto tan colorada dudaría de que supieras lo que tenemos de distinto entre las piernas tú y yo. ¡Espíritus*,* jamás he conocido mujer más recatada que tú! —dijo Evander y se apresuró a continuar al ver que ella se envaraba—. ¡Calma, fierecilla, no lo digo como insulto! Solo señalaba un hecho.

En respuesta a tu pregunta, somos cuatro. Callum es el mayor, está casado con Anna, a quien ya conoces. Luego voy yo; luego Ewan y, por último, Elspeth. Ewan y ella solo se llevan un año. ¿Satisfecha?

—Como tú has dicho antes, sentía curiosidad.

—Bueno, a ese juego de preguntas podemos jugar dos —asintió Evander—. Dices que tienes una hermana, Eileen; háblame de ella.

Kaitlyn arrugó el ceño, ni en broma pensaba destapar sus secretos ante gente cuyos métodos eran cuestionables. No pondría en peligro a Eileen por nada del mundo.

—No sueñes con eso, no pienso hablar de ella para que se lo cuentes a Callum y decida llevarse para sí mismo un premio de ojos marrones y cabello claro —dijo.

—Lo que me cuentes quedará entre los dos, eso te lo puedo prometer, no soy el tipo de hombre que traiciona la confianza. Te lo he dicho, muchacha, no tengo nada contra tu familia —contestó Evander e hizo una mueca antes de suspirar y volver a cerrar los ojos —. Bien, si no quieres hablar de ella, háblame de ti. ¿Quién te enseñó a disparar?

—Mi padre. Tras morir mi madre, Eileen y yo nos solíamos quedar solas en casa, puesto que él tenía que cumplir el trabajo que le encargaba laird Robert. Por eso me llevó al bosque y me enseñó a usar la daga y el arco, para que pudiera defendernos a mi hermana y a mí si nos veíamos en peligro. A decir verdad, soy buena con el arco, seguro que mucho mejor que tú, que siempre usas la *claymore*.

Aquella declaración logró que las comisuras de los labios de Evander se elevaran, y abrió un ojo para mirarla y decidir si aquello era un nuevo ataque o estaba siendo seria. Kaitlyn tenía la vista fija en el lago, el sol reflectaba reflejos sobre sus mejillas que resaltaba sus pecas, y su cabello negro ondulado brillaba como las plumas de un cuervo. Incluso vestida como una criada corriente era preciosa.

—¿Eso ha sido una declaración o estabas fanfarroneando? —cuestionó Evander.

—¿De qué hablas? —dudó Kaitlyn, y alejó la mirada del agua para mirarlo.

—Has dicho que eres mejor con tu arco que yo. ¿Lo mantienes?

—Por supuesto, puedo ganarte con los ojos cerrados.

Evander se volvió hacia ella con una mirada intensa, que hizo que a Kaitlyn se le detuviese el corazón por un instante y se ruborizase hasta las orejas. El guerrero lo vio y satisfecho, elevó un brazo para señalar uno de los árboles, un abedul joven de ramas bajas.

—Bien, en tal caso, atenta. ¿Ves ese abedul, el de tronco blanco con las ramas bajas a unos dos metros de alto? —preguntó.

—¿El que tiene una mancha en forma de vela de barco en la corteza? —dudó ella.

—Sí, ese mismo. Escucha, voy a darte la oportunidad de probar tus palabras. Ataré una tela a la rama y la usaremos de diana. Cada uno lanzará sus tiros y el que consiga más aciertos gana. ¿Estás de acuerdo?

Kaitlyn sopesó la distancia entre ellos y el árbol y sonrió, iba a ser un paseo.

—Por supuesto —dijo alegre—. Empecemos cuando quieras, yo ya estoy lista.

—Muy bien. ¿No te importa que usemos tu *arisaid*? El jabalí lo dejo para el arrastre, algún que otro agujero más no se va a notar.

—Eres un descarado, Evander, no voy a desnudarme para que te des un gusto con la mirada.

—¿De qué tienes tanto miedo? ¡Si ya te lo he visto todo en la cueva! No seas chiquilla…

—Te voy a hacer tragar tus palabras —dijo Kaitlyn y saltó de la roca para comenzar a desatar los nudos de su *arisaid*—, veremos quién gana.

Evander asintió y cuando ella le dio la tela de tartán, echó a correr hacia el mentado abedul, que estaba a unos diez metros de ellos. Al llegar, lo colgó sobre la rama más baja como si fuera una bandera. Alzó el brazo para dar la señal y Kaitlyn sacó el carcaj para repartir las flechas entre ellos; eran doce, tendrían seis oportunidades cada uno.

—Ya que solo hay seis disparos, la cosa será así: dispararemos a la vez, y cada flecha será de un color: yo, azul; tú, marrón —dijo Evander, y sacó un par de arándanos de su *sporran*, que aplastó para manchar sus flechas—. Así, cuando impacten, sabremos de quién es el golpe.

—¿Y si se queda enganchada, o atraviesa la tela? —dudó Kaitlyn.

—Lo contaré como punto, claro. La cuestión es que, si pasamos de largo o por encima, será un tiro errado; para que cuente habrá que romper el *arisaid* sí o sí. ¿Estás conforme?

—Sí.

—Entonces vamos, a la cuenta de tres —sonrió Evander—. ¡Uno, dos, tres!

Bajó el brazo de golpe y Kaitlyn infló el pecho con aire fresco antes de soltar la primera flecha. No le importó lo que hacía Evander a su lado, se concentró y disparó. La flecha voló y cortó el aire para impactar de lleno sobre el *arisaid*, rasgarlo y atravesarlo. Sonrió y miró a Evander, que tenía la vista fija en la diana. Su flecha azul se había quedado clavada, así que estaban empatados. Evander volvió a contar hasta tres y volvieron a disparar. Ambas flechas atravesaron limpiamente la tela, la cosa parecía que iba a estar reñida.

Cuando lanzaron la tercera hubo un cambio; Evander disparó y su flecha se desvió hacia arriba y quedó clavada en la rama, a un par de centímetros de la tela. Kaitlyn sonrió en su mente; podía haberse debido al viento, pero un arquero experto debía calcular esas variables al lanzar. Era un error de cálculo del guerrero que le daba a ella la ventaja. Evander dio de nuevo la señal y lanzaron, para su sorpresa, el tiro se le fue demasiado bajo y pasó de largo la tela para clavarse en el suelo.

La flecha azul de Evander impactó en la tela y la atravesó, anotándose ese punto. Kaitlyn frunció los labios, estaban empatados con un error y solo quedaban dos disparos. Decidida a no volver a errar, se concentró y disparó, golpeando la tela y dejando la flecha clavada a la mitad, era un disparo perfecto, impoluto. Miró a Evander, cuya flecha también se había clavado en la tela, y él le sonrió; parecía que todo se iba a decidir en el último tiro. Cuando dio la señal dispararon a la vez: la flecha de Evander silbó y falló, pasó de largo la tela. La de Kaitlyn rozó la que se había clavado antes y, aunque tocó el fajín, cayó al suelo sin fuerza. Bueno, había impactado, estaba segura, lo había visto. Después de todo había ganado, tal como dijo que haría.

Se volvió con una sonrisa radiante, y Evander sonrió en respuesta.

—Parece que al final he ganado yo —señaló Kaitlyn.

—Eso parece, sí, disparas bien, no me lo esperaba. ¡Mi orgullo está temblando, exijo la revancha! —resopló él, antes de romper a reír.

—¿Una nueva prueba?

—Debes darme la oportunidad de recuperar mi honor perdido.

—Bien, creo que puedo vivir con eso, Colquhoun —rio Kaitlyn.

Bajo la perpleja mirada de Kaitlyn, Evander se levantó y comenzó a desatar su cinturón para bajarse el *feileadh mor*, sacarse la camisa por los hombros y tirarla a un lado. Se le abrieron los ojos como dos lunas. «¿¡Qué diantres hace!?», pensó, al ver que el condenado seguía desnudándose como si nada.

—¿Q-qué estás haciendo, has perdido el juicio? —inquirió Kaitlyn.

—Has accedido a concederme la revancha. Pues bien, este es mi reto: te desafío a una carrera por el lago. Sabes nadar, ¿no?

—Sí, claro, pero el agua debe estar helada. ¡Está todo nevado, por el amor de Dios!

Cuando la última prenda hubo caído, Evander se agachó para desatar sus botas sin dejar de mirarla a la cara. Se le había pintado esa sonrisa de nuevo: «*la sonrisa*». Kaitlyn se la sostuvo y sintió que le ardían las mejillas. ¡Estaba otra vez en pelota picada!

—¿Qué, asustada, fierecilla? —provocó él—. Ya te has quitado el *arisaid*, no queda mucho ya para que estés desnuda.

—Me lo quité porque tú lo propusiste, desverg…

—Sí, desvergonzado, lo sé, ya me lo has llamado. Ahora dime, gatita ¿Vas a darte un chapuzón o te vas a quedar en la orilla?

«¿Gatita?», repitió Kaitlyn y el rubor se le extendió por el escote.

—¡Te he dicho que no me llames así! —exclamó—. Tú lo has querido, Evander, voy a patearte el culo por segunda vez esta tarde.

Le sostuvo la mirada mientras, capa a capa, se deshacía de toda su ropa: el vestido, la combinación, las medias. Cuando solo el pequeño trozo de tela cortado de su enagua —que cubría sus pechos —, y las polainas la separaron de sus claros ojos celestes, tomó la decisión. No iba a ser una cobarde ante él; le demostraría que era valiente, que no iba a caer en sus provocaciones. Así que se descalzó, se bajó las polainas y se sacó el corpiño improvisado por la cabeza,

quedando totalmente desnuda. Elevó el mentón con orgullo, pero Evander no la observó de arriba abajo como a una amante.

—¿Lista, muchacha? —inquirió.

—Lista y preparada —dijo ella.

—Bien, vamos. El primero que llegue al otro lado y vuelva gana.

—Muy bien.

Se miraron un instante antes de echar a correr hacia el lago, y cuando sus pies descalzos hicieron contacto con la nieve de la orilla Kaitlyn tensó la mandíbula; ¡aquello era una maldita locura! Pero no pensaba rendirse, eso jamás. Se lanzaron al agua a la vez, mil agujas punzantes golpearon a la joven, que soltó un jadeo antes de forzarse a mover los brazos y las piernas para conservar el calor. Y empezó a nadar. Se concentró en la orilla opuesta: «piensa en llegar, piensa en llegar, no pienses en el frío», se dijo. Un brazo, y otro; un brazo, y otro. Y avanzó. Evander nadaba a su lado sorprendido por lo hábil que estaba resultando Kaitlyn, usaba una técnica diferente: el nadaba con ambos brazos de atrás adelante y se impulsaba con las piernas; ella, moviendo un brazo primero y otro después. Y parecía que daba resultado, pues ya le llevaba medio cuerpo de ventaja. «Mierda, tendré que esforzarme».

Por alguna razón había creído que estaba fanfarroneando, pero no, nadaba bien, le había dado gato por liebre al subestimarla. No volvería a cometer ese error. Así que infló el pecho, llenó los pulmones y se lanzó hacia adelante. Alcanzaron la otra orilla y dieron la vuelta. El frío les estaba entumeciendo los miembros, pero ambos se negaban a rendirse. A Kaitlyn le bombeaba el corazón rápido, sus dientes castañeteaban, pero mientras siguiera moviéndose resistiría. «¿Quién va ganando?», dudó y volvió el rostro para ver que Evander la había adelantado. Pataleó más rápido, y al llegar a la orilla estaban más cerca, él delante. Salieron del agua agotados, y Kaitlyn se dejó caer sobre el *plaid* de Evander con el corazón galopándole cual purasangre.

—Lo admito, muchacha, no fanfarroneabas, he tenido que ponerme serio… —dijo Evander con el aliento agitado mientras se apuraba el cabello con la mano—. Te felicito, nadas bien, me ha impresionado tu fuerza, no creí que resistirías ida y vuelta.

—Tampoco lo haces mal… me has sacado una buena ventaja —reconoció ella.

—Práctica, llevo nadando en estos lagos desde que puedo recordar.

La joven asintió, podía identificarse con eso, a ella también le encantaba el agua. De pronto reparó en la mirada de Evander, que se había desviado sin pretenderlo de su rostro hacia su cuerpo. Y Kaitlyn fue más consciente que nunca de que estaba desnuda; de que sus ojos azules como el cielo estaban viéndole los pechos, los pezones erectos por el frío; el sexo. Cerró las piernas en el acto en un intento por cubrirse, el rubor le encendió la piel tan rápido que creyó que se desmayaría. Sin embargo, él le lanzó un *plaid* y se giró para darle privacidad.

—Sécate, tranquila, no miraré mientras te vistes —dijo Evander.

—Oh, pues… gracias.

El rubio asintió mientras empezaba a calzarse y agradeció al frío helador que le estaba congelando las pelotas hasta encogérselas. «Mierda», pensó. «Esta diabla provoca en mí demasiado, necesito el abrazo de una dama… y pronto, Kaitlyn se me está colando en la sangre demasiado rápido y perderé el control». Todo en ella le provocaba: sus palabras de desafío, sus tentadores labios, su mirada de fuego. Sus pechos, ahora que los había visto sin la prisión de tela, le parecieron gloriosos. Las pecas que pintaban la piel de sus hombros, de su escote y su cintura; esas que deseaba lamer y besar con la lengua; acariciar y tener esos tiernos pezones rosados entre los labios. Sus muslos, su sexo rodeado por rizos oscuros, cuyo calor sabía que sería para él la gloria. «¡Basta, Evander, deja de pensar en tenerla, se te está poniendo dura! No quieres asustarla o pensará que eres un degenerado». Se reprendió mientras terminaba de atar el nudo de su cinturón. Estaba ya vestido cuando se giró para encararla.

Kaitlyn se había puesto las enaguas y el vestido, pero aún seguía muy colorada.

—Parece que he perdido… has llegado primero —señaló.

—¿Te rindes tan pronto? —dudó Evander.

—Ni hablar, rendirse significaría doblegarme, y eso no pasará.

—Eso es lo que quería oír, y vaya que no pierdes esa lengua afilada tuya, MacLaren. De todas formas, lo dejaría en tablas: yo he llegado antes, pero tu alcanzaste primero la otra orilla; así que habrá nuevas oportunidades para medirnos. ¿Estás conforme?

—¿En competir de nuevo contra ti? —aventuró ella y Evander asintió—. Lo haré.

—Entonces volvamos. Hay un largo trecho y estarás agotada.

La joven asintió y Evander subió a la silla para ofrecerle la mano; Kaitlyn la aceptó, y para su sorpresa la sentó a su espalda. Tras un instante de duda elevó las manos y le envolvió la cintura; entonces él se puso en marcha para subir la ladera y encaminar sus pasos de regreso al castillo de Dunglass. Kaitlyn contuvo el aliento, aquella había sido una tarde peligrosa; por mucho que le doliera reconocerlo, le gustaba sentir el calor de Evander contra ella, oír el latido de su corazón.

Ya no podía olvidarlo ni sacarlo de su cabeza, cada gesto amable del hombre por ella; cada pique y cada pullita; cada sonrisa descarada; cada mirada de cielo; cada acto de protección. Cada ápice de él se le había colado en la sangre, y una voz profunda dentro de ella le gritaba a pleno pulmón lo que su mente ya sabía: lo deseaba. Sí. Pero había algo *más* que le asustaba nombrar. De seguir así… que Dios la ayudara, iba a terminar enamorada del hombre que se había jurado despreciar.

El mismo que la mantenía prisionera. Su *Demonio de Ojos Azules*.

Sí, que Dios la ayudara.

Capítulo Quince



Arrochar, Escocia. Febrero.
Castillo de Inveruglas. Tierras del clan MacFarlane

El cuerno sonó y las puertas se abrieron para recibir a la comitiva que llegaba a caballo al gran patio del castillo. El grupo había sido avistado apenas cruzaron la frontera, y laird Gareth MacFarlane, jefe del clan, lo había preparado todo para recibir a sus invitados con la mayor hospitalidad dadas las aciagas circunstancias. Eran un grupo de veinte entre las dos comitivas —MacLaren y Graham—, y los tartanes de los dos clanes —ambos en distintas versiones de azul marino y cuadros verdes—, se mezclaban bajo las curiosas y atentas miradas de los habitantes del castillo de Inveruglas. La puerta del castillo se abrió y Gareth bajó las escaleras a paso rápido para plantarse frente a su suegro y estrecharle la mano antes de ser envuelto en un fuerte abrazo. Tras ellos estaban su esposa Faith con su bebé en brazos; su hermano Caden con su hijo, Ruairidh, sentado sobre su cadera, y su esposa encinta, April. También estaba la prima de ambas, Rhona, junto a su marido, Moray.

—Me alegro de encontrarte sano y bien, Gareth —saludó el líder del clan Graham.

—Sí, es bueno volver a verte, querido suegro, deberías pasar por aquí más a menudo —saludó Gareth antes de volverse hacia el otro hombre, que vestía el tartán MacLaren—. Lo mismo digo de ti, Bryce MacLaren.

—Un clan no se gobierna solo, aunque el corazón dicte otra cosa.

Gareth asintió, la voz del otro hombre le hizo volver la cabeza.

—Gracias por recibirnos en su castillo, laird MacFarlane, estamos desesperados y no sabíamos a quien más acudir. Gracias de nuevo —dijo Bryce.

—No hay por qué darlas, Bryce, entre aliados siempre nos ayudaremos, y eso es lo que sois los MacLaren para los MacFarlane, amigos —contestó Gareth, repentinamente serio—. Ahora, entremos al castillo, quiero que me contéis qué es lo que ha ocurrido en Balquhidder, nada de esto pinta bien.

—No, nada bien —concedió Lachlan.

Gareth asintió, algo estaba pasando, demasiadas desgracias juntas.

—Los demás miembros de la comitiva son bien recibidos en el castillo, tenemos habitaciones de sobra para todos, ya que no habéis traído muchos hombres —dijo—. Eso si no os importa compartir, claro. Si no, sois libres de alojaros en la posada de Arrochar.

—Por mí está bien, mis hombres están habituados —dijo Lachlan.

—Lo mismo va por los MacLaren —dijo Bryce.

—Bien, entonces entremos, es hora de ponerse al día.

Los tres hombres asintieron y el anciano laird de los Graham se acercó a su familia mientras subían las escaleras y los otros se perdían a través del corredor. Besó las mejillas de Faith, su nieta mayor, y acarició la nariz de su bisnietita, Rae, que dormía plácidamente entre los brazos de su madre.

—Me alegra verte, querida Faith, estás preciosa, tu hijita es la criatura más linda que he visto en mucho tiempo. Y a ti, sí… a ti, la maternidad te sienta muy bien —sonrió.

—Gracias, abuelo, bienvenido a casa, te echamos mucho de menos —sonrió Faith.

Lachlan asintió y la abrazó con cariño antes de plantarse frente a Caden, April y Ruairidh. Abrazó a su yerno y posó la mano sobre su hombro con una sonrisa divertida.

—Se te ve bien, muchacho, veo que no pierdes el tiempo en el lecho de mi nieta ¿eh? —saludó, y señaló el vientre abultado de April con un ademán.

—También me alegro de verte, querido suegro, está claro que tu humor sigue tan afilado como siempre —bufó Caden.

—Y que así siga muchos años, daré guerra hasta el día en que muera —rio Lachlan antes de volverse hacia el pequeño Rudh—. Mi pequeño guerrero valiente, ¿te alegras de ver a tu bisabuelo?

—¡Mucho, abuelito! —asintió Ruairidh.

—Te he traído regalos, pero jugaremos con ellos después, ¿eh?

—¡Sí! Gracias, ¡eres el mejor, abuelito!

Todos rieron ante el entusiasmo del pequeño, antes de que el viejo abrazara a su nieta mediana y diera un toque cariñoso sobre su mejilla. April sonrió y besó su mano.

—Me alegro de que hayas venido, abuelo, incluso si no es por un motivo halagüeño —dijo—. Ven más a menudo de visita, te queremos.

—Lo mismo digo, querida mía, pero dejemos los detalles para luego —dijo Lachlan y pasó a abrazar a la última de sus nietas, Rhona—. Mi tenaz Rhona, espero que le estés dando guerra a ese hombretón que tienes por marido. Salud, Moray. ¿Veo un niño en el horizonte, o es que el brillo de tus ojos me engaña? Un viejo sabe de esto, créeme.

—Eso es cosa de Rhona decirlo, laird, si me voy de la lengua me cortará las bolas —resopló Moray y Rhona le dio un codazo—. Su nieta es de armas tomar, ya lo sabe.

—Como toda buena Graham —afirmó Rhona.

—Cierto, lo es. Pero antes de ponernos a celebrar el reencuentro entremos. Gareth se debe estar preguntando por que tardamos tanto —dijo Lachlan y comenzaron a subir las escaleras hacia el *hall*—. ¿Tenéis alguna noticia nueva?

—No, pero dejaré que mi hermano os ponga al corriente —contestó Caden.

—Sea pues, vamos.

El grupo cruzó la puerta y el recibidor para dirigirse al salón principal del castillo, donde la chimenea encendida les recibió con sus cálidas llamas. Se acomodaron en los sofás frente a la lumbre, y en seguida llegaron las sirvientas con bandejas de cerveza y vino especiado y panes tostados con mantequilla. El ambiente era relajado, aunque serio, flotaba una nube de preocupación que Bryce MacLaren fue el primero en romper.

—Laird MacFarlane, agradezco las cortesías, pero mi hija y yo no podemos esperar más —dijo y señaló a la joven que se sentaba a su lado, Eileen—. Como ya le ha dicho mi laird por carta, mi hija Kaitlyn ha desaparecido y necesitamos ayuda para encontrarla.

—Sí, por Dios, se lo rogamos, laird, estamos desesperados —asintió Eileen—. Sé que Katt está viva, lo siento en el corazón, y cada día que pasamos sin ella temo por su seguridad. Arthur nos ha acompañado para hablar con usted en nombre de laird Robert.

—Soy consciente, muchacha, y lamento lo sucedido. No temáis, en nosotros vais a encontrar ayuda —asintió Gareth y se volvió hacia el tal Arthur—. Preséntate, antes de darnos las nuevas de tu laird.

—Me llamo Arthur MacLaren, soy de la guardia de Balquhidder, y es mi laird quien me envía. Si bien, yo, al igual Braice y Eileen, tengo mis propios motivos para estar aquí —dijo Arthur—. Como sabe, Kaitlyn ha desaparecido, pero las desgracias en nuestro clan no terminan allí; Andrew, uno de los *highlanders* del clan fue asesinado el día de su desaparición. Y… mi… toda mi familia… ha sido asesinada sin piedad.

La revelación causó conmoción en la sala; Faith se cubrió la boca con la mano.

—Dios Santo, lo siento muchísimo, Arthur, es horrible —susurró.

—¿Quién podría hacer algo semejante? —dudó Rhona, apenada.

—No lo sabemos, aunque creemos que está todo relacionado —admitió Arthur.

—¿A qué te refieres? —inquirió Gareth.

Respondió Bryce, tenía los labios apretados y los puños aferraban su *plaid*.

—La noche de *Hogmanay* sufrimos un ataque, trataron de llevarse varios caballos de las cuadras del castillo. Los expulsamos y Andrew mató a uno de ellos; no le dimos más importancia entonces, pero el ataque a mi hija, que había salido a cabalgar con él, ocurrió diez días después —explicó—. Encontramos a Andrew junto a las cascadas del Dochart y al caballo de Kaitlyn abandonado en el bosque.

—Había huellas por todo el claro, la nieve mostraba al menos a ocho caballos, así que fuera quien fuese que se llevó a Kaitlyn, estaba organizado —continuó Arthur—. Sabemos que está viva porque buscamos su cuerpo río abajo y no hallamos nada, además, su caballo estaba lejos del río y no había sangre cerca.

—¡Katt nunca se escaparía, no abandonaría a Andrew si lo creyera malherido! —intervino Eileen, los ojos le brillaban con lágrimas de pena y rabia—. ¡Se la han llevado!

Hubo una ronda de asentimientos, para todos los presentes ese punto estaba claro. Si bien, la cuestión planteaba incógnitas, y el laird de los Graham decidió intervenir.

—Nada de esto parece casual, los Graham y los MacLaren somos aliados además de vecinos, y lo cierto es que hemos visto movimiento de hombres en nuestras fronteras, aunque no se han atrevido a adentrarse a las tierras de nuestro clan —dijo.

—Yo tampoco creo que lo sea, no —concedió Caden muy serio—. A nuestro primo Evander también lo han secuestrado, lo esperábamos por navidad y nunca llegó. Sin embargo, sabemos que salió de Inglaterra y cruzó la frontera de Escocia acompañado de uno de los contactos del clan Stewart con el clan MacFarlane.

—Creo que puedo explicar eso al menos, muchacho —continuó Lachlan—. Como bien has dicho, cerca de navidad mis hombres encontraron a un muerto cerca de Trossachs; al comprobar quién era, vieron que vestía los colores de los Stewart y llevaba una insignia real. Se trataba de John Maitland, lo sé porque lo conocí en la corte de Edimburgo tiempo atrás. Ahora entiendo lo que hacía en las Highlands, iba a reunirse con vosotros en Arrochar.

Aquello alteró a Caden y a Gareth, que se miraron, y el menor saltó.

—¿Y Evan? ¿no visteis rastro de él… un caballo, o sangre o lo que fuera? —dudó.

—Mucho me temo que no, Caden, lo lamento, pero no había rastro de nadie.

—¿Qué hicisteis con el cuerpo de John? —dijo Gareth, serio como una estatua.

—Lo enviamos al clan Stewart debidamente amortajado para que su gente pudiese darle un entierro cristiano, es lo mínimo que podíamos hacer —contestó Lachlan.

El laird de los MacFarlane asintió y se produjo un silencio en el que todos se sumieron en sus pensamientos. El asunto se estaba volviendo terrible por momentos; Gareth no tenía duda alguna de que la desaparición de Evander estaba relacionada con el ataque de Nochevieja, y las palabras de laird Lachlan se lo acababan de confirmar. El cómo encajaba la desaparición de Kaitlyn aún tenían que averiguarlo. Estaba a punto de sugerir enviar una carta al rey Jacobo para preguntarle al respecto cuando habló Bryce.

—Hay algo más que debéis saber, lairds —dijo—. La noche de *Hogmanay* que nos atacaron yo fui uno de los que repelió el robo, y uno de los atacantes llamó a su líder, el que Andrew hirió de muerte, «Donald».

—¿Donald? —dudó April.

—¿Quién diantres es Donald? —preguntó Rhona.

—¡Mal rayo lo parta! Solo hay un Donald que ocuparía una posición de poder y haría algo tan rastrero como robar en una noche de fiesta, el hermano de Alec Colquhoun —gruñó Lachlan.

—¡Dios, pues claro, no podían ser otros! —rugió Caden—. ¡Malditos Colquhoun!

Gareth mantuvo la compostura, aunque su mandíbula se tensó mientras sopesaba las consecuencias de aquella declaración. Miró a Bryce antes de romper el silencio.

—¿Estás totalmente seguro de ello, Bryce? —inquirió.

—Completamente, mi hija Katt estaba allí, fue ella quien nos advirtió del ataque, y tanto Andrew como yo bajamos para socorrerla e impedir el robo —afirmó Bryce—. Lo oí yo mismo: cuando Andrew lo hirió, los otros le llamaron «Donald» a voz en grito.

—Eso es una mala noticia para todos. Como sabéis, los MacFarlane somos enemigos acérrimos de los Colquhoun desde hace siglos, nuestros clanes no han dejado de enfrentarse y matarse desde que su maldito antepasado hizo aquella promesa de odio. Si de algún modo están relacionados con la desaparición de Evander, habrá guerra, no pienso permitir que le hagan daño a mi familia.

—Desde luego, yo mismo dirigiré el ataque; ¡los arrasaré hasta las cenizas como le hayan tocado un solo pelo a nuestro primo! —exclamó Caden enfadado.

—Y yo te acompañaré, Cade, pero antes de llegar a eso necesito que el necio de su jefe de la cara, tenemos que encontrar a Evan vivo o muerto —suspiró Gareth—. Escribiré una carta a Duncan para que venga e iremos los tres a Dumbarton a exigirle explicaciones a ese bastardo. Ni siquiera Alec es tan idiota para enfrentarse a tres clanes; MacFarlane, Graham y MacDougall unidos lo aplastarían. Espero que estés conforme, Lachlan.

—Por supuesto. Sabe Dios lo que opino de esos cabrones —asintió.

—¡No se olvide de los MacLaren! —intervino Eileen—. Laird Robert irá también, si le escriben, pongo la mano en el fuego.

Gareth sonrió y asintió, le apenaba la pasión de la joven, su ansia de sangre ante la posible perdida de su hermana.

—Sé que lo hará, es aliado mío, querida. Sin embargo, como he dicho, antes de declararle la guerra abierta a los Colquhoun quiero que su laird me dé una explicación. Y, sobre todo, ver como reaccionan ante la mención de Evander. No soy un hombre al que se le pueda mentir mirándole a los ojos.

—De acuerdo, hermano, lo haremos así si es lo que quieres —asintió Caden.

Dicho aquello, entraron en temas generales, como la tensión que aún había con los *sassenach* y los problemas de las Highlands con su corte. La mañana pasó volando, y antes de darse cuenta el mediodía sonó y los criados anunciaron que se iba a servir la comida. Parecía que, al menos, entre todos podrían encontrar una solución.

***

Al gritillo de la niña siguió una ronda de risas infantiles, y Lainey se dejó caer sobre la alfombra para hacerle cosquillas a su primo. Ruairidh corrió a esconderse bajo la capa de su bisabuelo, que se había sentado en el suelo con ellos para jugar a «asalto al castillo». Lainey, la hija mayor de Gareth, era la atacante, y Rudh el defensor. Si bien, sus defensas habían sido derrotadas y no le quedaba más remedio que esconderse tras la espalda de Lachlan y cobijarse bajo la capa de su *feileadh mor*. El anciano rio y lo tomó entre sus brazos para sentarlos sobre las rodillas y apoyar su rostro sobre su hombro.

—¡No dejes que te venza, hombrecito, un *highlander* es valiente incluso ante sus peores enemigos! —animó el anciano e hizo cosquillas al niño—. ¡Valor y coraje, chico!

—Pero abuelito… ¡muy bien! —dijo Ruairidh.

El pequeño tomó su espada de madera forrada en paño y lana y atacó a la invasora, ganando una nueva ronda de cosquillas. Al final, con ambos niños rendidos, Lachlan dio por terminado el combate y se volvió hacia su nieta, que observaba la escena con una sonrisa. April sonrió y se puso en pie con las manos sobre la espalda, le pesaba el vientre.

—Bueno, niños, creo que habéis defendido el honor del castillo hasta las últimas, los dos habéis luchado muy bien y enorgullecido a los MacFarlane y los Graham, así que ahora id a lavaros las manos que hay que merendar —dijo.

—Joo, mami, no me gusta el agua fría… —se quejó Rudh.

—El abuelito te acompañará a las cocinas, allí tienen agua caliente —atajó April—. Vamos, no me pongas caritas, hijo, que hay *shortbread* y pan con mantequilla caliente.

—¿Hay *Shortbread*?

—¿Y bollos de yema de huevo y miel? —aventuró Lainey.

—Eso he oído —dijo Lachlan.

—Entonces vamos —asintió la niña y le tomó la mano a su primo —. Vamos, Rudh.

—Sí.

Tras besar a April y a su bisabuelo, los niños salieron del salón en dirección a las cocinas, y Lachlan se levantó sin perder la sonrisa.

—Has criado a un hijo maravilloso, April, tus padres estarían orgullosos de ver en manos de quién recaerá el clan Graham —comentó—. Es en días como hoy que me alegro de haber dado el brazo a torcer y olvidado el rencor hacia los MacFarlane, no hay más que ver lo felices que sois todas y las familias que habéis formado.

—Ese intercambio, ser elegida por Caden, fue lo mejor que me ha pasado en la vida —reconoció ella—. Sin embargo, una pequeña parte de mi siempre estará en Mugdock contigo, abuelo, desearía que vinieras más a menudo… Tal vez deba tirarte de las orejas.

—¡Dios me libre, mis pobres orejas ya no son lo que eran! Vendré, lo prometo, no os librareis de mí tan fácilmente por mucho que a tu marido le encante sacarme de quicio. ¿Dónde está ese deslenguado, a todo esto? hace rato que no lo he visto.

—No lo sé, iré a buscarlo, está refrescando —anunció April—. ¿Vigilas a los niños?

—Por supuesto, no hace falta ni preguntarlo. Pienso pasar el mayor tiempo que pueda con ellos antes de volver a tierras Graham —asintió Lachlan—. Vete tranquila.

—Gracias, abuelo. Te quiero.

—Y yo a ti, nieta.

April sonrió antes de darle un abrazo y salir del salón. Buscó a Caden en el despacho y la biblioteca, sin éxito. Buscó en el patio, y no lo encontró. Así que salió a la terraza y miró de lado a lado para encontrarlo apoyado sobre la baranda de piedra que tenía vistas al lago. Caden no la había notado todavía, y ella se acercó para rodearle la espalda. Dado lo abultado de su vientre no pudo pegar sus cuerpos, pero se inclinó para besarle el cuello y apoyar su peso contra él. El guerrero volteó el rostro y atrapó sus labios en un beso.

—¿Qué haces aquí, Cade? El día esta frío, deberías entrar —susurró.

—Quería pensar un poco, tenía mucha rabia dentro y debía soltarla —admitió él.

—¿Es por lo que ha dicho mi abuelo sobre tu primo y el clan Colquhoun?

—La sola idea de pensar que ellos han tenido algo que ver con su desaparición me pone enfermo, me dan ganas de coger la *claymore* y

cabalgar hacia Dumbarton. Si no lo hago es porque no tengo la certeza de que tengan algo que ver con la desaparición de Evan y la muerte de John.

April asintió y Caden se giró para quedar cara a cara. Se abrazaron y el guerrero la meció entre sus brazos, notaba las pataditas de su hijo a través del vientre de su madre.

—He perdido tanto en la vida que cada nueva puñalada me sangra el corazón; mi padre, mi madre, mi abuelo —dijo, y suspiró—. Evander es como un hermano, como Dunn, Mac y Gareth. Si está muerto será una nueva herida que sumar a la lista… la idea de perder a alguien más me aterra. Si murieras tú, April, o uno de nuestros hijos, moriría.

—No hables así nunca más, ¿me oyes? Evander está vivo, Cade, si estuviese muerto ya lo habrían encontrado, debes mantener la esperanza —contestó April—. Y, respecto mí, ni los *Fae*, ni el Dios del cielo, ni la misma diosa Morrigan cabalgando a lomos de un unicornio podrán separarme de ti. Esto te lo prometo, amor mío: no moriré, no te dejaré solo, ni en esta vida o la que le siga. Te amo, MacFarlane, para siempre.

—No más que yo a ti, pequeña, para siempre.

Apenas lo dijo inclinó el rostro y volvió a unir sus bocas para besarla y entregarle todo el amor y sentimiento que latía en su corazón por ella. Recorrió sus labios hasta teñir de rosa sus besos, enzarzó sus lenguas y bebió de su boca cual sediento. Podían pasar mil vidas, la pasión y devoción que sentía por ella jamás se apagaría. Cada día la amaba más, April era la parte más importante de su vida, un pilar en su familia. Y, para él, la familia lo era todo. Cuando le faltó el aliento se apartó y rozó con los labios la punta de su nariz, logrando que a ella le ardieran las mejillas. Aún a esas alturas se sonrojaba.

—Vamos, mi vida, entremos, hay mucho que hacer —dijo Caden.

—Entremos —concedió ella.

Entrelazó sus manos, y con la mente y el alma en paz, Caden supo que debía actuar.

Capítulo Dieciséis



Los días se sucedieron sin incidentes y gracias a la demanda de Evander de que lo sirviera solo a él, Kaitlyn no había tenido que cruzarse con esa bestia de Callum o con su maldita madre. Se dedicaba a hacer las tareas que su *Demonio de Ojos Azules* le encomendaba y para su sorpresa no lo encontraba tan terrible: hacía las rondas con él por los terrenos del clan; limpiaba sus ropas y atendía a su caballo; le servía la comida y le guisaba lo que le pedía —que siempre terminaban compartiendo—; leía historias de la estantería mientras se bañaba al otro lado del biombo… Era una rutina a la que se había acostumbrado y disfrutaba; a cada jornada que pasaba junto a él, confirmaba lo diferente que era Evander de los suyos. Veía su carácter curioso, noble y amable; su encanto; su, por qué no decirlo, capacidad para hacerla de rabiar y sonreír. Y sin darse cuenta transcurrió un mes desde que la raptó de su clan.

Marzo entró con tormentas y flores nacientes, con canto de los pajaritos recién nacidos, con jornadas de sol y llovizna. El deshielo hacía que los ríos bajaran arrastrando carámbanos y agua abundante, así que la mayoría de tareas de limpieza las tenían que

hacer en el castillo, puesto que el río que bordeaba el castillo de Dunglass, el Clyde, estaba indomable y resultaba peligroso. Esa mañana la lluvia les había dado tregua, brillaba el sol, así que Mary, Eara y ella habían bajado al abrevadero del castillo para hacer la colada.

—Qué suerte tienes, Katt, Evander no es de los hombres que más ensucian sus ropas, fíjate en los *plaids* de Callum, están de barro hasta las costuras —señaló Mary, alzando el *feileadh mor* que estaba frotando contra una piedra con una pastilla de jabón—. Ese hombre es un desastre, lo que significa más trabajo para mí.

—Pues te lo cambio, Mary, si eso te parece malo, fíjate en mí, que tengo dos cestas de sábanas todavía por lavar. ¿Y crees que Ailse va a pedirle a alguna de las de la cocina que me ayude? Pff, claro que no, no sea que me libere un poco la carga —bufó Eara.

—No os preocupéis, en cuanto termine con lo mío os ayudaré, seis manos frotan mejor que dos —sonrió Kaitlyn.

—Gracias, Katt, eres un tesoro —dijo Eara mientras frotaba, y sonrió—. ¿Os habéis enterado del último cotilleo? Ewan ha armado un berrinche cuando laird Alec le ha pedido ir al clan Grant a cortejar de nuevo a *lady* Isabella Grant, la hija pequeña de laird Owen.

—¿La rubia flacucha con cara de yegua? —se sorprendió Mary.

Eara asintió y no ocultó una risa, no por el comentario sobre la joven, sino por la idea de Ewan pataleando. Su alegría se le pegó a Kaitlyn y a Mary; la joven tenía una risa peculiar, como el sonido de un cerdito, era adorable y muy contagiosa.

—Todo el mundo habla de ello en el castillo, dicen que ella quiso besarlo en la fiesta de Yule, y ya conocéis al señor Ewan, es un exquisito —continuó Eara—. Ese solo se desposará con la más guapa del clan, y *lady* Isabella es más feúcha que una calza sudada.

—¡No seas así, so cazurra! —regañó Mary—. Yo la vi una vez y no es tan fea, solo tiene la cara un poco chupada; eso se arregla comiendo sus buenos platos de guiso.

—Pues yo creo que se ha librado de una buena la tal Isabella, Ewan es cruel e infantil, casarse con él debe ser un infierno —intervino Kaitlyn y elevó la camisa de Evander, ya limpia, para observar el lugar donde antes había habido una mancha de hierba y

verdín—. Qué rabie lo que quiera Ewan, ojalá su padre no consiga lo que quiere por el bien de esa pobre desgraciada.

—Vaya, sí que te cae mal el señor Ewan… —comentó Eara.

—Nunca le perdonaré lo que hizo, por su culpa mi amigo Andrew está muerto.

Ambas jóvenes la miraron, el ambiente de broma se arruinó con aquella confesión, y Eara trató de arreglarlo soltando una gracieta. Sin embargo, en su intento por elevar la prenda y hacer el chiste, derramó el frasco de arándanos triturados con el que estaba avivando los colores azules del tartán sobre una sábana, y el rubor encendió sus mejillas.

—¡Espíritus, la que he liado! —exclamó asustada—. ¡Y tenía que ser en la sábana de la cama del laird! ¡Ay, de esta no salgo, me va a echar! ¿Qué puedo hacer?

—Usa la jarra de orines, el pis siempre se lleva los colores —dijo Kaitlyn.

—¡Pues claro! No sé como no se me ha ocurrido. Gracias, Katt, iré a buscarlo ahora mismo. ¡No tardo, tengo que darme prisa antes de que el tinte arraigue en la tela!

Apenas lo dijo salió corriendo escaleras arriba, dejando a las dos jóvenes con la palabra en la boca y expresión perpleja. Se miraron y sonrieron. Eara era un terremoto y Kaitlyn suspiró; se alegraba de haber confiado en las dos muchachas, pues en ese cautiverio impuesto se habían convertido en buenas amigas. Apenas habían pasado dos minutos cuando Kaitlyn miró su cesta y notó que solo le faltaba por lavar un chaleco y un fajín, así que tomó la tela y la hundió en la fuente de agua para comenzar a enjuagar. Entonces oyeron los pasos, el ruido de tacones sobre los baldosines de piedra acercándose. Ambas elevaron la vista para ver a *lady* Anna con un bulto en las manos; la joven estaba alterada, sus mejillas ardían de rubor, y jadeaba de lo rápido que iba.

Kaitlyn notó que el bulto era en realidad una sábana arrugada, y al llegar a su altura la rubia soltó la tela y las miró con angustia; estaba asustada y muy alterada.

—¿Se encuentra bien, *lady* Anna? —preguntó Mary.

—No… por favor, tenéis que ayudarme pronto, qué nadie vea que… si Callum ve… —balbuceó entre jadeos ahogados.

—Respira despacio, te ayudaremos, pero debes decirnos qué ha pasado —intervino Kaitlyn, que dejó las ropas y se levantó para ayudar a Anna—. Respira y toma aire, así.

La joven rubia lo hizo, inspiró y expiró, y finalmente rompió a llorar en los brazos de Kaitlyn, que la consoló como pudo con susurros suaves y palmadas en la espalda. Fueron necesarios unos cuantos instantes hasta que la joven logró encontrar estabilidad.

—¿Qué ocurre? ¿Callum te ha golpeado otra vez? —susurró Kaitlyn.

—No, pero lo hará si se entera de esto —dijo Anna y su voz tembló al señalar la sábana sucia, que desenvolvió para mostrar un enorme borrón rojo—. Me ha bajado el sangrado lunar y… y esta vez le había prometido darle un hijo, se lo había jurado. Siento que si no lo hago, darle un hijo, voy a perder su amor… ya lo estoy perdiendo, y… y…

—No se preocupe, *milady*, la ayudaremos —dijo Mary—. Deme la sábana, la lavaré yo misma para que su esposo no note nada; no podrá hacerle daño si no ve la sangre.

—Pero mis enaguas y mi ropa están manchadas, Callum ha quemado mis paños y no tengo como asearme. Le he prometido quedarme encinta y se va a decepcionar mucho.

Kaitlyn tensó y destensó los músculos de la mandíbula. «¿Qué le ha quemado los paños para limpiarse y protegerse del sangrado?», «¿qué clase de bastardo haría algo así?». Soltó el aire de golpe antes de ofrecerle un pañuelo para que se limpiara las lágrimas.

—No tengas miedo, Anna, te prestaré varios de los míos y lavaré yo misma tus ropas. Mary te acompañará arriba a darte un baño y esperarás en una de las habitaciones hasta que estén secas para que Callum no note nada —dijo Kaitlyn—. Esperad aquí, voy a buscar una jarra a la despensa, sé que Ailse las guarda arriba.

—Gracias, Kaitlyn —hipó Anna.

—No me las des, para eso estamos las mujeres, para ayudarnos unas a otras. Mary, cuando acabes con la sábana escóndela en tu cesto y acompáñala, ¿quieres? Yo iré con los paños y un cesto de con enaguas para que se pueda cambiar de ropa.

—Muy bien —asintió la sirvienta.

—No tardaré.

Salió del lavadero con los puños apretados, la rabia le corría por las venas. A cada cosa que descubría de Callum más crecía el odio que le tenía; ese hombre era un monstruo y no se molestaba en ocultarlo, y no podía ni empezar a imaginar la angustia que sentía Anna cada vez que la preñez no se producía y su sangre lunar manchaba sus muslos. Más con un marido violento que la castigaría si no le daba ningún hijo. Se compadeció; no le importaba que fuese dura o hiriente con ella, entendía su dolor y el miedo, la habían aleccionado bien los condenados Colquhoun. Pero ella no se rebajaría a ser tan mezquina y ruin como ellos y la ayudaría. Por eso subió a paso rápido hacia la despensa del piso superior en busca de una jarra para limpiar la sangre.

No había rastro de Eara, el castillo estaba tranquilo, así que encaminó sus pasos a las escaleras. Subió al segundo piso, y no había dado ni dos pasos a través del corredor cuando las voces alteradas de dos hombres detuvieron su avance en seco: uno de ellos había pronunciado su nombre. Se le frunció el ceño y decidió acercarse; sabía que espiar y escuchar detrás de las puertas no estaba bien, pero no le importó y se acercó a la sala de la que salían las voces. Eran dos hombres, uno era Callum, no podría confundir su voz rasgada jamás. El otro era su padre, laird Alec, y estaban discutiendo respecto a ella. Arrimó el rostro a la puerta para poder oír mejor y entender el motivo del pleito.

—…ridículo! —exclamó Callum—. ¡Parece que eres tú el embaucado, por como has caído bajo su encanto!

—Me estás hartando, te lo advierto por última vez: ni una palabra más —dijo Alec.

—¡Pues te vas a tener que aguantar, porque no pienso callarme! Maldita sea, padre, ¿es que ni follar a mi botín me vas a permitir ahora? ¡Me siento insultado!

—¡Pues actúa como un hombre y trágate las lágrimas! ¿O es que eres una mozuela acongojada que viene a llorar a los pies de su padre? Si Evander se ha encariñado de esa mujer, ¡allá él! está en su derecho de luchar por ella.

Kaitlyn abrió mucho los ojos, se le aceleró el pulso sin control.

—¿¡Y qué pasa conmigo!? Si acaso lo has olvidado, tu maldito hijo soy yo ¡YO! Y ahora aplaudes cuando ese necio me golpea para impedir que tome a la mujer que tan justamente he ganado; ¡por si no te acuerdas fui yo quien mató al asesino de tu hermano!

—¡Silencio! ¡Ni se te ocurra volver a mencionar a Donald como excusa! —bramó Alec, seguido de un fuerte golpe sobre la mesa—. Si tanto ha herido tu orgullo que Evander te golpee entonces eres un afeminado, ¡peor que una mujer! ¡Los hombres de verdad pelean, luchan por lo que quieren! Y tú has dejado que te venza un foráneo con un simple puñetazo… Callum, hijo mío, estás cegado por tu odio y el ansia por poseer a esa mujer; razona un poco. Si Evander desea quedarse con la zorrita MacLaren deja que se la quede, fue su botín de guerra y todos los hombres lo vieron.

—Me da igual, soy un Colquhoun, tu hijo, y no acepto las migajas que desecha. Además, era yo el líder de la comitiva durante el ataque, si a alguien le corresponde el botín del asalto es a mí, no al que la capturó; estoy por encima de él. Y te lo aviso, padre, si Evander sigue jodiéndome le voy a terminar empalando con la *claymore*.

El laird bufó y Kaitlyn hubo de cubrirse la boca con ambas manos para no jadear. ¿¡Callum quería matar a Evander!? ¿¿Pero acaso no lo consideraba su hermano??

—Cógete los huevos y supéralo de una vez, mozas de cara bonita y coño prieto sobran, Evander es demasiado importante como para dejar que lo mates por un capricho con faldas, aire inocente y ojos claros —dijo Alec—. Nunca olvides cual es el motivo por el que hemos hecho todo esto: es parte del clan por una razón, y mis intereses están por encima de tus caprichos. Si tan afrentado te sientes, ve y roba otra moza para ti.

—Bien, no le mataré, pero el asunto entre ambos no quedará así, eso lo garantizo —contestó Callum.

Ninguno añadió nada, Kaitlyn deseó poder haberles visto las caras; entonces oyó los pasos de botas acercándose a la puerta y corrió a esconderse tras las cortinas del ventanal del pasillo con el corazón en la garganta y el alma en vilo. Ni un minuto antes de tiempo, apenas

hubo dejado caer la tela sobre su cuerpo la puerta se abrió y el guerrero salió con un portazo. Kaitlyn contuvo el aliento, el corazón le latía tan rápido que lo sentía en los oídos, y rezó en su mente para que Callum no se girara y la encontrara. Pero la providencia estaba de su lado y los pasos comenzaron a alejarse hacia un lado del pasillo. Solo entonces se permitió soltar el aire. Un segundo juego de pies sonó por el pasillo y Kaitlyn abrió la cortina para mirar por la rendija entre sus manos.

Anna se había quedado plantada en medio del pasillo, y al ver a Callum caminar hacia ella trató de dar la vuelta, pero él la sujetó del brazo y la atrajo hacia él con violencia.

—¿Qué haces aquí, mujer, estabas escuchando? —gruñó Callum.

—N-no, claro que no…

—No se escucha detrás de las puertas, esposa mía, eso es de muy mala educación. ¡Dime ahora mismo qué has oído o me vas a conocer!

—Callum suéltame, amor, m-me haces daño… Solo estaba buscando a alguien —dijo Anna y trató de liberar su brazo de la fuerte tenaza que era la mano del hombre.

—¿Buscando a alguien tú? ¿y a quien buscabas?, ¿¡eh!? ¿¡A quién!?

Zarandeó a su esposa, y Kaitlyn sintió que le hervía la sangre, ¡maldita bestia!

—¡Cálmate, Callum, solo buscaba a una criada! —exclamó la rubia, le dolía tanto el brazo que las lágrimas brillaban en sus ojos; sentía que se lo iba a romper—. Le pedí a esa muchacha, Kaitlyn, que me trajera una cosa que necesito y venía a por ella nada más.

—¿La esclava MacLaren?

—Sí, y no es una esclava, es la doncella de Evande…

—¡Cállate! —rugió Callum.

—Me haces daño —sollozó Anna.

—Y más que te voy a hacer si no me dices ahora mismo qué te traes con esa puta. Habla, ¿qué tienes tú que ver con Kaitlyn MacLaren y por qué la defiendes?

—No defiendo a nadie, amor mío, solo le he pedido que me traiga una cosa de la sala de limpieza, por favor, suéltame ya, me haces

daño —suplicó ella.

El comentario pareció enfurecer a Callum en vez de calmarlo, pues arrugó los labios para mostrar los dientes con la expresión enfurecida, y sujetó a su esposa por ambos brazos para zarandearla como si fuera una muñeca de trapo. Anna cerró los ojos con las mejillas inundadas de lágrimas, y Kaitlyn se mordió el interior de las mejillas.

—¿¿Daño?? Daño es el que me hacéis vosotros: tú, ramera infértil; mi maldito padre; el jodido Evander; hasta el maldito druida con sus chamanismos me habéis jodido —rugió Callum—. Pero esto te lo aseguro, no toleraré ni una sola traición. Si ayudas a esa mujer juro que…

—¡Basta, Callum, jamás te traicionaré! ¡Te amo y te soy leal, cariño! —chilló Anna.

—Leal, ¿eh?

La soltó para cruzarle la cara, Anna jadeó y se llevó la mano a la mejilla sin dar crédito a lo que había pasado. Parecía que, a cada golpe recibido por el hombre que amaba una pequeña pieza se rompía en su alma, como hilos de un tapiz al rasgarse. Kaitlyn se sentía impotente; ¿qué clase de hombre maltrataría así a su esposa? Apretó los puños, temblaba de rabia, de enfado. Si ese monstruo le volvía a poner la mano encima a la joven, por Dios que se la arrancaría así la castigaran. Callum rugió, ajeno a su presencia, y Anna se quedó paralizada, así que el hombre le dio una nueva bofetada.

—¡No hables de lealtad! ¡estoy harto de que me falléis y traicionéis! —dijo Callum y volvió a sujetar a su esposa del brazo—. Me dirás ahora mismo que te traes con esa MacLaren, no lo repetiré una tercera vez. ¡Habla o te muelo a golpes!

—¡Suéltala, hijo de perra! —rugió Kaitlyn, y Callum se volvió de golpe—. ¡Si tanto deseas saberlo, tu esposa me pidió una jarra para limpiar vuestra alcoba, no conspira un complot en tu contra! Si eres hombre, suelta a esa mujer y encara a una que no te tenga miedo.

Kaitlyn notó el momento en que Callum perdió interés en Anna cuando sus ojos pardos, que habían estado arrugados por la rabia, perdieron el brillo y se clavaron en los suyos con un deje de algo que

la asustó: deseo, rabia, determinación. Se acercó a ella a paso lento, como un depredador, y al llegar a su altura la miró desde arriba. Kaitlyn le sostuvo la mirada y alzó el mentón; odiaba tener que hacerlo, pero él era mucho más alto.

—Así que no me temes, ¿eh? Tal vez no te asusté bastante la otra noche en el patio —dijo Callum y sonrió de medio lado—. Eso lo podemos arreglar ahora mismo.

—Tócame y te corto la polla. No estoy hablando en broma, desgraciado, lo haré.

El guerrero rio entre dientes, a todas luces muy enfadado.

—Dime, muchacha, ¿has estado allí escondida todo el rato? —inquirió.

—No, apenas un minuto —contestó Kaitlyn.

—Así que has oído lo que hablaba con mi padre…

—No, y si lo hubiese oído tampoco te lo diría.

Aquello alteró a Callum, que rugió y la tomó por el cabello, sacando un siseo de dolor en Kaitlyn. Anna trató de intervenir, pero el guerrero la detuvo con una mirada antes de volverse de nuevo hacia Kaitlyn.

—Ramera MacLaren, ¡por tú culpa parezco débil ante mi padre! —bramó—. ¡Te voy a dar una lección que no olvidarás!

—¡Eso jamás! —chilló Kaitlyn.

Antes de que Callum reaccionara, se volvió de frente hacia él y le plantó un rodillazo en la entrepierna, que dobló al guerrero e hizo que la soltara. Kaitlyn miró a Anna y le hizo un gesto para que corriera. Antes de que hubiesen dado dos pasos Callum atrapó a Kaitlyn y le endilgó un golpe que la tiró al suelo. Estaba a punto de darle un puntapie en la espalda cuando la puerta de la habitación se abrió y laird Alec salió con los ojos brillando de cólera clavados en los de su primogénito. Callum palideció.

—¡Basta, Callum, es suficiente! —ordenó Alec—. ¿Pero qué diablos haces? ¡Nunca golpees a una mujer como una bestia!, ¡te rebaja a ser un hombre sin voluntad!

—Padre, no es lo que… —comenzó él.

—¡He dicho SUFICIENTE! Tú, MacLaren, llévate a Anna de aquí ahora mismo; acompáñala a su alcoba y que se quede allí. Y tú, necio

hijo mío, entra de nuevo, hay mucho que hablar. ¡Largo de mi vista las dos!

No hizo falta que se lo repitiera; Kaitlyn rodeó por los hombros a Anna y echó a andar escaleras abajo hacia el piso inferior. El silencio era abrumador, solo roto por sus pasos y por el sonido agitado de sus respiraciones. Kaitlyn tenía el corazón en la garganta, ahora más que nunca sabía que tenía que hacer algo para terminar con aquella situación, y ya no tenía tan claro que escapar fuera la mejor manera. En el castillo de Dunglass había gente buena, y no podría ayudarlos si los dejaba bajo las garras de esos monstruos que los guiaban. Apenas habían llegado a la mitad de los escalones cuando la rubia se zafó del brazo de Kaitlyn y la apartó con brusquedad.

—¡Suéltame, criada! No necesito tu compasión —dijo sin mirarla.

—Sé que debe dolerte mucho que sea tu marido quien te hiera, pero, Anna, no tienes que seguir soportando esto, eres una víctima de él —contestó Kaitlyn, e ignoró el insulto, pues sabía que era el dolor el que hablaba y no ella—. No hay deshonor en pedir auxilio, más si el hombre que amas es un maldito monstruo, ¡una bestia sin corazón! Si quieres que me libre de él, pídemelo y veré la manera de hacerlo. Hay hierbas que pueden…

—¡Cállate!

La joven de cabello negro no vio venir la bofetada hasta que sintió el escozor. Su cara debía parecer un lienzo entre el labio hinchado y cosido, la mandíbula que empezaba a amoratarse tras el puñetazo de Callum, y la mejilla colorada tras la bofetada de Anna.

—¡No quiero volver a oír hablar de eso! ¿me oyes? —escupió Anna —. Callum es mi esposo y le amo, a pesar de lo duro que pueda parecer. Cuando le dé un hijo su ánimo se calmará, seremos una pareja feliz, una familia… y me amará como le amo yo.

—Un hombre como él no se apacigua, para amar debería tener alma, y no la tiene.

—No digas una palabra más. Si vuelvo a oírte hablaré con *lady* Marion ¿entendido?

La dejó con la palabra en la boca. Kaitlyn vio, perpleja, como la joven bajaba las escaleras a toda velocidad y salía corriendo del castillo por la puerta principal. Suspiró, apenada por lo embrujada

por ese desgraciado que estaba la joven. Ella entendía lo que era el amor: había visto a sus padres amarse hasta el último día, luchando y ayudándose juntos, criándolas y mirándose con pasión y ternura hasta que el Altísimo tuvo a bien llevarse a su madre tras parir a Eileen. Veía las miradas entre Caden y April, sus ojos rebosando lealtad, amistad, cariño, deseo y pasión: un amor eterno y leal. Real. Veía ese mismo sentimiento en Faith y Gareth; en Rhona y Moray. Y no era eso lo que había entre Callum y Anna. Ella lo amaba, desde luego, pero no era correspondida; a Callum no le importaba, parecía que la despreciaba.

¿Por qué ella no lo veía? No había más ciego que aquel que no quería ver. Ante eso Kaitlyn no podía forzarla. Aún así, pensó, lo haría, la ayudaría. Suspiró y empezó a descender, decidió ir al almacén de la parte trasera del castillo a buscar una jarra para limpiar, la sola idea de volver a subir y que Callum o Alec la atraparan la ponía enferma, así que encaminó sus pasos a la salida mientras intentaba olvidar lo que acababa de pasar. «Lo prometo, papá, volveré, sea como sea», se dijo. Y cruzó las puertas sin mirar atrás.

***

—Quedan tres sacos grandes de heno y uno de forraje, Evander. ¿Será suficiente? —preguntó Avery, de rodillas entre la mercancía—. ¿Saco alguno?

—Sácalo, sí, ya no falta mucho para la primavera y los animales podrán volver a los prados, hasta entonces tiraremos con la hierba que nos queda. No es suficiente con lo que tenemos, me temo que tendré que ir a una de las granjas a comprar más —anunció él.

—¿Tenemos soga para volver a atar el saco? Me he cargado la que había sin querer.

—Hay un rollo en el almacén, iré a buscarla —dijo Evander.

—Gracias, hombre —sonrió Avery.

Evander asintió y salió del silo. La mañana estaba tranquila y soleada, pero fría, así que aceleró el paso hacia el almacén, no le apetecía nada congelarse las pelotas con la helada que aún rociaba los prados. Saludó a un par de mujeres que bajaban con sus cestos

hacia el camino que bajaba a Dumbarton y le sonrieron. Sí, la vida era buena, todo iba bien. Su padre estaba más calmado, *lady* Marion se estaba comportando y sus hermanos… bueno, eran ellos mismos. Incluso Elsie estaba más coqueta que nunca con Malcolm, de lo cual se alegraba; les apoyaría si lograban el valor para sincerarse.

Podía decirse que tras la tormenta la vida volvía a sonreír en el clan Colquhoun. Y luego, luego estaba su pequeña fierecilla de ojos grises. Sonrió. Desde que alcanzó a ese acuerdo con su Kaitlyn, la sentía menos como una carga impuesta y más como una mujer de la que caer prendado; y vaya que estaba cayendo, no podía alejar sus ojos de ella.

Cada día que pasaba protegiéndola se sentía más unido a ella, se colaba en sus pensamientos de la forma más inesperada, como en ese mismo instante. Kaitlyn había demostrado ser buena con los caballos, tenía un tacto especial con ellos y congeniaban enseguida. Incluso *Suspiro* se había encariñado de ella. Eso le llevó a pensar que tal vez a la joven le gustaría subir con él a los pastos y ayudarlo con el ganado, seguro que la alegraría salir de los muros del castillo tras las frías semanas de invierno pasadas dentro.

Kaitlyn. Evander sonrió sin poder evitarlo. ¿Qué estaría haciendo?, ¿maldiciéndolo, como hacía siempre?, ¿estaría el rubor arrebolando sus suaves mejillas al pensar en él? ¿O estaría metiéndose en algún lio como era su costumbre? Sabía leer a las mujeres, para bien o para mal, y veía a través de Kaitlyn. Esa mujer había empezado a mirarlo con otros ojos, algo había despertado en ella que ni la propia Kaitlyn había notado. Evander esperaba que lo hiciese pronto, pues si algo tenía claro era que su propio deseo era ya incontenible: la deseaba con desesperación. Si bien, prisionera o no, jamás se impondría. Si estaba pensando en él lo sabría pronto, tenía planes que la involucraban esa tarde.

Aceleró el paso, cuando antes terminara sus tareas mejor, así que entró al almacén y caminó directo a las estanterías, donde sabía que se guardaban los rulos de cuerda y sogas. A medida que se acercaba notó una voz conocida, era Kaitlyn, que no le había oído llegar. La joven estaba debatiendo consigo misma respecto a unas jarras de barro.

—…demasiado, tal vez —murmuró—. Sí, mejor usaré la ceniza fermentada, no huele tan mal como los orines y el desgraciado de Callum no notará el aroma en la ropa.

«¿Callum?», pensó Evander. No le gustaba la mezcla de Callum, ropa y orines en la misma frase. «Mala señal», resolvió. Se acercó hasta rozar su hombro con la mano, y el toque asustó a la joven, que giró de golpe sobre sus pies y soltó la jarra que llevaba en la mano, derramando una papilla gris sobre las botas de ambos.

—¡Jesucristo, Evander! Uno de estos días me vas a matar de un susto —jadeó Kaitlyn y se llevó una mano al pecho—. El corazón me late tan veloz que parece que galopa, ¿cómo es posible que un hombre de tu envergadura sea tan silencioso?

—Pura supervivencia, tengo que poder acercarme a mis presas sin que me vean venir, ya lo aprenderás tú también —sonrió él.

—Conque acercarte a tus presas, ¿eh?

—Si, en especial a las fierecillas de lengua afilada y… un momento, ¿qué te ha pasado en la cara? —Kaitlyn notó el segundo exacto en que los ojos azules del *highlander* repararon en el morado que le pintaba la mandíbula y movió el rostro tratando de ocultar el golpe, pero Evander la detuvo y alzó con suavidad su barbilla—. Respóndeme, Kaitlyn, ¿ha sido mi hermano?

—¿Por qué asumes que ha sido un golpe? —cuestionó ella.

—Sé perfectamente como se ve el moratón de un puñetazo, y te han dado fuerte. No lo preguntaré de nuevo, así que dímelo, Katt, ¿ha sido Callum el que te ha pegado?

«Katt», repitió Kaitlyn, y su corazón, que ya estaba acelerado le flotó como un colibrí. Le había gustado mucho el sonido de su apodo en los labios de Evander. Llevó sus ojos a los de él para sumergirse en esos pozos azules, y la incredulidad, rabia y dolor que vio allí reflejada le arreboló las mejillas. ¿Era posible que le importara de corazón?

—Kaitlyn, habla, por favor —insistió Evander.

—Sí, ha sido tu hermano —admitió al final, y se apresuró a seguir hablando al ver que él tensaba la mandíbula—. Pero olvídalo, Evander, ya le he dado lo suyo, a juzgar por cómo se agarraba las pelotas a dos manos tras el rodillazo que le endilgué.

—Maldita sea, me va a oír…

Apenas lo dijo se dio la vuelta y echó a caminar hacia la salida, y Kaitlyn sintió miedo por primera vez. ¿Y si se enzarzaban en una pelea y Callum lo mataba? Era un maldito loco y quería matar a Evander, ella misma lo había oído. El corazón le dio un vuelco ante la idea de que saliera herido, de no volverlo a ver, de no volverlo a oír llamarla «Kitty». Si moría como Andrew, Kaitlyn jamás se lo podría perdonar. Al parecer, pensó, Evander le importaba más de lo que quería reconocer ante sí misma. Corrió hasta adelantarlo y le cortó el paso, el guerrero estaba muy enfadado.

—Hazte a un lado, muchacha, Callum se ha pasado de la raya.

—No quiero que vayas, Evander, no merece la pena que te muelas a golpes con él por esto, soy perfectamente capaz de cuidarme sola —dijo Kaitlyn.

—¡Desde luego que merece le pena! Juré que nadie te haría daño mientras estuvieras a mi cuidado, y pienso protegerte y cuidar de ti así tenga que partirle la cara a ese estúpido; lo que ha hecho es imperdonable.

—Ni hablar, ¡no irás!

—Apártate, Kaitlyn.

—¡Tendrás que escucharme primero, idiota! —exclamó ella y elevó ambas manos para posarlas sobre el pecho de él, que enarcó las cejas sorprendido—. El otro día dijiste que te importo, pues ahora soy yo quien te lo dice: me importas, ¡y no pienso dejar que te hagan daño!

Entonces fue turno del corazón de Evander de dar un vuelco. «Me importas». Callum dejó de importar, el mundo dejó de importar; en ese momento solo existía ella.

Se acercó tanto que sus brazos se flexionaron, sus rostros estaban a un palmo de distancia, podía sentir la respiración de la joven sobre la piel. Kaitlyn temblaba, sus ojos seguían fijos en los de él, pero valiente y testaruda como era, no se alejó.

—Creí que habías jurado odiarme mientras te mantuviera cautiva —dijo Evander y se mojó los labios, sentía el calor de las manos de la joven traspasarle la camisa y el *plaid*—. Creí que no había treguas entre el lobo y el cordero.

—A veces las cosas pueden cambiar.

—¿Eso es lo que quieres, que cambien? Di la palabra, y lo harán.

—¿D-de qué estás hablando? —murmuró Kaitlyn.

—Digo que te deseo, Kaitlyn MacLaren. Te quiero toda. Y no como una sirvienta; te quiero como mujer, como «mi mujer». Te has colado en mi mente, te has adueñado de mis sueños y causado mis desvelos. Disfruto con tu risa, me alegra tu sonrisa y anhelo tus piques y tus travesuras. Deseo que avancen las horas del día para poder pasarlas contigo. Disfruto las noches pensando que estarás pensando en mí, maldiciéndome de forma tan feroz y adorable. Tal vez no sea uno de esos mojigatos de tu clan que han de hincar la rodilla para cortejar a una mujer, pero por los dioses te juro, muchacha, que jamás he deseado tanto a nadie como te anhelo a ti.

«Te quiero como mujer, como *mi mujer*». Kaitlyn se puso tan roja que toda su piel ardió, le latía el pulso tan alto que creyó que Evander podría oírlo; si bien, él tenía la vista fija en su rostro, en sus labios, y elevó una mano para acariciarle la mejilla.

—No me hagas más la guerra, serás mía, Kaitlyn, estaba destinado a ser —dijo.

Las palabras traspasaron el alma de Kaitlyn como una espada, no podía creer lo que estaba escuchando. Un escalofrío la recorrió entera, y el estómago le flotó como si dentro tuviera una bandada de palomas. Jamás había sentido esa sensación ese aleteo. ¿¡Eso era ser cortejada!? Si es así, no quería pensar en como sería ir más allá, porque, Dios la ayudara, lo quería, lo quería todo. Vivirlo todo con él.

—¿Estás asustada? —preguntó Evander al ver que no respondía.

—No. Ya te lo dije, Evander, no tengo miedo de ti ni lo he tenido jamás —admitió.

—¿Entonces?

—Es duro admitir que el corazón recorre un camino que no era el que habíamos buscado —susurró Kaitlyn—. Eres mi enemigo, Colquhoun, no lo puedo olvidar.

—Y seguiré siendo tu enemigo mañana, eso es lo que menos importa, muchacha. Tú misma lo has dicho, el corazón recorre caminos que no son los que habíamos buscado, pero aquí estoy, ardiendo por ti.

«¿Ardiendo por mí?», pensó Kaitlyn. Y no pudo contener más el fuego que le latía en el alma. Se lanzó hacia delante y le atrapó los labios en un beso, que Evander correspondió en el acto, envolviendo su cintura mientras ella le rodeaba el cuello con los brazos y enredaba las manos en su larga melena clara como la miel. Sus bocas encajaron a la perfección, como si estuvieran hechos para encajar desde el inicio; sus labios se exploraron tentativos, ansiosos, y no fue hasta que Evander se los acarició con la lengua que Kaitlyn abrió la boca y se desató el maremoto en su corazón. El guerrero coló la lengua y la recorrió entera, bebiendo de ella cual sediento. Kaitlyn jadeó, se encontró adicta a su sabor, a su toque, a su calor, a su aroma. Soñaría con sus besos para siempre. «Estoy rendida, he caído por él», pensó al separarse con la respiración agitada.

Evander la miró, fijó sus iris en sus labios, rojos y húmedos tras el apasionado beso, y al alzarlos para encontrar su mirada, Kaitlyn lo volvió a besar. Evander sonrió entre sus labios. Eso era un beso, un beso de verdad, un beso de fuego y pasión, de anhelo. Espíritus, la deseaba hasta la locura. Cuando Kaitlyn, su fierecilla, le mordió el labio, se alejó sin perder la sonrisa; sabía que de seguir, no sería solo su boca lo que se calentaría, y lo que menos deseaba era asustarla ahora.

—Apasionada como una tigresa, pequeña —jadeó Evander entre sus labios, alegre—. Veo que no soy el único que estaba deseando unir nuestros labios.

—Bésame, Evan… no quiero olvidar esto, quiero recordarlo siempre... no deseo que desaparezca como si no hubiese ocurrido.

—No lo hará; te me has metido bajo la piel, Kaitlyn, ya no puedo pensar en ninguna otra, también deseo recordarlo.

La volvió a besar, pero el beso se sintió distinto esa vez, no fue como la primera, una explosión de deseo y tensión contenida. Evander la besó lenta, profunda y apasionadamente; todo labios y lengua, deseaba conocer cada detalle de ella, marcar su sabor en su piel. Así que se alejó y comenzó a sembrar de caricias la línea de su mandíbula hacia el lado opuesto del golpe hasta llegar a su oreja, que lamió con cuidado, y hacia su cuello, que besó con deleite para

marcarla sobre el pulso. Kaitlyn jadeó, y ese sonido Evander jamás lo olvidaría. «¿Olvidarlo? Como si pudiera, muchacha», pensó.

Fue él el primero en alejarse, sentía su sangre arder y no quería asustarla ahora que habían roto el dique entre los dos, el primero de los altos muros que los separaban. Si Kaitlyn pensaba que era un patán como su hermano se rompería la confianza que tanto le había costado ganar, y eso no lo permitiría. Apoyó la frente sobre la de ella y se miraron.

—¿Te arrepientes? —dudó Kaitlyn, hundida en el cielo celeste de sus iris.

—Jamás.

—Entonces, ¿qué ha sido esto?

Evander lo pensó un instante, las comisuras de sus labios se alzaron antes de hablar.

—Un comienzo —dijo—. Piensa en ello como un camino que jamás has recorrido, como si fuese un lienzo en blanco o la página de un libro que nunca has leído.

—¿Hacer como si nunca te hubiese conocido? —aventuró Kaitlyn.

—Un nuevo comienzo para ambos: sin ordenes ni lairds, sin clanes enemigos, solo Evander y Kaitlyn. ¿Puedes vivir con eso, muchacha?

—Creo que sí, puedo vivir con ello —rio Kaitlyn.

—Entonces, Katt, sigamos desde aquí —asintió Evander, y su sonrisa se amplió —. Vamos a mi cuarto, te pondré un poco del ungüento que te di para las rozaduras, te ayudará con el dolor.

—¿Ocultas segundas intenciones, diablo?

Lo dijo en tono de broma, y mientras andaban, Evander se rio.

—Créeme, Kitty, si no caí en la tentación aquella noche en la cueva, podré vivir contigo vestida en mi alcoba —dijo sin perder la alegría—. No obstante, estoy abierto a dejar que me tientes.

—Sigue soñando, Evander, eso…

—…no pasará —completó él.

Ambos se sonrieron, ahora que había derribado esa barrera de odio autoimpuesto, las cosas fluían como un torrente al salir de una presa. Kaitlyn se alegró, sentía que había dado un salto de fe con él, y el corazón le decía que había actuado bien, que aquello era lo correcto. Se sentía bien, se sentía «*lo correcto*». Así que caminó a su

lado y dejó de pensar, como él había dicho, sería un pergamino en blanco. Ya encontraría un momento para escapar. Mientras, seguiría el curso del río cual arroyo; no pensaba luchar más.

Capítulo Diecisiete



Parpadeó un par de veces antes de volverse a mirar a Mary, que ocultaba una sonrisa tras la mano e hizo un gesto hacia su derecha. Kaitlyn la imitó y vio a Ailse con las cejas tan alzadas que rozaban el borde de su cofia. Ay, Dios, ¿estaba esperando una respuesta? Se había sumido tanto en sus pensamientos que ni cuenta se había dado.

—Lo siento, Ailse, ¿qué decías? —dudó Kaitlyn.

—Estas niñas… ni saben dónde tienen la cabeza, un poco más y se te caerá de los hombros, chiquilla —masculló la gobernanta y le tendió dos pastillas de jabón y una esponja, que Kaitlyn sostuvo como pudo para que no se le cayeran—. La marrón es jabón de manteca, déjalo en el cesto de aseo de Evander; a él no le gusta el aroma, pero se usa para el cuerpo. La verde es jabón de flores, déjala en el cestito de su bañera, es la que usa para el cabello. ¿Lo has entendido? Mira que como lo hagas al revés no me hago cargo de las consecuencias.

—Tranquila, Ailse, he preparado su baño muchas veces, sé que le gusta el olor a flor de manzano y rosa silvestre, no la confundiría ni con los ojos vendados —dijo Kaitlyn.

—Entonces deja de remolonear y sube estos cubos a su cuarto.

—Muy bien.

Se apresuró a guardar las pastillas de jabón y la esponja en el bolsillo de su delantal antes de cargar los cuatro calderos de agua como pudo. Se mordió los labios mientras salía de la cocina y cruzaba los corredores, pesaban, pero no iba a quejarse, se había acostumbrado a su rutina como sierva de Evander. Y ahora que conocía los recovecos del castillo de Dunglass no se perdía por los pasillos. Incluso había encontrado un par de posibles vías de escape con las que salir del castillo sin que la descubrieran: el canal por el que entraba el agua de la piscina de los baños —que daba directamente al río Clyde—, y la portilla de los animales del patio inferior —que usaban los perros del laird—. Estaba segura de que podría salir por allí si se presentaba la ocasión, y sería más seguro correr por tierra firme que nadar río abajo en pleno deshielo.

Pensaría en ello en otro momento. Marzo había entrado con fuerza, con jornadas soleadas y aguas crecidas, con prados repletos de flores y árboles teñidos de rosa y blanco; la primavera asomaba la cara con orgullo en las Highlands y Kaitlyn sonrió. Le encantaba esa época del año, adoraba nadar y bucear en busca de las escamas perladas que algunos peces soltaban durante el desove. Le encantaba secarse al sol sobre el prado y oler el aroma de los árboles frutales. Así que se apresuró a subir los cubos de agua para preparar el baño de su *Demonio de Ojos Azules* y disfrutar el sol matinal. Eran más de las nueve y media, Evander siempre se levantaba al alba; se había quedado dormido y aquello le sorprendió. ¿Estaría bien? Tal vez había pillado calentura, no era normal en él remolonear en la cama.

Subió los escalones de la torre y abrió la conocida puerta, las cortinas estaban cerradas, señal de que él aún dormía, la luz que emitían las llamas de la estufa iluminaba la estancia.

Kaitlyn posó los cubos junto a la lumbre y atizó un poco los leños para avivar la llama; tenía que calentar el agua y mientras esto ocurría se acercó a la ventana y abrió los cortinajes. La luz del sol bañó la habitación y Kaitlyn se movió para observar a su dueño, Evander no se inmutó. El dosel de su lecho estaba abierto, así que le observó dormir, tranquilo e inocente, relajado y pacífico. Su larga

melena color miel estaba esparcida sobre la almohada, tenía el rostro volteado hacia la ventana y los labios entreabiertos; un hilillo de baba caía por su mejilla y su barba que la joven encontró adorable. El sol resaltaba sus pecas y sus pestañas castañas proyectaban sombra sobre sus mejillas.

«Es tan gallardo, parece indefenso cuando tiene la postura y la cara relajadas», pensó y sonrió. Sus ojos recorrieron su cuerpo, la sábana estaba revuelta alrededor de su cintura, y el hueso de su cadera, la uve de su cintura y su rodilla doblada le indicaron que no llevaba nada. «*Por supuesto*, no sería él si fuese de otra forma», pensó y puso los ojos en blanco. Sus iris vagaron por su pecho y se mordió los labios: rizos castaños recorrían sus pectorales y abdomen, y el recuerdo de la noche en la cueva le aceleró el pulso. Recordó su figura, sus piernas acercándosele, su hombría majestuosa entre ellas. La sensación de sentirla dura contra su sexo cuando despertó entre sus brazos. Su corazón se aceleró y la respiración se le atascó en el pecho, como siempre que recordaba las sensaciones que Evander le hacía sentir. Y cada vez crecía más el deseo y la curiosidad de saber cómo sería sentirse suya. ¡Jesucristo! Necesitaba darse un baño para alejar esos pensamientos, aún era muy temprano.

«Un momento, ¿un baño? Un baño… tengo una idea», pensó alegre.

Regresó a la estufa y tomó uno de los cubos, se acercó a la cama y se impulsó antes de arrojarle el agua a Evander, logrando que el rubio se incorporara de golpe con los ojos muy abiertos y el cuerpo empapado. Kaitlyn rompió a reír aún con el caldero en la mano, y el guerrero fijó la mirada en ella con expresión de incredulidad.

—¿¡Qué diablos haces, muchacha!? —gruñó mientras se apartaba los mechones.

—Saldar una deuda pendiente, si mal no recuerdo me la debías después de todas las veces que me has calado hasta los huesos —rio ella—. Lo siento, no he podido resistirme al verte ahí tumbado como un gatito indefenso, estás chorreando…

—¡Espíritus! Eres increíble, aún me tenías guardada la vez que te saqué a la lluvia.

—Oh, y no olvides cuando me raptaste, me hiciste cabalgar cabeza abajo con medio cuerpo sumergido en el agua helada —señaló Kaitlyn sin perder la sonrisa—. Ahora estamos en paz, Evander.

—¿Qué? Ni hablar, exijo una compensación, vas a pagar por esto, «Kitty».

Kaitlyn rompió a reír al ver su expresión determinada, Evander hizo a un lado las sábanas y saltó de la cama, completamente desnudo, para correr hacia ella. La joven tomó un cojín como escudo y chilló, presa de la adrenalina, sin dejar de reír y corrió por la habitación para esquivarlo. Evander saltó el sofá para atraparla y ser golpeado con el cojín antes de tomarla en brazos y girar sin soltarla; Kaitlyn volvió a chillar y patalear al sentir su melena empapada gotearle en las mejillas.

—¡Para, Evander!, ¡piedad, piedad! —rio Kaitlyn, le dolía la tripa de tanto reír.

—Sueña con eso, te espera una buena lección —bufó él y se acercó hasta la bañera, donde la sentó aún con el cojín en la mano, para correr hacia la estufa, tomar uno de los cubos y derramarlo sobre ella cual catarata. Kaitlyn chilló antes de romper a reír y dejarse caer sobre el respaldo; el agua estaba tibia,—. Ahora sí, MacLaren, pareces una gatita arrugada en el agua, parece que te he plegado las garras.

—Te lo concedo, era lo justo, yo te he empapado y ahora tu a mí, estamos en paz. Cielos, estamos hechos un desastre… como lo vea Ailse no quiero ni imaginar lo que dirá.

—Que le hemos hecho un favor, hemos fregado el suelo sin pretenderlo, ¿no crees? —bromeó Evander y señaló el agua derramada por los baldosines de toda la habitación.

—Cierto, aunque ahora tendré que bajar al pozo a por más, se supone que tenías que darte un baño —señaló Kaitlyn mientras se ponía en pie y goteaba como un trapo—. ¡Buen Jesús, estoy hecha un desastre! Al menos tú estás desnudo y tus ropas a salvo.

Evander rio logrando que ella sonriera contagiada de su alegría.

—Esa condición tiene fácil arreglo —dijo él y le guiñó un ojo, travieso.

—Pero Ailse dijo… tu baño, Evander…

—Creo que ya me has bañado lo bastante por hoy.

Se estaba acercando sin apartar de ella la mirada, sus ojos azules la traspasaron y Kaitlyn sintió que el rubor le arrebolaba las mejillas. Los pensamientos que había tenido un rato antes volvieron a su mente y entreabrió los labios, rogando para que él no intuyera lo que estaba pensando. Se forzó a mirarle a los ojos, a no clavar la mirada en su cuerpo. Pero Evander no dijo nada y se plantó frente a ella, a un palmo de distancia, antes de rodearle la cintura con los brazos para alzarla y sacarla de la bañera de pie hasta posarla de nuevo en el suelo. Kaitlyn le rodeó los hombros y se miraron en silencio. La joven sentía que el corazón le latía tan fuerte que sonaba en la habitación como una campana, hecho que se disparó cuando él elevó una mano para estrechar la suya y colocar sus femeninos dedos sobre su pecho. Kaitlyn comprobó que a Evander también le corría el corazón veloz como un galope, tragó saliva, sentía los labios muy secos.

—No te haces idea de lo que me haces sentir, Katt —susurró él sin apartar la mirada.

—Sí lo sé, porque me haces sentir lo mismo, mi corazón va a estallar —dijo ella.

—Como si necesitases algo, como si tu ser pidiera «algo más» y esa sensación solo se calma con las miradas del otro y con sus palabras. Como si tu piel se encendiera y mi risa te hiciera arder el corazón, ¿verdad? Como si mi toque te hiciera flotar ligera como una pluma.

—Sí, justo así. ¿Eso es lo que sientes?

Evander sonrió e inclinó el rostro para reposar su frente sobre la de ella y hundirse en las piscinas nubladas que eran sus ojos: grandes, dulces y almendrados.

—Lo siento desde casi el principio, Kaitlyn, y ahora tengo más claro que nunca lo que dije: esto estaba destinado a ser, no creo en las casualidades —afirmó.

Kaitlyn sonrió, podía haber respondido, tenía las palabras en la lengua picando por salir, pero decidió que sus actos hablaran por ella y alzó el mentón para encontrar su boca y atraparle los labios. Fue ella quien conquistó su boca y coló la lengua como una guerrera,

amoldándose a él como las piezas de un rompecabezas. Evander le rodeó la espalda y jadeó entre sus labios, bailando lengua contra lengua como si la necesitase para respirar. Se alejó con una sonrisa sin soltar su cintura y plantó un roce sobre su nariz para decepción de la joven, que quería más besos, que quería más de él.

—Por más que quisiera tenderte en la cama, besarte, adorar tu hermosura y hacerte mía hasta que se ponga el sol, debo ser la voz de la cordura —dijo y Kaitlyn notó el matiz de diversión en su voz—. Tengo cosas que hacer, y por lo que veo se me han pegado las sábanas; así que más te vale mover el trasero, porque tú, mi hermosa fierecilla, no haces mas que distraerme.

—¿Distraerte? —dudó Kaitlyn.

—Si, distraerme —bromeó él con una sonrisa—. Primero me despiertas con un baño en la cama, y después te pones a remolonear con el vestido empapado y pegado a la piel... me lo pones difícil.

La joven bajó la mirada para observar su ropa. Cuando se dio cuenta de que el vestido mojado se había pegado a su cuerpo como una segunda piel, se le tiñeron de rojo las orejas y el escote. Kaitlyn levanto el mentón y mantuvo la mirada alta, para que él no se diese cuenta de la vergüenza que sentía.

—Tendré que irme así vestida, no tengo más vestidos, y el verde está lavado y tendido —dijo, cubriéndose los pechos, y señaló su ropa gris—. No te preocupes… Hace sol, el verde se secará rápido.

—Ni hablar, no vas a andar por ahí con la ropa empapada, MacLaren; es primavera, pero no hace calor suficiente como para que deambules como una trucha fuera del río. Espera, iré a buscarte algo seco —anunció Evander—. No tardaré, espérame.

—De acuerdo.

Una vez la puerta de la habitación se hubo cerrado a su espalda, Kaitlyn suspiró. Una sonrisa tonta se le pintó en los labios y llevó la mano a su boca para rozárselos; estaban calientes y abultados: cuando besaba, Evander besaba con pasión, a conciencia, y marcaba su sabor sobre su piel como un hierro candente. Le encantaba. Caminó sobre las baldosas y observó el reguero de agua que iba dejando el vestido, empeorando los charcos a cada paso. «Será mejor que me lo quite, estoy inundándolo todo», pensó.

Aprovechando que estaba sola desató los botones y dejó caer el vestido para seguir con la combinación. ¡Bendito fuera ese hombre! La había empapado hasta las pestañas. Su corpiño estaba mojado, pero no tenía intención de deshacerse de él o de la polaina. Una vez en paños menores se acercó a la estufa para tender el vestido frente a la lumbre y dejar que se secara; después tomó un paño del baúl de aseo, se acuclilló y comenzó a pasarlo por el suelo para recoger un poco el estropicio.

Así fue como la encontró Evander, arrodillada de espaldas a él con el culo en pompa mientras fregaba. Había abierto la puerta tan silencioso que Kaitlyn no le oyó entrar, y cuando carraspeó para hacerse notar ella saltó y dejó caer el paño, que lo salpicó todo a su paso. Se llevó la mano al pecho, plenamente consciente de la mirada de él.

—Pareces una nutria tomándose un baño de sol, debí suponer que eras una flor de verano, por lo mal que lo pasaste durante nuestra travesía —comentó Evander.

—Un día de estos vas a matarme… cielos, no seas tan sigiloso —suspiró.

—Lo siento, en mi defensa diré que estabas distraída, y bueno, me estabas brindando buenas vistas de tu trasero a la luz del sol —sonrió él—. Has tenido mala suerte, de haber nacido en el sur podrías disfrutar mucho más del astro rey.

—¿Y haber crecido como *sassenach*? Eso ni hablar, antes que vivir entre los ingleses prefiero cortarme el cabello y alistarme al ejército del rey —bufó ella.

—¿Te harías pasar por soldado? Jajaja, valiente, pero lo tienes un poco difícil; pelo corto o no, Katt, lamento decirte que no pasas nada por un varón, tienes el rostro más delicado y las pestañas más largas que he visto nunca, por no hablar de tus labios.

—¿Qué les pasa a mis labios?

—Son carnosos y arqueados, besables, nada que ver con los de un rudo *highlander*.

La joven volvió la cabeza con una mueca entre irónica y divertida.

—Tú tienes los labios carnosos y besables y eres un rudo *highlander* —señaló.

—No se si tomarme eso como un halago o un insulto, MacLaren.

—Supongo que eso tendrás que averiguarlo.

La risa de Kaitlyn inundó el aire y Evander la alzó en brazos, sujetándola del trasero, lo que la hizo reír aún más, y su alegría se contagió al rubio, que sonrió también. Después, la dejó en el suelo y se agachó para recoger la tela que traía.

—Mira, te he encontrado un vestido y una combinación, puedes quitarte eso que llevas para que se seque junto a lo demás… un momento, ¿ese no es el corpiño que tenías cuando te traje?

—Sí, sí que lo es.

—¿Acaso no te dio Ailse ropa nueva como le pedí?

—Me la dio, pero no quería deshacerme de él, este corpiño era de mi madre, y de todas formas me gusta llevar algo debajo de la combinación; en casa siempre llevaba vendas para sujetarme, pero aquí tengo que usar lo que hay a mano —suspiró Kaitlyn—. Gracias, Evander, sé que por esto te metes en un problema con *lady* Marion.

Él se encogió de hombros y extendió el brazo para ofrecerle la tela, quería quitarle hierro al asunto, así que Kaitlyn tomó el vestido y lo alzó para observarlo. No era ropa de sirvienta; la tela era buena, de lino azul medianoche, mientras que la sobrefalda y los detalles del corpiño y las mangas eran de seda en tono azul real. El cordón mostraba un patrón de tartán azul y negro ceñido a la cintura. Era un vestido elegante, uno que podría llevar la *Lady* del clan, confeccionado con los colores Colquhoun en cada detalle. Arrugó los labios sin poder evitarlo, antes de alzar la vista hacia él.

—¿De dónde lo has sacado? No es un vestido de sirvienta —declaró.

—Me lo ha dado Elsie, mi hermana y tú tenéis una figura parecida, incluso si eres algo más alta que ella. No te preocupes, tiene decenas de trajes, no echará en falta este.

—Lo suponía, y te agradezco el esfuerzo, pero no puedo ponérmelo.

—¿Por qué no, no te gusta? —dudó Evander.

—Claro que me gusta, es precioso y muy delicado, pero no pienso ponerme un vestido con los colores de los Colquhoun —contestó

Kaitlyn y se lo tendió de vuelta—. Juré que jamás me doblegaría y no pienso hacerlo, Evander, lo siento.

El rubio suspiró y tomó su mano como si se negara a aceptar de nuevo el vestido. Kaitlyn frunció el ceño, y Evander elevó la mano que tenía sobre la suya hacia su mejilla, que acarició con dulzura antes de enredar los dedos en las ondas. Kaitlyn contuvo el aliento.

—Sé que va en contra de tu orgullo y tus convicciones, Kaitlyn, pero esto no es una guerra entre los dos: no quiero insultarte ni faltarte el respeto, no pretendo domarte. Sé que nos odias, que odias lo que representa este clan, y si no puedes olvidar ese dolor, mantén en calma tu corazón, no traicionarás a los MacLaren por vestir mis colores. Podrás mantener la cabeza en alto, no has hecho nada para ofenderlos —dijo Evander—. Si te pido que lleves este vestido no es por mi clan, sino por mí.

—¿Por ti?

—Sí, si no puedes hacerlo por ti, hazlo por mí, porque te importo algo.

«Porque te importo algo», repitió la joven, y se mojó los labios, incapaz de articular palabra. ¡Por supuesto que le importaba, y mucho! Si su corazón tenía algo que decir en esa contienda, la balanza estaba cayendo cada vez más en el lado de Evander. El rubor rojo de sus mejillas ardía en su piel cuando asintió, sin despegar la vista de sus ojos azules como el cielo despejado.

—Está bien, por ti, me lo pondré —dijo Kaitlyn—. Pero no te acostumbres a verme con él, el azul no es precisamente mi color.

—Al contrario, creo que estarás preciosa de azul, muchacha —sonrió Evander—. Me iré para que puedas cambiarte, no he olvidado lo que dijiste sobre «los hombres y la intimidad», y aún sigo teniendo ganas de conservar la hombría en su sitio.

Kaitlyn se rio, también recordaba aquella discusión.

—No seas bobo, ayúdame, no voy a poder atar los lazos sola —dijo.

—De acuerdo, date la vuelta y dámelo.

La joven le tendió el vestido y le dio la espalda para que Evander pasase la tela por su cabeza y Kaitlyn pudiera meter los brazos en el hueco de las mangas; no se había puesto el cojincillo ni el corsé,

pero poco importaba. El rubio le amoldó la tela, que encajó en ella como un guante, y comenzó a tirar de los cordones de la espalda para cerrarlo. Con dada roce de sus dedos sobre la espalda, la piel de Kaitlyn ardía; y cuanto más subía más la recorrían escalofríos de placer. La tensión, lo sabía, estaba llegando a un punto insostenible, no sabía cuánto más podría contener lo que sentía por él. Sin embargo, aguardó en silencio hasta que hubo dado la última lazada y alejó la mano. Apenas sus dedos rozaron su hombro con una última caricia, la joven se volvió.

—¿Qué tal, parezco una de los tuyos? —murmuró sin mirarle.

—Jamás bajes la mirada, Katt, no tienes de qué avergonzarte —contestó Evander—. Y, ¿qué si lo pareces? Eres la moza mas hermosa que he tenido el placer de ver. Luces los colores de mi clan como la misma diosa Morrigan.

—Gracias, pero cuando sea libre me arrancaré esta ropa con mis propias manos.

—Me encantaría verlo, también estarás preciosa como tu madre te trajo al mundo.

La sola idea le inflamó las terminaciones nerviosas, la sangre se le calentó en un instante y corrió salvaje por sus venas. ¿¡Qué poder tenía ese hombre de siempre dejarla temblando!? Quería que la viera desnuda, quería que le enseñara y compartir tanto con él, y la idea era tan nueva y emocionante como aterradora. Su voz la sonrojó aún más.

—Lo digo en serio, Katt. Eres mucho más hermosa que las mozas de Dumbarton, pero no dejes que se enteren de que he dicho esto o me lincharán.

La joven asintió, y mientras Evander se vestía se acercó a la estantería para mirar los libros que le habían llamado la atención la vez anterior. Para su sorpresa había títulos nuevos, algunos más de romance, y no pudo evitar echarle una mirada fugaz. Evander se había puesto el *feileadh mor* y la camisa, estaba de espaldas atándose las botas. ¿Por qué había comprado libros de amor, cuando admitió encontrarlos irreales?

—Bien, si estás preparada, me iré ya —dijo, sorprendiéndola. La había atrapado mirándolo, y al darse cuenta Kaitlyn se ruborizó—.

¿Tengo algo en la cara? —dudó.

—No, lo siento, es solo…

Kaitlyn no supo como excusarse, se puso roja y Evander sonrió.

—Te sonrojas de forma adorable, me dan ganas de besarte y acariciar con los labios esa cálida piel tuya —dijo—. Pero, mal que me pese, como he dicho, tengo prisa.

—¿Siempre eres tan malditamente seductor? —resopló Kaitlyn, cada vez más roja.

—Con la mujer adecuada. No me molesta admitir mi deseo por ti.

—Jesús, vete antes de que me fulmine tu descaro…

«O me lance a tus brazos», pensó Kaitlyn en el refugio de su mente.

—Me iré, sí, u olvidaré de mi deber por un menester diferente.

Ambos cruzaron una mirada y sonrieron mientras salían de la habitación. Y así, enfundada con los colores de los Colquhoun, la joven se despidió de su descarado *demonio de ojos azules*, del que, sin quererlo, había quedado prendada.

Capítulo Dieciocho



Enamorada. El corazón de Kaitlyn había admitido lo que sentía por Evander y ya no podía olvidarlo, la situación había cambiado y ambos lo sabían, incluso si ninguno lo había dicho en voz alta. Tres semanas pasaron como suspiros y la joven se encontró dividida entre su deber y lo que sentía ahora más que nunca: volver con su familia, o confesarle lo que sentía a Evander. Los Colquhoun habían empezado los preparativos para el festival de Beltane que se celebraba en mayo, todos los clanes de Escocia lo hacían sin importar si eran protestantes o católicos, y ahora se encontraba cosiendo banderitas para colgar junto a las guirnaldas de flores en la plaza. Coser le encantaba, centraba su mente; o solía funcionar, pues cuando se pinchó en un dedo soltó un gritillo involuntario.

—¿Te has hecho sangre, Katt? —preguntó Mary, y dejó su aguja sobre la tela—, déjame ver, tengo un paño si lo necesitas.

—Tranquila, Mary, estoy bien, se me ha ido el santo al cielo y no he visto la aguja; menos mal que no tenía las tijeras en la mano o habría arruinado el bordado —contestó Kaitlyn—. ¿Qué vamos a hacer con ellas, colgarlas en el salón del castillo o van al pueblo?

—Estas son para el castillo, las del pueblo son demasiadas para nosotras, cada mujer cose en su casa. Hablando de casas, ¿sigues queriendo volver a la tuya? Como has dicho eso del santo…

—¿Qué quiere decir eso? Nunca he entendido los dichos cristianos —dijo Eara.

—Ah, pues… quiere decir que me he distraído. Ya sabéis, como los santos van al cielo y no podemos llegar hasta allí son inalcanzables, como las ideas que se van al distraernos. En realidad, solo es una forma de hablar —explicó Kaitlyn.

—¡Mira que sois raros! Hablando en metáforas y refranes, nunca entenderé nada de tu gente, Katt, aunque me encanta oírte hablar.

Las tres jóvenes se sonrieron y volvieron a sus labores.

—Al final no has respondido, con Eara y sus bobadas también se me ha «ido el santo al cielo» —dijo Mary y perdió la sonrisa—. ¿Todavía quieres dejarnos, Katt?

—No quiero dejaros, Mary, pero no pertenezco aquí —suspiró ella.

—Podrías pertenecer si Evander te tomase en el ritual —dijo Eara.

—¿De qué ritual estáis hablando?

—Oh, el de…

Las palabras murieron en labios de la muchacha al abrirse la puerta de la buhardilla donde estaban sentadas, en la parte trasera de la cocina. Se abrió de golpe para revelar a Elspeth; la pelirroja estaba colorada y sus mejillas llenas de lágrimas, se la veía agitada. Miró en derredor como si quisiese esconderse, pero al notar a Kaitlyn, Mary y Eara corrió y se sentó entre ellas como un saco de leña, desplomándose sobre el banquito para romper a llorar desconsoladamente. Kaitlyn se apresuró a animarla, tenía practica tras todos esos años cuidando de su hermana pequeña y secando sus lágrimas.

—¿Estás bien, Elsie?, ¿qué ocurre? —preguntó con voz calmada.

—Mi vida se ha acabado, ¡me quiero morir! —sollozó Elspeth.

—¡Ni lo diga, señorita! —exclamó Eara.

—Ay… maldecir es lo único que me queda para escapar de esto…

«¿Escapar de esto?», dudó Kaitlyn, preocupada, y la dejó llorar, silenciando a las dos sirvientas con una mirada para que no la

interrumpieran mientras se desahogaba. Solo cuando Elspeth hubo soltado su frustración y angustia y dejó de sollozar, insistió.

—Cuéntanos qué ocurre, Elspeth, te ayudaremos —dijo Kaitlyn.

—Es mi padre, ¡ha concertado mi unión con Ronald y me tengo que casar! ¡con el maldito Ronald de entre todos los hombres del clan! ¡No puedo casarme, no puedo!

—Pero si Ronald le saca como treinta años, ¿qué tiene, cincuenta? —bufó Mary.

—¡Eso es lo de menos, da igual que sea viejo, es que no le amo!

—Quieres casarte con Malcolm —afirmó Kaitlyn, y su afirmación ganó gritillos de sorpresa por parte de Mary y Eara, Elspeth solo asintió—. ¿Lo sabe ya él, se lo has dicho?

—No… no puedo ni imaginármelo, me voy a morir, ¡no puedo romperle el corazón! Según mi padre la boda será en Midsommar, en junio, pero debo yacer con Ronald en el rito de Beltane. ¡Ni loca voy a elegir al necio de Ronald! Presumirá ante mi hermano Callum sobre cómo me ha follado cual trofeo, ¡eso jamás! ¡No lo elegiré!, ¡no!

Las lágrimas rebeldes volvieron a caer de sus ojos y Kaitlyn le acarició la espalda. No se le iba de la cabeza esa frase «debo yacer con él en el rito de Beltane». Sabía que se estaba perdiendo algo, ya eran varias personas las que mencionaban la bendita ceremonia: Evander; Eara hacía un rato, y ahora, de nuevo, Elspeth. Tenía un mal presentimiento y su curiosidad estaba llegando al límite soportable.

—¿Por qué tienes que yacer con Ronald en Beltane? Acabas de decir que vuestra boda es en junio, falta mes y medio para eso —señaló tensa—. ¿Me he perdido algo?

—¿De qué estás hablando, Katt? —dudó Elspeth—. ¿Qué tiene que ver la fecha?

—Supongo que a menos que hayas yacido con Malcolm, tu padre querrá entregarte pura para tu noche de bodas, ¿no? No sería lógico entregarte a él un mes antes.

Elspeth, Mary y Eara se miraron antes de volverse de nuevo hacia ella.

—¿Es eso lo que hacen los cristianos? —dudó Eara.

—Claro, no se supone que una mujer… haga el amor con un hombre antes de casarse, podría quedar encinta de él y por ende deshonrada —asintió Kaitlyn.

—¿Entonces… tú nunca… ya sabes, has hecho nada? —dijo Mary.

—¡Pues claro que no! ¿Acaso vosotras sí?

De nuevo las tres jóvenes se miraron entre sí. Fue Mary la primera en romper el silencio, dado que Elspeth aún estaba conmocionada y Eara no sabía qué decir. La irlandesa frunció los labios y suspiró.

—Mira, Katt, es mejor que te lo digamos, o te llevarás una desagradable sorpresa —comenzó Mary—. Yo, igual que tú, no soy de aquí, y cuando me trajeron también quedé asombrada por las costumbres de los Colquhoun respecto a su vida marital.

—¿De qué estás hablando? —dudó Kaitlyn.

—Como en este clan son de religión celta, celebran rituales de fertilidad en Beltane y Yule. Cuando una mujer tiene la edad apropiada para casarse, es lo esperado que se entregue al que va a ser su marido en uno de esos festivales, así sellan su unión.

—¿¡Qué!?

—No te asustes, es algo normal, Kaitlyn —intervino Elspeth—. Los *highlanders* lo hacen cuando alcanzan la adolescencia; Aoife, nuestra sacerdotisa y esposa de Greig, los inicia en el don de amar. De esa forma podrán complacer a una muchacha en el lecho. Luego, en Beltane, los prometidos hacen el amor y los dioses los bendicen con hijos.

Kaitlyn estaba en shock, no sabía que le aturdía más: si que todos los muchachos fornicaran con la misma mujer para iniciarse —la tal Aoife—, o que luego tuviesen que desvirgar a su prometida antes de casarse con ella. ¿¡Qué diablos les pasaba!?

—¿Y las mujeres están obligadas a casarse con el que las toma?

—Pues no, pero es lo que se espera que ocurra; no somos rameras, Kaitlyn —suspiró Elspeth—. ¿Entiendes por qué no me quiero acostar con Ronald? Ni mis padres ni Greig ni nadie verían mi boda con Malcolm con buenos ojos después de eso.

—No, supongo que no.

—¿Estás bien, Katt? Te has quedado pálida —señaló Eara.

—Sí… es solo que… necesito tomar aire, no esperaba una revelación así —admitió.

No esperó a que sus amigas respondieran, Kaitlyn se levantó, posó el cesto de costura y salió de la buhardilla dejando la puerta abierta. Mary, Elspeth y Eara se miraron; mejor que lo supiese por ellas antes de que el laird le ordenara hacer algo que no quisiera. Y la idea aterrorizó a Kaitlyn. ¿Qué bárbaras gentes harían algo así? No pensaba entregarse a nadie por tradición u obligación, ¡a nadie! Y menos a un hombre que no amaba. Santo Cristo, las palabras de Callum hicieron eco en su mente, las que dijo la noche que trató de propasarse con ella en el patio: «Te voy a follar hasta que aprendas a respetarme y supliques de rodillas». Su tono había sido de amenaza, de promesa, y la bilis le subió por la garganta a tal punto que sintió ganas de vomitar. Salió de la cocina e ignoró las regañinas de Ailse para bajar las escaleras y salir al patio.

La brisa estival la golpeó y revolvió su melena, y al clavar la vista en los guerreros que entrenaban en el patio el corazón le dio un vuelco. ¡Tenía que huir de allí ya mismo! No iba a permitir que esos chacales la forzaran, primero se tiraría al mar para que se la tragasen las olas que dejar que Callum o Ewan o cualquiera de esos desgraciados metiera su falo dentro de ella. No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que sintió el agua correr por su barbilla; corrió hacia las puertas y salió del castillo sin mirar atrás. Estaba asustada, por primera vez desde que llegó al castillo de Dunglass sintió verdadero miedo; sabía que, escudados tras su religión los Colquhoun defenderían cualquier acto, y tomar a una mujer a la fuerza parecía poca cosa. Corrió hacia las cuadras dispuesta a robar un caballo, tenía que volver con los suyos ya. Y, si debía luchar para salir, lucharía contra quien fuera.

Que la perdonase Evander, pero esto no lo podía ignorar.

***

Evander cerró los ojos y suspiró, la daga pesaba en su mano como si fuese de plomo, y tuvo que armarse de paciencia para no lanzársela a la cabeza a su hermano. Ewan estaba en pie a su lado arco en

mano, la vista fija en él mientras disparaba a una diana con un trozo de *plaid* MacLaren como objetivo. La falta de respeto era un insulto, pero no quería empezar una pelea por un asunto tan trivial. A su otro lado, Malcolm tamborileaba con los dedos sobre el mango de su *claymore* como si esperaba que dijera algo.

—Creo que esto hacen diez de diez dianas, Evander, este juego empieza a perder interés cuando llega el punto en que no fallo ni una —comentó Ewan y bufó, aburrido—. Tal vez podríamos hacerlo más interesante de alguna manera.

—No le veo sentido, Ewan, tú mismo lo has dicho, eres un tirador perfecto. ¿Para qué seguir entrenando? Es obvio que eres mejor arquero que yo —dijo él.

—Porqué es divertido. ¿Es que no te entretiene pasar tiempo conmigo, o te has habituado demasiado a esa maldita esclava que te sigue como un perro faldero?

Evander le fulminó con la mirada, se mordió las mejillas para no saltar. Una falta de respeto más hacia Kaitlyn y lo pondría en su sitio por mucho que fuese su hermano. Fue Malcolm quien rompió el silencio, tan molesto e irritado como él.

—Esa moza tiene más talento en un dedo del pie que tú con todos los aires que te das en todo tu cuerpo, Ewan —gruñó Malcolm.

—¡Bueno, bueno, no te enfades, Malcolm, solo era un comentario! No sé qué os pasa a los dos con esa mujer, pero me parece insultante. ¡Maldita sea! Solo quiero entrenar un poco con Evander ya que Call no está, y cuando está, hace caso omiso de mi existencia. Nunca voy a lograr impresionar a padre si no le demuestro lo que valgo.

—De acuerdo, hermanito, ¿qué propones entonces que hagamos? —dijo Evander.

—Usar un objetivo vivo, tal vez que esté en movimiento… bailando, ¿fregando? —contestó Ewan y sonrió con malicia—. Ya que tan bien te llevas con la moza MacLaren, puedes pedirle que se coloque bajo la diana, Evan; no temas, no le atravesaré la cabeza.

Aquello le colmó la paciencia y se levantó. Ewan no se achantó y balanceó su arco con expresión de victoria; entonces Evander lanzó la daga que tenía en la mano y atravesó la flecha que estaba

enganchada en la diana para partirla por la mitad y clavarse en el centro. Ewan frunció el ceño, enfadado, y Evander le fulminó con la mirada. Avanzó hacia él y el pelirrojo retrocedió un par de pasos hasta tropezar con un baldosín.

—No sigas provocándome, te respeto porque eres mi hermano menor, pero vuelve a insultar a Kaitlyn y juro por los espíritus que me vas a conocer —gruñó Evander.

—¿Defenderías a una prisionera antes que a un Colquhoun?

—No me pongas a prueba: el afecto se gana, Ewan, no se hereda.

—Ya… bien, como quieras —dijo Ewan.

Evander no esperaba una respuesta sincera, así que se dio la vuelta para subir las escaleras de vuelta el castillo.

***

La brisa le revolvió el cabello, y el aroma del rocío sobre las briznas le inundó la nariz. Evander arrancó un puñado de hierbajos y jugó con ellos, volvió la cabeza y vio a Kaitlyn corriendo hacia las cuadras como alma que lleva el diablo. Parecía agitada, y aunque no podía verle bien el rostro desde allí, supo que no estaba de buen ánimo. Tuvo un mal presentimiento y echó a andar hacia las escaleras a toda velocidad. Evander llegó a las caballerizas para encontrar la puerta abierta de par en par; estaba a punto de cruzar cuando una yegua purasangre de pelaje palomino salió en tromba y casi lo derriba. Kaitlyn iba encima, no le había puesto silla ni estribos, aunque había tenido el tino de ponerle un ronzal con riendas para dirigirla al menos. ¡Terca inconsciente!

—¡Espera, Katt! —llamó Evander.

La joven volvió la cabeza con expresión de pánico y sorpresa, un ramalazo de culpa brilló en sus ojos grises, pero no detuvo a la yegua, sino que la espoleó y echó a cabalgar a toda velocidad. «Mierda», pensó Evander mientras corría hacia el interior para sacar a *Suspiro*. Saltó al lomo a pelo y lo apremió, para correr tras ella a toda velocidad. ¿Qué podía haber pasado para provocar tal arrebato en Kaitlyn? Ni siquiera cuando llegó y los odiaba a todos había tratado de huir así, sin miedo a las consecuencias. No lo sabía, pero

espoleó a su frisón para volar sobre la hierba. Alcanzó a Kaitlyn unas millas bosque adentro, lejos de Dumbarton, y trató de razonar con ella; de seguir así mataría a la yegua, no podía seguir cabalgando a todo galope o le estallaría el corazón y moriría.

—¡Para, Kaitlyn, detenla! —llamó Evander.

—¡Vete, Evander, no me sigas! ¡No pienso volver! —rugió ella.

«Maldita sea, ni siquiera me escuchará», pensó él y se inclinó sobre el cuello de *Suspiro* para cargarlo menos con su peso y ganar velocidad. Kaitlyn lo vio y apremió a su yegua. Estaban en medio del bosque, el rugido del río Leven se oía intenso, oculto por la vegetación; debían estar muy cerca sobre él.

—¡Maldita sea, MacLaren, detén a la yegua o la vas a matar!

—¡No!

—¡¡Escúchame!! —insistió Evander.

De pronto la equina soltó un relincho agudo de terror y tanto yegua como amazona desaparecieron de la vista de Evander. El rubio tiró de las riendas para frenar a *Suspiro* a tiempo de ver a Kaitlyn y su yegua deslizarse sendero abajo hacia el río. La joven trataba de frenarla, pero los cascos se resbalaban en la hierba húmeda y bajaban pendiente abajo directas al torrente.

—¡¡Kaitlyn!! —exclamó Evander.

—¡Ayuda, no puedo pararla! —jadeó ella, había miedo en su voz.

—¡Aguanta, ya voy!

Apenas lo dijo saltó de la silla, apartó a *Suspiro* del borde y se deslizó él mismo por la pendiente; llegó abajo un instante después de que la yegua de Kaitlyn cayera al agua con su amazona encima, y la corriente las arrastró a ambas río abajo. El Leven no era tan furioso, profundo o caudaloso como el Clyde, a pesar de ello la corriente era fuerte y la yegua relinchaba asustada al ver que no lograba llegar a la orilla. Evander se lanzó al agua y nadó con todas sus fuerzas para acercarse, ayudado por la fuerte inercia. Al llegar más cerca de ella alzó la voz para hacerse oír entre el agua.

—¡Suelta las correas, Kaitlyn, déjala y nada, te cogeré! —dijo.

—¡Si la suelto se ahogará! —jadeó ella, el agua la hundió un momento.

«Maldición, está asustada, no resistirá la corriente si trata de llegar a mí sola», pensó Evander. Aumentó el ritmo de las brazadas para alcanzarla, y al llegar a su lado se sujetó a las riendas y sostuvo a Kaitlyn por un brazo; se aferraba al cuello de la equina como una garrapata, tenía que calmarla.

—Tranquila, Katt, estoy aquí… suelta a la yegua, te llevaré a la orilla, lo prometo —dijo con voz suave—. Hay mucha corriente, confía en mí, nos sacaré.

—Si suelto las riendas la corriente se la llevará… Es culpa mía, no puedo d-dejarla morir así… —balbuceó Kaitlyn.

—De acuerdo, sujétate con fuerza a ella.

La soltó, estaba a punto de nadar para encarar a la yegua cuando la mano de la joven se le clavó como una tenaza en el hombro; Kaitlyn estaba muy asustada.

—¡No me dejes! —suplicó.

—¡No voy a dejarte, confía en mí, te tengo! —sonrió Evander.

Algo en su tono hizo comprender a Kaitlyn que todo iba a salir bien. Asintió y le soltó, Evander nadó para tomar las riendas y guiarla a la orilla. Tardó un par de millas en salir, arrastrado por la fuerza del agua, y cuando la yegua hizo pie sobre el lecho rocoso Evander tomó a Kaitlyn en brazos para nadar con ella hasta la orilla. La yegua relinchó, histérica al verse a salvo en tierra firme, y corrió por el prado hasta perderse de vista, dejando a la pareja a solas sobre la playa de guijarros. Cuando alcanzó un punto donde ya no cubría, el *highlander* se dejó caer sobre las piedras con Kaitlyn encima de él; el agua los bañaba, ambos jadeaban, y Evander sentía que le ardían brazos y piernas por el esfuerzo y el cansancio.

—Gracias… me has salvado la vida… —jadeó Kaitlyn—. Si no hubieses llegado…

—Te hice una promesa… no te pasará nada mientras estés a mi cuidado, y yo siempre cumplo lo que prometo… —contestó él—. Mierda, estoy agotado… eres dura de pelar, la próxima vez hazme caso cuando te digo que no corras, tozuda…

—Lo siento, ha sido una temeridad, lo sé. Gracias por ignorarme.

—No me lo agradezcas, habría venido por ti sí o sí, te lo juré, ¿recuerdas? Te seguiré por mar y tierra de ser necesario. ¿Qué

diablos estabas pensando para huir así? Creí que ya no nos odiabas.

—Ya no os odio —admitió Kaitlyn.

—Y te importo suficiente como para sentir algo por mí.

—Sí.

—¿Entonces por qué? —insistió él.

La joven se encogió sobre el pecho de Evander y escondió el rostro entre las manos, lágrimas rebeldes picaban tras sus párpados, pero estaba tan empapada que dudó que él lo viera. Sin embargo, lo hizo, le acunó la cara para que no se escondiera.

—¿Estás llorando? Mírame, Kaitlyn, por favor —pidió Evander.

Kaitlyn obedeció, incapaz de negarse, clavó sus ojos grises en los azules de él.

—¿Qué ocurre, pequeña?, ¿qué es lo que te aflige tanto el alma?

—Lo sé todo, Evander, todo… lo que has tratado de ocultarme para impedir que me vaya, la tradición de Beltane que tenéis en este clan; Elspeth y las chicas me lo han contado hace un rato —confesó Kaitlyn, ahora que había abierto la compuerta las palabras brotaron cual torrente, se encontró incapaz de parar—. Te juro por Dios y lo más sagrado que antes que permitir que algún salvaje hijo de perra como Callum o Ronald o Ewan me violen me cortaré la garganta; no te quepa duda de que lo haré: ¡me quitaré la vida, jamás seré suya!

—Y yo no lo permitiré —aseguró Evander.

—¿Me negarás esa misericordia?

Evander suspiró, tenía que hacerle entender de qué estaba hablando. Kaitlyn estaba asustada y confundida, desconocía sus tradiciones, sabía que era muy capaz de cumplir su amenaza si creía que estaba en peligro. Y eso, eso no lo podría permitir, la idea le encendió el pecho, dolió como un latigazo. No podía perderla, su corazón se encogió.

—No permitiré que te hagas daño, que nadie te haga daño jamás, ¿me oyes? Nunca dejaría que nadie te tome a la fuerza, ni por un ritual ni por nada del mundo. Tienes mi palabra de honor, mi promesa.

—¿De qué estás hablando? —dudó Kaitlyn.

—¿Acaso no lo sabes ya, Katt? ¿No lo ves en mis ojos? ¿No lo sientes en mi corazón? Hablo de que no quiero perderte, deseo que

te quedes a mi lado; me has embrujado hasta hacerme caer rendido a tus pies —dijo Evander—. Hablas de ser prisionera cuando soy yo quien está preso de ti: lo que siento en lo más hondo del alma no lo había sentido hasta que llegaste a mi vida para volverla del revés, y no estoy hablando de pasión, cariño.

—¿Me… me amas?

—Sí, y ojalá me permitas demostrártelo: que deseo serte leal hasta el día en que muera y me convierta en polvo, que eres la única mujer por la que late mi corazón. Que mi deseo por ti… —dijo Evander, y se incorporó para girarse y quedar tendido encima de ella —, …no conoce límites. Desearía adorarte hasta fundir mi cuerpo con el tuyo y solo conozcas el sabor de mi piel. Si aún me desprecias, lucharé hasta conquistar tu corazón.

A Kaitlyn le ardieron las mejillas, el rubor le pintó la piel de rojo, y de pronto Evander rio. Su risa sonó musical y dulce en sus oídos, se le contagió su alegría; no se había dado cuenta de lo indispensable que se había vuelto para ella verle sonreír, ver sus hoyuelos y sus ojos azules arrugarse con su risa. El reverbero de su pecho la hizo temblar. Se miraron, y Evander le acunó el rostro entre las manos para acariciarle las mejillas con una suave caricia.

—¿Qué pasa? —preguntó Kaitlyn.

—Te has puesto colorada hasta en el escote, es algo que me encanta de ti, la capacidad que tienes para brillar en rojo como una luciérnaga —contestó Evander y le dio un pequeño empujón en el trasero, logrando que sus caderas hiciesen contacto—. ¿Te apetece comprobar si tengo razón y se te han ruborizado hasta los dedos de los pies?

—¡Serás bruto!, ¡eso no se le dice a una dama!

Su respuesta hizo reír más a Evander y ella sonrió.

—¿Una nueva norma cristiana? —bromeó—, ¿no se te permite coquetear?

—¡Desde luego que sí, pero eso es íntimo, so descarado!

—En cualquier caso, eso es una sonrisa, supongo que es buena señal.

—De las mejores, no sé ni como podías dudarlo —sonrió Kaitlyn—. Dices que lucharás para conquistar mi corazón, pero ya te lo has

ganado: te amo, Evander. ¡Y ni sé cuándo ocurrió! Tal vez cuando me protegiste de Callum en el patio aquella noche, o cuando me sacaste del pozo, o cuando te vi hablando con aquellos niños, pero no quiero que desaparezcas de mi vida jamás.

No pudo añadir nada antes de que el guerrero se lanzara y atrapara su boca con un beso desesperado; y no fue un beso como otros que se habían dado, necesitado y caliente, fue un beso nuevo. Cargado de sentimiento, de significado. La besó y la volvió a besar, conquistó su piel hasta que sus labios clamaron más y Kaitlyn volteó el rostro para adorar su mejilla y la línea de su mandíbula, mordió el lóbulo de su oreja y Evander se rio. La joven abrió las piernas para acomodarlo entre ellas, y él la miró.

—Estoy a tu merced, Kaitlyn, haz conmigo lo que quieras.

—Lo que quiera, ¿eh?

Kaitlyn se movió para acercar sus rostros y dejar un suave beso sobre la mejilla de él, y cuando trepó por su pecho para alcanzarlo, notó la dureza de Evander presionarle la pierna. Sus cejas se elevaron por la sorpresa; era la segunda vez que ocurría, tras aquella mañana en la cueva cuando durmieron juntos. Pero esta vez no se apartó. La sensación de su miembro duro contra ella le despertó algo por dentro, algo feroz y primario, un fuego que solo Evander encendía. Movió las caderas para volver a rozarla, sacando un jadeo ahogado de labios de él. «Katt», murmuró, y la joven se inclinó para darle ese beso, solo que lo hizo en su boca, atrapando sus labios.

Lo besó con una necesidad que la ahogó. Le rozó la boca con la lengua, Evander abrió la suya y conquistó la cavidad de Kaitlyn con pasión, como un guerrero, enzarzando sus lenguas en un baile desenfrenado. El aliento se les aceleró a ambos y la necesidad de tocar más piel calentó a Kaitlyn, que no dejaba de rozarse contra la hombría de él. Evander rompió el beso y gimió, sentía que se iba a correr si seguía provocándolo, así que le detuvo las caderas posando ambas manos a sus costados.

—¿Qué pasa? —susurró Kaitlyn y volvió a besarle.

—Para, Katt, no quiero que esto ocurra así, aquí, empapados como dos truchas en medio del río —dijo Evander y se incorporó para quedar sentado con ella sobre sus caderas.

—Pero has dicho que me amas.

—Y te amo, maldita sea, precisamente por eso quiero que nuestra primera vez sea especial —señaló él—. Mierda… me harás correrme como un puberto si sigues moviéndote así sobre mí…

—¿Correrte? —dudó ella, que no entendía el término.

«Espíritus, qué única es. Todo lo que tiene de lanzada lo tiene de ignorante», pensó Evander y un sentimiento cálido se instaló en su pecho, su corazón se aceleró. Sabía que era culpa de la educación mojigata que se les daba a las cristianas.

—Dime lo que quieres, Katt, ¿te gusta lo que sientes cuando te rozas contra mi hombría? —preguntó Evander.

—Mucho, no sabía que se podía sentir tan… *así* —admitió ella.

—Esto no es nada, cariño, solo una muestra de lo que te haré sentir —admitió Evander—. Estoy haciendo un esfuerzo para contenerme, te lo aseguro, pero suplicarás cuando vaya más allá.

—Bruce no me hizo flotar así, como si mi corazón volara.

—No vuelvas a mencionar a otro hombre cuando estás en mis brazos, el mío es el único nombre que quiero que salga de tus labios cuando te haga estallar —gruñó Evander, ni siquiera la había desnudado y ya estaba blanda y maleable como mantequilla—. No sé quién será ese Bruce, pero si no te encendió hasta derretirte no era un buen amante. Olvídate de él, piensa en mí y en lo que vendrá.

—No quiero esperar, Evander, quiero ser tuya; los dos sentimos lo mismo —rogó Kaitlyn.

Se incorporó para mirarla a los ojos, tenía las mejillas arreboladas.

—¿Es eso lo que quieres?, ¿de verdad no deseas esperar, como dijiste, a que hinque la rodilla y pida tu mano a tu padre? —cuestionó muy serio—. Contéstame, Katt, porque por ti, lo haré.

—¿Te arriesgarías a que te atrapen los MacLaren solo por eso?

—No es «solo» eso, para mí es importante: tengo mis tradiciones, y tú, las tuyas. Deseo honrarte, y las respetaré, arriesgándome a que ensarten mi cabeza en una pica en la plaza de Balquhidder si con eso voy a tener tu bendición para ser mi mujer.

—La tienes, Evan —asintió Kaitlyn.

—Entonces, hermosa fierecilla, cumplamos tú deseo.

Apenas lo dijo volvió a besarla y Kaitlyn correspondió con pasión. Sus labios ardían del calor de sus besos y echó la cabeza hacia atrás para darle acceso a su cuello y escote. Sus pechos sobresalían del recatado vestido turgentes y redondeados; y al primer roce de su lengua, Kaitlyn dejó escapar un jadeo y arqueó la espalda, chocando sus caderas con las de él. Evander siguió sus atenciones y los jadeos se convirtieron en una melodía a la que se podía volver adicto; movió la boca hacia un pezón, erguido bajo el vestido, y lo rodeó con la lengua, humedeciendo el lino. La sensación del aire contra la tela mojada causó en Kaitlyn un mar de sensaciones, y cuando lo atrapó entre los dientes con cuidado, se deshizo como un castillo de arena bajo las olas.

Evander colocó a Kaitlyn sobre su hombría dejando la tela del *feileadh mor* como barrera; entonces la besó, sin dejar de acariciarla con la mano, hasta que llegó a la cinturilla de la polaina. Desató el lazo y bajó la tela para hundirla entre sus muslos. Kaitlyn estaba empapada, comprobar que tal ardor y pasión se debían a él le hicieron sentir cálido por dentro. Quería regalarte ese sentimiento y hacerla sentir querida, adorada y colmada hasta el fondo de su ser. Así que dejó un último beso sobre sus labios antes de apoyar la frente sobre la de Kaitlyn y comenzar a acariciarla con presteza.

La sintió abrirse a él, entonces aumentó el ritmo y acarició su perla. La joven cerró los ojos y Evander supo que ese era el momento: su éxtasis se estaba elevando. Se alejó para hundir el rostro entre sus piernas y adorarla con la boca.

Al primer contacto con su lengua Kaitlyn abrió los ojos y jadeó, incrédula. Trató de retroceder, pero Evander la retuvo con la mano y la miró a los ojos sin dejar de adorarla. Lo que fuese que vio en sus orbes celestes la calmó, y él volvió a centrarse. No tardó en hacerla estallar, Kaitlyn sollozó y se movió, se arqueó, y su pecho estalló como una bandada de mariposas, como una lluvia de estrellas: jamás, en su vida, se había sentido así. No sabía que algo así existía, y si aquello era hacer el amor, que Dios la ayudara, pecaría junto a él sin ápice de remordimiento; Evander era el único al que quería entregarse. Cuando su pulso se calmó y recuperó la cordura abrió los ojos.

—Buen Jesús… Evan… ¿q-qué es esto? —jadeó Kaitlyn.

—Esto es amor, cariño, el don el placer —susurró Evander sin dejar de tocarla en círculos sobre los pliegues. Cuando Kaitlyn estaba a punto de estallar, sacó la mano—. ¿Te gusta, quieres más?

—Por lo más sagrado, ni se te ocurra parar...

Evander se rio y atrapó su boca con un beso fugaz.

—Muévete sobre mí como si estuvieras cabalgando a pelo el lomo de un caballo —dijo, y continuó al ver la expresión dubitativa de la joven—. Tranquila, no te voy a robar la virtud ahora si es lo que crees, pero hacerlo te brindará mucho placer; confía en mí y hazlo.

—E-está bien —asintió Kaitlyn.

Tal como dijo Evander, Kaitlyn colocó las manos sobre sus hombros y movió las caderas como si estuviera cabalgando. Su piel ardía contra el frescor del agua, aumentó el ritmo hasta un baile frenético, hasta que el corazón le estalló como el barco al chocar contra un acantilado. Jamás en toda su vida había sentido un placer así, como oleadas de lluvia tras sus párpados; sentía una sensación cálida latirle y mojarla entre las piernas, pero no supo qué era. Evander jadeó y se dejó caer contra los guijarros.

—Espíritus, eso ha sido… eres increíble, Katt, fuiste hecha para mí, estábamos destinados a encontrarnos —declaró.

—Creo lo mismo, quizá todo tuviese una razón de ser —dijo Kaitlyn —. Si el festival no me hubiese asustado tal vez no estaríamos aquí.

Evaner asintió, y de pronto suspiró.

—No he sido sincero, Katt… lo admito y lo siento, tenía miedo de asustarte y que te pusieras a la defensiva. Sea como sea ya no puedo retrasarlo más, e, incluso si eliges otra cosa, tienes que saberlo. Querías saber que hacen los Colquhoun en los ritos de Beltane. Mi hermana y tus amigas te hablaron de los ritos de fertilidad, de que tenían que entregarse a un hombre para casarse con él.

—Sí, así es. ¿Es que hay todavía más?, ¿vas a contármelo ahora?

—Hay mucho más, y espero… no, deseo, que me elijas como yo te he elegido a ti —dijo Evander y su voz sonó tan directa y sincera que Kaitlyn la sintió como una ola—. Los ritos no son una noche de pasión como pareces creer, Katt, son una promesa: una promesa de amor, de fidelidad, de futuro. Cuando un Colquhoun se une a una

mujer bajo los fuegos de Beltane, su intención es hacerla su esposa. No podrá encamarse con otras o estará faltando a su juramento, por eso la infidelidad no es aceptada y los que lo hacen son cobardes que se esconden.

«Por eso Callum no quiso forzarme ante todos, parecería desleal a su esposa», razonó Kaitlyn y asintió. «Algunos hombres son patanes, da igual que sean cristianos o paganos, la lujuria no cambiará nunca».

—¿Y cómo es que debo elegirte, Evan, a qué te refieres? —dudó.

—Debes elegirme para tomarte en el ritual, haremos el amor en las cuevas del clan y seré tuyo. Si me eliges, Kaitlyn, me tendrás para toda la vida: seré tu amigo, tu protector, tu guerrero y tu amante. Seré tu confidente, tu compañero y tu marido. Seré lo quieras de mí… a cambio deseo tu amor y lealtad; seremos uno los dos, ante tu Dios y los míos, así que quiero que lo tengas muy claro.

—Te elijo y te elegiré siempre Evander, solo a ti.

—Entonces, amor mío, me tendrás: soy tuyo para siempre.

Kaitlyn asintió y se volvió para besarle; había tomado una decisión y el latido de su corazón le dijo que era el camino correcto. Se dejó abrazar para sentir el roce del *plaid* contra la ternura de sus pechos desnudos. Evander le envolvió la espalda, y Kaitlyn cerró los ojos. Ahora solo importaban ellos. Su clan y el mundo podían esperar.

Capítulo Diecinueve



Al final fueron ellos los que tuvieron que esperar. Con sus sentimientos expuestos y a flor de piel la compuerta estaba abierta sin remisión, aprovechaban cada oportunidad que encontraban para robarse besos por los pasillos. Se lanzaban miradas cómplices mientras Kaitlyn le servía en la mesa principal, o cuando Evander entrenaba con los hombres. La joven le frotaba la piel con un paño suave durante su baño, acariciándole con tal lentitud que le daban ganas de comérsela a besos. Su pasión hervía como un puchero, estaba llegando un punto en el que a ambos les resultaba insoportable contenerse: se necesitaban, querían entregarse al otro y unir sus corazones y sus cuerpos. Las restricciones de ambos estaban temblando; la norma de llegar pura al matrimonio por parte de ella, y el deseo de consumar su unión en los fuegos de Beltane para él. Por suerte, ya no faltaba nada para el ansiado momento.

La mañana del festival de Beltane se levantó ajetreado, y Kaitlyn sintió el cosquilleo de la emoción de la fiesta en cada poro de su piel, Todos tenían labores que hacer: colgar guirnaldas por los muros del castillo; bajar leña al pueblo para las grandes hogueras; ayudar a construir las estatuas de heno que iban a quemar; comenzar a

cocinar los dulces y despiezar las carnes que se iban a asar sobre la lumbre al caer la noche. Había mil y una tareas, apenas eran las nueve y Kaitlyn había dado más vueltas por el castillo de Dunglass que una peonza. Y no había visto a Evander en lo que iba de día, como a ninguno de los hombres, cosa que la extraño. ¿Acaso se estaban escondiendo, o era una de esas tradiciones raras paganas que tenían los Colquhoun? No tenía respuesta, por suerte tenía a quien se lo explicara. Elspeth estaba sentada frente a ella en la silla del tocador y Kaitlyn le desenredaba la melena con un cepillo de cerdas suaves. La joven Colquhoun aún no se había vestido, iba enfundada en un camisón y batín, y no dejaba de suspirar.

—¿Estás preocupada por la fiesta de esta noche? —preguntó Kaitlyn—. No tienes que ir, Elspeth, si quieres huir con Malcolm puedo ayudarte; me encargaré de cubrir tu ausencia con cualquier excusa para darte tiempo a escapar. No tienes por qué yacer con Ronald por mucho que lo diga tu padre.

—Lo sé, y te lo agradezco, Katt. No es eso, bueno, sí… pero huir no es la solución que quiero, correr como una furtiva en plena noche. No creo que los dioses bendijeran algo así —admitió Elspeth y se mordió los labios—. ¡Y todo por culpa de mi hermano Callum! Como Ronald es su segundo al mando, si me caso con él lo tendrá todo el día en el castillo a su servicio, ¡el muy egoísta! No le importa nada lo que siento.

—Por eso te he sugerido escapar, tú lo tienes más fácil que yo, nadie te mirará raro si sales a cabalgar por tierras del clan. ¿Qué piensas hacer entonces, como vas a librarte?

—No voy a librarme.

Kaitlyn detuvo el cepillo y la miró con el ceño fruncido, pero Elpeth sonrió.

—Voy a yacer con un hombre y sellar una unión bajo los fuegos de Beltane, solo que no será con Ronald —explicó la pelirroja—. Amo a Malcolm y solo me voy a entregar a él. Mi padre tendrá que aceptar mi decisión le guste o no.

—Cielos, Elsie, eso es arriesgado, ¿y si Ronald la toma con Malcolm? Sabes como son los hombres, se va a sentir insultado, no te quepa la menor duda —dijo Kaitlyn.

—Lo sé, pero no temo nada, Mal es un gran guerrero; espera a verle pelear, acabará con ese cincuentón de Ronald en dos estocadas.

—Si tú lo dices te creeré, pero estate preparada por si acaso para huir con él.

—Muy bien, Katt, si eso te deja más tranquila, lo estaré.

La morena sonrió y Elspeth devolvió la sonrisa. Tras la pequeña revelación Kaitlyn fue más consciente que nunca de que faltaban apenas unas horas hasta la puesta de sol para ser la prometida de Evander. O, lo que los MacLaren y la mayoría de los clanes de Escocia consideraban «prometida», aquella mujer con la que casarse. Una vez desenredada la melena, Elspeth se levantó y se encaminó a su baúl para ponerse un vestido; eligió uno de tirantes y lino blanco, casi como un camisón. Y, para perplejidad de Kaitlyn no se enfundó la ropa interior. Elspeth se calzó los botines y la miró sonriente.

—Muy bien, ya estoy lista, ¿nos vamos? —preguntó.

—¿Irnos adónde? —dudó Kaitlyn—. No entiendo nada, Elsie.

—Jajaja, tranquila, boba, no vamos a hacer nada raro, todas las mujeres que van al festival tienen que pasar una ceremonia previa en las cuevas del clan. Iremos muchas, entre ellas mi madre, Eara, Anna… no vas a estar sola, no tengas miedo.

Aquel dato sorprendió a Kaitlyn, que comenzó a caminar a la salida con ella.

—Pero si tu madre y Anna ya están casadas, ¿qué sentido tiene eso? —cuestionó.

—El sentido que les da ser capaces de engendrar hijos —explicó Elpeth—. Mientras sean fértiles, son siervas de la Madre, y mientras eso sea así, participarán en los ritos como cualquiera de las solteras al lado de sus hombres. Te va a gustar, ya verás, nuestra sacerdotisa es Aoife, la esposa del druida. Aún no la conoces, pero es encantadora, ¡y muy divertida!

—¿Y qué se supone que vamos a hacer tantas mujeres juntas?

—Pues prepararnos para Beltane, claro está; nos pintaremos, nos perfumaremos… cuando veas a Evander esta noche lo vas a entender. Los hombres también tienen sus propios ritos, deben estar preparándose ahora mismo. ¡Ay! Me muero por ver a Malcolm.

Kaitlyn no respondió, siguió a su amiga sin rechistar, demasiado sumida en sus pensamientos. Resultaba anormal la idea de mujeres de alta y baja alcurnia compartiendo ceremonia como si nada, era muy raro. Si Eileen y ella hubiesen nacido dentro de ese clan ahora ambas estarían de camino a la cueva, y pensar en su hermana la entristeció. Llevaba casi seis meses sin verla y la añoraba más de lo que podía empezar a contar. Cuando se uniese con Evander le rogaría que la devolviera a casa, que él viniese con ella. Porque lo haría, ¿verdad? No pudo pensar más en ello, pues Mary y Eara se les unieron, y *lady* Anna, que aguardaba al pie de las escaleras, también. Por suerte no fue el caso de *lady* Marion; no había ni rastro de la *Lady* del clan.

Caminaron hacia el patio y salieron del castillo; a cada paso que daban Kaitlyn se ponía más nerviosa. ¿Qué iban a hacer con ella? ¿Cómo era la tal Aoife, sería cruel como la esposa de laird Alec? Su pulso comenzó a golpear en su pecho al ritmo de un tambor y se le secaron los labios; no registraba el paso que llevaban ni por dónde iban hasta que Mary le dio un codazo y le indicó con un gesto que avanzara. Estaban a las afueras de la ciudad de Dumbarton, frente a unas colinas cubiertas de hierba. Había al menos seis y no parecían naturales, sino túmulos de piedra construidos por el hombre. Estaban conectados unos con otros y del mayor surgían volutas de humo.

En su interior debía residir la sacerdotisa, se dijo Kaitlyn, así que se armó de valor y cruzó la puerta. Al entrar, la oscuridad la envolvió y se hubiese detenido en seco de no ser porque alguien a su espalda la empujó para que siguiera andado. Llegaron al centro de la sala, iluminada por una gran hoguera, y Kaitlyn ahogó un jadeo: el sitio era lo más impresionante que había visto, como sacado de un cuento de brujas y arcanos de los que el párroco de Balquhidder, el padre Warrick, les prohibiría leer.

Al fondo había una estatua femenina, desnuda, con una corona tallada en forma de cabeza de cabra montesa. A sus pies había un altar redondo, y un círculo de braseros ardían con inciensos aromáticos. Toda la sala tenía cierto aire de misterio, de espiritualidad. Pero lo que más impresionó a Kaitlyn fue ver los huecos en el suelo y llenos de agua, piscinas naturales, en los que

había mujeres desnudas bañándose. Se le cayó la mandíbula al suelo y sus mejillas ardieron.

—Deberías verte la cara, Katt, estás colorada como una fruta —sonrió Mary—. No te asustes, mujer, no te van a morder el trasero… anda ven conmigo y avancemos.

—¿Qué es este sitio? —dudó incapaz de apartar la mirada.

—El santuario de la Madre, aquí vive Aoife, la sacerdotisa y esposa de Greig, y aquí también es donde nos preparamos para los ritos de los festivales —intervino Eara—. Mira, ahí está, te la voy a presentar, es muy amable, ya verás.

La muchacha tomó la mano de Kaitlyn y avanzaron hasta el otro extremo de la sala, donde una mujer de unos cuarenta años, alta y de rizada melena pelirroja, hablaba con *lady* Marion. Al verlas, la esposa del laird arrugó la nariz, pero Aoife sonrió y observó a la recién llegada con curiosidad. Kaitlyn devolvió el escrutinio. De lejos le había parecido que rondaría los cuarenta, pero en realidad era más mayor. Su larga cabellera rizada besada por el fuego tenía muchas canas, y las arrugas surcaban su piel: en las esquinas de sus ojos; en las comisuras de sus labios; en su cuello; en sus pechos. Al igual que las otras, Aoife iba desnuda, con la excepción de una falda con el tartán de los Colquhoun para cubrirse. Su piel estaba pintada de azul y blanco, espirales índigo rodeaban sus areolas, y líneas blancas bajaban hasta su ombligo. Kaitlyn apartó la mirada al darse cuenta de dónde estaba mirando: ¡en su vida había pasado tanta vergüenza!

—Niña necia… que estúpida es —masculló lady Marion.

—Silencio, Marion, quiero conocerla —dijo Aoife, y la *Lady* calló—. Dime, joven, tú eres la cristiana que causó la muerte de Donald y ha cautivado a Callum y Evander, ¿cierto?

—Yo no he causado la muerte de nadie, cada uno es responsable de sus actos, señora —contestó Kaitlyn con la vista fija en el suelo.

La mención a Callum le hizo esconder el rostro, así que Aoife le elevó el mentón y se miraron a los ojos. La sacerdotisa los tenía verdes, y Kaitlyn sintió que la traspasaban.

—Este va a ser tu primer Beltane entre nosotros, y supongo que Evander ya te habrá contado en qué consiste —prosiguió Aoife—. ¿Has elegido a tu hombre?

—Sí, a Evander.

—Lo que suponía. Eres fuerte, aunque ni tú misma lo sepas, demostraste mucho valor aquel día al enfrentarte a Callum y hacerle frente al laird, Alec no es un hombre de carácter débil, y mostraste un fuego interior que casará perfecto con el de él.

—¿Aquel día?, ¿de qué está…?

El recuerdo de la vez en la que ayudó a Anna y la protegió de los golpes de Callum acudió a su mente y se le frunció el ceño al mirar a la otra mujer; Aoife no estuvo allí.

—¿Cómo puede saberlo? Usted no estaba presente, la hubiese visto —dijo.

—Que no me vieses ni significa que no estuviese —contestó ella, y se rio alegre—. El castillo de Dunglass tiene muchos recovecos, chiquilla, alégrate, que esas palabras no se las digo a todas.

—No sé por qué pierdes el tiempo con ella, Aoife, es una esclava, deja que Evander la tome y olvídate de ella. Mejor céntrate en bendecir el vientre de Anna con tus artes, a ver si concibe de una vez y le da un hijo a Callum —gruñó Marion.

—Ocurrirá, Anna será madre, lo he visto. Pero no menosprecies a Kaitlyn, tiene un papel que cumplir en este clan, uno más importante del que crees.

—¿De qué está hablando? —dudó Kaitlyn.

—Lo sabrás cuando sea el momento, los espíritus nos lo han mostrado tanto a Greig como a mí, tu destino y el de los Colquhoun están enlazados de forma indeleble, así que vamos a prepararte para los rituales —contestó la sacerdotisa con voz misteriosa. Después se volvió hacia las demás y elevó las manos para hacerse notar—. ¡Bienvenidas, niñas! Desnudaos, ha llegado el momento de purificaros: limpiaos, pintad vuestros cuerpos, haced las ofrendas a la Madre. Después cantaremos juntas y podréis marchar.

Para perplejidad de Kaitlyn, una a una las mujeres comenzaron a quitarse la ropa, desde *lady* Marion a la más humilde sirvienta. Kaitlyn no se movió hasta que Elspeth le dio un codazo amistoso, se había quedado atónita. Con las orejas ardiendo de vergüenza comenzó a quitarse el vestido verde oliva que llevaba y lo dejó caer a sus pies. Mismo camino siguieron las polainas, la combinación y el

corpiño. Se llevó las manos al sexo para cubrirse, agradecida de que su melena ocultara sus pechos, y caminó hacia las pozas para lavarse. Mientras lo hacía notó que, a diferencia de ella, las Colquhoun no tenían pudor: se enjabonaban unas a otras entre risas y charlas, tan tranquilas. Kaitlyn se hundió en el agua para aclarar la espuma de flores y jabón de manteca y salió sin saber qué hacer. Entonces Elspeth se acercó y le indicó que se sentara junto a ella. Llevaba una bandeja con cuencos de pintura: blanca de ceniza y tiza, azul de arándano, negro de hollín y grasa.

Se sentaron junto a los braseros y la joven le sonrió antes de elevar las manos.

—¿Puedo? —dudó Elspeth, le estaba pidiendo permiso.

—¿Por qué hacéis esto? —asintió Kaitlyn—. ¿Es necesario?

—Es una tradición del clan, de nuestros orígenes. ¿Me permites decorarte?

—Adelante, hazlo.

Elspeth asintió y mojó los dedos en la mezcla de colores para comenzar a decorar la piel de su amiga de azul y blanco; a medida que su desnudez se cubría de colores, Kaitlyn se sentía más imbuida. ¿Era esa la magia de Beltane? Se sentía como una *Fae*.

—Cuando terminemos iré directamente a buscar a Malcolm —susurró Elspeth—. Quiero yacer con él antes de caer la tarde, antes de que Ronald me busque.

—Creí que había que esperar a la noche. ¿Qué harás después? —dudó Kaitlyn.

—No te preocupes, no se percatarán hasta mañana, incluso si Ronald pasa la noche buscándome, Callum y mi padre no van a dejar de disfrutar su velada por él.

—Te cubriré, entonces.

—Gracias, Katt, eres una buena persona; la única amiga que tengo, en realidad. Me alegro tanto de que te vayas a casar con Evander… él es el hermano que siempre había querido tener, y tú podrás ser mi hermana cuando te unas con él.

«Es el hermano que siempre he querido tener», repitió Kaitlyn. «¿Pero qué significa eso?».

—¿Sigues asustada ante la idea de entregártele? —preguntó Elspeth.

—Nunca tuve miedo de él, sino de que alguien me forzara —admitió Kaitlyn y un escalofrío la recorrió; Elsie le estaba pintando los pechos y la pintura estaba muy fría—. En mi clan algo así sería impensable, a estas alturas Evander habría pedido mi mano a mi padre y habríamos hecho una fiesta de compromiso con el clan. No compartiríamos el lecho hasta después de la boda y la bendición del sacerdote.

—¿Y no podríais ni besaros antes de casaros?

—Claro que sí, boba, de hecho, Evan no es el primero al que beso. Hubo un hombre, Bruce. Es uno de los guardias de laird Rob que siempre me gustó; y el verano pasado tuvimos un pequeño encuentro fugaz —sonrió Kaitlyn—. No se lo digas a Evander o su ego se inflará, pero no hubo comparación entre uno y el otro; Evander me hizo…

—¿Correrte? —aventuró Elspeth.

La joven MacLaren asintió, y agradeció la pintura blanca de sus mejillas por ocultar su rubor. ¡Esos Colquhoun hablaban del tema como si nada! Sabían mucho, les enseñaban desde niñas. Era algo inaudito.

—Sí, y aunque me gustaron las caricias de Bruce, no sentí lo mismo que con Evan —afirmó y de pronto su sonrisa se amplió—. Tal vez sea debido a que le amo, ¿no?

—Quizá, Aoife siempre dice que cuando hacemos el amor estamos entregándole el alma al hombre y también nuestro corazón. ¡Estoy deseando descubrirlo con Mal! Tranquila, seguro que Evan te hará sentir así, está loco por ti, lo puedo jurar, desde que lo conozco no le he visto mirar a otra mujer como te mira a ti.

«¿Desde que lo conozco?», pensó Kaitlyn, cada vez más extrañada. «¿Por qué no deja de hablar de Evander como si lo hubiese conocido hace poco?, ¿acaso no se conocen desde siempre, es porque es adoptado?». La voz alegre de Elspeth la sobresaltó.

—Bueno, pues ya estás, Katt, ahora me toca a mí. ¿Me pintas, por favor? —dijo.

—Claro, permíteme —asintió Kaitlyn.

Le dio vueltas al asunto mientras decoraba la piel de su amiga con formas circulares, espirales y ondas como las de Aoife. Cuanto más pensaba en la actitud de los Colquhoun hacia Evander, más extraño le parecía. Primero Callum, que decía querer matarlo; Elspeth se expresaba como si fuese un extraño; Marion le odiaba; Alec hablaba de él como una herramienta. Ni siquiera sabía la postura de Ewan. ¿Así era como trataban los Colquhoun a un hijo? Sentía que allí había algo más, quizá una inquina hacia los padres de Evander. Cuando el cuerpo de Elsie estuvo bien cubierto de pintura, Kaitlyn sonrió.

—Ya estás, Elsie, has quedado muy artística —afirmó orgullosa.

—Bien, vamos, ponte la enagua, hay que ir a comer algo, la fiesta es después.

—De acuerdo, te sigo.

La pelirroja asintió, y tras cantar junto a las demás mujeres y hacer una ofrenda a la diosa, se sentaron a comer los pequeños manjares que Aoife puso sobre la mesa. Kaitlyn sentía que aquello era como vivir un cuento; y por raro que pareciera, no era tan malo: incluso le estaba gustando. Tal como Elspeth, también quería que cayera el sol; con Evander a su lado, todo parecía mejor.

***

El ladrido de un perro a su lado le hizo volverse para encontrar a *Bull*, el pastor de Brody jugando con el borde de su *feileadh mor*, como si esperase que alguno de los presentes le hiciera caso. Su dueño le lanzó una chuletilla de cordero de la mesa, y *Bull* la atrapó al vuelo liberando la falda de Evander, que volvió su atención de nuevo al espejo para darse un último vistazo. Su melena iba oculta bajo una corona de hojas y pequeñas frutas; llevaba los ojos pintados de negro cual antifaz, y el pecho decorado con los colores de los Colquhoun: azul y negro. Estaba nervioso, esperaba no asustar a Kaitlyn. Y mucho menos decepcionarla, pues sabía que para ella esa noche sería importante, inolvidable, y quería estar a la altura.

Había yacido como muchas mujeres, pero ninguna le hacía sentir lo que ella, que su mundo se iluminaba con su presencia, que su risa le elevaba el corazón, que prefería sufrir que verla llorar, que moriría

y mataría por ella. Se mojó los labios con la lengua, estaba actuando como un primerizo nervioso, y sus dudas debieron reflejarse en su cara, pues Brody soltó una risilla y se acercó para darle una palmada en el hombro.

—Pero bueno, mírate, tiemblas como un queso mal cuajado —dijo —. ¿Qué te pasa, no quieres ir a ver a tu MacLaren, o temes que te rechace?

—No, sé que no pasará. Lo que temo es asustarla, Katt es virgen, si le hago daño tal vez pierda su confianza —suspiró Evander—. Muero tanto por ella que temo no poder contener mi pasión.

—No es tan ingenua como piensas, solo se tú mismo —animó Malcolm.

—«Consejos vendo que para mí no tengo» —bufó Brody—. ¿Qué hay de ti, Mal? ¿Has pensado que hacer con Elspeth?

—Celebraré la fiesta con ella, así que daos prisa, el sol ya ha caído —dijo él.

—¿Y Ronald?

—Si aparece, lidiaré con él. No dejaré que toque a la mujer que amo si no es lo que ella desea, lo mataré si es necesario —aseguró Malcolm.

—Esperemos no tener que llegar a eso, es el hombre de confianza de mi padre, Mal —dijo Evander—. Vamos, como bien dices, el sol se ha puesto y hay mucho que hacer.

Se volvió en el preciso instante que se abría la puerta, y los tres amigos salieron de la habitación ataviados como guerreros celtas de antaño. Estaba a punto de empezar.

Capítulo Veinte



La música animada de gaitas, laúd y tambores se escuchaba desde el castillo, donde los animados gaiteros estaban dándolo todo para llegar al festín que se asaba en Dumbarton. Kaitlyn estaba junto a las otras muchachas cenando los dulces que se habían repartido por la plaza, y aunque tenía el estómago cerrado, no rechazó el platillo de pan de miel que le ofrecieron. La oscuridad dio paso a las antorchas, y la multitud comenzó a congregarse en la plaza cuando se prendió la gran estatua de paja del dios Cernunnos. Medía más de tres metros y ardía como un faro, el calor y las chispas flotaban, dotando al lugar de un ambiente mágico. Muchas parejas bailaban alrededor de las llamas, y sus amigas aplaudían con entusiasmo; cuando Eara se levantó y la invitó con un gesto, Kaitlyn dudó.

—Katt, bailemos. ¡Me arden los pies por girar y girar! —dijo Eara.

—Estás como una cabra, Eara —rio Kaitlyn.

—Venga, boba, sal y diviértete, la noche es joven —rio Elspeth—. Yo no lo voy a dudar ni un instante… ¿Vienes, Anna?

La rubia lo pensó un instante y se mordió los labios; se notaba que quería bailar, pero agachó la cabeza y negó.

—Gracias, Elsie, pero voy a esperar a Callum —dijo.

—Oh… bueno, como quieras —suspiró Elspeth—. ¿Vamos, Mary?

—¡Sí!

Las tres jóvenes salieron a bailar, y entre risas, danzaron y brincaron, Kaitlyn se sintió imbuida en un hechizo. ¿Realmente eran tan distintos? Si estuviese en su clan, en Balquhidder, también estaría bailando con sus amigas. Al cabo de un rato se acercó a Anna, que seguía en pie sola junto a las mesas y le sonrió; Kaitlyn tenía el aliento entrecortado, las mejillas rojas y una gran sonrisa.

—Creo que a Callum no le importará que te diviertas y bailes con nosotras —dijo—. Si quieres hacerlo no te detengas por él, Anna, hoy es Beltane y mereces sonreír.

—¿Por qué eres buena conmigo? No te he tratado bien, Kaitlyn.

—Porque la amabilidad no cuesta nada; no eres tan distinta a mí. ¿Bailas conmigo?

Anna asintió, la siguió y comenzó a palmear y girar al ritmo de la música. Así fue como las encontró Evander, ondeando las caderas al calor de las llamas. Sus ojos se clavaron en los de Kaitlyn a través de la hoguera. Se miraron. Y comenzó a caminar hacia ella como un cazador, como un lobo hacia su presa. Si bien, no era el único que había posado los ojos en la morena. Al otro lado de la plaza, Ewan no dejaba de mirarla, ardía de rabia: la idea de que esa furcia que le había ganado tal deshonor fuera de los suyos le enfermaba. Pero no era el momento de actuar. Observó a Evander detenerse junto a ella, tomarla por la cintura y pegarla a su cuerpo para empezar a bailar. Kaitlyn rodeó sus hombros y lo besó como si lo necesitase.

El beso los dejó sin aliento, con hambre del otro.

—Hola, demonio… —susurró ella.

—Hola, fierecilla —saludó él, también en voz muy suave.

—Bonita noche, no pensé que me divertiría tanto lejos de mi hogar, y lo estoy haciendo, ni siquiera me importa que decenas de ojos nos estén mirando.

—La noche está hermosa, sí, pero créeme, Katt, no hay lucero que brille más que tú. Si nos miran es porque soy el escocés más afortunado del clan: tengo a la muchacha más bella entre mis brazos desnuda y a mi merced. Estás preciosa de verdad.

—Adulador… si no llevo casi nada —rio Kaitlyn, y las mejillas se le arrebolaron.

—Solo soy sincero —contradijo Evander e inclinó el rostro para volver a besarla—. Me alegro de que te estés divirtiendo, es el propósito de Beltane al fin y al cabo, la unión. Dime, ¿has cenado ya, o quieres que comamos algo antes?

—¿Antes?

—Antes de ir al templo.

La joven lo entendió y se alejó, no le soltó la mano, pero los movió de la pista.

—He comido, las chicas y yo lo hicimos en los túmulos de Aoife, es intimidante —admitió y elevó los ojos para mirarle—. ¿Qué se espera de nosotros ahora?

—No se espera nada, Kaitlyn, no estás obligada a sangre y fuego a hacer algo que no desees.

—Quiero pasar la noche contigo, Evan.

—Entonces ven, hay algo que quiero enseñarte —dijo Evander.

Entrelazó sus dedos antes de salir de la plaza abriéndose paso entre la multitud, para conducirla a la salida de la ciudad, hacia las cuevas del clan Colquhoun.

***

Caminaron hasta el final del bosque, donde la boca de una cueva se abría en la base misma de la colina. Había un par de antorchas encendidas y Evander la miró a los ojos; Kaitlyn se perdió en ellos un momento, él los entrecerró y Kaitlyn supo que iba a besarla. Deseaba que ocurriera, así que bajó los párpados y alzó el mentón para encontrar su boca.

—Todavía no… pero pronto, Katt, te lo prometo —susurró Evander.

—¿Qué?

Evander sonrió, confundiéndola.

—Vamos, te va a gustar el santuario, entremos.

Se había quedado tan alelada que cuando le tomó la mano y entró en la boca de la cueva, Kaitlyn tuvo que parpadear. ¿Por qué no la había besado? Estaba a punto de preguntarle cuando salieron a una

sala; las paredes estaban llenas de pinturas, algunas brillaban en la oscuridad. «¿Qué sitio es este?», pensó. «Parece un portal de los *Fae*». Los dibujos eran en su mayoría motivos celtas: espirales, caballos, escenas de caza… Una en particular le llamó la atención: mostraba una figura femenina corriendo y, movida por un impulso, Kaitlyn siguió los dibujos hasta desembocar en una galería inmensa. Había un círculo espiral en el centro; recordaba mucho al círculo de Fairy Glen. Al fondo habían construido un altar de piedra y una estatua con cuerpo de guerrero; contrastaba con la estatua femenina que vio en el túmulo.

—¿Qué es esto?, ¿dónde me has traído? —inquirió Kaitlyn con la vista fija en el techo, pintado con animales y figuras, parecía mágico.

—Es el lugar más sagrado del clan —contestó Evander—. ¿Has visto los dibujos plasmados en la gruta, la mujer que corría? Al otro lado de la cueva están los mismos, pero con una figura masculina.

—¿Y qué significan?

—Es una leyenda del clan. Cuenta que hace siglos, antes de que llegaran los *sassenach* a Escocia, cuando irlandeses y escoceses eran hermanos, una mujer *highlander* se enamoró de un Picto, un guerrero celta procedente de las tribus que vivían al norte, en las islas Hébridas. Entonces los *highlanders* vivían más al norte. Dicen que lo salvó de ahogarse en el mar y lo cuidó en unas cuevas, y en su convalecencia se enamoraron. El clan de ella se opuso a su unión, consideraban un bárbaro al guerrero, y los de la tribu de él no lo tomaron bien, atacaron a los *highlanders* para recuperar al guerrero.

—Dios mío, eso es terrible, oponerse a la felicidad de un hijo… no puedo entenderlo —dijo Kaitlyn, los ojos le brillaban con una emoción desconocida—. ¿Qué les ocurrió? ¿lograron reunirse y ser felices, o tuvieron un final trágico?

—Como respuesta al ataque, los *highlanders* buscaron la ayuda de otros clanes y marcharon contra la tribu del guerrero —explicó Evander mientras caminaban hacia el altar; a medida que se acercaban, Kaitlyn notó una puerta—. Atacaron y los mataron, así que, para evitar una guerra de venganzas eterna entre Pictos y *Highlanders*, la pareja huyó hacia el sur y fundó un nuevo hogar: se casaron y tuvieron hijos y nietos, los padres del clan Colquhoun. Esta

gruta en la que estamos es el lugar donde se amaron, el lugar de sus encuentros furtivos en la cueva. Bonito, ¿no crees?

—Muchísimo, no tenía ni idea de que hubiese una historia tan profunda detrás de la fundación de vuestro clan; vuestra forma de vivir la vida es tan diferente a la mía… Además, me gusta la idea de que los amantes lograsen tener un final feliz a pesar de sus diferencias, que se amaran incluso cuando su gente se quería matar los unos a los otros.

—Es por eso que he querido traerte aquí esta noche, porque, al igual que el amor de la pareja de la historia, lo que sentimos es más fuerte que el odio entre tu clan y el mío. Que, como el suyo, nuestro amor prevalecerá. No importa de dónde vengas o a qué dios reces, Kaitlyn, la que me ha conquistado es la mujer que tengo delante, por ti enfrentaré a quien sea para hacerte feliz.

—¿Incluso a tu padre? —inquirió Kaitlyn—. ¿Le desafiarías dejándome marchar?

—Lo haría, pero desearía que no quisieras marcharte. Que, a pesar de todo, eligieses quedarte conmigo aquí —contestó él.

La joven le miró con intensidad antes de darse la vuelta para recorrer la sala. Algo de lo que había dicho Evander era muy cierto, sus sentimientos eran tan fuertes que habían traspasado el odio que sentía por él cuando se conocieron. Se detuvo frente a la estatua del dios guerrero y elevó una mano para rozar la piedra; entonces suspiró.

—Aoife dice que los espíritus han dicho que tengo un papel que cumplir en este clan, que, para bien o para mal, nuestros destinos están enlazados —dijo—. Ahora lo entiendo, ahora que conozco la historia de sus fundadores; creo que al igual que ellos, debemos amarnos y poner fin al desprecio que sienten los Colquhoun por todos los demás.

—Creo lo mismo, lo supe desde hace mucho, Katt: tú y yo estábamos destinados a ser.

Kaitlyn se hundió en los pozos azules que eran sus ojos y Evander se inclinó para atrapar sus labios. Fue un beso cargado de sentimiento, profundo, conquistó su boca y la estrechó entre sus brazos, uniendo sus cuerpos piel contra piel. Kaitlyn le rodeó el cuello

y se dejó llevar por la marea de sensaciones que su demonio despertaba en su corazón, su alma y su piel: todo su cuerpo quemaba de deseo por él. Fue ella quien rompió el beso, uniendo sus frentes sin dejar de mirarlo a los ojos.

—¿Qué se supone que debemos hacer según tus tradiciones? —dijo.

—Un juramento ante la estatua de el Padre; la estatua que viste donde Aoife es la Madre. Después, te haré mía y seremos uno.

—Es lo que deseo, lo deseo más que nada, Evan.

—Entonces, cariño, arrodíllate a mi lado —sonrió Evander.

La joven lo hizo y él se posicionó con las manos cruzadas sobre el pecho, que luego elevó como en una plegaria. Kaitlyn le imitó, y él rompió el silencio.

—Repite: «Juro libremente tomar a esta mujer como dueña de mi corazón, de mi alma y de mi ser. Prometo amarla, serle leal y entregarle todo lo que soy hasta el día que muera. Te amo y te amaré, Kaitlyn, ahora y para siempre».

—«Juro libremente tomar a este hombre como dueño de mi corazón, de mi alma y de mi ser. Prometo amarlo, serle leal y entregarle todo lo que soy hasta el día en que muera. Te amo y te amaré, Evander, ahora… y para siempre…».

La emoción y la alegría la invadieron, y una lágrima solitaria resbaló por su mejilla. Al volverse, Evander elevó la mano y le acarició la piel para limpiarla, emborronando la pintura. Encontraron sus miradas, y el guerrero la acercó para atrapar sus labios. Fue un beso ardiente, necesitado, apasionado. Kaitlyn no perdió el tiempo y le rodeó la espalda con los brazos: se sentía volar, jamás la habían besado así, como si quisieran devorarla; fue más consciente que nunca que había dejado de ser la corderita cazada por el lobo, el *Demonio de Ojos Azules*. Ahora era su mujer, tanto su espíritu como su cuerpo ardían. Presa del fuego que le corría por las venas, Kaitlyn elevó las piernas para envolverle la cintura y él la levantó a peso. La joven jadeó y alejó el rostro para echar la cabeza hacia atrás y darle acceso a su escote.

Evander no la decepcionó; dejó sus labios para sembrar un camino de besitos por su cuello hacia su pecho que adoró con delicada

pasión.

—Espíritus… eres perfecta, Katt, nunca jamás había deseado tanto a otra mujer como te deseo a ti… serás mi muerte —jadeó extasiado.

—Entonces bésame…, tómame, Evan…

Un cosquilleo conocido comenzó a acumularse en el cuerpo de Kaitlyn, el mismo que la hacía temblar e iluminaba sus terminaciones nerviosas; cuando sintió su lengua rodear uno de sus pezones jadeó sin poder evitarlo. «Evander, Evander, Evander», rezó su nombre; y oírla llamándolo con tal necesidad y regocijo le hizo doler el miembro, duro como una roca. Acogió la areola en la boca para succionarla mientras acariciaba sus piernas con las manos; el mar de sensaciones llevó a Kaitlyn al límite, y el calor que se había ido acumulando en ella se elevó. Arrugó los dedos y le arañó la espalda, como si de ese modo pudiese tenerlo más cerca, acompasar su corazón al de ella. Evander sonrió, sabía que la joven estaba muy cerca, su éxtasis brillaba como una estrella en la noche, así que se alejó de su pecho y la observó sin dejar de acariciarla, subiendo la tela hasta alcanzar su muslo y soltar la falda.

Kaitlyn tenía los ojos cerrados y el rostro ladeado, respiraba agitada y su cuerpo se ondulaba. La mano diestra de Evander se había detenido sobre su sexo empapado con la palma abierta, la acunaba mientras la sostenía a pulso con la otra, y al sentirlo introducir los dedos en su sexo jadeó.

—Para, Evan… sé lo que vas a hacer, regalarme placer como hiciste en el río, ¿verdad? —dijo.

—Debo prepararte, Kaitlyn, nunca has estado con un hombre.

—Lo sé, sé que sabes cómo guiarme y confío en ti, pero deseo hacerte sentir igual. No soy una tímida doncella que se asusta con solo mencionarlo.

—Muy bien, si eso es lo que quieres, lo haremos —afirmó.

Apenas lo dijo, volvió a besarla, pero no fue un beso como los que acababan de compartir. Sus labios se encontraron en un choque salvaje y el deseo que habían estado reprimiendo estalló en una explosión que los consumió por completo. Era un beso desesperado, urgente, como si el mundo se estuviera desmoronando a su alrededor.

Entonces, Kaitlyn se separó para arrodillarse junto a él y apartar la tela del *plaid*. Quería verle, contemplarle en su esplendor. Su hombría apareció, intimidante, pero no sintió miedo, sino curiosidad. Tentativa, llevó la mano y la acarició con delicadeza, ganando un suspiro ronco de Evander, que se apartó para dejarla jugar con su piel. Cerró los ojos y echó el cuello hacia atrás. Mas cuando sintió que ella le envolvía el miembro con la mano y sus labios lo acogían bajó la cabeza. ¡Bendita mujer! Ni siquiera había dicho nada, Kaitlyn se dejó llevar por el instinto, y por los espíritus que sabía lo que hacer. Jadeó cuando un ramalazo de placer lo sacudió y la alejó con cuidado; si seguía así se correría en su boca, y no era lo que deseaba en su primera vez juntos.

Esa noche debía ser especial, algo que la joven recordara para siempre con cariño.

—¿Estás bien? —dudó Kaitlyn, había preocupación en sus ojos grises—. ¿Te he…?

—Estoy muy bien, cariño, un poco más y habría terminado antes de tiempo —rio contento, aún con el aliento acelerado—. Ven, te mostraré lo que es hacer el amor y serás mía para siempre, que lo vean los espíritus, tu dios y el destino mismo.

Kaitlyn se levantó y miró sus ojos antes de volverlo a besar. Evander llevó ambas manos a sus caderas para elevarla y colocarla. Rompió el beso y unió sus frentes. Kaitlyn sabía lo que debía pasar, así que comenzó a bajar hasta notar que le rozaba la entrada. Y continuó. A medida que la abría un intenso ardor le sacudió los muslos, pero no se detuvo hasta que rasgó su barrera y llegó al final, con sus caderas apoyadas sobre las piernas de él. «Cielos, no creí que me dolería tanto», pensó. Evander adivinó lo que cruzaba su mente y la animó a moverse; Kaitlyn lo hizo: confiaba en él, en que sabría lo que hacer. No se equivocó, pues no pasó mucho tiempo en que el dolor se transformó en otra cosa.

Evander se movía con ella, observando sus expresiones, de tal forma que rozó algo en su interior. Y al darse cuenta su corazón se encendió. Al rozarle ese punto Kaitlyn vio blanco tras los párpados. Jadeó, incrédula, y él sonrió; sabía que había alcanzado su lugar sagrado. Envistió con fuerza entonces, desatado, aumentando el

calor y la fricción entre los dos; parecía una fiera. Kaitlyn se sentía como un torrente arroyando un barranco. Con cada envestida de sus caderas, Evander rozaba ese punto, hasta que la hizo estallar de gozo para caer rendida sobre su pecho como una muñeca de trapo. El rubio rio, tan lleno alegría que apenas duró un par de envistes antes de derramarse y caer de rodillas. Y así, desmadejados y con los alientos mezclados, sellaron su unión. No fue hasta un buen rato más tarde que Evander comenzó a jugar con las largas ondas oscuras de Kaitlyn; la joven seguía sobre él, su aliento caliente le hacía cosquillas en los rizos del pecho, sus dedos trazando espirales sobre la piel.

—Si me hubieran dicho hace seis meses que me iba a encamar con un demonio me habría reído en su cara; eres único obrando maravillas, Evan, mejor que un druida —rio Kaitlyn.

—¿Un demonio, eso me considerabas?

—Bueno, es como solía llamarte: «*Demonio de Ojos azules*».

Su risa se contagió a Evander, que se incorporó para mirarla.

—Creo que podré vivir con ese nombre, «gatita». Seré tu «Demonio», mientras tú seas para siempre mi fierecilla.

—Acostúmbrate a mis garras, no voy a plegarlas.

—No soñaría con ello; te amo como eres, Katt.

—Como yo te amo a ti —afirmó Kaitlyn.

Se miraron un instante antes de volver a unir sus labios. Que la perdonaran los MacLaren, desde esa noche no había vuelta atrás para ella: quería a Evander en su vida y lucharía por él contra quien fuera, incluso contra la gente de su clan.

Capítulo Veintiuno



Los pasos acelerados por el corredor resonaron entre los muros de piedra, el guerrero llegaba agitado, se abrió paso entre los guardias de la puerta y cruzó el *hall* para entrar al salón principal del castillo de Dunglass y plantarse frente a su laird. Alec estaba en pie junto a su esposa frente a la chimenea; hablaban acaramelados y ella parecía molesta con algo. El guerrero corrió, jadeante, y rompió el ambiente agradable a voz en grito.

—¡MacFarlane! —chilló—. ¡Los MacFarlane han cruzado nuestra frontera!

Aquello cambió la atmósfera en un instante: las criadas se asustaron, los guerreros se levantaron de golpe de las mesas, *lady* Marion se llevó una mano al pecho con cara de espanto, y laird Alec arrugó el entrecejo en una mueca horrible. El laird avanzó hacia el centro del salón, y el soldado se acercó a paso rápido.

—Habla. ¿Cuándo han sido avistados esos bastardos? —inquirió el jefe.

—Hace una hora, llegarán a Dumbarton a mediodía a más tardar, son una comitiva grande, y su laird va con ellos, no podemos atacarles —contestó.

—Eso seré yo quien lo decida.

—Alec, ¡no puedes! Por más que quisiera rajarle la garganta a ese sucio perro de Gareth MacFarlane con mis propias manos, no puedes matar al laird de otro clan sin esperar consecuencias del Rey —señaló Marion.

—No me desautorices, mujer, y silencia esa boca —masculló Alec, lo dijo con voz fría y calmada, pero sus ojos escondían una tormenta. Se volvió hacia el soldado—. ¿Cuántos son?

—Al menos cincuenta, mi laird, todos guerreros armados.

Alec se volvió hacia una de las sirvientas, que tragó saliva al verle mirándola.

—Haz venir a mi hijo Callum, y que vengan también Ronald y Evander —ordenó.

—P-por supuesto, mi laird —asintió la joven.

Echó a correr por el salón y desapareció bajo los arcos de la puerta antes de que el laird cruzara la distancia hacia su asiento de jefe y cruzara las manos sobre las rodillas; se le había agriado el gesto, y Marion sabía que su marido no pensaba quedarse de brazos cruzados. Era evidente que, de algún modo, en su mente había entrado la idea de que tenían algo que ver con la desaparición de Evander; habían tardado meses en dar con esa línea de pensamiento, pero Alec sabía que tarde o temprano ocurriría. No eran idiotas, y no habían roto su tregua en muchas décadas: ¿por qué iban a hacerlo ahora si no era por Evander?

No podía permitir que descubriesen al hombre allí, en el castillo de Dunglass; interfería con sus planes futuros para él y les ponía en peligro. La doncella regresó casi un cuarto de hora más tarde acompañada por los tres hombres requeridos por el laird: Callum, Ronald y Evander; también estaban Ewan y Elspeth, pero su padre los ignoró e indicó a su primogénito para que se acercara.

Callum parecía sorprendido, no esperaba una reunión a esa hora de la mañana en pleno salón de Dunglass. Fue el primero en hablar.

—¿Qué pasa, padre, por qué nos convocas? Estaba ocupado —dijo Callum.

—Tus rameras tendrán que esperar, Callum, guárdatela y centra tu mente, estamos en problemas —contestó Alec en tono serio y seco—.

Me acaban de informar de que una comitiva de MacFarlane liderados por el infame de su laird se dirigen ahora mismo hacia este castillo.

—¿¡Qué!?

—Lo que oyes, así que tenemos que actuar antes de que lleguen.

—¡Ataquemos ahora mismo, no nos verán venir! —rugió Callum—. Da la orden, padre, deja que acabe con ellos yo mismo… le rebanaré la cabeza al hijo de puta de Gareth con mi *claymore* y te la traeré como presente.

Alec suspiró y contuvo las ganas de levantarse y darle un guantazo. Callum era tan estúpido… ¿por qué siempre tenía que hacer el ridículo hablando sin pensar? Era un guerrero formidable, fiel, pero con menos inteligencia estratégica que un asno. Se llevó la mano a las sienes, armándose de paciencia.

—No podemos atacar y matarle de frente, hijo mío. ¿No te parece que al rey Jacobo le molestaría un poco si asesinamos al laird de otro clan e iniciamos una guerra? Nos castigaría y les daría la razón; esos perros son aliados de los Campbell, los MacGregor y los Graham. No podemos hacerlo, nos aplastarían como a moscas en el culo de un toro.

—¿Y qué pretendes?, ¿¡no hacer nada cuando entran en nuestra tierra armados!? —bramó Callum, las mejillas se le habían puesto coloradas al darse cuenta de su error.

—Por supuesto que no, pienso responder con la misma moneda —explicó Alec—. Vienen hasta nuestra tierra como perro por su casa; así que haremos lo mismo: Callum, liderarás un ataque a tierras MacFarlane, Ronald y Evander te acompañarán.

—¡Bien!

—¿Quieres que traigamos prisioneros? —inquirió Callum.

—No, no quiero prisioneros, el ataque va por otros derroteros. Causadles daño en su orgullo, una herida que no olviden…

—¿Puedo ir yo, padre? —intervino Ewan.

Los dos se volvieron y el pelirrojo se ruborizó, Alec puso los ojos en blanco.

—¿Debo recordarte lo que ocurrió la última vez que te dejé ir a una incursión? —inquirió sin mirarle.

—¡No fallaré esta vez, lo juro por la espada de Lugh y la sangre de Morrigan! —bramó Ewan—. ¡Deja que me redima, padre!

—Muy bien, irás; pero obedecerás las ordenes de tu hermano Callum sin rechistar, no quiero trucos o te acordarás del día que naciste. ¿He sido claro, Ewan? —dijo Alec.

—Claro como el sol, padre, gracias, no te arrepentirás, lo juro.

El laird asintió y Callum se dio la vuelta y emprendió el camino a la puerta. Entonces Alec se levantó del asiento y cruzó el salón para acercarse a Evander, que había estado aguardando con Ronald y los demás hombres. Le puso una mano en el hombro y sonrió, gesto que Evander devolvió.

—Evander, hijo. Debo encargarte una misión. ¿Puedo confiar en ti?

—Por supuesto, ya sabes que siempre puedes contar conmigo.

—Los MacFarlane nos han atacado, han invadido las tierras del clan sin provocación. Tú sabes que yo soy un hombre de palabra y respeto nuestra tregua; pero ellos son traicioneros y ruines y han decidido perturbar la paz.

—¿Por qué iban a hacer algo así? Llevamos décadas en paz.

—No lo sé, pero no vamos a quedarnos de brazos cruzados. No tenemos fuerza suficiente para confrontarles de frente, pero vamos a devolverles el golpe. Le he ordenado a Callum que lidere a los hombres para atacarles. Ya conoces a tu hermano, es necio e impulsivo, necesita tu ayuda, Evander —dijo el laird—. Guárdale la espalda a Callum, y no olvides que los MacFarlane son embaucadores, no hables con ellos. Protege a tus hermanos y vuelve a casa, ten mucho cuidado.

—Lo tendré, padre, gracias. No temas, nada les pasará a Callum y a Ewan mientras yo esté allí, te lo prometo —asintió Evander.

—Confío en ti, muchacho.

Evander asintió, y tras un abrazo fugaz el laird hizo un gesto inconfundible para que saliera. Parecía que, después de todo, los planes que tenía con Kaitlyn tendrían que esperar; no podía incumplir la palabra que le había dado a su padre. Por la familia, Evander haría lo que fuera.

***

Hacía una semana que Evander y ella habían celebrado los rituales de Beltane, Kaitlyn quiso seguir en su alcoba de sierva, pero Evander no pensaba aceptar eso. Así que, al caer la noche la cargó en brazos y la llevó a su habitación como a una novia recién casada —que, a fin de cuentas, es lo que era—. Sus escasas pertenencias quedaron olvidadas cuando el guerrero regresó cargando un puñado de vestidos —ninguno de ellos con tartán azul—, y Kaitlyn le abrazó y llenó su rostro de besos. ¿En qué momento había entrado tan profundamente en su corazón? Sus gestos la elevaban y hacían flotar, Evander podía ser implacable, pero también el más detallista de los hombres y generoso de los amantes. Cuando Mary se ofreció a atarle el corsé, Kaitlyn suspiró.

—No es necesario, Mary, nunca he tenido doncella que me vista, y no me avergüenzo de ello —dijo.

—Tal vez, pero ahora estás con Evander, ya no eres una criada como nosotras —señaló la rubia—. Anda, deja de poner peros, no me importa ayudarte. ¡Lo hago con gusto! Mejor ayudar a una amiga que a la remilgada de *lady* Marion.

—Trato hecho, eso no te lo puedo discutir…

Ambas jóvenes se miraron y rompieron a reír. Así fue como las encontró Evander, con Kaitlyn sentada sobre su cama, enfundada en combinación y enaguas mientras Mary tiraba de los lazos del corsé arrodillada detrás de ella. Al verle, la irlandesa se levantó de golpe e hizo una reverencia, pero Evander no se movió.

—¿Te importa dejarnos a solas, muchacha? —pidió.

—Por supuesto, señor Evander —asintió Mary.

—Solo Evander, Mary, te lo he dicho muchas veces.

—Por supuesto, «Evander».

La joven guiñó un ojo a su amiga antes de salir de la habitación y cerrar tras ella. Solo cuando estuvieron a solas Evander encaminó sus pasos al soporte de armas para coger su espada y sus dagas, que comenzó a atar a las cinchas de su cinturón. Kaitlyn le miró, sabía lo que significaba: iba a pelear.

—Un poco temprano para luchar. ¿Vas a un entrenamiento? —tanteó.

—No, y antes de que te enteres por alguien más y creas que te estoy ocultando cosas y te pongas furiosa conmigo, te lo diré directamente: voy a un ataque a los territorios del clan MacFarlane —dijo Evander y continuó al ver que ella se envaraba—. Y no, no tengo voz ni voto en el asunto, Kaitlyn, ha sido una orden directa del laird.

—¿Atacaréis a los MacFarlane? ¿¡Pero por qué!?, ¿qué ha pasado?

—No lo sé, mi padre dijo que han atacado al clan. Debe ser serio, o no habría ordenado un ataque; llevábamos en tregua con ellos mucho tiempo.

Kaitlyn se levantó de la cama y se plantó frente a él, le tomó las manos e impidió que siguiera armándose. La idea de que fuese a guerrear contra Caden, Gareth y Mac la enfermaba, tenía que impedirlo.

—No vayas, Evan, los MacFarlane no te han hecho nada, no merece la pena que viertas tu sangre por eso. Además, si hieres a alguien querido será terrible —pidió.

—Acabo de decírtelo, tengo las manos atadas, muchacha, no puedo contradecir a mi padre cuando ha dado una orden ante el clan o lo desautorizaré —negó Evander—. ¿Por qué te importan tanto los MacFarlane? No son tu clan, no son nada para ti.

—¡Son amigos míos! Si le ocurre algo a Caden o a Gareth mis mejores amigas sufrirán muchísimo. ¡Y eso no lo voy a permitir! Por favor, Evan, no vayas.

—No me lo pidas, Katt, aunque quisiera negarme, no puedo. He dado mi palabra de proteger a mis hermanos; te lo dije, un *highlander* que incumple su palabra no tiene honor.

—¡Al diablo esa promesa! ¡No hay honor en lo que hace tu maldito… el hombre que te acogió! —gritó Kaitlyn—. ¡Ese hombre no es tu padre, no eres más que su juguete!

Sus palabras le sentaron a Evander como un puñetazo, habían sido un golpe bajo, puesto que no conocía a su familia real y Kaitlyn lo sabía. En cuanto vio el dolor reflejado en los ojos celestes de Evander la joven se arrepintió, pero no pensaba retirarlo. Evander se soltó de su agarre y le dio la espalda para terminar de atarse la vaina de la *claymore*, así que Kaitlyn frunció los labios y le abrazó por detrás.

Rodeó su cintura y dejó un suave beso sobre su hombro, logrando que el guerrero se amansara.

—Lo siento, lo que he dicho ha sido horrible… pero es verdad. Evan, no eres prisionero de Alec, eres libre de tomar tus propias decisiones —susurró Kaitlyn sin soltarle, y notó como Evander se tensaba bajo ella—. Elige quedarte conmigo, no quiero que vayas a luchar y salgas herido estando enfadados. Si mueres y mis últimas palabras para ti fueron para maldecirte jamás me lo podré perdonar.

—No moriré —aseguró él.

—Tal vez no, pero si matas a uno de ellos me partirás el corazón. Elige quedarte, por favor, no vayas… Hazme el amor, estoy segura de que disfrutarás mucho más entre mis brazos que empuñando una espada contra alguien que no es tu enemigo.

Mientras lo decía, Kaitlyn bajó una de las manos que tenía sobre la cintura del guerrero para acariciarle el muslo y colarla bajo la tela del *feileadh mor*. Le rodeó la hombría con delicadeza y lo acarició; Evander suspiró, estaba tentado de dejarse llevar. Por ella, lo haría, pero había dado su palabra y no pensaba incumplirla. Si bien, el tono de Kaitlyn era genuino: le importaban los MacFarlane de verdad, y no quería verla llorar como cuando murió Andrew.

—Espíritus… tienes tal poder sobre mí, Katt, que me la pones dura con un simple roce —gimió Evander—. Debería estar bajando al patio ya y aquí estoy, deseándote.

—¿No te lo ha dicho nadie? Soy una diabla, aprendí de un demonio —susurró ella y le rozó el cuello con los labios—. ¿Sigues queriendo marcharte?

—Sabes que no.

—Entonces demuéstramelo.

Dijo esto tras un último roce a su hombría; lo soltó y se alejó. Sabía que podía hacer cambiar de opinión a Evander, su corazón era bueno, no estaba podrido como el de su padre y sus hermanos. Y le gustaba tanto hacer el amor con él que incluso si era desvergonzado y descarado yacer con él a plena luz del día, lo haría de buena gana.

—¿Adónde crees que vas, MacLaren? No puedes dejarme así ahora —gruñó él.

—Ah, ¿no? Ven y dame una lección entonces —rio Kaitlyn.

—Pisas terreno resbaladizo, Katt… no me provoques.

—Vivo para provocarte, Evander.

Se dio la vuelta para encararlo desde su posición junto a la chimenea, se había aflojado el nudo del escote, y no pudo ocultar una carcajada cuando Evander se acercó con las mejillas arreboladas y la tomó en volandas para cargársela al hombro, arrojar los adornos de la repisa al suelo de un manotazo y sentarla encima. Kaitlyn jadeó, incrédula, y el guerrero le abrió las piernas para arrancarle la polaina. La joven chilló, incapaz de contenerse al sentir el miembro caliente de Evander rozar su piel con dedicación. A la primera embestida se sintió desfallecer, una ola de placer la dobló, y Evander no le dio tregua, extendió sus manos sobre sus pechos y la acarició mientras la tomaba con brío. Su éxtasis se elevó, estaba rozándolo… se aferró al borde de madera con las manos, cerró los ojos saboreando ya el orgasmo. Entonces él la soltó y cesó sus embestidas, y Kaitlyn, todavía en sus brazos, abrió los ojos. Evander la miró y se relamió los labios satisfecho de sí mismo.

La vista de él le resultó erótica, su respiración estaba tan agitada que creyó poder morir solo con mirarle. Le latía el corazón en las sienes, y cuando él enarcó una ceja dispuesto a soltarla, sollozó.

—¡Evan! No te atrevas a dejarme así —rugió Kaitlyn.

—Creo que ahora estamos a mano, cariño, tu placer por el mío —señaló él, y al verle la expresión indignada rompió a reír—. Era una broma, si hay algo que disfrute más que tenerte en mis brazos y hacerte mía es verte rozar el cielo. Ven aquí, fierecilla…

Evander la levanto a pulso y la llevó sujetándola de las caderas hasta la cama. Se tendió sobre ella y volvió a embestirla, una y otra vez. A cada choque de sus caderas, Kaitlyn veía las estrellas, como una lluvia de meteoritos al impactar sobre la arena.

—Evander… —sollozó, doblada por el placer.

—¿Qué pasa? —jadeó él—. Dime, cariño… ¿qué quieres?

—Sé que no te voy a detener… eres un hombre de honor. Pero júrame algo al menos…

El guerrero se mordió los labios y aguantó su liberación, quería que ella se corriera primero y notaba las oleadas sacudirla, estaba muy muy cerca de hacerla estallar.

—Habla —dijo.

—Júrame que no matarás a nadie —rogó Kaitlyn, y jadeó cuando él rozó ese lugar que solo Evander conocía—, júrame que si te enfrentas a alguien… no derramarás sangre.

—Lo prometo, cariño, tienes mi palabra de honor.

El orgasmo golpeó a Kaitlyn con intensidad, la cegó un instante, aferró las sábanas y gritó con tanta fuerza que creyó que la habrían oído hasta en el salón. No le importó. Evander se liberó un momento después, derramó su semilla en su interior cual maremoto. Colapsó sobre ella con la respiración acelerada, y Kaitlyn le abrazó.

—Ten cuidado, te lo ruego —suplicó—. Si no vuelves no sé qué haré.

—Volveré; siempre volveré a ti, Katt. No importa lo que pase, ¿me oyes? Siempre te encontraré, aunque deba seguirte por cielo y mar, incluso a la otra vida.

—Te amo, Evan, siempre lo haré.

Evander se incorporó para atrapar sus labios, conquistó su boca con un beso lleno de sentimiento. Sus lenguas se enzarzaron en una batalla, y así se encontraban cuando dos fuertes golpes casi arrancan la puerta de los goznes. Rompieron el beso para mirar a la puerta, pero no fue necesario preguntar quién era, la voz de Callum se oyó, furiosa.

—¡Deja de fornicar y mueve el trasero, Evander, estamos esperándote! —rugió enfadado.

—¡Dame un minuto! —dijo Evander, después se volvió hacia ella con expresión de disculpa—. Seguiremos después, lo siento… te amo. No temas, cumpliré mi promesa.

Dicho aquello se acomodó el *feileadh mor* y se encaminó a la puerta. Kaitlyn le miró por última vez antes de que la puerta se cerrase, y un destello de miedo la invadió. ¿Por qué sentía ese desasosiego en el fondo de su corazón? Sabía que algo estaba a punto de pasar, y no tenía ni idea de qué podía ser.

Capítulo Veintidós



Alec clavó su fría mirada en sus hombres, expectante.

—¡Han llegado, Alec, están en Dumbarton! —exclamó William, uno de los hombres.

—Actuad con normalidad, no tenemos nada que temer —dijo el laird.

«Que empiece el baile», pensó Alec, e hizo una señal para que abrieran las puertas del castillo. La comitiva de los MacFarlane llegaba con pompa, siempre engreídos y fanfarrones. Para sorpresa de los Colquhoun, no solo venían los MacFarlane y su laird, sino el maldito Lachlan Graham, laird del clan Graham; y Duncan MacFarlane, laird del clan MacDougall. Habían traído estandartes y guerreros, venían en son de provocación. Llegaron al castillo de Dunglass escoltados por sus propios hombres, y al entrar al salón fueron recibidos por una corte de miradas hostiles y silencios recelosos. Los candelabros alumbraban, las flores decoraban, la música de laúd y flauta sonaba. Laird Alec aguardaba en su trono acompañado por su esposa; y cerca de ellos, Anna y Elspeth. La primera parecía asustada, la segunda, curiosa.

Elspeth observó a los recién llegados. El laird de los Graham era un viejo de muchos años, tendría casi ochenta, pero parecía sano e imponente: cabello largo recogido en una coleta, ojos fieros y azules, porte de guerrero. El laird de los MacDougall, Duncan, era un MacFarlane, y era guapísimo. Alto, de cabello color miel, ojos verdes y porte gallardo; una cicatriz de quemadura le surcaba el rostro y desfiguraba su ojo derecho. Aun así, le pareció imponente. Y, por último, el archienemigo de su padre, laird Gareth MacFarlane, le pareció un sueño hecho carne: alto, de cabello negro y ojos azules, barba y hoyuelos. Era alto, rondaría los cuarenta y se veía realmente peligroso.

Cuando llegaron a los pies del laird, Alec hizo una mueca.

—Tres jefes de visita en mi castillo, qué honor el mío —dijo burlón—. ¿A qué asunto debo vuestra visita, señores? No es costumbre entre los míos poner los pies en tierras de otro clan acompañados de hombres armados y personarse en su castillo sin haber sido invitados de antemano.

—Creo que me corresponde responder a esa pregunta, Alec Colquhoun —contestó laird Lachlan con voz ronca y amenazante—. Como cabeza de los Graham, lo que ocurra en mis fronteras es asunto mío, y creo que tendrás a bien aclararme por qué los MacLaren sufrieron un ataque a inicios de año en las fronteras de mis tierras.

—Responderé de buena gana, Lachlan Graham, aun cuando vienes aquí a acusarme de afrentas con mal disimulo. No sé qué diablos tiene que ver mi clan conque a los MacLaren les hayan atacado o dejado de atacar —dijo Alec—. ¿Acaso no saben patrullar y proteger sus terrenos? Hay mercenarios y bandidos rondando por todas partes, su incompetencia no es asunto de los Colquhoun.

—Tal vez lo sea el hecho de que tu hermano Donald murió por esas fechas. Una amiga de mi esposa Faith desapareció durante ese ataque —intervino laird Gareth—. ¿Qué tienes que decir? Es mucha coincidencia, ¿no?

—Cuidado con lo que insinúas, MacFarlane; mide tus palabras y no me insultes en mi maldito castillo o te las verás conmigo. Mi hermano Donald murió en el ataque de un oso durante una cacería a finales de

enero; atrévete a insinuar lo contrario y ensuciar su memoria y te mataré yo mismo.

—No osaría, laird Colquhoun, no cuando estamos rodeados de enemigos.

Alec se levantó, furioso, y le fulminó con la mirada. Duncan, Lachlan y los demás llevaron la mano a la empuñadura de sus *claymore*, pero el laird de los Colquhoun no se movió. Tensó y destensó la mandíbula y volvió a sentarse.

—Eres tan salvaje como tus putos antepasados, sucio MacFarlane. No vuelvas a faltarme al respeto, te lo estoy avisando por última vez.

—Muy bien, si tanto te enfurece que hable de tu hermano, tal vez a algún otro no le importe responder —dijo Gareth y miró en derredor de forma casual—. Es raro verte alejado de tus hijos, no he visto a Callum en el castillo.

—¡La vida de mi hijo no es asunto tuyo, MacFarlane! —rugió *lady* Marion.

—¡Silencio, mujer, están hablando los hombres! —La silenció Alec, antes de volverse hacia Gareth con mirada de acero—. Como ha dicho mi esposa, lo que haga mi hijo no es de tu incumbencia, pero, si tanto deseas saberlo, él y su hermano están de caza por los bosques del clan. Qué, ¿acaso quieres ir e interrogarlos también? No te lo aconsejo, mi Callum no es tan paciente como yo y te recibirá con la espada.

—Sí… ojalá lo haga, lo estoy deseando —gruñó Duncan.

El comentario hizo que los ojos del laird, su hija y su esposa se clavaran en él.

—¿Estás amenazando a mi primogénito, laird MacDougall? —inquirió Alec.

—¡Basta de necedades, de fachadas y medias tintas! ¡Habla ya, cabrón, sé que tienes a mi hermano Evander secuestrado! —rugió Duncan y sacó la *claymore* para apuntar a Alec. Los Colquhoun les apuntaron, y la situación se descontroló—. ¡Di ahora mismo que has hecho con él o te abriré en canal!

—Tranquilízate, Dunn —masculló Gareth.

Laird Alec sacó su propia espada y bajó para enfrentarse a Duncan; el MacFarlane se adelantó, pero Gareth alzó un brazo y

retuvo a su primo. Entonces Elspeth, que había escuchado la conversación con curiosidad primero y pánico después, entendió lo que estaba pasando. El origen de Evander le había resultado un misterio… hasta ahora.

—¡Basta ya, parad! —chilló la joven y saltó para ponerse en medio de ambos—. Laird MacDougall, no sabemos de qué estás hablando, no hemos secuestrado a nadie. Bajad las armas antes de que alguien resulte herido, por favor.

—Escudarse tras una mujer, Colquhoun… ¡vivir para ver! —resopló Lachlan.

—¡Callad! Me habéis colmado la paciencia, ¡todos vosotros! —escupió Alec—. Estoy harto de esta reunión; venís a mi castillo sin ser invitados; insultáis a mi hermano y a mis hijos; me acusáis de atacar a los MacLaren y de secuestrar a un MacFarlane. ¡Dad gracias que no os rebano la cabeza por vuestras ofensas! Añadid una sola palabra y os encerraré en mis mazmorras sin importar las consecuencias. Ahora, largo de mis tierras, he escuchado vuestra perorata y no tengo nada que añadir a lo que ya he dicho. ¡Fuera!

—¡No me iré sin registrar este castillo! ¡Sé que tenéis a Evander! —insistió Duncan.

—¡Guardias! Expulsad a estos invasores, no son bien recibidos en Dunglass.

Los *highlanders* Colquhoun se acercaron, y los del grupo de Gareth se prepararon para dar batalla. La situación se había salido totalmente de control, y de nuevo Elspeth se vio forzada a intervenir si no quería que se derramara sangre en el salón.

—¡Espíritus y *Fae*, parad! —chilló, y detuvo la espada de uno de los Colquhoun con la mano, cortándose la palma al hacerlo—. Por favor, marchaos, Evander no está aquí, no tenemos a nadie secuestrado. Os lo ruego, hay mujeres presentes…

Aquello pareció calmar a Duncan, que bajó la espada y la envainó; su mandíbula estaba tensa y sus antebrazos duros como una roca, pero dio un fugaz asentimiento antes de volverse hacia su primo y agachar la cabeza. Gareth hizo una señal a sus hombres, y los guerreros guardaron las espadas. Se volvió hacia Alec una última vez.

—Nos vamos porque lo ha pedido tu hija, por respeto a las mujeres que no tienen por qué verse en medio de una pelea —dijo Gareth—. Pero esto tenlo bien presente, Alec Colquhoun, no hemos dicho nuestra última palabra. Vamos, muchachos, nos vamos.

Alec gruñó, pero no trató de detenerlos a pesar de que le ardían los dedos por alzar la espada y atravesarle la espalda al cerdo de Gareth. Ahora más que nunca Evander era importante, tener la correa con la que lo mantenía bien sujeta. Si mataban a Gareth, su hermano y primos, podría poner a Evander a la cabeza de los MacFarlane, convertirlo en su títere y hacerles pagar siglos de traición y humillación. Evander era suyo, la pieza necesaria en su venganza. Por eso no lo había matado cuando Callum lo capturó, porque siempre había sido su plan utilizarlo para vengarse de los MacFarlane.

Primero, por la traición a los Colquhoun que hizo que los masacraran los ingleses.

Segundo, porque quería poder, y tener el control de un clan poderoso le haría ganar mucha autoridad en el sur de las Highlands.

Tercero, porque quería ver sufrir a Gareth y a Caden en sus carnes: que lloraran sangre y lágrimas. Su abuelo, Gregor MacFarlane, era un hijo de puta al que odió con todas sus fuerzas. Masacró a su abuelo y a su padre, y eso iba a hacérselo pagar a sus nietos.

Así que dejó que se fueran, que Evander actuara y les apuñalara en el alma, sería más dolorosa la herida si venía de su hermano al que amaban que de él mismo. Sí, el destino era caprichoso, y los dioses estaban a su favor, eso los cielos lo sabían.

***

La travesía a tierras MacFarlane les llevó varias horas, el sol había caído cuando alcanzaron la frontera entre ambos clanes. A Evander le pesaba el corazón, algo dentro de él le decía que lo que estaban a punto de hacer era un error, que iba a traer consecuencias. Sin embargo, guardó el desasosiego que sentía y cabalgó a toda velocidad al lado de Ronald y Malcolm, a la vera de Callum e Ewan, que iban a la cabeza de la comitiva. No había ánimo de charla en el

grupo, y las siguientes dos horas pasaron en silencio, solo roto por los relinchos de los caballos y el ruido de los cascos sobre la piedra del río. Acababan de cruzar el rio Loin, así que estaban oficialmente dentro de las tierras del clan MacFarlane. Evander se adelantó para posicionarse junto a su hermano, Callum le miró de refilón, estaba enfadado, y Evander no tenía ganas de preguntar por qué.

—¿Cuál es el plan? —inquirió Evander.

—El plan es sencillo, en cuanto alcancemos la primera aldea los pasamos a cuchillo —declaró Callum sin mirarle—. Cogeremos todo lo que tengan. Vamos a hacer que se acuerden de nuestro nombre.

—¿Eres imbécil, Callum? No podemos hacer eso.

Callum se volvió, furioso, sin dar crédito a lo que acababa de decir.

—¿Qué me has llamado? —masculló incrédulo.

—He dicho que si eres imbécil —contestó Evander—. Si hacemos eso nos atacarán, padre fue muy claro al respecto. Robaremos, si quieres, pero no vamos a matar a nadie, y menos a aldeanos indefensos.

—¿Te has vuelto un amanerado o qué? ¡Mataremos al que veamos! ¡Soy el líder de la compañía y obedecerás mis ordenes! Oh, y vuelve a insultarme, Evander, y te parto la boca.

La tensión se podía cortar en el aire, Ewan tenía una sonrisa de suficiencia, pero Ronald se había puesto tenso como una rama de avellano. Ninguno dijo nada y cabalgaron en silencio hasta que las luces de unas casas se dibujaron en el horizonte. Subieron a una colina para observar el panorama y desmontaron. La noche hacía difícil ver bien, sin embargo, brillaba una gran luna llena que alumbraba lo suficiente para distinguir una manada de bisontes de varios cientos de ejemplares. A lo lejos había casas, al parecer estaban ante una granja grande, Callum sonrió y se frotó las manos.

—Es perfecto, robaremos unos cuantos animales y dispersaremos al resto. Además, dudo que haya más de una decena de hombres, podremos con ellos, así que estad atentos —dijo el moreno.

—¿Cómo lo hacemos, hermano? —preguntó Ewan.

—Escucha atentamente, hermanito, no quiero accidentes. Iremos primero a por las casas, que un par de vosotros vaya a los cercados y libere a los animales. Mientras, el resto mataremos a los de la granja,

después seremos libres de pastorear a los bisontes sin que nos molesten.

—¿Quiénes irán?

—Colmac y tú iréis a por los bisontes, los demás vendréis conmigo —dijo Callum—. ¿He hablado con claridad? ¿me habéis entendido?

—Perfectamente, Callum —asintió Ronald.

—Sí, jefe —dijo Colmac.

Evander no dijo nada, se limitó a asentir y Callum sonrió. Volvieron a los caballos y cabalgaron loma abajo hacia la granja. Al resguardo de la noche, encontraron los cercados y toparon a un par de vigías; Callum sacó su arco y le atravesó el cuello a uno, Ronald se encargó del otro. Avanzaron hacia la granja y desmontaron, tal como había dicho Callum, Ewan y Colmac se alejaron hacia los animales para abrir las barandas de madera que protegían a los bisontes. Sin embargo, apenas habían puesto los pies en el cercado, el grito de una mujer les alertó y se vieron descubiertos. La situación se descontroló y una campana empezó a sonar. Evander supo que el plan se había ido al diablo cuando un puñado de *highlanders* fuertes como toros salió de la casa grande y el enfrentamiento se hizo inevitable. Callum maldijo entre dientes y se lanzó a luchar.

Evander e sentía tan mal… como si algo le impidiera hacerlo. Se quedó parado en medio del prado, un ataque estuvo a punto de derribarlo, pero se agachó en el último momento y rodó para encontrar a un tipo que se le quedó mirando como si no diera crédito a lo que estaba pasando.

—¿¡Evander!? —preguntó incrédulo.

—¡Aléjate, no me hables! —rugió él y alzó la espada—. ¡En guardia!

—¡Evander, chico, soy yo, Fergus! —bramó él hombre mientras se defendía de él—. ¿¡Qué te pasa!? ¡Reacciona, muchacho, soy yo!

—¡Silencio!

Evander arremetió y lucharon, empezó a ganar terreno al granjero cuando una mujer armada con un rastrillo se acercó corriendo dispuesta a apuñalarlo. Sin embargo, apenas le vio, la mujer, rolliza y pelirroja, se detuvo en seco y abrió la boca como una cueva.

—¡Pero si es Evander! —exclamó perpleja—. ¡Fergus, es….!

—Sí, lo sé, ¡se ha vuelto loco! —contestó el tal Fergus.

—¡Evander, muchacho, somos nosotros, los MacLean! ¿Qué haces con esta gente?

Estaba a punto de responder cuando Callum llegó y lo tomó del brazo, sangraba por un costado y en su frente había una brecha. Evander no se movió, se sentía dividido, esas personas parecían conocerle, le hablaban como si le conocieran y quería preguntar. Pero Callum estaba herido y seguía tirando de él.

—¡Muévete, mierda, Evander! —bramó Callum—. ¡Nos vamos!

—¿Qué ha pasado? —dudó él.

—¡Que nos han superado, si nos quedamos nos matarán!

Ewan y Colmac seguían en los cercados, y la idea del chico atravesado por una *claymore* fue demasiado para Evander, le hizo reaccionar. Asintió y echó a correr junto a Callum para perplejidad de los granjeros, que le llamaron en vano. Por suerte, el menor de los Colquhoun estaba ileso, así que corrieron con el rabo entre las piernas y saltaron a las sillas de sus caballos para volar en la noche de regreso al castillo de Dunglass. El ataque había salido muy mal, y de quedarse peligrarían sus vidas. Que el sol de la mañana trajera una nueva oportunidad, lo más importante era salvarse. Y, en el caso de Evander, apagar el incendio que le ardía en el pecho amenazando con tragárselo.

¿Quién diablos eran esas personas?

¿Por qué le hablaban con cariño, como si le conocieran de antes?

¿Quién diablos era?

Capítulo Veintitrés



Gareth suspiró, aquella estaba resultando una mañana estresante. Tras el regreso de Dumbarton, su suegro se había quedado unos días en el castillo de Inveruglas para estar con sus nietas y bisnietos. Y, cuando no estaba con ellas, se reunían en consejo para tratar el tema de los desaparecidos en un intento por resolver el misterio. Duncan había tenido que volver a Oban, como laird, no podía dejar a los MacDougall, y como marido y padre, la distancia de Grace y Keith le pesaba en el alma. Si bien, antes de partir le hizo prometer a Gareth que, si tenían alguna pista sobre su hermano, le escribieran y vendría raudo como el viento. Entonces partió, y Lachlan partió, y las cosas se calmaron.

Esa mañana se levantó calurosa, se acercaba el festival de Midsommar y había mucho que organizar; había encargado manjares para el gran festín, así que no le sorprendió la visita de Fergus MacLean. El hombre era buen amigo de la familia, les había visto crecer desde que nacieron, y surtía al clan MacFarlane de carne y pieles de bisonte. Cuando cruzó el patio y se adentró en el castillo le hicieron pasar al salón, estaba colorado como el tartán de los MacFarlane, y una vez le anunciaron su llegada Gareth sonrió.

—Me alegro de verte, Fergus, espero que hayas tenido un buen viaje —saludó.

—Pues no demasiado, he venido corriendo como si me siguiera el diablo —dijo el granjero y tosió—. Cristo Bendito, ¿podemos ir a las cocinas? Si no tomo un buen potaje de vegetales y un zumo de frutas me va a dar algo, estoy jadeando como un cerdo.

—Por supuesto, podemos hablar allí. Te acompañaré con una copa.

—Buena idea, te va a hacer falta cuando oigas lo que voy a decir.

Gareth enarcó las cejas, pero Fergus no se explicó y caminaron hacia las cocinas. El ambiente era de ajetreo, Elaine, la gobernanta del castillo de Inveruglas se sorprendió al ver allí a los dos hombres y puso los brazos en jarra.

—Pero bueno, ¿es que no tenéis otro lugar para reuniros? Tenemos mucho que cocinar, ha llegado la carne de caza y hay que despiezarla, Gareth —señaló Elaine—. Buen día, Fergus, me alegro de verte sano y fuerte. Aunque un poco más colorado que la última vez. ¿Todo bien?

—*Aye*, sí, muerto de hambre y sudando, he venido con prisa —dijo Fergus—. Elaine, sírveme un guiso ¿quieres? Algo se te ocurrirá.

—Por supuesto, tenemos sopa de almejas. ¿Y tú, muchacho, quieres un plato?

—Comeré más tarde con la familia; aunque no rechazaré un *whisky* con miel —asintió el joven laird.

—Muy bien, esperad, ahora os lo sirvo —sonrió ella.

Una vez se hubo alejado para hablar con las sirvientas, Fergus se dejó caer sobre una de las sillas y tamborileó los dedos sobre la piedra, Gareth le observó, se le veía nervioso y aquello no le gustaba, se olía que algo malo estaba pasando.

—Te noto agitado, amigo. ¿Ha pasado algo? ¿está bien tu esposa, o los chicos? —preguntó Gareth—. Si necesitas algo, solo pídelo, Fergus, te ayudaré.

—Estamos bien, bueno… lo bien que se puede estar después de un ataque —contestó el MacLean, y tomó una cereza de un cuenco que una moza joven le ofreció—. Mi hijo está herido, pero no es nada

serio, unos puntos y un par de semanas en cama y como nuevo. Putos Colquhoun…

—¿Colquhoun?, ¿de qué estás hablando?, ¿qué ha pasado?

Fergus suspiró.

—Hace cuatro días, por la noche, un grupo de jinetes atacó la granja, no eran más de cinco o seis, y eran del clan Colquhoun, lo puedo jurar, son tan necios para atacar vistiendo el tartán de su maldito clan: azul y negro con rayas rojas —explicó—. Estábamos cenando cuando oímos un grito, era Isbeth, mi nuera, la esposa de mi Willy, chillaba como una gorrina en el matadero.

—¿Está bien, salió herida? —inquirió Gareth.

—Ah, sí, corrió a la casa como una potrilla, pero sea como fuere sus gritos nos alarmaron y gracias a ello nos dimos cuenta de que nos atacaban. Cogimos las armas y salimos, solo para ver que estaban en nuestra puerta. ¡A las malditas puertas de mi casa! —rugió Fergus, y dio un golpe sobre la encimera—. Lo siento, ¡pero me hierbe la sangre!

—Lo entiendo, sigue, por favor.

—Bueno, como comprenderás, atacamos de vuelta; si creían que podrían irse como si nada iban listos… mi hijo hirió a uno, y creo que era el hijo de Alec Colquhoun.

Aquello sorprendió a Gareth; si lo que decía Fergus era cierto, y no tenía duda de ello, todo encajaba. Cuando Lachlan, Duncan y él estuvieron en el castillo de Dunglass, no vieron rastro de Callum; lo cual era sospechoso como poco, dada su lealtad a su padre. Debía estar atacando sus tierras mientras ellos estaban allí. ¡Maldito fuera!

—¿Y qué pasó, está muerto, escapó, o qué? —insistió Gareth.

—No, ese perro no moriría ni aunque lo empale mi *claymore*, ¡mal rayo lo parta! —bufó Fergus—. Sin embargo… Gareth, muchacho, creo que hay algo que debes saber. Uno de los hombres que nos atacó era Evander, tu primo.

—¿¡Cómo!?

—Lo que oyes, lo enfrenté yo mismo, luché contra él cara a cara, ¡por los cojones de mi abuelo, casi me mata! Si no llega a venir mi Anna, no lo hubiese contado.

—No puedo creerlo… me niego a creerlo —jadeó Gareth.

—¡Créelo maldición, te estoy diciendo la verdad! —rugió Fergus.

El grito alertó a las sirvientas, que se volvieron a mirarlos con recelo. Elaine regresó en ese momento con una bandeja, sobre ella había un plato de guiso, una jarra de zumo y una copa de whisky con miel ámbar. Al ver las caras de ambos hombres arrugó la nariz.

—¿Qué está pasando aquí?, ¿a qué vienen esas caras? —preguntó.

—Fergus dice que ha visto a Evan —susurró Gareth.

—¡Eso es una gran noticia, muchacho! Vamos, hay que decirs…

—Con los Colquhoun, Elaine, ayudándolos como uno más.

Elaine abrió la boca, pero volvió a cerrarla y se llevó la mano al pecho. Su mirada se tornó triste, y al romper el silencio su voz sonó temblorosa.

—Más vale que estés bromeando, Fergus, si mi muchacho está secuestrado y esos desgraciados le están obligando a hacer maldades, hay que sacarlo de allí cuanto antes —dijo, parecía a punto de llorar, como una abuela que sufre por su nieto—. Habla, por Dios.

—No le estaban obligando, luchó conmigo por propia voluntad. Aunque, la verdad sea dicha, no pareció reconocernos ni a mí ni a mi esposa —confesó Fergus y se limpió el sudor antes de volverse hacia el plato para hundir la cuchara y dar un trago de guiso—. Creo que le han hecho algo, parecía confundido, como un perro apaleado.

—¿Estás seguro de que era Evander, no te habrás confundido? Hace muchos años que no ves a mi primo, más de una década, Fergus —insistió Gareth.

—¡Conozco a ese chico perfectamente, Gareth, no me insultes! ¡La de veces que lo he llevado a marcar y esquilar bisontes con tu difunto tío y tu padre! ¡Era Evander!

El laird tragó saliva, aquello no tenía ningún sentido, y a la vez tenía todo el sentido del mundo. ¿Por qué no habían tenido ninguna noticia de Evander desde hacía seis meses? Porque los Colquhoun lo habían secuestrado y, de alguna manera, confundido su mente. Todo encajaba: la muerte de John, el ataque a los MacLaren, la desaparición de Kaitlyn, el secuestro de Evander. Sin duda, Kaitlyn estaba también en sus garras. Aquello era una declaración de guerra, y por la memoria de los MacFarlane lo juraba: los iba a aplastar.

La puerta de la cocina se abrió de golpe para dar paso a Mac, Rhona y Faith. Al ver a su marido, la joven cruzó la cocina y lo envolvió en un abrazo; Gareth besó la coronilla de Faith y clavó la mirada en Mac, que parecía desencajado.

—¿Es verdad? Di, Gareth, ¿es cierto? —jadeó Mac—. Miren nos lo acaba de decir, lo han oído todas las criadas. ¿Los Colquhoun tienen a mi hermano?

—Eso parece, Mac, no sabemos como ni por qué, pero de que está con ellos, está. Fergus luchó contra él hace dos días, e iba con Callum como uno más de sus hombres —dijo Gareth.

—Y enfundado en un *feileadh mor* Colquhoun además —añadió el granjero.

Mac rugió y arrojó los platos y las copas al suelo en un arrebato.

—¡Eso es imposible, mi hermano no lucharía contra nosotros, y menos con los Colquhoun! Han tenido que hacerle algo.

Boqueaba, estaba furioso y dolido, Rhona se acercó y la acarició la espalda para consolarlo. Mac se dejó hacer en brazos de su amiga, y la joven miró al laird con una expresión rara en ella.

—Escríbele una carta a mi abuelo ahora mismo y dale las nuevas, no dudará en traer al ejército de los Graham —dijo Rhona—. Lo que han hecho los Colquhoun es un acto de guerra, ¡han raptado a Evander y hay testigos de ello!

—Antes de nada, quiero ir a hablar con mi hermano, no se qué le han hecho esos perros, pero tengo que ayudarle —dijo Mac—. Gareth, déjame ir a Dumbarton con Duncan y Caden; si hay alguien que pueda hacer entrar en razón a Evander somos nosotros, su familia. Cuando lo tengamos con nosotros me encargaré yo mismo de Callum y su maldito padre.

—Eso es demasiado arriesgado, Mac, no quiero dar un paso en falso. Si permito que vayáis solos a Dumbarton os matarán antes de que podáis ver a Evander.

—No podemos esperar, la vida de Evander puede correr peligro, y la de Kaitlyn también.

—Y no vamos a esperar: escribiré a Duncan y a Lachlan, y también a Robert MacLaren. Ahora más que nunca tengo claro que los Colquhoun tienen a Kaitlyn, su padre y su hermana deben saberlo.

—Entonces debe estar con Evander, deben conocerse —intervino Faith, su voz sonó esperanzada—. ¿Crees que es posible, amor mío, que se hayan encontrado?

—Si hay alguien capaz de ganarse a mi primo, esa es Kaitlyn, Evan siempre ha sido un trozo de pan con miel. Dios, no me puedo creer que esté pasando esto…

La sensación general era de esperanza, de que al fin habían encontrado un hilo del que tirar y poder recuperar a su primo y a su amiga. Una nueva resolución les invadió: iban a llevar aquello hasta las últimas consecuencias.

Capítulo Veinticuatro



Hasta las trancas. Así de enamorada se hallaba, razonó Kaitlyn, tumbada sobre la espalda de Evander, que dormía con la boca entreabierta relajado y feliz. La luz del sol bañaba la torre y dotaba a su cabello, ya de por sí hermoso, de un matiz dorado amelado. Kaitlyn sonrió y se incorporó sobre los codos para observarle, Evander tenía las pestañas más frondosas y tupidas que le había visto a un hombre, de un castaño precioso, y sus pecas adornaban de forma adorable sus mejillas sonrojadas por el calor del lecho. Su corazón latía con fuerza, quería mimarlo, hacerlo sentir tan seguro y feliz como él lo hacía con ella; si tan solo estuvieran en Balquhidder su vida sería perfecta. Pero no estaban en su hogar, y sabía que debía convencer a Evander de marcharse de Dumbarton si quería llevar una vida plena con él a su lado, lejos de las garras de ese clan.

Alejó esos pensamientos. El heredero de los Colquhoun llevaba semanas sin molestarla, desde los ritos de Beltane, y esa tregua le estaba dando la vida a Kaitlyn: ignoraba el motivo y no pensaba cuestionarlo. Habían pasado cuatro semanas, un mes completo desde que hizo el amor con Evan en la cueva, habían abierto una puerta que no quería cerrar jamás: reía junto a él; trabajaba para ayudarlo

en las visitas por las tierras del clan; comían juntos cuando él no estaba haciendo sus mandatos para Alec; se sentía como su esposa. «*Era*» su esposa. Y esa mañana tenía ganas de demostrarlo. Se agachó para dejar un beso sobre su cuello, y luego sobre su nuca, hasta sembrar un camino por su columna. Llegó a su trasero, que mordió con delicado descaro, juguetona, y Evander sonrió aún con los ojos cerrados. El sonido de su risa la hizo sonreír, y no detuvo sus atenciones.

—¿Te has despertado con hambre de mí, fierecilla? —bromeó él.

—Siempre tengo hambre de ti, *highlander*, pero tengo aún más hambre de algo más.

—Oh, ¿y qué es eso?

—¡De tu risa! —señaló Kaitlyn.

Apenas lo dijo se sentó sobre él y comenzó a hacerle cosquillas a dos manos. El rubio se dobló, era increíblemente sensible, tenía cosquillas hasta en las cosquillas, así que invirtió las posiciones y contraatacó, atacando la cintura desnuda de Kaitlyn. Lucharon entre las sábanas, riendo y robándose besos hasta que el lecho pareció un revoltijo de mantas arrugadas y cojines desparramados. Al final, Evander cayó rendido encima de ella y Kaitlyn le acunó el rostro con las manos, gesto que él imitó, acariciando sus mejillas con los pulgares antes de inclinar el rostro para atraparle los labios. Fue un beso tranquilo y profundo, un baile de lenguas sin prisa, caliente.

Se besaron durante largo rato, enredando sus brazos y sus piernas al calor del otro, rozando sus pieles desnudas, Kaitlyn sentía que su cuerpo vibraba por él; se arqueó en busca de contacto, pero Evander, a pesar de estar medio duro, no hizo nada por tomarla.

—Buen día, preciosa —susurró.

—Buen día, Evan —saludó Kaitlyn.

—¿Qué planes tienes hoy?

—¿A parte de remolonear contigo y hacer el amor hasta saciarme? Ninguno. Pensaba ayudar a Mary y a Eara, estamos haciendo un ajuar para Anna, ahora que por fin está encinta está muy ilusionada. ¿Y tú?

—Pensaba pedirte que me acompañes. Por más que me apetezca abrirte las piernas y perderme entre tus muslos, no puedo, tengo que

ir a Bowling —admitió.

El dato sorprendió a Kaitlyn y enarcó las cejas sin esperarlo. Esa era la misma aldea en la que Evander y ella habían atrapado aquella bestia juntos, el jabalí semental.

—¿Se les ha vuelto a escapar el jabalí? —preguntó curiosa.

—No, uno de los granjeros de Dumbarton ha perdido parte del rebaño de vacas de mi padre; como aquí no hay tanto pasto al ser un terreno bajo, las llevó a los prados de las montañas y se quedó dormido. No le culpo, pero fue un error. En cuanto se dio cuenta de que faltaban vino a pedir ayuda, son *Hairy Coo*, muy valiosas.

—¿Lo sabe ya el laird?

—Claro, él ha sido quien me ha pedido que las encuentre y las traiga —asintió él.

—¿Y el granjero? —dudó Kaitlyn.

—Irá con nosotros, si al final decides acompañarme.

—Por supuesto que iré, no pienso dejar ni una sola vaca extraviada. Si no, a saber qué castigo horrible impondrá laird Alec al granjero —resopló la joven.

Evander se incorporó con el ceño fruncido. Sabía lo que sentía Kaitlyn por Alec, pero no todo en la vida era blanco o negro, ese hombre no era el monstruo que ella decía.

—No tendré en cuenta tus palabras, la situación que te ha tocado vivir es dura, pero estás siendo injusta con él. Mi padre es un hombre justo, ante todo, no haría lo que dices.

«Ha matado por menos», pensó Kaitlyn, pero se mordió los labios.

—De acuerdo, Evan, olvida lo que he dicho, lo siento —dijo, y sonrió—. Vamos, deja que te ayude con el *feileadh mor*, acabaremos más rápido si te lo ato yo.

—¿No será más bien que deseas ponerme las manos encima, diabla?

—No sabía que tenía que usar triquiñuelas para eso —señaló Kaitlyn y se irguió para atraparle la boca en un beso fugaz, que Evander devolvió de buena gana—. Si quisiera seducirte no tengo más que pensar qué harías tú y hacerlo; naciste descarado, Colquhoun.

—Una bendición para ti, ¿verdad?

Ambos se miraron con sendas sonrisas antes de robarse un último beso y que él tomara a Kaitlyn para dar vueltas con ella entre los brazos y posarla en el suelo junto a la ventana, donde estaban el baúl y su *plaid* arrugado. La joven extendió el *feileadh mor* y se lo pasó por el hombro y la cintura, después se agachó junto al baúl y sacó sus ropas; ya no le importaba mostrar su desnudez ante él.

Cuando se volvió, el guerrero estaba vestido y calzado.

—¿Vamos? —preguntó Evander.

—Sí, vamos —confirmó ella.

Salieron de la habitación dispuestos a bajar a las caballerizas. Salieron del castillo, y apenas pusieron un pie en las escaleras el alboroto les indicó que algo raro pasaba. Corrieron, y al llegar al patio lo vieron: un grupo de *highlanders* del castillo de Dunglass rodeando un poste de madera; una multitud se había reunido para fisgonear, y Kaitlyn lo entendió. Atado al poste había un hombre de unos cincuenta años, sin camisa, con el *feileadh mor* bajado. Tenía la espalda marcada con sendas líneas de sangre, y Ronald sostenía un látigo. A Kaitlyn se le abrieron los ojos como lunas, pero fue Evander el primero en reaccionar.

—¡Ronald! —rugió Evander—. ¿¡Qué diablos crees que haces!?

—Ah, Evander, eres tú —dijo el guerrero calvo—. Cumplo ordenes, un castigo.

—¿Un castigo dices? ¿Un castigo por qué? ¿¡Quién lo ha ordenado?!

—Tu padre, laird Alec, en persona. Quiere darle una lección al incompetente este, si los lobos han matado a alguna de sus reses se lo cobrará de su jornal, pero antes debe aprender disciplina. Sus palabras, no las mías —contestó Ronald.

—¿¡Y le has abierto la espalda a este hombre por unas vacas!?

Ronald se encogió de hombros como si no le importara en absoluto y Evander tensó los músculos de la mandíbula, temblaba de furia. El mayor alzó el látigo para seguir golpeando, pero Evander le detuvo, sosteniendo su antebrazo con la mano con fuerza.

—Basta ya, ha sido suficiente —advirtió Evander.

—Tu padre ha sido claro, muchacho.

—Hablaré con él, lo que tenga que tratar que lo trate conmigo. Vuelve a alzar el látigo y te corto el brazo, ¿me has entendido, Ronald?

El granjero jadeaba, a todas luces muy adolorido, así que Evander soltó a Ronald y se acercó al poste para cortar las ataduras de sus muñecas y liberarlo. Cayó hacia adelante con un gemido, pero Evander lo atrapó antes de que llegara a golpearse contra el suelo.

—Lo siento mucho, Finlay, haré que el druida te cure las heridas —dijo.

—N-no te disculpes, Evander, muchacho… es culpa mía… —contestó el granjero.

—Hablaré con mi padre, no te castigarán más, te lo prometo.

Se levantó despacio, sosteniendo al hombre herido por los hombros, y apenas había dado un par de pasos cuando una voz lo detuvo en seco e hizo que se volvieran todos excepto Evander, que continuó firme y de espaldas. Los pasos ligeros como los de un duendecillo de Ewan resonaron por las escaleras y por el patio hasta detenerse.

—Bonita demostración de deslealtad, querido hermano. ¿Así es como pagas el amor de nuestro padre, desautorizándolo delante de todos? —se burló Ewan.

—La deslealtad es la que ha cometido él con su gente tratándolos como a escoria —contestó Evander aún de espaldas—. Si no tienes el cariño de los tuyos no eres nada.

—¡Suelta a ese granjero, Evander! ¡Debe recibir su merecido!

—¡Cállate ya, infame, eres un desalmado! —rugió Kaitlyn.

Le plantó un derechazo en la nariz, que empezó a sangrar, y Ewan chilló.

—¡Maldita seas! —gritó él con ambas manos taponando su nariz.

—¡Eres ruin y cruel, como tu padre y tu hermano! —dijo ella—. ¡Vuelve por donde has venido, no tienes lo que hay que tener para ser familia de un laird!

—¡Ronald, haz algo! Golpéala o… ¡lo que sea!

—Lo siento, chico, no me está permitido tocarla —suspiró Ronald y elevó la voz—. ¡Ya está bien de tanto espectáculo! ¡largo, todos, a trabajar!

La multitud de la plaza comenzó a dispersarse y Ronald sacó a Ewan a empujones, puesto que el pelirrojo quería ir a golpear a Kaitlyn. Sabía que, si lo intentaba, no solo la muchacha le superaría, sino que Evander le propinaría tremenda paliza. No, tenía que salvar su trasero de niño malcriado. Aquella escena iba a traer cola, en cuanto Callum y Alec se enterasen de la actuación de Evander. Fuera como fuese no era asunto suyo.

Cuando hubieron salido de la plaza, Evander caminó hacia las escaleras y sentó a Finlay; el granjero estaba mal, pero alcanzó a sonreír un poco. Kaitlyn se acercó y sacó un pañuelo para limpiar la sangre que le resbalaba por los hombros hacia los brazos; se le revolvió el estómago, como si el aroma de la sangre le diera nauseas.

—Vuestro laird es una bestia —susurró la joven—. ¿Cómo ha podido ordenar esto?

—No lo sé, pero no puedo defenderle, estoy consternado… Tal vez no pueda hacer mucho, pero iré y capturaré a esas reses yo mismo si con ello le evito el castigo a Finlay —dijo Evander y le miró—. Dime, ¿recuerdas dónde quedaron las vacas la última vez?

El granjero asintió.

—A las afueras de Bowling, junto al río —dijo.

—Bien, entonces allí es donde empezaré a buscar. ¿Vienes, Katt?

—Por supuesto que iré, dame un minuto —dijo Kaitlyn y se volvió hacia Finlay—. Quédate el pañuelo, no te preocupes y ve a buscar a Greig, seguro que algo podrá hacer para aliviarte.

—Gracias, muchacha, eres muy amable. Y tú también, Evander, si no llegas a hacer nada… pero no tenías que haberte metido, a laird Alec no le va a gustar.

—Que lo hable conmigo, lo encararé de buena gana —dijo Evander.

Sin querer añadir más, el rubio salió del patio a largas zancadas, Kaitlyn tuvo que correr para alcanzarle. La escena que acababan de vivir era desmoralizante, el corazón de Evander se había roto, porque, aunque sabía que las cosas que hacía el hombre al que llamaba padre eran por el bien del clan, no por ello dolía menos comprobar su crueldad. Kaitlyn lo llamaba «monstruo», y él estaba

empezando a creerlo también. Estaba empezando a cuestionárselo todo.

¿Quién diablos era realmente Alec Colquhoun?

***

El viaje a Bowling les llevó un par de horas, pero la travesía, a pesar de ser un día radiante y soleado bonito en las Highlands, se sucedió sombrío y silencioso. Evander cabalgaba en *Suspiro* y Kaitlyn a lomos de uno de los caballos de las cuadras, un frisón negro puro. Habían cruzado el valle y trotaban a paso tranquilo por el bosque, bajo el susurro de las hojas y el canto de los pájaros. Y llegó un punto en que el silencio pareció aplastar el corazón de Kaitlyn, no soportaba ese silencio pesado como una piedra entre los dos: quería oír la risa de Evander, sus provocaciones, ¡incluso sus regañinas y sarcasmos! Cualquier cosa sería mejor que verle abatido como un perrito abandonado. Frunció los labios y se adelantó hasta quedar a su altura; Evander no la miró, pero relajó la postura.

—Casi hemos llegado a Bowling —dijo ella para romper el hielo.

—Sí, pero vamos a pasar de largo, las vacas estarán en los prados, más arriba —contestó Evander—. Lamento que este viaje no sea lo que esperabas, Katt, no estoy siendo la mejor compañía.

—No lo menciones, todos tenemos derecho a sentirnos abatidos, tú no ibas a ser menos. No tienes que ser fuerte constantemente, Evander, eres humano, y como tal tienes sentimientos y debilidades; puedes confiar en mí y abrirme tu corazón sin miedo, cariño.

El *highlander* asintió y se volvió para, finalmente, sonreír de medio lado. La sonrisa la envalentonó un poco y una idea comenzó a tomar forma en su cabeza: tenía que subirle el ánimo y conocía una buena forma de hacerlo. Espoleó al caballo para adelantar a *Suspiro* y quedar frente a frente con Evander; trotaba hacia atrás sin soltar las riendas.

—¿Qué haces? —dudó él.

—Darte una pequeña muestra de mi maestría con las riendas —bromeó Kaitlyn—. Nunca volvimos a competir después de nuestra

aventura en el lago, así que, si no estás asustado de perder contra mí, te propongo algo: una apuesta, a ver quién atrapa más vacas.

—¿Apostar tú contra mí a ver quién cabalga mejor?

—Sí, será divertido, creo que ambos necesitamos animarnos, y de paso haremos mover las patas a estas bellezas —explicó ella y le dio una palmada cariñosa a su frisón—. ¿Qué dices, te atreves?

—¿Cuál será el premio si gano?

—Eso tendrás que decidirlo tú, sea lo que sea te lo concederé.

Evander soltó una risa sincera, aquello le había divertido de verdad.

—¿Incluso si pido un retrato tuyo más desnuda que el día que naciste? —comentó—. Tal vez lo haga, me alegraría las mañanas admirar tu belleza reflejada.

—¡Jesucristo, eres el hombre más insufrible que jamás he conocido! Fíjate que sí, te lo concederé, posaré para ti si tienes a bien pintarme —resopló Kaitlyn—. Sin embargo, no colgaré ese cuadro en Dunglass, sino en Balquhidder, eso sí que lo juro. ¿Aceptas?

—Trato hecho, veré ese precioso cuadro colgado en nuestra habitación. ¿Y qué hay de ti, fierecilla, qué pedirás si me vences?

—Lo pensaré cuando te haya ganado, lo haré hasta con los ojos cerrados.

El guerrero volvió a reír y Kaitlyn se le unió; había logrado su objetivo, subirle el ánimo. Cabalgaron durante un cuarto de hora más hasta que alcanzaron la aldea de Bowling y la dejaron atrás, el ambiente se había relajado y Kaitlyn sonrió. Como había dicho él, las reses se habían desplazado a los pastos junto al lago, entre las colinas, y encontraron las primeras pastando tranquilas. El resto estaba un poco más allá, al menos cincuenta vacas lanudas de largo pelo cobrizo y rizado. Al llegar al final de los árboles, Evander tiró de las riendas y se volvió con una sonrisa pícara, la misma que le marcaba los hoyuelos y que la joven había llegado a adorar.

—¿Lista, fierecilla? —dijo Evander.

—Lista y preparada para hacerte tragar aire, demonio —rio ella.

—Pues allá vamos. A la cuenta de tres: ¡uno… dos…!

—¡Tres!

Espolearon a los caballos hasta el máximo galope y se dividieron, Kaitlyn cabalgó hacia la derecha y Evander hacia la izquierda; su intención era guiar las vacas hacia la aldea, así que empezarían por las que estaban más alejadas. Al llegar al grueso del rebaño la joven chasqueó la lengua y se coló entre las reses para dividirlas y conducirlas, Evander estaba haciendo lo mismo al otro lado, sonriendo, la adrenalina por vencer les recorría a ambos, y en unos cuantos movimientos reunieron a la primera parte del rebaño. Kaitlyn rio, llevaba nueve reses, no tenía ni idea de cuantas llevaba Evander. Fue su voz la que le hizo volver la cabeza.

—¡Nada mal para empezar, diabla, nada mal! —bromeó desde lejos.

—¡Y aún no has visto nada! —rio ella.

Decidida a impresionarlo, animó a las vacas y volvió sobre sí misma para llevarse a algunas más. Saltó un tronco caído y se inclinó sobre la silla. Y apenas lo hizo la sacudió la misma sensación que en el patio, una oleada de bilis en la garganta; su visión se tornó borrosa. Se llevó una mano a la boca para contener la repentina ola de vómito, y al hacerlo soltó las riendas y se deslizó de la silla. Su caballo siguió trotando, ella cayó en plancha sobre la hierba y rodó hasta quedar bocabajo junto a las reses, que se asustaron y pasaron sobre ella. Evander sintió que se le detenía el corazón y apremió a *Suspiro*.

—¡Kaitlyn! —exclamó Evander.

«Espiritus, que esté bien, por favor, que esté bien», pensó. ¿Qué le había pasado para caer así del caballo? Sabía montar muy bien, lo había demostrado con creces. Al llegar a su altura saltó de la silla en pleno galope y corrió; por suerte ninguna vaca la había pisado, pero estaba inconsciente. Le dio la vuelta con cuidado, con el corazón en la boca latiendo fuerte como un tambor; Kaitlyn respiraba, así que la incorporó para recostarla sobre su pecho y acunarla.

—Katt, despierta —susurró Evander y elevó la mano para acariciar su mejilla—. No me asustes así, fierecilla testaruda, despierta…

—Evan… mnn, ah…, ¿qué ha pasado? —dijo ella.

—Te has caído, pero estás bien, estás a salvo. Me has dado un buen susto, ¿qué te ha pasado?

—De pronto me han entrado ganas de vomitar, me he mareado.

«¿Mareado?», dudó él. «Ha debido ser el disgusto, ver al granjero herido», pensó.

—No te preocupes, está bien, cariño, te tengo —suspiró Evander —. Olvídate de la apuesta y descansa, ya reúno yo a las vacas. Después montarás conmigo de regreso.

—¿Y mi caballo? —dudó Kaitlyn.

—Nos seguirá, está domado para conocer el camino a Dunglass.

—Pero Evan… quería subirte el ánimo, no ponerte peor.

—Estoy bien, Kaitlyn, verte sana y salva es el mejor bálsamo para mi corazón —dijo Evander y le dio un beso antes de levantarse—. Espérame, no tardaré nada.

La joven asintió, si era fiel a la verdad, seguía sintiendo malestar. Ya no se mareaba, pero su estomago se sentía pesado, «debe ser la falta de desayuno», se dijo. Observó con una sonrisa como el *highlander* cabalgaba de lado a lado reuniendo la manada. Evander era un espectáculo para la vista, tan varonil: con su cabello dorado como la miel al viento; sus antebrazos y sus poderosas piernas abrazando al frisón; su voz ronca mientras las guiaba cual montañés. Suspiró, era una mujer afortunada al haber encontrado a un hombre así: leal, valiente, divertido, sincero. No le importaba quién fuera, pero daba gracias a Dios de que no llevara la sangre de Alec. Incluso si lo hiciera y fuese un Colquhoun de linaje lo amaría; era del hombre de quien se había enamorado, no de su apellido ni de su clan.

Cuando cuarenta vacas se sumaron a las nueve que Kaitlyn había reunido, Evander trotó hacia ella y le tendió una mano. La joven la aceptó y la subió, quedando sentada sobre sus piernas.

—Parece que te gusta tenerme en esta posición, recuerdo cuando viajábamos por las tierras de los Buchannan, me sentaste de cara contra tu pecho, maldito descarado, ¡casi me muero de la vergüenza! —rio Kaitlyn.

—No negaré que me encanta tenerte a mi merced, eres calentita como una manta y suave cual caricia; además, hueles divinamente.

—No huelo a nada, ni siquiera tengo un perfume en Dunglass.

—Eso es lo que tú crees: hueles a flores y a sal, a melaza, una mezcla que me embriaga —rebatió Evander—. Eres tentadora, pero

aquello lo hice para ayudarte, sin segundas intenciones. ¿O acaso no te acuerdas de que tenías la espalda llena de arañazos porque en una de tus «magnificas ideas» te cortaste las cuerdas contra una roca afilada?

—Imposible olvidarlo, ¡qué gran viaje me hiciste pasar! —resopló Kaitlyn, irónica.

Se miraron y rompieron a reír, les traía buenos recuerdos el viaje.

—Bueno, soy tu *Demonio de Ojos Azules*, debo hacer honor al nombre.

—Nunca dejes de hacerlo, Evander, o seré yo la que te dé caza adonde quiera que vayas: te amo y te amaré siempre —afirmó Kaitlyn.

Evander bajó la mirada y se hundió en el cielo nublado que eran sus iris antes de besarla con pasión. Así, abrazados y con el corazón latiendo al unísono, emprendieron el regreso a Dumbarton con la manada de vacas recuperada.

Todo había salido bien al final.

Capítulo Veinticinco



Por desgracia, dejó de ir bien muy rápido. Lo supieron en cuanto llegaron a Dumbarton, el camino que subía a la península donde estaba erigido el castillo de Dunglass estaba custodiado por *highlanders* armados. Aquello no era insólito, siempre había un par de guardias a la salida de Dumbarton y la subida al castillo del clan. Pero había más de lo habitual, el grupo estaba relajado charlando, y en cuanto lo vieron llegar a lomos de *Suspiro* se pusieron en guardia, alerta, como si temieran algo. Evander mantuvo el rostro neutral, pero sabía que algo estaba pasando; entre el grupo de guerreros estaban Malcolm, Ronald, William, John, Brody y Colmac. Sus amigos tenían expresión seria, y eso le terminó de confirmar que algo raro estaba ocurriendo.

Cuando llegó al camino Colmac lo detuvo, y Evander tiró de las riendas para frenar a *Suspiro*. Kaitlyn arrugó la nariz.

—¿Qué ocurre, por qué estáis todos aquí abajo? —inquirió Evander.

—Tu padre nos ha mandado a esperarte, no sabía que habías salido —dijo Colmac.

—He ido a recuperar sus animales, están en Dumbarton, Margaret está ocupándose del rebaño. ¿Por qué, acaso ha pasado algo?

Malcolm y Brody cruzaron una mirada, pero fue Ronald quien rompió el silencio.

—Sube al castillo, muchacho, mejor que sea él quien te lo explique —dijo.

No hizo falta que lo repitiera dos veces, Evander galopó por los baldosines hasta cruzar los muros de Dunglass. Cuando llegó a la plaza vio a una multitud, la mayoría de miembros de la corte del clan estaba allí: Ewan, Elsie, Anna, el druida, Greig y su esposa, Aoife, la sacerdotisa. La situación estaba empezando a ponerle nervioso, redujo el paso y avanzó, hasta que el grito de Kaitlyn le hizo desviar la mirada hacia un punto concreto. La joven tenía el brazo en alto y señalaba una lanza junto a las escaleras; clavada en la punta estaba la cabeza de Finlay, el granjero, y Evander vio rojo a través de los párpados. La furia lo invadió, apretó los puños y tensó la mandíbula. La sonrisa engreída de Ewan le irritó; tenía ganas de bajar y partirle la boca a golpes, estaba seguro de que la ejecución del hombre había sido gracias a un berrinche suyo. Estaba a punto de increparle cuando la voz del laird le hizo volver la cabeza hacia la puerta.

Alec estaba plantado bajo el arco acompañado de Callum y su esposa. El laird bajó las escaleras y se detuvo frente a Evander y Kaitlyn, que aún seguían a lomos de *Suspiro*. La expresión en el rostro del laird era de acero, fría como el hielo.

—Baja del caballo ahora mismo —ordenó Alec.

—¿Has mandado matar a ese hombre? —cuestionó Evander.

—He dicho que bajes del caballo. No lo volveré a repetir.

—¡Respóndeme, padre! ¿¡Has sido tú el que lo ha ordenado o no!?

—¡Baja del maldito caballo, necio insolente, o te bajaré yo! —rugió Alec.

Evander ayudó a Kaitlyn a bajar y descendió de un salto, para plantarse cara a cara frente a su padre. Evander era una cabeza más alto que Alec, pero no por ello el viejo era menos imponente: de espalda fuerte y ancha y complexión firme, el laird de los Colquhoun estaba en plena forma. Se miraron a los ojos, azul contra azul, y

Kaitlyn temió que sucediera una desgracia; el ambiente se podía cortar de lo tenso que estaba.

—¿Cómo has podido, padre? Sabes que ese hombre era inocente, ¡te era leal!, ¡la única falta que cometió fue quedarse dormido! —rugió Evander, le picaban los ojos por las lágrimas de rabia, que se negó a derramar—. ¿¡Por qué lo has hecho!?

Un guantazo fue su respuesta; Alec le golpeó con fuerza con el dorso de la mano, y el anillo que llevaba, cuadrado y abultado, le partió el labio.

—¡No vuelvas a hablarme así! —bramó—. ¿¡Quién diablos te has creído que eres para dar una orden que desautorice las mías, Evander!? ¡Soy tu laird!

—Un laird no actúa como lo haces tú. Un laird no castiga a su gente por un capricho. Un laird no manda retener a doncellas contra su voluntad. Dices que eres «mi laird», pero no actúas con la nobleza que merece ese título. ¡Deshonras el legado que llevas comportándote como un salvaje!

Hubo un jadeo ahogado generalizado, nadie daba crédito a lo que acababa de decir. Alec parecía lívido, se le arrebolaron las mejillas y elevó el mentón. Le soltó un puñetazo con tal rabia que lo lanzó al suelo, Kaitlyn gritó y trató de ayudarlo, pero un par de brazos la sujetaron; se volvió para ver a Malcolm sosteniéndola. Evander no se defendió, se limpió la sangre, y se levantó sin despegar la vista de su padre.

—Ronald, John, sujetadle —dijo Alec, para ver como sus hombres tomaban a Evander por los hombros para alzarlo y retenerlo—. Eres un muchacho impetuoso, crees que sabes mucho, pero te queda un largo trecho que andar; cuando uno es laird debe tomar decisiones difíciles, y eso es lo que hice yo, lo que hago cada maldito y condenado día. No tenía intención de matar a ese granjero, su incompetencia habría terminado con un castigo ejemplar que impartiera disciplina: diez latigazos. Pero tú, niñato engreído, tuviste que desautorizarme ante el clan, condenándole.

—¿Te atreves a insinuar que es culpa mía? —le espetó Evander.

—Oh, desde luego que lo es. La sangre de ese desgraciado corrió por tu mano, es labor mía mantener la paz en mis tierras y el orden

en mi castillo. Si mis súbditos osan subírseme a las barbas las cortaré de raíz, de ahí que tu acto de bondad haya sido una bofetada a mi generosidad con ese granjero. Ahora está muerto, castigo justo por desobedecerme, y tú enfrentarás un castigo que te enseñe a morderte la lengua antes de insultar a tu padre y a tu laird.

Alec hizo una seña, y para perplejidad de Kaitlyn e incredulidad de Evander, Ronald y Cormac lo arrastraron al poste donde esa misma mañana estaban castigando a Finlay. El calvo sacó una daga y le rasgó la camisa, le apartó el *feileadh mor* y le descubrieron la espalda. El castigo parecía más que evidente, pero Evander no quería creerlo, le dolía el alma. Miró a su padre como si no lo conociera, como si no concibiera nada de aquello.

—Soy señor y guardián de este clan. Finlay Colquhoun me agravió al dejar escapar ese ganado, cometió una ofensa contra el clan, puesto que esas vacas pertenecen a los Colquhoun y son la base de nuestro sustento, de nuestro alimento. Decidí un castigo ejemplar que demostrara que la incompetencia tiene sus consecuencias, porque soy jefe, y como jefe solo YO mando y gobierno sobre este clan.

Evander no respondió, así que Alec continuó.

—De no haber hecho nada, si los animales se hubiesen perdido, podrían haber acabado en la granja de cualquiera, o robadas, o muertas. Pero tuviste que intervenir. Y ahora el castigo que debía cumplir el granjero lo vas a asumir tú. Es hora de que aprendas una lección de humildad, muchacho —declaró el laird y alzó la voz para hacerse oír en toda la plaza—. ¡Se le impartirán diez latigazos como reprimenda!

—¡Eso es inhumano, Evander no ha hecho nada para merecerlos! —rugió Kaitlyn—. ¡Ha traído el ganado perdido, no se atreva a castigarlo, maldito tirano!

El vocerío no se hizo esperar y Alec se adelantó para plantarse frente a ella y darle una bofetada. Evander se revolvió y trató de soltar sus ataduras, pero Kaitlyn le escupió a Alec en la mejilla, y el laird la tomó por el cabello causando que se enfureciera aún más.

—¡Suéltala, padre, maldita sea, déjala! —bramó Evander.

—¡Silencio, insolente! —dijo Alec y empujó a Kaitlyn—. Y tú, mujer, aprenderás tu lugar a las buenas o a las malas. Guarda silencio y agacha la cabeza, o tendré que castigarte a ti también.

—¡No, padre!

Alec ignoró a Evander y Kaitlyn se enfureció. La joven se adelantó y robó la daga que llevaba en el cinturón para apuntarle con ella. Los guardias, Ronald y Callum sacaron las *claymore*, pero el laird elevó las manos para detenerlos, inmutable.

—¿Pretendes matarme con mi propia daga, Kaitlyn MacLaren?

—¡Eres una bestia, un monstruo sin honor!, ¡un maldito hijo de perra! —exclamó ella—. ¡Atrévete a enfrentarte a mí si eres hombre, pero juro por Dios que a Evander no lo vas a tocar! ¡pasarás por encima de mi cadáver para ponerle las manos encima!

—¡Calla, Katt, aléjate de él! —pidió Evander, estaba asustado.

—Eres muy valiente, muchachita, posees un espíritu salvaje, ¿eh? —bufó el laird.

Alec rio a carcajadas y los hombres le acompañaron. A Kaitlyn le ardieron las mejillas, pero no bajó el cuchillo, sino que se lanzó hacia delante para apuñalarlo y librar al mundo de su ponzoña. Sin embargo, Alec detuvo el envite con ambas manos; sostuvo el filo del cuchillo y se cortó las palmas, pero no le importó, la retuvo, impasible.

—Te has enamorado, ¿no es cierto? Que apropiado, ambos merecéis una lección —dijo, y de pronto su tono se tornó serio, no había rastro de diversión—. Si tanto deseas luchar por él, compartirás su destino. ¡Se te impartirán diez latigazos!

—¡No, padre, no! —rugió Evander—. ¡Castígame a mí, no a ella!

—¡Silencio he dicho! La decisión es firme, ¡atadla!

—¡Noooo!

Ante la mirada impotente de Evander, John tomó a Kaitlyn, que forcejeaba como una fiera. La llevó en volandas hasta otro de los postes de madera y le ató los brazos a la cadena; acto seguido, sacó la espada y le rasgó el vestido, el corsé y la combinación, dejando su espalda al aire. Su ropa destrozada cayó al suelo y el guerrero le echó la melena hacia delante para cubrirle los pechos y salvar su honra. La joven temblaba, tenía las mejillas ardiendo y los ojos le

picaban por las lágrimas, pero no pensaba quejarse; si Evander iba a soportar aquel castigo, ella también lo soportaría. Quedaron cara a cara, Evander estaba desencajado, sus ojos azules inundados en lágrimas, y Kaitlyn le sonrió.

Eran uno: eran uno y juntos podrían con ello.

Oyeron el chasquido del látigo cortar el aire y Evander sintió el mordisco sobre la piel. Apretó los dientes y Kaitlyn sollozó al verle sufrir; sus lágrimas desbordaron.

—¡Uno! —anunció Ronald.

Un nuevo chasquido y el látigo mordió la espalda de Evander.

—¡Dos!

El rubio aguantó sin gritar, la vista fija en Kaitlyn, y la joven no lo pudo soportar.

—¡Basta, parad! ¡dejadle, por favor! —sollozó—. ¡Os lo ruego!

—¡Tres!

Un nuevo latigazo, y otro, y otro; Kaitlyn se vino abajo. Evander soltó un gemido, le resultaba imposible ya ocultar el dolor, había perlas de sudor resbalando por su frente.

—¡Hijos de perra, parad, no conocéis el honor! —chilló Kaitlyn—. ¡Es tu hijo, maldita bestia, le estás matando!

—¡Seis!

Cuando los diez latigazos se hubieron cumplido soltaron las cadenas y Evander cayó de rodillas, la sangre empapaba el suelo y su *feileadh mor*, su pecho se movía acelerado. Sin embargo, aún no había terminado la tortura, pues Ronald caminó en circulo para colocarse detrás de Kaitlyn y empezar su castigo. Apenas lo vio, Evander se incorporó entre jadeos: tenía que pararlos. Miró a Ronald, pero el guerrero calvo no mostró piedad alguna y chasqueó el látigo, que impactó contra la piel de Kaitlyn caliente como un hierro al rojo vivo. La joven chilló. Jamás en toda su vida había experimentado un dolor así, candente y lacerante, su piel fina y delicada se abrió de golpe, la sangre comenzó a manar.

—¡Uno! —anunció Ronald.

—¡Para, Ronald, déjala! —rugió Evander y se arrastró por el suelo —. ¡Dámelos a mí, por los *Fae*, te lo ruego!

—¡Dos!

El látigo volvió a golpearla y Kaitlyn sollozo, su rostro inundado de lágrimas. Le ardía la espalda, le ardía toda la piel; sentía que iba a morir y aún quedaban ocho más.

—¡Tres!

—T-te amo, Evan… —sollozó Kaitlyn—. Lo sient-to… n-no soy… fuerte…

—¡Cuatro!

Perdió el sentido al cuarto azote, cayó inconsciente, pero Ronald no se detuvo e impartió los diez latigazos. Soltaron las cadenas y la joven cayó inerte en los brazos de Evander, que se había arrastrado hacia ella con el rostro inundado de lágrimas. La joven estaba ensangrentada, su semblante húmedo de sudor y lágrimas, y Evander buscó con la mirada a su padre. Alec observaba la escena desde lo alto de las escaleras, impasible. Callum mostraba una expresión satisfecha y Ewan parecía muy contento. *Lady* Marion se dio la vuelta sin mirarlo y sus hijos la siguieron. El laird se detuvo un instante más para mirarle con orgullo, antes de darse la vuelta y perderse en el interior del castillo. Evander lloró, lloró hasta quedarse sin lágrimas, lloró por ella, por la mujer que amaba y tenía entre los brazos, valiente y tozuda, de corazón generoso y voluntarioso. Tan tenaz que había enfrentado un castigo por él. Y se hizo una promesa, iba a devolver a Kaitlyn a casa, a su hogar, con los suyos… e irse a Balquhidder con ella. Tras lo que acababa de pasar, había dejado de considerar a los Colquhoun como su clan.

Esa era una promesa que se hacía y cumpliría.

Después, perdió el sentido y se lo llevó la oscuridad.

Capítulo Veintiséis



Kaitlyn despertó en penumbra, se sentía atontada, y al abrir los ojos le costó distinguir dónde se encontraba. Estaba tumbada en un colchón, pero no era su cama ni la que compartía con Evander; era pequeño y duro, incómodo. Miró en derredor, notando que el aire frío y rancio olía a humedad, para comprobar que se hallaba en una mazmorra. Sonrió, le dolieron las mejillas al hacerlo, pero no le importó. ¡Qué cosas! Parecía que después de todo ese perro de laird Alec había conseguido lo que quería con ella desde el principio: encerrarla en una sucia celda. Trató de incorporarse, pero una mano suave sobre su hombro la detuvo. Kaitlyn volteó el rostro para encontrar a Elspeth sentada a su lado; su amiga tenía mala cara, parecía preocupada, y al ver que estaba despierta se levantó y se arrodilló para acariciarle la cabeza con cuidado.

—No te muevas, Katt, tienes la espalda vendada. Aoife te ha puesto emplastes de caléndula, romero y bardana; te han ayudado mucho, llevabas tres días con fiebres, creí que te ibas a reunir con los espíritus —dijo Elspeth—. Por suerte eres más resistente que una mala hierba, te vas a poner bien, ya lo verás.

«¿Tres días? Cielo Santo, ¿cuánto tiempo llevaré inconsciente?», dudó la joven.

—¿Y Evan, está bien? —preguntó Kaitlyn, el miedo la atenazó.

—Sí, él está bien, despertó mucho antes que tú. Cuando te desmayaste, Evander perdió la cabeza y atacó a los soldados, tuvieron que reducirlo a golpes y llevarlo a las mazmorras inconsciente. Está en la celda de al lado, a unos pasos de ti.

—¿Cuánto tiempo ha pasado, cuanto llevamos aquí abajo?

—Una semana, es la primera vez que te despiertas consciente, las veces anteriores estabas delirando. Pero no te preocupes, Katt, Aoife y Greig te han tratado; llevas dos días sin fiebre, ya no sangras y tus heridas no se han infectado, han empezado a cicatrizar —explicó Elspeth—. ¡Cada vez que pienso que esto ha pasado por culpa de Ewan y su lengua de soplón! En cuanto os fuisteis Evan y tú a buscar las reses, corrió con el cuento a mi padre, lo demás ya te lo puedes imaginar. ¡No sé ni como puede ser hermano mío ese ratón cobarde! No temas, le he partido la boca yo misma por ser un rastrero.

—Ni Evander ni tú parecéis hijos de este clan —dijo Kaitlyn—. Sé que Evander es adoptado, me lo ha contado el mismo, pero no tengo ni idea de su origen. ¿Cómo sucedió que alguien tan cruel como laird Alec se apiadó de él y lo acogió?

—Ah, Kaitlyn… no tenemos permitido hablar de eso.

—¿Por qué?

—Mi padre amenazó con castigar a quien lo hiciera —dijo Elspeth —. Basta que sepas que Evan llegó a nuestras vidas y las cambió para mejor, es el hermano que siempre había deseado tener, tan valiente y generoso y cariñoso. Le quiero muchísimo. ¡No merece nada de esto!

Kaitlyn asintió, y a pesar del tirón que le dio la espalda se incorporó para quedar sentada. Llevaba ropa limpia y elegante, de Elspeth, seguramente: combinación, camisón y polainas, incluso un par de medias de lana que subían hasta sus rodillas para que no pasara frío en la celda. Una oleada de gratitud la invadió y se acercó para darle un abrazo, que Elsie devolvió con cuidado de no tocarle la espalda. Al separarse, a la pelirroja le brillaban los ojos por las lágrimas, que se limpió con el dorso, avergonzada.

—Ay, Katt, siento mucho todo esto, todo lo que os está pasando —dijo y sonrió un poco—. Yo mejor que nadie sé lo que es vivir un amor mal visto, que mi padre os haya castigado por amaros es una crueldad; le he perdido el respeto, y aún más lo ha hecho Evander. ¡Deberías ver lo decepcionado y enfadado que está! Mi pobre Malcolm tuvo que jurar que se encargaría de que no tratara de escaparse.

La mención al *highlander* le hizo recordar a Kaitlyn la propia aventura de Elspeth. Había estado tan centrada en Evander que había olvidado a su amiga.

—Dios, Elsie, ¿Malcolm está bien, Ronald lo castigo tras el festival de Beltane? —preguntó, se esperaba cualquier cosa de esas bestias.

—No, Ronald nunca se enteró de que me entregué a Mal en los rituales —suspiró Elspeth—. Le puse una excusa, que me había bajado el sangrado lunar, y lo creyó. Sin embargo, no creo que pueda sostener mucho esa mentira, mi padre sigue insistiendo con la boda, y antes de casarme con Ronald me tiro al mar para que se me traguen las olas.

—No digas eso, iremos todos al clan MacLaren, laird Rob os acogerá y podréis casaros y ser uno más en Balquhidder. Te lo prometo, no desesperes amiga mía.

—Sí… es un sueño bonito, ojalá Evander consiga sacarte de aquí cuanto antes. Sobre todo ahora que las cosas han cambiado.

Kaitlyn asintió y se frotó los brazos, tenía algo de frío.

—¿Por qué dices eso?, ¿qué hay de diferente ahora? —preguntó.

—Aoife me dijo ayer algo importante, no quiso que Greig se enterara, por eso te trató ella. Y tiene buenas razones —suspiró Elspeth—, Kaitlyn, estás encinta.

—¿Qué? No, no puedo estar encinta.

—¿Acaso no has yacido con Evander más de una vez?

«No, no puede ser cierto», jadeó Kaitlyn. Solo que, de hecho, sí que podía. Desde Beltane habían compartido el lecho muchas noches, y había pasado un mes completo. Las molestias que había sentido se debían a eso y no a disgustos como pensó. No podía creer que el destino fuese tan caprichoso, ahora entendía a April, el cómo trató de reconciliarse con Caden cuando se enteró de su preñez

estando lejos de él. Y ahora le ocurría a ella, solo que no estaba lejos de Evander, sino prisionera de un clan enemigo, que era mucho peor.

¡Su padre se iba a poner tan contento al saber que lo había hecho abuelo! ¡Y Eileen! No iban a caber en sí de la alegría. Pero tenía que salir de las tierras de los Colquhoun para volver junto a los suyos, huir era una necesidad, no podía permitir que esos monstruos de Alec y Callum se hicieran con su hijito o hijita inocente.

—Tengo que hablar con Evan, tengo que verle, Elspeth —dijo—. ¿Me ayudarás?

—No sé, Katt, si te ven los guardias se enfadarán, o peor, se lo contarán a mi padre —rebatió Elspeth—. Si quieres puedo darle un mensaje a mi hermano por ti.

—No, tengo que verle, necesito que me vea y sepa que estoy bien.

Aquello pareció convencer a la pelirroja, pues asintió y se levantó para acercarse a la puerta, abrir y mirar a un lado y a otro del pasillo. No vio a nadie cerca, los guerreros estaban arriba y no había nadie haciendo guardia. Se volvió e hizo un gesto para que la siguiera, y Kaitlyn se apresuró a obedecer. Apenas se levantó y sus pies tocaron el suelo un pinchazo le recorrió la espalda, pero aguantó en silencio y cruzó las frías baldosas para seguir a Elspeth y salir de la celda. La de Evander estaba apenas a cinco pasos, frente a la suya. Las mazmorras eran de piedra, y las suyas estaban junto a la pared, eran las últimas del pasillo; así que no le fue difícil forzar la cerradura con una horquilla para que su amiga entrara.

La puerta era de madera y las paredes de piedra; las de Dunglass no eran las típicas celdas con barrotes de hierro sin muros. Al ver que la puerta se abría Evander elevó la vista, estaba sentado en el suelo con las rodillas dobladas, y al ver a Elspeth y Kaitlyn se levantó de golpe para abrazar a su fierecilla. Kaitlyn sonrió y Evander le acunó el rostro con las manos para llenarle las mejillas y los labios de besos, incesante como una lluvia sin fin.

—Dioses, Kaitlyn, estás bien… estás bien… he temido lo peor todos estos días. Temía que Elspeth estuviera engañándome y hubieses sucumbido, la angustia me estaba matando, amor mío —susurró sin dejar de besarla—. ¿Qué haces aquí?

—Tenía que verte, Evan, tenía que ver que estás bien —sollozó Kaitlyn—. Elsie, ¿nos dejas a solas, por favor?

—Saldré a vigilar, pero, Katt, solo puedo aseguraros unos minutos, ¿de acuerdo?

—Gracias, hermana —asintió Evander.

La pelirroja asintió y salió de la celda cerrando la puerta tras de sí. Una vez a solas los sentimientos desbordaron, Evander besó a Kaitlyn con una ternura, adoración y dedicación como la de un rey venerando un tesoro; como si ella fuera el aire que necesitara para respirar, el agua que saciaba su sed. La joven devolvió el beso con igual pasión, enzarzando sus lenguas en un baile que los dos conocían muy bien. Fue Evander el primero en separarse para unir sus frentes y hundirse en sus ojos grises.

—¿Cómo te sientes, estás muy malherida? Ven, siéntate conmigo —dijo mientras la guiaba hacia la manta que había extendido en el suelo, y entrelazó sus manos—. Elspeth me dijo que habías tenido fiebre, pero que ya estas recuperada, ¿es cierto, estás bien?

—Sí, estoy bien, pero olvida eso y escúchame, Evan, no tenemos tiempo —dijo Kaitlyn—. Tenemos que irnos de Dunglass, debemos dejar el clan Colquhoun ya.

—Estoy de acuerdo, lo que ha hecho mi padre es imperdonable. Jamás voy a olvidar su mirada cuando caíste en mis brazos; no le puedo perdonar que te haya castigado siendo inocente cuando sabía perfectamente que estoy enamorado de ti.

—Ese hombre no es tu padre, ¿me oyes? Sé que duele oír esto, pero debo decirlo: un padre no haría jamás lo que ha hecho él contigo. Un padre pone la vida de un hijo por delante de la suya, y ese desgraciado no guarda ningún amor por ti. Dudo que sienta amor por nadie, a decir verdad.

Evander suspiró.

—Antes te lo hubiese discutido, le he defendido hasta lo imposible, pero ya no puedo más, Katt, me ha infligido una herida en el alma y duele demasiado —admitió, y la joven le acarició la rodilla de forma comprensiva—. Siento que ya no soy parte de esta familia, que no tengo familia… esa idea me perfora un agujero en el pecho, como si

me hubiesen arrancado algo que antes estaba ahí y no puedo recordar. ¿Tiene sentido lo que digo o estoy delirando?

—Tiene mucho más del que crees. Una familia no es quien te engendró o te acogió, Evander, sino aquellos que te dan cariño, comprensión y amor; quienes ríen y lloran y sufren contigo. No he visto a ninguno de los Colquhoun hacer eso por ti, quizá a Elspeth —dijo Kaitlyn—. No son tu familia, tu familia soy yo. O lo seré, si quieres que lo sea.

—No hay nada que quiera más, diablilla.

La joven suspiró y Evander la acunó contra su pecho, sabía que no tenían todo el tiempo del mundo, pero se sentía en paz abrazándola así, solos en la oscuridad de aquel infecto agujero, como si solo existieran ellos dos. La idea de una familia como la que Kaitlyn mencionaba le hacía doler algo por dentro, y esa sensación de vacío, de que le faltaba algo que antes estaba allí se negaba a abandonarle.

—¿Es así con tu padre y tu hermana? Eso que has dicho, te apoyan y sufren —dijo.

—Sí, puede que tras la muerte de mi madre seamos una familia rota y pequeña, pero estamos unidos como la miel en el panal —sonrió Kaitlyn—. Mi padre es cazador y se encarga de llevarle pieles y carne a laird Robert, él fue quien me enseñó todo lo que sé: a disparar el arco, a cabalgar, a nadar… es mi modelo a seguir, mi inspiración, mi todo. Yo me encargaba de mi casa y de las cuentas del clan, así que pasaba mucho en la biblioteca y el almacén del castillo de Balquhidder. ¡La de libros de aventura y amor que le conseguí a mi hermana Eileen para que leyera! Es una soñadora incurable, ¡si aún cree en los *Fae*!

—¿Tú no?

—Sí, pero no creo que estén entre nosotros —rio ella, y continuó —. Eile y yo somos las mejores amigas: nos apoyamos y cubrimos, lo es todo para mí, como deberían serlo los hermanos. Nos cuidamos como una loba con su hermana de camada, y padre nos guía y protege como todo alfa… solo que uno muy tierno y bobalicón, los quiero mucho.

—Jamás he sentido algo así aquí —admitió Evander.

—Por eso tienes que dejarlos. Tienes que irte de Dumbarton, Evander, ven conmigo a mi clan, los MacLaren te aceptarán como uno más —dijo Kaitlyn—. Y, si no pueden perdonarte, iré contigo a otro lugar, empezaremos desde cero tú y yo; en Oban, o en Arrochar, o…

—Bajo las alas de tus adorados MacFarlane.

La joven elevó el rostro para mirarle, Evander tenía la vista clavada en el suelo, y se preguntó si no habría cruzado una línea al mencionarlo. Llegado ese punto supo que tenía que arriesgarse; ninguna enemistad podía ser tan grande, y su futuro valía la pena luchar por olvidarla. Suspiró y le plantó un beso en la mejilla.

—Los MacFarlane no tienen nada en tu contra, como sí podría tenerlo mi laird tras la muerte de Andrew y el asesinato de la familia de Arthur. Te aceptarían, Evan, si abres la mente y el corazón y dejas tus prejuicios —dijo Kaitlyn—. Sin embargo, no te obligaré a vivir con ellos si no es lo que quieres, iré contigo adónde sea.

—Que muestres tal lealtad significa mucho para mí, más de lo que crees. Y te pagaré con la misma moneda. Viviría hasta en el más indeseable de los lugares si con ello te pusiese a salvo, cariño —declaró él y asintió—. Iremos con los MacLaren, y si no me aceptan debido a los actos de mi clan, no me opondré a vivir entre los MacFarlane. Te doy mi palabra de honor de *highlander*, Kaitlyn MacLaren: por ti, vestiré de verde y rojo.

—¡Ah, Dios mío, Evander! ¡Te amo tanto, tanto que hasta duele!

—Entonces no lo pienses, y solo siénteme: estoy aquí.

Como si quisiera dar fuerza a sus palabras la besó, y el beso no fue desesperado, sino cargado de promesa. Cada uno de los poros de Kaitlyn se encendió, elevó las manos para acariciarle las mejillas, rodear su cuello y abrir los labios para que colara la lengua en su boca. Evander no se hizo de rogar y la metió, para recorrerla con avaricia, rozando la de ella hasta beberla entera. La joven sintió las hormiguillas del familiar cosquilleo que solo él le provocaba formándose en su vientre.

—Evan, espera, tengo que decirte una cosa importante —susurró.

—Lo que quieras, Katt, te escucho.

—Estoy esperando un hijo —declaró, y aguardó su reacción.

—¿Estás segura?

—Sí. Aoife se lo contó a Elspeth cuando estaba inconsciente, me lo ha dicho hace un rato —confirmó la joven.

Evander jadeó; no dijo nada y el estómago se le hundió a Kaitlyn.

—¿N-no te parece bien?, ¿no estás contento? —dudó.

—No puedes empezar a imaginar cómo me siento en este momento, eres la bendición más grande que el destino ha cruzado en mi vida, y que vayas a darme un hijo es mucho más de lo que merezco. Te amo, Kaitlyn, te amo como nunca creí que fuese posible querer; deseo que aunque vivamos mil vidas, siempre elijas amarme a mí. Que incluso aunque nos odiemos y luchemos contra el otro, seas libre de escogerme como yo te escogeré siempre a ti. Eres la mujer de mi vida, MacLaren.

—Cuando dices esas cosas me derrites como un trozo de mantequilla al fuego —dijo Kaitlyn y se rio sin poder evitarlo—. Si no tuviésemos la espalda vendada los dos, te tumbaría sobre las baldosas y te haría el amor, ¡bendito seas! Y luego me llamas a mí embaucadora… me has embrujado con tus ojos azules, demonio.

Se besaron hasta que los labios de ambos estuvieron enrojecidos, no fueron más que unos minutos, pero los goznes de la puerta sonaron y Elspeth apareció en el umbral con expresión de alarma.

—Lo siento, Katt, Evan, debo llevar a Kaitlyn a su celda —dijo—. Intentaré sacarla de allí mañana, cuando hable con padre, ahora debe volver o será peor.

—Estaré bien —dijo Evander entre sus labios—. No te preocupes, vete.

—¿Y si vuelven a por ti? —dudó Kaitlyn.

—Que vengan, ahora más que nunca tengo un motivo para luchar; debo poneros a ti y al cachorrillo a salvo, no me detendrá nada.

—Katt, vamos… oigo pasos —urgió Elspeth.

La joven asintió y dio un último beso a Evander antes de levantarse.

—Te amo, Evan —dijo.

—Y yo a ti.

Elspeth tomó a Kaitlyn de la mano y cerró la celda de Evander para meterla a toda prisa en la suya. Ni un minuto antes de tiempo, pues un guardia apareció por el pasillo y Elspeth sonrió con el

corazón en la boca. Todo había salido bien: el guardia no había sospechado y Kaitlyn estaba a salvo. Cruzó unas cuantas palabras con el hombre, John, y se fue con él, dejando a su amiga sola en la celda. Kaitlyn lo agradeció, su pulso galopaba como un purasangre, se sentía determinada. Ahora más que nunca estaba decidida a huir, a dejar a ese clan infernal atrás de una vez y para siempre.

—Muy pronto, Evan, nos iremos juntos —Le susurró al vacío.

Llevó la mano a su vientre, donde una nueva vida fruto de su amor empezaba a crecer, y la promesa quedó sellada.

Capítulo Veintisiete



Los siguientes tres días, a siete del castigo, Evander se dedicó a recobrar fuerza. Comía lo que le llevaban y pedía ración doble de pan, carne y guiso —como era hijo del laird, no se lo negaban—. Se ejercitaba para fortalecer su espalda —que ya había formado costras en las heridas y le permitía moverse con relativa normalidad—, y rezaba para que Kaitlyn no se rindiera a la angustia. Saber que estaba esperando un hijo suyo le había inflamado el alma y no pensaba rendirse hasta verlos a ella y al pequeño a salvo. Lejos de Dumbarton y de su padre. Su padre, ese hombre al que había obedecido con lealtad sin cuestionar. Ese hombre que defendía que «el fin justifica los medios», hasta la saciedad. Ese hombre al que no le importaba que Callum no amara a su esposa; que Ewan fuese un malcriado insufrible; que Elspeth tuviese que casarse con un hombre que la asqueaba. Uno al que no le importaba fustigar a su hijo hasta los huesos por tratar de ser bondadoso. Ese era Alec Colquhoun: insensible, frío, orgulloso. Y por más que le doliera su traición, su crueldad injustificada, Evander lo quería.

Pero ya no le obedecería más: Alec había perdido su respeto junto con su lealtad.

Aquella mañana comenzó normal, como todas las que llevaba de huésped en las mazmorras: brillaba el sol, que se colaba por los barrotes del respiradero, y olía a moho. Hizo flexiones, orinó en el caldero de desechos, se aseó y se sentó a esperar que el guardia de ronda le trajese la comida. Estaba tardando más de lo normal, así que cuando la puerta se abrió al fin elevó la cabeza, para encontrar a su padrastro al otro lado de la puerta. Alec entró, posó la bandeja en el camastro y se quedo en pie frente a él con los brazos cruzados y un semblante serio. Evander le sostuvo la mirada, pero no dijo nada, así que fue el laird el primero en romper el silencio.

—Muchacho, ya es hora de que hablemos cara a cara tú y yo —dijo el jefe del clan —. ¿Cómo están tus heridas, han sanado?

—¿Acaso te importa? No lo parecía cuando me veías sangrar bajo el látigo.

Ante eso Alec se volvió y le miró con expresión dura, Evander irguió el mentón.

—Me importa más de lo que piensas, si te quisiera ver malherido no estaríamos hablando —dijo Alec y suspiró—. Eres necio, Evander, terco y tenaz como un cimarrón. Posees espíritu y valor, y eso lo admiro; ojalá Callum se pareciera más a ti.

—Es la primera vez que me haces un cumplido…

—Pues tal vez deba empezar a hacerlo más, hijo, ya es hora de que sepas que te quiero a mi lado, que te necesito a mi lado, y quiero que recapacites y dejes de actuar así. He cometido errores, lo admito, pero eres importante para mí.

Evander estaba desconcertado, no entendía ese repentino cambio de actitud, era casi como si Alec supiera lo que había estado pensando, su cambio de corazón, de lealtad. Y para agudizar más la herida se acercó, le tomó los hombros y lo envolvió en un abrazo. Evander lo devolvió sin entusiasmo, y si a Alec le molestó no dijo nada. Al separarse, se saco una llave de su sporran y liberó a Evander de sus cadenas.

—Sé que esa muchacha MacLaren es la causa de que me hayas desafiado, de tu mal comportamiento, y admito que me he portado mal con ella. No voy a disculparme, debía resarcirme por la muerte de Donald y así ha sido —comenzó el laird—. Sin embargo, ninguna

mujer vale la deslealtad de un hijo; deja de llorar por ella, ya no sufrirá más.

—¿Significa eso que vas a liberarla? —preguntó Evander con voz esperanzada.

—Ah, eso ya lo he hecho. Esta mañana la mandé a llamar, como a ti, y le dije que era libre de volver con los suyos. No quiero un eslabón débil entre los míos, y eso es en lo que te estaba convirtiendo esa joven, Evander.

—¡Eso es estupendo!, ¡gracias, padre! ¿Dónde está? Quiero verla.

—No será posible, me temo que ya no la verás más.

Evander frunció el ceño. ¿De qué estaba hablando?

—¿Por qué, dónde está Kaitlyn? —preguntó perplejo.

—Muerta —contestó Alec—. Cuando la invité a irse del clan insistió en ir contigo, le dije que eso no era posible y le ofrecí que uno de mis hombres la escoltara a la frontera del clan. La muy necia no quiso, así que le dimos un caballo y salió como alma que lleva el diablo. Uno de los hombres la vio caer, se rompió el cuello y el rio se los llevó a ambos, amazona y montura. Lo siento, muchacho, ha sido mala suerte.

—No… ¡mientes! No creo ni una palabra, ¡Kaitlyn no ha muerto!

—¿Qué motivo tendría para mentir? Evander, esa mujer no me importa nada, no gano nada inventando algo así —resopló Alec—. Sé que estás dolido, pero es la verdad, Kaitlyn MacLaren ha muerto, esto es lo único que han hallado enganchado en su caballo.

Le lanzó un trozo de tela húmedo, que cayó al suelo entre ambos. Evander sentía que el corazón le latía tan rápido que podría estallar, reconoció la tela, era un trozo del camisón de Kaitlyn, del que llevaba cuando se vieron en la celda, el encaje era inconfundible. Se agachó a recogerlo con manos temblorosas, lo abrió, y sí, era una parte del corpiño del camisón, estaba sucia de barro, desgarrado, tan desgarrado como su corazón, que se hizo añicos como un espejo. Miró a su padre con los ojos brillando por las lágrimas, su garganta estaba seca, las palabras se negaban a salir, pero hizo un esfuerzo para no derrumbarse frente a él.

—¿Por… por qué no me dejaste verla…? ¡La habría protegido! —gritó Evander.

—Porque debía salir de tu vida, esa mujer no era una Colquhoun.

—¡Podría haberla salvado! ¡Debiste decírmelo! Me niego a aceptarlo, Katt vive…

—¡Basta ya, Evander! Acéptalo como un hombre: se ha ido.

—¡Maldito seas, no te atrevas a ser paternalista ahora! ¡La mujer que amo ha muerto por tu culpa, hijo de puta! ¡Jamás te lo voy a perdonar mientras respire! ¿¡Me oyes!?

—¡No me hables así, insolente! —bramó Alec.

Evander se lanzó y le golpeó la mandíbula con un fuerte puñetazo, empotrando al laird contra la pared para consternación de Alec, que se llevó la mano al rostro. ¡Jamás le habían golpeado ni faltado el respeto así! Ni Callum se atrevería a tanto. El MacFarlane tenía valor, eso por descontado, pero se sintió humillado y más enfadado que nunca. Evander respiraba por la boca, lo tomó por las solapas de la camisa y lo levantó; Alec llevó las manos a sus antebrazos en un intento vano por soltarse.

—Voy a encontrarla, y si vive, juro por los dioses que me iré de aquí con ella —masculló con voz de acero, su aura era mortífera, y Alec resopló por la nariz—. Si ha muerto, daré sepultura a sus restos… y me habrás perdido para siempre.

Entonces lo soltó y se encaminó a la salida. Alec se levantó.

—¡Evander! ¡Quieto, no te he dado permiso para irte! —bramó—. ¡Evander!

Evander le ignoró y cerró tras él con un portazo. En cuanto hubo salido el peso del mundo se le vino encima, el corazón se le detuvo un instante antes de empezar a bombear con tal fuerza que le corría como un torrente. Le pesaba el pecho debido a la angustia, como si una piedra le estuviese hundiendo. Le costaba caminar, tenía que esforzarse para no caer rendido de rodillas, aquello dolía más que mil latigazos: el dolor físico podía soportarlo, el del alma herida no. Se llevó una mano al lugar donde hasta ahora había estado su corazón. Hasta ahora; porque sin Kaitlyn, ya no tenía un corazón que latiera. «No puede haber muerto», pensó, su mente se negaba a aceptarlo. «Está viva, lo sé, lo siento en mí, lo sabría si me hubiera dejado», razonó. Las lágrimas ardían tras sus párpados, cerró los ojos para

dejarlas caer; si bien, apenas le rozaron las mejillas las limpió de un manotazo y una nueva resolución se instaló en sus pensamientos.

—Voy a encontrarte, amor mío… te encontraré, lo juro —jadeó.

Y con esa nueva promesa, echó a correr hacia las caballerizas.

***

Ni siquiera se molestó en ensillar a *Suspiro,* saltó sobre su lomo y echó a galopar por el camino, dejando atrás el castillo de Dunglass en dirección al río. Si Kaitlyn había corrido de regreso a Balquhidder, se habría visto forzada a cruzar el Clyde, y aquello le atenazó el pecho. Como le dijo el día que llegaron, ese río era caudaloso, ancho y peligroso, oraba a los dioses para que no se hubiese lanzado a sus aguas. Cabalgó siguiendo la orilla en busca de huellas, de rastros o señales, y no encontró nada. Aquello le subió el ánimo, si no había pistas significaba que no había cruzado por allí. Sin embargo, lo comprobaría hasta el final del curso, no pensaba rendirse si había alguna posibilidad de encontrarla.

Cabalgó y cabalgó, pasó una hora, los sentimientos entremezclados comenzaron a hervir en su interior como una marmita: no hallarla era bueno, pero, a la vez, no ver rastro de ella era aterrador. «Espíritus, Katt, ¿dónde estás?», pensó. Obtuvo su primera pista unas millas más adelante, donde unos guerreros con el tartán del clan estaban sacando a un caballo del río; una yegua Hakney de pelaje rojizo. Saltó de la silla de *Suspiro* y corrió hacia los hombres con el corazón en la garganta; uno de ellos era Colmac.

—¡Colmac! —llamó Evander, desesperado—. Dioses, menos mal, ¿y ese caballo? ¿Has encontrado a Kaitlyn?, ¿está cerca, está herida?

El highlander de cabello castaño rizado frunció los labios y carraspeó, incómodo.

—Lo lamento, Evander, pero la muchacha está muerta —dijo Colmac—. Acabamos de sacar este animal del río, se ha ahogado.

—No, no… ¡no! No lo creo… ¡No quiero creerlo!

—Se rompió el cuello —dijo otro de los hombres, John.

—¿¡Y donde está su cuerpo!? ¿Eh? ¡Donde, maldición, decidme dónde está! —rugió Evander, y se lanzó para sujetarle por el feileadh

mor—. ¡Si Kaitlyn está muerta quiero verla! La necesito… necesito llorarla…

—Lo sentimos, pero se la llevó el río, solo encontramos un trozo de tela colgando de la silla de la yegua, nada más —dijo Colmac, parecía apenado de verdad—. Evan, lo siento, sé que debe ser muy dur…

—¡Cállate! No tienes ni idea de cómo me siento. Me han arrancado el alma, siento que me sangra el corazón, que me lo están estrujando y me desangro. ¿¡Entiendes eso!? ¿Sabes lo que es perder a la mujer que amas? ¡Qué diablos vas a entender cómo me siento!

Se lanzó a golpearle, roto de dolor, pero antes de que llegase a tocarle John y Arran lo sujetaron por los brazos y lo redujeron. El mayor le propinó un puñetazo que lo tiró al suelo y Evander escupió sangre, le había saltado una muela. Sonrió, ¿qué podía importarle ya eso? Ni sintió el dolor. Ninguno de los tres Colquhoun dijo nada, y Evander se levantó y dio la vuelta para alejarse, abatido. Quería morir, se sentía morir. No podía creer que Kaitlyn ya no estuviera en ese mundo, que la luz de su vida, su fierecilla, le hubiera dejado. Y con ella se llevaba al pequeño que estaban esperando, su hijo, que ni siquiera había llegado a ver el sol. Comenzó a caminar, cabizbajo, ignorando a *Suspiro* como si hubiese olvidado que estaba allí.

—¡Evander, tu caballo! —llamó Colmac.

Evander siguió caminando hacia el bosque, sin rumbo fijo.

—¡Evan!

—Déjalo, está ido… no tiene cabeza para nada, déjale penar —dijo Arran.

—Volvamos, debemos llevarnos a la yegua —suspiró Colmac—. ¡Por el aliento de Morrigan, menos mal que ha tragado con el cuento! Laird Alec estará contento.

—¡Chsss! Puede oírte alguien, estúpido —rugió John.

—Lo sé, lo siento. Es solo que, vaya, me ha dado pena el hombre… se nota que está enamorado de verdad. Lo que el laird le ha dicho es cruel, maldición.

—Es un MacFarlane, no lo olvides, Colmac Colquhoun —escupió John—. Que sufra y se plegue a las órdenes de Alec, o muera como el perro que es.

—Tú no cambias, ¿eh, John? —resopló Colmac.

—Calla de una vez y empieza a arrastrar, menudo desperdicio matar a esta yegua por esta pantomima. ¡Camina, holgazán!

El menor puso los ojos en blanco y siguieron con la tarea que con tal dedicación habían empezado. Que les perdonara Evander, por el bien del clan harían lo que fuera.

***

Muerta. Kaitlyn estaba muerta.

Evander caminó por inercia, sentía que se movía sin saber lo que hacía, las lágrimas que había derramado en el despacho de su padre habían cesado, su cuerpo estaba tan roto que no encontró fuerzas para seguir llorando. Todos sus sueños se habían roto en un instante. Si hubiese actuado antes la hubiese salvado. Si la hubiese sacado de la celda estaría viva. Si hubiese estado a su lado, Kaitlyn y su hijo estarían con él. Era un necio, un fracaso, un despojo, un condenado… y no merecía respirar tras haber roto la promesa que le hizo a su mujer: «jamás dejaré que te hagan daño mientras estés a mi cuidado». «Fracaso, eso eres, Evander, un maldito fracaso; le has fallado a tu amada».

Katt era la luz de su vida, su sol, y el sol se había apagado, ya no volvería a salir. Había dejado al día sin luz. Tantas promesas de futuro rotas; tantos besos que ya no podría darle. Tantas cosas que quería decirle, tantas preguntas que quería conocer. ¿Prefería los dulces, o los asados? ¿Prefería el verano radiante, o la fragante primavera? ¿Querría que se uniesen bajo los ritos cristianos, vestiría para él uno de esos vestidos de novia blancos? Le habría comprado una silla de montar para su caballo, el que tenía en el clan MacLaren. Le habría puesto el mundo a su merced, si le hubiesen dado un solo día más con ella. Ya no volvería a ver su sonrisa, ni a oír su risa, ni a sentir sus dedos haciéndole cosquillas. Ya no volverían a bromear; ya no le llamaría «Demonio de Ojos Azules» nunca más. Ya no le despertaría el olor de su melena, dulce y floral, ni sus besos traviesos. Ya nunca sostendría al bebé de mejillas regordetas que tendrían, no le

importaba si era niño o niña. Ya no le enseñaría a montar un pony, ni nadarían juntos los tres.

Su vida estaba rota.

¡El dolor le estaba matando! No podía concebir una vida sin Kaitlyn, ahora que había conocido el amor verdadero de la forma más inesperada y sincera, sin buscarlo, perderlo se sentía peor que morir: era morir en vida. Y no quería enfrentar esa realidad.

Así que cerró los ojos y gritó hasta quedarse sin voz.

Capítulo Veintiocho



Kaitlyn suspiró, estaba inquieta y detuvo sus pasos en medio de la celda de golpe. Habían pasado dos semanas desde el castigo y cuatro días desde que vio a Evander en su celda; no había vuelto a hablar con él y estaba empezando a ponerse nerviosa. Elspeth tampoco había vuelto, sus días se limitaban a comerse el plato que los guardias le entregaban, pasear de un lado a otro de su celda y sumirse en pensamientos miserables. No dejaba de darle vueltas a su plan de huida y tenía más claro que nunca que no podía retrasarlo; en el momento que los Colquhoun se enteraran de que estaba encinta se iría todo al diablo. Quién sabe si no tratarían de quitarle a su hijo y criarlo en sus malas costumbres, como habían hecho con Evander. No, eso no lo pensaba permitir, los mataría antes de permitir que pusieran sus sucias manos sobre Evander o su pequeñito, eso lo juraba por el cielo.

Pero para ser libre tenía que salir de esa mazmorra; tenía que hablar con Evander de algún modo, y ya que Elsie no había vuelto, tendría que ingeniárselas. El chillido de una rata agudo como el canto de una banshee le hizo volver la cabeza; era Romney, la rata sin cola que solía colarse en su celda para roer las sobras de su plato. La

había bautizado ella misma. Sonrió al verla. Otra joven hubiese chillado como una niña al ver a la rata; pero llegada a ese punto, Kaitlyn agradecía la compañía de otro ser vivo.

—Llegas tarde amiguita, ¿tienes hambre? —sonrió Kaitlyn—. Solo quedan migajas, lo siento, tendrás que esperar a la noche, a que me traigan la cena, y rezar para que no sea caldo otra vez.

La rata la ignoró y corrió por la celda, Kaitlyn sonrió y de pronto una idea acudió a su mente. ¿Y si usaba a Romney para enviarle un mensaje a Evander? Podría escribir usando un trozo de tela de su camisón, que de todas formas estaba roto. Dos días antes un guerrero del clan había entrado y arrancado un trozo de tela de la zona del pecho; Kaitlyn creyó que pretendía forzarla, pero el soldado tomó la tela y salió por donde había venido. Aquello no tenía sentido, así que se encogió de hombros y lo ignoró. Si lograba escribirle un mensaje podrían ponerse de acuerdo, tal vez Romney podría ser su cómplice. Decidida, se acercó al candil que colgaba de la pared para arrancar una astilla de la antorcha —que usaría como pluma para escribir—, y pensar en un mensaje. Estaba a punto de hacerlo cuando oyó la cerradura girar y la puerta se abrió para revelar a Elspeth. Su amiga parecía agitada, tenía las mejillas coloradas y húmedas por el llanto.

Se acercó y e indicó al guardia que cerrara; traía una cesta. Solo cuando los pasos del highlander se hubieron alejado por el pasillo se atrevió a romper el silencio.

—Siento no haber venido antes, Katt, han pasado mil cosas —comenzó Elspeth—. Te he traído comida decente, carne de res asada, empanadas de jamón ahumado y unos dulces: bollitos de mantequilla y *shortbread.* También hay pomada para tus costras, deja que te ayude a untarla. ¿Qué le ha pasado a mi camisón… estás bien, estás herida?

—No te preocupes, un guardia vino hace un par de días y arrancó un trozo. Sigo sin entender por qué hizo semejante tontería, pero no voy a cuestionarlo —dijo Kaitlyn—. ¿Qué es eso tan terrible que ha pasado? Tienes mala cara, Elsie, has estado llorando.

—¿Tan transparente soy? Espíritus, ojalá mi madre me leyese tan fácilmente como tú.

La pelirroja posó la cesta y comenzó a bajarle la ropa a Kaitlyn para revelar su piel vendada. Las heridas habían sanado bien, así que comenzó a cortar las vendas y observó las costras; ya no estaban tiernas, sino selladas, de un sano color vino tinto, iba por buen camino. Ambas se sentaron sobre el colchón, y cuando Elspeth sacó el frasco y comenzó a untar el potingue sobre su piel, Kaitlyn se encogió. Olía a rayos y picaba un montón.

—Lo lamento, Katt, no quiero incomodarte —se disculpó Elspeth.

—No importa, cuéntame qué ha pasado —dijo Kaitlyn.

—Es… mi padre, sigue insistiendo con lo de la boda. ¡Sigue haciendo caso omiso de todo lo que le digo! ¡No le importo en absoluto, Kaitlyn! Ha armado un festín esta tarde, creo que va a anunciar la fecha de la unión… ¡quiero morir!

—¡Ni hablar, Elsie, no hables así! Recuerda lo que dije, Malcolm y tú sois libres de iros con Evan y conmigo a Balquhidder, solo tenemos que planearlo. ¿Estás segura de que es tu boda lo que va a anunciar el laird?, ¿no puede ser otra cosa?

—Seguro, mi madre me ha ordenado asearme y vestirme elegante; quiere lucirme como una yegua en venta —bufó Elspeth y de pronto rompió a llorar—. No lo entiendes, Katt, temo que vaya a pasar una desgracia esta noche. Mi madre sabe que no yací con Ronald en Beltane, Ronald se lo dijo a Callum y mi hermano lo ha propiciado todo para que pase la noche con Ronald. Si me toma descubrirá que no soy doncella, y si se entera de que fue con Mal con quien yací en el festival me va a matar. ¡Nos matará a los dos!

—Pues no yazcas con él —señaló Kaitlyn.

Elspeth resopló y terminó de untar pomada para guardar el frasco.

—Como si fuese sencillo oponerse a un hombre con intención de fornicar —dijo irónica. Kaitlyn asintió, ella misma había vivido en sus carnes una escena así la noche que Callum quiso aprovecharse de ella en el patio y Evander la salvó—. Si Ronald me quiere tomar no podré detenerlo, es mucho más fuerte que yo, y no voy a mancharme las manos con su sangre para evitar una noche de pasión. ¡Qué horror, Katt! No sé qué voy a hacer…

—¿Por qué no te escondes hasta que pase el día?

—Eso no servirá de nada, me buscaran y mi padre me dará una somanta de palos por humillarlo ante el clan. No, no puedo escaparme, ni esconderme, ni nada parecido.

—Entonces inventaremos una argucia. Por la mañana, antes de que Ronald se despierte, bajas y nos liberas a Evander y a mí —dijo Kaitlyn—. Huiremos los cuatro juntos, no podrán detenernos.

—¡Pero tendré que acostarme con Ronald! —insistió Elspeth.

Kaitlyn sonrió y negó con un ademán antes de volverse para mirarla; su amiga había dado el último nudo a sus vendas y se pasó la combinación por los hombros.

—Le drogaremos, Elspeth. Sé algo de plantas, lo justo para conocer las que se usan para esto. Prepárale una infusión de corteza de sauce y semillas de amapola; camufla el sabor amargo del sauce con manzanilla y miel, Ronald no notará nada —dijo.

—¿Y si tarda en dormirse?

—Entretenle con historias, como hizo Sherezade con el sultán.

—¿Shere… za… qué? No tengo idea de qué hablas, Katt.

Ambas se miraron y rompieron a reír, Kaitlyn se acercó a su amiga para darle un abrazo. Elspeth le recordaba mucho a Eileen en lo ingenua y vivaracha que era. Volvería a ver a su hermana muy pronto.

—No importa, es una historia que siempre le leo a Eileen —dijo—. No te preocupes y vete ya, no tengas miedo y haz lo que hemos dicho, saldrá bien, ya verás.

—Está bien, Katt, confío en ti —sonrió Elspeth.

Dicho aquello le dio un fugaz beso en la mejilla y salió de la celda, dejando a Kaitlyn sola de nuevo. Ahora que tenía un plan de huida su ánimo mejoró, así que tomó la cesta para dar buena cuenta de los manjares que Elspeth había traído. Sacó una galleta de shortbread y la rompió en trocitos para que Romney comiera. Y ella hizo lo mismo. Debía tener fuerzas para escapar, estaba decidida y nada la detendría.

***

Elspeth cerró la puerta de su dormitorio con el corazón en la garganta. Sentía que estaba haciendo una travesura, solo que esa travesura podía traer consecuencias serias. Todo el castillo estaba revolucionado con el festín del laird; habían colocado decoraciones en el salón, y el pasillo olía a deliciosos guisos. En el patio se asaba un gran jabalí sobre la hoguera y las risas de los guerreros auguraban una noche de juerga y borrachera. Tragó saliva, no podía sacarse de la cabeza la idea de que algo malo iba a ocurrir. «Si al menos Evander estuviera aquí para darme consuelo», pensó mortificada. Pero no había rastro de su hermano, el rubio había salido del castillo dos días antes y no había vuelto; aquello la tenía muy preocupada: Evander no era de los que se iba así sin más, de los que huía de sus obligaciones.

«Espero que esté bien, que no le haya ocurrido nada».

Comenzó a desnudarse para ponerse algo bonito, como había pedido su madre. Tenía multitud de vestidos, así que desató los lazos del que llevaba y caminó hasta el baúl para sacar el primero que encontró; no importaba cual fuese. Estaba a punto de cambiarse cuando la puerta se abrió para revelar a su madre y a Anna, ambas con sendas sonrisas. La Lady del clan la miró de arriba abajo y torció el gesto.

—¿Todavía en enaguas? Te recuerdo que tu padre quiere que estés lista para la hora de la cena y ya es media tarde, Elspeth —señaló Marion—. Vamos, niña, a la tina.

—No hace falta, me bañé esta mañana —dijo.

—Bien, entonces dame el vestido, te ayudaremos a arreglarte. ¿Cuál te vas a poner?

Elspeth le lanzó el que tenía en la mano, amarillo pastel con lazos blancos, y Marion puso los ojos en blanco; el vestido era precioso, de terciopelo, pero le sentaba mal. El color no casaba con su cabello y apagaba el color de su piel.

—Por el amor de la Madre, ¿no tienes nada mejor? Con la cantidad de ropa que te he comprado —resopló la Lady—. Aparta, deja que lo elija yo, tú no tienes gusto.

—¿Acaso no eres feliz, Elsie? Vas a pasar tu noche especial con un gran guerrero —dijo Anna en un intento por animarla; desde que

estaba encinta su humor estaba por las nubes—. Sonríe un poco, anda, seguro que Ron será dulce y bueno contigo.

—Demasiado bueno para lo que merece, después del plantón que le dio en Beltane.

«Gracias, madre, tú siempre tan comprensiva», rumió Elspeth, pero no dijo nada. Ajena a los pensamientos de su hija, Marion se volvió con un nuevo vestido en las manos; era verde esmeralda, escotado, de seda. El cinturón era azul y negro, un patrón con el tartán del clan.

—De acuerdo, desnúdate, vamos a vestirte; el verde saca el cobrizo de tu pelo y tus ojos, resalta la cremosidad de tu piel —suspiró Marion.

—Ya estoy desnuda, madre, ¿no me ves? —dijo Elspeth.

—Sí, pero no vas a llevar combinación, corsé ni polainas, este vestido es de seda, se te marcarían los lazos y arruinaría tu aspecto. Vamos, Anna, ayúdala, verás que guapa la dejamos entre las dos.

—Por supuesto, lady Marion —sonrió la rubia.

Para consternación de Elspeth, su madre y cuñada la dejaron en cueros antes de pasarle por la cabeza el vestido de seda esmeralda y ajustarle el fajín a la cintura y los lazos a la espalda. La voltearon para que se mirara en el espejo mientras terminaban de atarlo: estaba guapísima, parecía una flor de primavera, verde y recién abierta. La seda brillaba y resaltaba el rubor de sus mejillas, el cobrizo de su melena y el azul de sus ojos. Si bien, el no llevar nada debajo la hizo sentir vulnerable, notaba el aire entre los muslos y eso la incomodó, recordándole la verdad que estaba tratando de ocultar: no era virgen y no podían enterarse.

—Muy bien, ahora vamos a peinarte. Estás muy guapa, hija, orgullecerás a tu padre —sonrió Marion.

La joven no dijo nada, se dejó hacer como una muñeca de trapo en manos de una niña, y en menos de media hora salió de la habitación disfrazada de princesa. En ese tiempo el castillo se había ido llenando, gente de Dumbarton había subido a la fiesta, los guerreros charlaban y tonteaban con las sirvientas, y Ailse corría de un lado a otro metiendo en vereda al servicio. Todo estaba dispuesto, así que Elspeth tragó saliva. Bajó las escaleras acompañada de su

cuñada, y al llegar abajo se topó con Callum, que aguardaba a su esposa con una sonrisa. Desde que Anna se había quedado encinta había dejado de maltratarla, pero no por ello guardaba el falo bajo la falda; Elspeth lo había visto yaciendo con una de las criadas sin disimulo.

Callum la observó de arriba abajo y enarcó una ceja mientras le ofrecía el brazo a Anna.

—Vaya, Elsie, estás radiante, si no fueras mi hermana te querría para mí; Ronald tiene mucha suerte —felicitó el guerrero.

—Sí, qué afortunada soy, al parecer —gruñó Elspeth y le fulminó con la mirada—. No me dirijas más la palabra, Callum, no quiero mirarte ni oírte; me pones furiosa.

—Eso duele, hermanita. ¿Aún sigues molesta por ese berrinche de casarte con Malcolm? Deja de ser infantil, has ganado un marido mejor, Malcolm no te merece.

—¿Y Ronald sí?

—Sí, Ronald es mayor y podrá proveer para ti, te preñará con hijos sanos y llenará tu mesa con comida y presentes —dijo Callum—. Además, es mi mano derecha y uno de los mejores y más leales hombres de padre, ¿qué más puede pedir una muchacha?

—¿¿Amor, quizá?? —exclamó Elspeth.

Callum soltó una carcajada, lo que enfureció a Elspeth, que apretó los puños.

—Cuando conozcas su polla lo amarás profundamente, todas sois iguales —dijo el mayor sin dejar de reír—. Amor… que se va a esperar de la mente de una mujer.

—¡Eres un bastardo hijo de…! —rugió Elspeth.

—¡Basta, los dos! —exclamó Anna—. Por favor, Elspeth, compórtate, Callum quiere lo mejor para ti, no lo ha dicho para ofenderte. Y tú, amor mío, no te burles de tu hermana, un amor no se olvida de un día para otro, dale tiempo para que conozca a Ron.

—Bien, bien, como quieras. Y no me vuelvas a retar, querida Elspeth, u olvidaré de que eres hermana mía y te daré un guantazo —dijo Callum.

—Me gustará verte intentarlo —masculló ella.

Antes de que alguno pudiera decir algo más, la voz del laird se hizo oír entre le gentío, y Callum avanzó para acercarse y entregar a la futura novia. Le dio un empujón en la espalda, Elspeth apretó los dientes y caminó hacia su padre, que le envolvió los hombros bajo el brazo y alzó la voz de nuevo para que se le oyera entre el mar de aplausos. Elspeth enrojeció, sentía las miradas de todo el clan fijas en ella, Ronald era el primero en la fila que no le quitaba la vista de encima. Elevó el mentón, y la mirada de orgullo del guerrero calvo le hizo renovar su determinación de escapar. Buscó con los ojos a Malcolm, estaba junto a la chimenea con expresión de angustia, y verlo le partió el corazón a Elspeth. ¿Por qué no les dejaban ser felices? ¿Por qué tenía que pasarles eso? ¿Qué daño habían hecho Malcolm y ella para no poder casarse?

—¡Buenas gentes de Dumbarton, esta noche es de celebración! ¡Sed bienvenidos al castillo de Dunglass, yo, laird Alec en persona os invito a la celebración del compromiso de mi amada hija Elspeth, que se unirá pronto a Ronald Colquhoun! —dijo, y una nueva tanda de aplausos sacudió el salón de Dunglass—. Ronald, ven aquí, amigo mío, y toma la mano de tu futura esposa.

El guerrero calvo avanzó hasta colocarse a su lado, tomó a Elspeth por la cintura y la atrajo contra su pecho con una sonrisa de orgullo. La joven usó sus manos como barrera para no chocar contra él, pero mantuvo la compostura a pesar del asco que sentía.

—¡Un aplauso para los novios! —exclamó Alec.

—¡Que el novio diga unas palabras, vamos, vamos! —dijo Callum.

La risa recorrió el salón, y Elspeth apretó los labios.

—¡Bueno, está bien! Calma, amigos, no soy bueno con las palabras, pero lo intentaré —dijo Ronald—. En primer lugar, deseo agradecer a nuestro laird su generosidad al concederme la mano de su única hija; solo soy un humilde guerrero, y me honra ser parte de la familia de mi señor. En segundo lugar, le hago esta promesa a Elspeth: no te arrepentirás de casarte conmigo, serás muy feliz en mis brazos, moza.

—¡Y en tu cama! —bromeó alguien desde la multitud.

—Sí, y eso también.

De nuevo una ronda de risas, Elspeth sintió que le ardían las mejillas. Quería que se la tragase la tierra, sentía que los ojos de Malcolm la estaban traspasando. ¿Dónde estaba Evan?

—¡Beso, beso, beso! —animó la muchedumbre—. ¡Bésala, Ron!

—Parece que no puedo decepcionarlos, ¿eh? —dijo Ronald—. Ven aquí, muñequita, vamos a darles un espectáculo que no olvidarán.

—No, gracias —dijo Elspeth.

—¡Te ha tocado un hueso duro, amigo! Jajajaja.

—No seas así, Elsie, vamos… —insistió el calvo.

Elspeth trató de resistirse, pero tal como había predicho en la celda, no pudo hacer nada contra la fuerza de Ronald, que le sujetó el mentón con una mano para besarla y colarle la lengua hasta la garganta. La joven se removió, pero sujeta como estaba no pudo alejarse. Elspeth estaba tan roja por la rabia y la vergüenza que su cabello palidecía en comparación. Un par de lágrimas rebeldes asomaron a sus ojos, pero se negó a dejar que cayeran delante de todo el mundo.

—Bien hecho, enséñale a respetar a su hombre —felicitó Alec y se volvió hacia la multitud—. ¡Ahora, amigos, disfrutemos del festín y el baile, hay mucho que celebrar!

—No tanto como Ron, él sí se va a comer un buen pastel —señaló John, alegre.

—Me muero por hincarle el diente —bromeó Ronald.

Como si quisiera dar validez a sus palabras bajó la mano que tenía sobre la cintura de su prometida hasta su trasero para darle un buen apretón. Elspeth chilló, y la situación se descontroló. Malcolm lo había visto todo, impotente, desde el otro lado de la sala: la angustia de la mujer que amaba; el beso forzado de Ronald; las lágrimas de Elspeth pugnando por salir. Y no lo pudo soportar; en el instante en que el calvo le tocó el trasero con la promesa de tomarla perdió la razón. «¡Suéltala, Ronald!», gritó Malcolm. Cargó como un garañón hacia Ronald, que se giró en el último momento para encararlo. El joven le golpeó con todas sus fuerzas y cayeron al suelo como sacos de piedras. Sin embargo, la mala fortuna, o el destino, hicieron que la cabeza de Ronald impactara contra el bordillo de la chimenea para abrirse en el acto.

Un grito recorrió la sala, se hizo un silencio mortal en el salón, solo roto por las llamas y los jadeos de Malcolm. El moreno se levantó con el aliento acelerado y miró a Ronald, que yacía muerto a sus pies con la cabeza rota y la sangre manando a raudales. Todo sucedió en un instante. Anna chilló, lady Marion también, y Callum, que tenía la vista fija en los ojos abiertos y vacíos de su amigo, rugió como un león.

—¡Malcolm! —bramó—. ¡Asesino, prepárate a morir!

No llevaba la claymore encima, puesto que estaba en una fiesta en su propio salón, pero se sacó una daga del cinturón y cargó hacia Malcolm. Elspeth se interpuso, logrando que Callum se detuviera en el último minuto aún con el cuchillo en la mano.

—¡Déjalo, Callum! —dijo Elspeth.

—¡Ha matado a Ronald! Apártate, Elspeth —rugió él.

—¡Para hacerle daño tendrás que pasar por encima de mí!

—¡Apártate, estúpida, no lo volveré a repetir!

Estaba a punto de apartarla de un empujón cuando Alec salió de su estupor y tomó las riendas de la situación. Se plantó delante de su hijo y le sostuvo la mano con fuerza hasta quitarle el cuchillo. Callum le miró con ira, pero Alec se mantuvo firme. Nadie se atrevió a mover ni un músculo, en espera de las palabras del anfitrión.

—No se te ocurra volver a levantar un arma contra tu hermana —dijo Alec—. Lo que ha pasado ha sido una desgracia, Malcolm recibirá un castigo por lo que ha hecho. Ahora cálmate, estás haciendo un espectáculo de ti mismo, Callum.

—¡Ese cerdo ha matado a Ronald, quiero su sangre! —insistió Callum.

—¡Ya lo veo, no me repliques más, muchacho insolente!

Un griterío se empezó a formar: algunos apoyaban a Callum. Otros apoyaban a Malcolm. Y Elspeth sintió que la recorría un escalofrío. Sabía que, si se quedaba, Malcolm terminaría ajusticiado, y no podía vivir con ese dolor en el alma. Buscó a Evander con la mirada sin encontrarlo. ¿¡Donde diablos estaba!? Al no verlo se fijó el Brody, que permanecía con rostro ceniciento a dos pasos de ellos. Elspeth tomó a Malcolm de la mano y comenzó a abrirse paso entre la multitud para pararse frente a su amigo.

—Brody, saca de aquí a Malcolm; marchaos los dos ya mismo. Sin Evan aquí no hay nadie que lo proteja —suplicó la joven—. Te lo suplico, ponle a salvo…

—No pienso dejarte aquí, Elsie, vendrás conmigo o no me iré —dijo Malcolm.

—¡Vete, maldita sea! Tienes que ponerte a salvo, yo escaparé pronto.

—No te preocupes, Elsie, sé donde llevarlo, Evander está en ese lugar —dijo Brody—. Lo llevaré allí, ninguno de los guerreros de Dunglass conoce ese lugar.

El comentario alertó a Elspeth; elevó las cejas y olvidó la urgencia un instante.

—¿Sabes donde está Evander? —inquirió.

—Sí, en una cueva, la noticia de la muerte de Kaitlyn casi lo aniquila —contestó Brody.

—¿Qué? Kaitlyn no está muerta, ¿de qué estás hablando?

—De que se mató al salir de Dumbarton, Evander lleva dos días llorándola. Llevo con él desde entonces, impidiendo que haga una locura mientras no miro, he venido a la reunión para no levantar sospechas del laird. Tiene que ser un error, Kaitlyn ha muerto.

—Brody, he hablado con ella hace un par de horas; está en este castillo, viva.

La compresión golpeó al guerrero como un rayo; apretó los músculos. De pronto una expresión de pánico se le pintó en la cara.

—¡Mierda, Evander no lo sabe! —exclamó frustrado y se giró hacia Malcolm—. Hay que ir a decírselo ahora mismo, ¡ese loco es capaz de vengarse matando a alguien con su claymore! ¡Vámonos, Malcolm!

—¡Sí! —asintió Malcolm, antes de volverse hacia Elspeth—. Volveré por ti, amor mío, no desesperes.

—No, iré yo, no os mováis de allí —negó ella.

Los dos amigos echaron a correr entre la multitud, que centrada en la discusión entre Callum y Alec, no notó que se iban. Elspeth corrió a la ventana para verlos salir. Que los dioses la ayudaran, y a Evander también.

Capítulo Veintinueve



Otro día más.

Otro atardecer sin esperanza.

Otro día más moría para dar paso a la noche.

Otra noche en el infierno.

Evander dejó el cuchillo con el que estaba pelando un trozo de madera para hacerle punta y arrojó la rama al fuego; un puñado de chispas saltaron y flotaron para perderse como partículas de oro entre el humo. Había dejado de sentirse abatido y una gran rabia lo dominaba: hacia su padre, hacia Callum, hacia Ewan, hacia Greig y hacia todos los que habían causado que Kaitlyn estuviese muerta. Incluso hacia sí mismo. La culpa lo corría, el dolor; pues sabía que, de no haberla raptado, la joven estaría feliz y a salvo entre los suyos, amada y contenta en el castillo de Balquhidder. Y eso era debido a él y su lealtad.

Recordó la primera vez que vio a Kaitlyn, jamás olvidaría ese instante; ella no sabía que él la estaba mirando, pero el impacto para Evander fue arrollador como una tormenta. Estaba acostumbrado a tratar con mujeres de todas clases: tímidas como Anna; pizpiretas como Elspeth; gritonas como Ailse; seductoras como Brenna; pero

ninguna le había hipnotizado como Kaitlyn. La joven estaba en el río, descalza a pesar del frío invernal, su mano hundida en el agua mientras jugaba con la corriente. Sacó una piedra brillante, un cristal de cuarzo, y la luz lo traspasó para reflejarse en su rostro. Sonrió como una doncella Fae y se levantó para bailar sobre la nieve en polvo, salpicando copos por todas partes. Evander sintió que el corazón le daba un vuelco; nunca había contemplado a una muchacha tan hermosa, tan libre, tan natural y genuina. Una fugaz ola de anhelo le recorrió y se humedeció los labios, las pupilas se le dilataron: la deseó desde ese primer instante.

Entonces Kaitlyn se acercó a su montura, le acarició el hocico y le canturreó una canción en gaélico antiguo, recogió sus botines y saltó sobre el lomo para rergresar al castillo de Balquhidder.

Evander tardó un rato en volver con su grupo, y desde ese momento exacto le anunció a Callum que solo él se encargaría de seguir los pasos de la joven. Había creado un vínculo con Kaitlyn y ella ni siquiera lo sabía. Ahora ese vínculo se había roto. No podía creer que por culpa de un tropezón se hubiese ido, puesto que la seguía amando y no podía sacársela del alma, le dolía hasta respirar. La amaba y la amaría siempre: amaba su sonrisa, que iluminaba sus días con su brillo. Amaba su risa, celestial cual tañido de campanas. Amaba su mirada inocente y limpia, tan determinada y llena de valor, tan combativa y pura y salvaje como un torrente. Amaba su voz, oírla decir su nombre, oírla susurrar y estallar entre sus brazos. Amaba cabalgar con ella por el bosque y ser él quien la hiciera reír; amaba bromear con ella y hacerla de rabiar y sonrojar. Ya no vería más sus rubores brillar sobre su piel como una tarde de arreboles. Su sol se había apagado, la vida había perdido el color; la amaba como amaban las flores al sol: con cada latido y cada respiración… y Kaitlyn se había ido para no volver.

¿Cómo había podido caer siendo una amazona excelente?

¿¿Cómo había podido pasar??

—Por qué, Katt… ¿por qué has tenido que dejarme solo en este mar de amargura? —susurró, y la pena le ahogó a tal punto que un sollozo ronco salió de su garganta—. Te extraño cada segundo del día, diabla…

Le había jurado lealtad y fidelidad hasta el último día y tenía toda la intención de cumplir esa promesa. Le quedaban dos opciones: volver al castillo y matar a Alec, que era lo que Katt hubiese querido, o cumplir su promesa y unirse a ella en la muerte como juró la noche de su unión. La respuesta le pareció obvia, haría realidad esa última voluntad, vengaría su muerte poniendo fin al hombre que tanto dolor le había infringido. No solo a ella, sino a todo el clan Colquhoun, y especialmente a aquel al que decía llamar su hijo. Era una motivación nacida del dolor, cruel quizá, pero objetiva; no podía encontrar un camino más justo que el de aliviar su pena con sangre. Quería, de forma bruta, hacer justicia. Y la haría. Rendirse era una solución fácil, un camino directo para reunirse con Katt: no tendría más que salir de la cueva y caminar hacia el acantilado para que se lo tragaran las olas. Quizá tuviese una muerte serena y se estrellara contra las rocas submarinas; se reuniría con ella en el acto. O quizá el frío lo acalambrara y se ahogara. Pero ese no era su camino, ese no era el camino del guerrero: un highlander luchaba hasta el final, incluso si su alma estaba sangrando por sus heridas; recogería los pedazos de su corazón y los uniría con un hilo de entereza hasta haber cumplido su cometido.

Sea como fuere no pensaba perder más el tiempo: había llegado la hora de luchar.

Cuando salió de la cueva la luz de la luna lo cegó un momento, pero no se detuvo hasta alcanzar a *Suspiro*; le había invadido la determinación, y como testarudo que era, cumplir la resolución que se había marcado era lo único que ocupaba su mente: vengar a Kaitlyn. Tensó y destensó los músculos de la mandíbula mientras ajustaba las cinchas y las correas del ronzal; subió de un salto a la silla ignorando los estivos. Le estaba empezando a arder la sangre y espoleó a *Suspiro* con saña. Echó a cabalgar por el borde del acantilado a toda velocidad con la vista fija en el horizonte; el castillo de Dunglass era su objetivo, así que apremió al frisón. Al ritmo que llevaba llegaría en menos de una hora, después pensaría qué hacer, con la muerte del laird se desataría el caos y lo que menos deseaba era causar problemas a las gentes de Dumbarton. ¡Maldito fuese Alec! ¿Cómo podía ser un líder tan nefasto? Era eficaz, eso no lo

ponía en duda, pero sus métodos y forma de gobierno crueles e inhumanos.

A cada milla que avanzaba su enfado crecía, sentía que no corría lo bastante rápido, pero de apremiar más a su amigo terminaría por matarlo. No quería perder a nadie más, no cargaría sobre los hombros la muerte de *Suspiro*. Así que se alejó de la línea de costa hacia los árboles, el sendero corría tranquilo y directo a la ciudad; tenía que serenarse antes de hacer alguna locura. Sabía que matar a Callum era una opción, no una prioridad, lo evitaría si no era necesario. Era un monstruo, como Katt solía decir, pero una víctima de la educación de su padre a pesar de todo. Eso estaba pensando cuando notó un par de antorchas acercándose a él entre la oscuridad de los árboles; dos jinetes se acercaban a toda prisa y en la oscuridad del robledal no era capaz de distinguir sus rostros. Llevó la mano a la claymore y la desenvainó; no le iban a tomar desprevenido. Cargó a toda velocidad; a punto estuvo de rebanar una cabeza, pero volteó la espada en el último momento al reconocer la voz de Brody.

Eran Brody y Malcolm, Evander jadeó.

—¡Espíritus! —exclamó el pelirrojo—. ¡Cuidado! Casi me matas…

—¿Qué hacéis aquí? —inquirió él—. Deberíais estar en Dunglass.

—No hay tiempo, hemos venido por ti, tienes que ir a buscar a Katt —dijo Brody, y continuó al ver la mirada perpleja de su amigo—. Te han mentido, Evan, Kaitlyn vive.

—¿¡Qué!? No, ¡no es posible!

—Ha sido un engaño del laird, Elspeth nos lo ha asegurado, Kaitlyn está prisionera en las celdas del castillo —confirmó Malcolm—. Lo de su muerte fue cosa de Alec, tienes que volver y sacarla cuanto antes; si se enteran de que estamos aquí no sé qué harán.

Evander estaba en shock, un vértigo terrible le atenazó y su corazón latió feroz como un cimarrón salvaje. ¿Se atrevería a tener esperanza? Si había la más mínima posibilidad de que Kaitlyn estuviese viva y pudiese recuperarlos a ella y al bebé, su familia, lucharía con uñas y dientes.

—¿La has visto?, Mal, ¿la has visto? —insistió Evander.

—Yo no, pero Elspeth nos dijo que habían hablado antes de la fiesta de hoy.

—Entonces, juro por lo más sagrado que la sacaré de allí, aunque tenga que arrasar el castillo de la torre a los cimientos. ¿Venís conmigo? No hay tiempo que perder, iba a Dunglass, de todas formas; ha llegado el momento de poner fin a esta locura.

—Por supuesto, y nosotros te ayudaremos —dijo Brody.

—Gracias, amigos, por todo. ¡Vamos ya! —rugió Evander—. ¡Cabalga, *Suspiro*!

El guerrero pelirrojo y el de cabello castaño le imitaron y espolearon a sus monturas para galopar en dirección al corazón del clan. Evander sonrió, le volvía a latir el corazón, sentía que volvía a recuperar una parte que se había resquebrajado, y el fuego le corrió libre por las venas. Por Kaitlyn, por verla a salvo a ella y al hijo que esperaba, valía la pena luchar contra quien fuera. «Espérame, diabla, voy a buscarte», pensó. Y voló.

***

Cabalgaron por el bosque que llevaba al sendero noreste durante una hora; debía ser cerca de la una de la madrugada, a juzgar por la posición de la luna. Si bien, algo les impulsaba a no detenerse a pesar del cansancio: la necesidad de liberar a Kaitlyn y Elsie, y rescatarlas de las garras de Callum. Así que galoparon durante lo que les pareció mucho tiempo a campo abierto hasta llegar a los limites de su clan. Al hacerse menos profundo el bosque aflojaron el paso y bajaron de los caballos para darles un descanso y estirar las piernas; se encontraban en un prado abierto junto al río, era perfecto para hacer un campamento al amparo de las montañas y el bosque.

Brody se acercó a su frisón para darle unas palmadas en el costado, estaba sudado, pero no le importó; se había comportado como todo un campeón.

—Bien hecho pequeño, deagh obair, deagh obair —susurró antes de volverse—. ¿Qué haremos?, ¿vamos a quedarnos aquí?

—Sí, al menos hasta que amanezca, después pensaremos si volvemos a Dumbarton. Al menos yo debería hacerlo, laird Alec

sospecharía si no regreso —dijo Malcolm.

Evander decidió intervenir en ese momento.

—Antes de nada, tenéis que contarme qué ha pasado. Es evidente que todo se ha puesto patas arriba desde que me fui, y no voy a ir a la boca del lobo sin entender a qué me estoy enfrentando.

—No sé ni por donde empezar —reconoció Brody—. No hay mucho que decir; cuando llegamos a la fiesta, lady Marion había bajado con Elsie, estaba vestida de muñeca. Discutió con Callum y se puso furiosa, así que Marion la llevó donde Ronald y laird Alec empezó su discurso. Después, Ronald la besó y empezó a manosearla… y Malcolm se lanzó sobre él.

—No pretendía matarlo —afirmó este.

—¿Que Ronald ha muerto? —se sorprendió Evander.

—Se golpeó contra el borde de la chimenea y se rompió el cráneo. Mierda… nunca quise matarlo, lo juro, pero ver la cara de angustia de Elsie cuando ese cabrón le metió la lengua me puso enfermo, ¡me hirvió la sangre! ¡Era obvio que ella no quería! Tenía que alejarlos, y le golpeé. Pero no quería que muriese, solo separarlos.

—Sea como sea las cosas se pusieron feas; Callum se puso histérico y quiso matar a Malcolm, Elsie se puso en medio y me dio tiempo para sacarle de allí. Cuando nos fuimos, Callum mandó a todos los guardias del castillo de Dunglass a buscar a Malcolm y lady Marion se llevó a rastras a Elsie.

—¿Y que hay de Kaitlyn? Está bien, o…?

—No, Kaitlyn está bien. La tenían encadenada en las mazmorras cuando nos fuimos —contestó Brody, viendo la preocupación en los ojos de Evander.

—Cuando volvamos a Dunglass ajustaré cuentas con esos perros de Alec y Marion —gruñó Malcolm.

Se formó un silencio pesado, cada uno de los presentes se había sumido en sus pensamientos, la declaración de Malcolm abrió un mar de posibilidades. ¿Cuántos de ellos querían seguir obedeciendo a un laird como Alec después de lo que acababa de hacer? Fue Evander el primero en exponer lo que todos estaban pensando.

—Todo tiene sentido, cada acción que toma mi padre parece encaminada hacia algo, y no puedo entender hacia qué. Sea como

sea, no pienso servirle más, no le reconozco —dijo—. Ahora le veo claramente como es en realidad, veo lo que dicen los demás de él. Hizo falta que me hiciera sangrar hasta los huesos para entenderlo: Alec Colquhoun es un desalmado que no conoce el honor, ya no le considero mi padre.

—¿Irás con Kaitlyn al clan MacLaren entonces? —dudó Malcolm.

—Sin dudarlo. En cuanto la libere de manos de esos desgraciados, la llevaré donde ella me pida. Quemaré este maldito tartán y no miraré atrás. Pero antes tenemos que salvarla, y a Elsie también.

—Gracias, Evander, no lo olvidaré —dijo Malcolm.

Tras aquella afirmación se centraron en terminar la cena y decidir cual iba a ser su línea de actuación ahora que Callum estaba desatado como un perro rabioso. Cuando los huesos del conejo fueron arrojados a la lumbre decidieron dar la noche por terminada.

Capítulo Treinta



Fue la necesidad más básica del mundo le que le hizo moverse. Evander abrió los ojos y miró en derredor. El cielo estaba claro, estaba amaneciendo y todos estaban dormidos. Malcolm y Brody dormían a pierna suelta. Sentía unas ganas imperiosas de orinar, así que se levanto, se vistió con su feileadh mor, y se alejó hacia el río para hacer pis. La hierba sembrada de rocío levantaba una neblina espesa que vaticinaba un día soleado, así que Evander se acercó a los arbustos de la orilla y orinó. El río bajaba tranquilo y perdió la vista en su curso, distraído y relajado. Por ello, no se percató cuando unas sombras se dibujaron en el agua y las figuras inconfundibles de tres jinetes a lomos de caballos se hicieron visibles.

Al verlos, Evander se enderezó en el acto; se levantó y se giró hacia los guerreros espada en mano. «Son MacFarlane», adivinó él. Eran tres: el de pelo marrón, uno de melena rubia cobriza y otro con una coleta de un suave castaño amelado y parte del rostro quemado. Sin embargo, apenas los ojos azules de Evander se toparon con los verdes del MacFarlane de la cara quemada, una sacudida golpeó al rubio y se dobló para caer de rodillas.

—¡Evan! —exclamó el extraño.

—¡No!… no te acerques… —jadeó él, le costaba respirar—. No puedo… no puedo…

—¡Evander!

—¡Evan, Evan! ¡Resiste, hermano, respira!

Un dolor cegador le golpeó en la cabeza, llevó ambas manos a su cráneo y gritó; sentía que una gran garra invisible estaba tirando de él, de algo dentro de su cabeza como si quisiera arrancarle la mente a la fuerza. Una nausea le sacudió y vomitó todo lo que llevaba dentro. Después, el mundo se volvió negro y se sumió en la oscuridad absoluta.

***

Despertó sintiéndose cálido, le habían vestido con ropas secas y suaves y cubierto con una manta. No abrió los ojos, ya no le dolía la cabeza, pero se sentía extraño, como si acabara de salir de un pozo y sus sentidos se estuvieran habituando a la claridad del sol. Oía voces a su alrededor, varios hombres hablaban, y Evander abrió los ojos para mirarlos y saber dónde se encontraban. Estaban en el claro donde habían pasado la noche, el sol estaba alto, debía ser cercano el mediodía; luego había dormido varias horas. Malcolm y Brody se mantenían junto a la hoguera, cerca de los MacFarlane, cautelosos. El fuego crepitaba a su lado, y uno de los hombres notó que se había despertado.

—Mac, Dunn, se ha despertado —dijo.

Evander miró a las dos figuras que hablaban con sus amigos y sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. El reconocimiento le bañó como una lluvia caliente y calentó su corazón y alma: los reconocía, lo recordaba todo, a todos. Su vida, sus recuerdos, su pasado; todo había vuelto a él y las lágrimas de alegría cayeron de sus parpados.

—Me alegro tanto de veros, hermanos —dijo, y su voz sonó ronca, como si llevara mucho tiempo sin usarla.

—Bienvenido al mundo de los vivos, rizos dorados, nos has dado un susto de muerte —saludó Mac, su hermano pequeño, y rio—. ¡Cielos, Evan, me alegro de verte!

—Y yo a ti, canijo.

—¿Canijo yo? Creo que ha pasado demasiado…

El enorme guerrero de cabello cobrizo rompió a reír y se lanzó hacia Evander para abrazarlo; lo tomó del brazo, tiró de él hasta ponerlo en pie y lo envolvió en un abrazo de oso. La tierna escena hizo sonreír a los demás, que ni en sueños hubiesen esperado ese giro de acontecimientos. Cuando se separaron, Evander miró a los otros.

—Duncan… ven aquí, hermanito —dijo Evander—. Dios mío, ¡parece que han pasado siglos desde que te vi partir de Londres!

—Y los hace, casi mil días y sus noches, Evan, pero ya no volveremos a separarnos. El rey puede decir lo que quiera, ahora soy un laird, si no vuelves a Arrochar, te llevaré conmigo a Oban, la familia no volverá a separarse jamás —afirmó Duncan.

—Qué bonito, reencuentros así son los que hace que valga la pena vivir —sonrió Caden—. Secundo lo que ha dicho Dunn, no te irás.

—No tengo ninguna intención de marcharme de nuevo, he de volver a Dunglass y rescatar a Kaitlyn.

—No tan rápido, antes deberás decirnos que ha pasado, Evander, no tenemos ni idea de lo que te ocurrió. Te esperábamos en navidades y jamás apareciste —dijo Caden.

—Os lo contaré mientras comemos, siento que tengo un pozo en el estómago. ¿Queda aún algo de la carne seca que traíais?

—No, pero ellos tienen comida, nos han dado mientras dormías —dijo Malcolm.

El rubio miró a su amigo y después a sus hermanos y primo y asintió. Era buena cosa que no se hubiesen sacado los ojos mientras él estaba inconsciente; debía poner las cosas de buenas entre ellos antes de meterse en el ojo de la tormenta, así que caminó hacia la lumbre y se sentó sobre el plaid que le había servido de lecho. Mac, Caden y Duncan se sentaron a su derecha; Malcolm y Brody a su izquierda. Mientras Mac sacaba carne de cerdo seca y les daba un trozo a cada uno, Evander aguardó; le habían vestido con un feileadh mor del clan MacFarlane y llevaba un chaleco rojo, parecía todo menos un guerrero Colquhoun.

—Antes de nada, quiero presentaros a Malcolm y Brody, son amigos míos, así que no la toméis con ellos; de no haber sido por su

amistad la cosa hubiese sido distinta para mí en Dumbarton —comenzó Evander, y se volvió hacia sus amigos—. Mal, Brody, os parecerá increíble, pero estos hombres que veis son mis hermanos, mi familia de sangre, yo mismo soy un MacFarlane. Os presento a Caden MacFarlane, mi primo y hermano de laird Gareth; su padre era mi tío, hermano de mi padre —dijo, y el mencionado inclinó la cabeza —; Duncan MacFarlane, mi hermano mediano y ¿laird? ¿oí bien antes, eres laird?

—Del clan MacDougall, gracias a mi boda con Grace MacDougall —confirmó Duncan.

—Ya habéis oído, él es Dunn, mi hermano y ahora laird de los MacDougall. Y por último, os presento a Mac MacFarlane, mi hermano pequeño —presentó Evander y sonrió de forma misteriosa —. Espero que tú no seas laird, hermanito, o no ganaré para reverencias…

—Todavía no, pero dame tiempo y encontraré a la moza apropiada —rio Mac.

El grupo estalló en risas y Evander sintió su pecho caliente. ¡Qué bien se sentía estar de nuevo con la gente a la que amaba!

—Bueno, ahora que os conocéis, espero que no os matéis, Malcolm y Brody no tienen la culpa de lo que ocurrió, ¿de acuerdo? No quiero peleas —dijo Evander y los MacFarlane asintieron—. De acuerdo, por donde empezar… ah, sí. Navidad. Como sabéis, en noviembre le escribí al rey Jacobo, mi fachada en Londres había caído y me habían descubierto: estaba investigando a un noble, lord Maximillian Bedford, hermano menor del vizconde de Hale, por conspirar para asesinar a la reina inglesa, Elizabeth.

—¿Eres un espía? —se sorprendió Brody—. Mierda, vivir para ver, con la de secretos vergonzosos que te he contado…

—Créeme, Brody, que fornicaras con la esposa de Alasdair no le importa al Rey, tu secreto está a salvo —sonrió Evander y se relamió los dedos, la carne estaba deliciosa y tierna—. Como decía, Bedford empezó a investigarme porque sospechaba que me acostaba con su esposa. No era cierto, claro, ella estaba encandilada, pero yo tenía mejores cosas que hacer que yacer con una sassenach casada. Pero eso no lo detuvo y me investigó. De algún modo se enteró de que no

era quien decía ser en la corte y me denunció a la guardia de Scotland Yard. No me quedó más remedio que poner rumbo al norte y refugiarme en la casa de Yorkshire de John. Entonces escribí al Rey. Me ordenó volver, escribió a Gareth, y John y yo emprendimos el camino a Escocia.

Hizo una pausa para ordenar sus ideas, todo el mundo aguardaba.

—Estábamos cruzando los terrenos de los Graham cuando nos atacaron. Callum y un grupo de sus hombres nos emboscaron y mataron a John, a mi me raptaron y me llevaron a las cuevas de Dumbarton, y Greig… su druida —explicó al ver la confusión en las caras de sus hermanos—, me hizo un ritual para confundir mi mente y borrar mis recuerdos. No, borrar no es la palabra, más bien… encerrar, sí, como encerrados en un cofre. He necesitado cruzarme con vosotros para abrir la tapa de mi memoria.

—Maldito sea ese hijo de puta de Callum —gruñó Mac—. ¡Cuando lo tenga delante lo voy a destripar como a un cerdo, lo juro por lo más sagrado!

—Y yo te ayudaré, no puedo creer lo que te hicieron, lo que has pasado por su culpa, creyéndolos tu familia cuando eran tus captores —dijo Duncan enfadado—. No creas que no hemos visto las cicatrices de latigazos que tienes en la espalda, y son recientes.

Evander asintió.

—También tengo ganas de cruzar palabras con ellos, en especial con mi… con Alec —dijo—. Nunca le voy a perdonar que fustigara a Kaitlyn, le haré pagar por ello.

—Sigue, por favor, Evan. ¿Qué ocurrió luego? ¿te maltrató? —intervino Caden.

—No, en absoluto. En la mentira que inventaron para mí, Alec era mi padre de crianza; no sé cual era su objetivo al retenerme, pero sin duda era dañaros de algún modo a vosotros. He pasado los últimos seis meses creyéndome su hijo, creyendo que mi familia real había muerto y los Colquhoun me adoptaron —continuó Evander y de pronto se volvió a mirar a Malcolm y Brody, se veían cenicientos y muy serios—. ¿Lo sabíais?, ¿sabíais que soy un MacFarlane?

Malcolm negó y arrojó el trozo de una ramita a la lumbre.

—Nunca lo supimos, no sabíamos de dónde venías ni quién eras, laird Alec jamás nos dio explicaciones, ya lo conoces. Cuando llegaste al castillo reunió al clan en la plaza Dumbarton y dijo que te había adoptado como a un hijo, que mataría a cualquiera que hablara de tu pasado o dijera que no habías crecido allí. Imagínalo, desde los humildes criados de Dunglass y los labriegos del campo hasta los highlanders estábamos subyugados bajo amenaza de muerte, y sabes bien cómo se las gasta él.

—No le habría temblado el pulso en cortarnos la cabeza —asintió Brody.

—Lo entiendo, y gracias… necesitaba oírlo, oír de vuestros labios que no sois cómplices en su mentira —dijo Evander antes de volverse hacia sus hermanos—. Como han dicho Mal y Brody, creía que Alec era mi padre, así que, cuando Callum y sus hombres atacaron el clan MacLaren la noche de Hogmanay, no me opuse.

El crepitar de las llamas fue lo único que se oyó durante un buen rato mientras todos y cada uno meditaban y tragaban las revelaciones que acababan de escuchar. Parecía mentira lo que la magia antigua era capaz de hacer; poner a un gran guerrero, un hombre joven fuerte y sano, a los pies de un hechizo hasta robarle la mente. Evander había hecho cosas en contra de su propio clan y gente a la que quería debido a ello; y aunque cuestionaba la moralidad de Alec, su lealtad y cariño hacia él le impedían actuar. Todo había cambiado tras el asesinato del granjero a sangre fría. Sus muros se habían roto, la marea había desbordado al ver como golpeaban a la mujer que amaba después: no podía perdonarlo.

A pesar de todo no era capaz de odiar a los Colquhoun; eran buena gente, había personas cálidas, amables y cariñosas entre ellos. No pudo pensar más en ello antes de que Caden rompiera el silencio.

—Ahora que sabemos todo esto, ¿qué piensas hacer? —preguntó.

—Creo que está claro, Cade, Evander se viene con nosotros a Arrochar ahora mismo —dijo Mac—. ¡Ni muerto pienso dejarle a merced de ese carnicero de Alec Colquhoun!

—Estoy de acuerdo con Mac, esto ha llegado muy lejos —afirmó Duncan—. No sé qué opinarás, hermano, pero lo que ha hecho ese

cabrón de Alec es un acto de guerra y ni Gareth, ni laird Robert MacLaren, ni yo, vamos a dejarlo correr.

—¿Pensáis declarar la guerra a los Colquhoun? —cuestionó Brody.

—Desde luego. Secuestráis a mi hermano y a la protegida de laird MacLaren; matáis a un heraldo real; y para más énfasis robáis ganado y asesináis granjeros como si nada. Sabemos lo que ocurrió en la Granja MacLean con el hijo de Fergus o con la familia de Arthur MacLaren, a los que pasasteis a cuchillo sin piedad.

—¡Eso no es culpa de la gente del clan, sino de Callum y sus hombres! —rugió Malcolm.

—Eso díselo al Rey, a ver que opina él de la muerte de John —resopló Duncan.

—¡Eso es jugar sucio! Nosotros solo obedecemos lo que Alec y Callum mandan. ¿¡Creéis que Malcolm, Colmac o yo mismo habríamos echo esas cosas!? ¡Y un demonio! —insistió Brody, se había puesto de pie y caminaba de lado a lado.

La situación se estaba descontrolando, así que Evander decidió intervenir, venía los puntos de vista de ambos bandos y sabía que los dos tenían razón. Solo había un remedio.

—Calmaos, he tomado una decisión. Por supuesto que volveré con vosotros al castillo de Inveruglas, es mi hogar y el lugar al que pertenezco; incluso antes de recobrar la memoria ya había decidido marcharme de Dumbarton. Sin embargo, no podemos abandonar a Kaitlyn; Alec es un monstruos, él es el responsable de todos los males que hacen sus hombres, y ahora tiene a Katt y a Elspeth a su merced —dijo Evander.

—¿Qué piensas hacer, entonces? —dudó Caden.

—Atacaremos el castillo de Dunglass y las rescataremos. Kaitlyn volverá a mi lado, y Malcolm y Elsie al fin podrán estar juntos —declaró Evander.

Malcolm y Brody cruzaron miradas, asombrados, antes de asentir. La idea era buena, pero no sería fácil ni sencilla de llevar a cabo. Malcolm rompió el silencio.

—¿Y qué pasa con Alec y Callum? No lo permitirán —dijo.

—No me he olvidado de lo que nos han hecho a Kaitlyn y a mi —contestó Evander—. No seremos verdaderamente libres hasta que

hayamos acabado con ellos y se haya hecho justicia. Sin ellos, nadie se opondrá a la paz y pondremos fin a la rivalidad milenaria entre nuestros clanes. ¿Estáis de acuerdo?

—Si tú dices que estos Colquhoun son de fiar, Evander, te apoyaremos en lo que decidas —asintió Mac.

—Si, hermano, rescataremos a tu mujer, cuenta con nuestra ayuda —dijo Duncan.

Evander asintió y los seis cruzaron miradas.

El camino estaba claro, y nada los iba a detener.

Capitulo Treinta y Uno



Cabalgaron durante una hora, el camino corría directo al sur, hacia Dumbarton, al corazón del clan Colquhoun. Y a cada milla que avanzaban crecía la inquietud de Evander. Pasaba el mediodía y el sol estaba empezando a caer; era una tarde de junio radiante. Faltaba un buen tramo hasta alcanzar su destino, pero Evander se sentía más determinado que nunca a terminar con aquel desgraciado asunto de una vez. No quería involucrar a los clanes, no quería empezar una guerra ni bañar los campos de sangre; aquello avivaría las enemistades entre MacFarlane y Colquhoun en vez de calmarlas. La idea de encarar de frente a Alec le aceleraba el corazón: sabía que le dolería tener que matarle, a pesar de todo no podía olvidar que lo había llamado padre. Su mente tenía los recuerdos que el druida había plantado mezclados con los propios, y no era como si pudiera borrar al laird de su mente. Pero lo haría sin titubear.

Lo haría por Kaitlyn, para rescatarla y para vengar todo el mal que le había causado; por Elspeth, por los Colquhoun, y por todas las personas que querían vivir en paz y dejar de soportar los desmanes de Callum y la justicia de acero de Alec. Como si le hubiese leído la mente, Caden rompió el silencio, cabalgaba a su lado.

—¿Sigues diciendo que no quieres esperar a Gareth? Nuestro ejercito vendrá, Evan, no estás solo, hacer esto cuatro hombres contra cien es temerario como poco —dijo—. No obstante, si estás decidido, quiero que me respondas algo, y que lo hagan también tus amigos Colquhoun. ¿Crees que el clan aceptará esa idea, que derroques a Alec? ¿no se levantarán en armas contra nosotros?

—No lo harán, lo aceptarán; los conozco, Cade. En estos meses que he vivido entre ellos he visto las injusticias que comete ese hombre: castigos contra campesinos, tributos elevados, indiferencia ante sus angustias —afirmó Evander y tensó los músculos de la mandíbula. Aún le escocía recordar la cabeza cortada y clavada en una lanza del pobre Finlay, el granjero que se durmió mientras pastoreaba. Su viuda e hijas estaban inconsolables, se habían quedado solas—. Y Callum no ayuda, ha tomado a la fuerza a más de una muchacha amparándose en su posición. Créeme, nadie se opondrá.

—¿Lo secundáis? —insistió Caden con la vista fija en Malcolm y Brody.

—Por mucho que me duela admitirlo, esa es la verdad; el clan estaría mejor sin Alec —asintió Brody.

—Entonces tengo un plan que avivará las llamas de su derrota. Decís que la gente esta harta de ellos, entonces reunamos a un grupo de aldeanos y marchemos a Dunglass. Si son los propios Colquhoun los que rugen por un nuevo laird nadie podrá decir nada.

—Creo que puede funcionar, Evan, y sé el lugar perfecto —intervino Malcolm.

—Habla —animó Evander.

—Dunblaine, la esposa de Finlay es de allí, ha vuelto con sus hijas tras lo que pasó. No creo que haya un solo aldeano que no se avenga a derrocar a Alec.

El rubio asintió y tiró de las riendas para cambiar el rumbo.

—Buena idea, Mal, vamos, cuanto antes lleguemos mejor que mejor —dijo.

Con el destino decidido, el grupo se encaminó hacia la mencionada aldea. Dunblaine era uno de los pueblos en la rivera del río Clyde, estaba más cerca que Bowling, bajo las colinas que se abrían frente a

Dumbarton. Vivían unas setenta personas en las pequeñas casas; las mujeres eran pastoras en su mayoría, pero los hombres eran highlanders, guerreros que vivían para luchar. Muchas de las aldeas del clan Colquhoun criaban así a sus hombres, enseñándoles a combatir antes que a cultivar. Y eso era algo que necesitaban cambiar si querían salir adelante: debían cambiar el corazón de su clan, su forma de encarar y ver el mundo, y eso solo lo lograrían si dejaban de pensar de forma belicista y cerrada a las alianzas como hacía Alec.

Los tiempos habían cambiado a mejor desde que Jacobo era rey de Escocia. Y si bien en el pasado, durante las guerras de clanes, habían muerto muchos hombres —entre ellos el padre de Evander, Duncan y Mac, y también su tío, el padre de Gareth y Caden—, ya no vivían en la Edad Media. Esos tiempos pasaron, la época de usar la claymore para solventar conflictos debía quedar atrás. Evander sabía que, si dejaban los misticismos de lado y abrían su mente, MacFarlane y Colquhoun podrían superar su enemistad, ese rancio conflicto que llevaba siglos separando a dos clanes que antaño habían sido hermanos. Los que iniciaron ese odio llevaban siglos muertos, y gente como Alec se empeñaba en avivar ese pasado remoto y desventurado. Pero ya no más, no seguiría envenenando a su gente si Evander podía evitarlo.

Alcanzaron las colinas una hora más tarde, el humo de las primeras casas de Dunblaine se hizo visible pasados los meandros. Evander se mojó los labios, sabía que debía encontrar las palabras que encendieran los corazones de las gentes y le latía el corazón fuerte como el tañido de una campana. Cuando llegaron al camino aflojó el paso, y los demás hicieron lo mismo. A esa hora había mucha gente en la calle, así que cabalgaron hacia la plaza ganando miradas de sorpresa y perplejidad al vislumbrar los tartanes rojos y verdes de los MacFarlane; más de uno llevó las manos a la espada.

La plaza estaba concurrida, así que Evander avanzó.

—¡Buenas gentes, escuchadme, tengo algo importante que pediros! —dijo.

—¿Qué haces aquí? ¡Eres un MacFarlane! —rugió una mujer.

—Soy Evander, el hijo adoptivo de Alec Colquhoun, y sí, soy un MacFarlane. ¡Dejad de lado los prejuicios y escuchad! He venido a pediros ayuda, ¡debéis ayudar a estos hombres, vuestros hermanos Colquhoun, a tomar el castillo de Dunglass!

La gente dejó salir gritos de sorpresa, la multitud se empezó a congregar. Un hombre robusto como un toro se adelantó, llevaba una daga en la mano.

—¿¡Vienes a pedir ayuda para derrotarnos!? —exclamó—. ¡Te mataré!

—¡Para, Iain, yo doy la cara por él! —intervino Malcolm—. A mí me conoces, la de veces que he jugado con tus sobrinos en Dumbarton… ¿O me vas a matar también?

—No, claro que no, pero no entiendo que haces ayudando a esos MacFarlane. ¿No lo has oído? Quiere atacar el castillo de Dunglass, ¡debemos avisar al laird!

—Lo he oído, y yo mismo lideraré el ataque. ¡Ya es hora de terminar con la tiranía de Alec! Soy un Colquhoun, como vosotros, soy hijo de Escocia, y quiero un jefe justo, ¡no un tirano que castiga, roba y fornica con quien le place sin consecuencia! Evander es mi amigo, y fue engañado por el laird, que le raptó e hizo creer que era su hijo. ¡Esto debe terminar y lo sabéis!

El griterío cesó y un mar de murmuraciones recorrió la plaza, abarrotada hasta los topes; la gente no dejaba de discutir las palabras de Malcolm, mirando a Evander y a los MacFarlane con recelo y sospecha, y Evander supo que debía intervenir.

—Sé que teméis y detestáis a los míos, os han criado para ser así, pero os juro por lo más sagrado que pretendo ayudar a vuestro clan —comenzó—. He vivido estos meses entre vosotros y conocido gente buena: mujeres trabajadoras y voluntariosas, hombres valientes y leales, niños alegres y sinceros. He visto vuestros corazones, Colquhoun, y no son distintos al mío. ¿Acaso no reís cuando alguien canta una tonada verde en la taberna?, ¿acaso no lloráis cuando os deja un ser amado?, ¿acaso no sangraríais por la mujer que amáis, o por proteger a un hermano?, ¿no ayudaríais a un amigo? Yo lo he hecho, todas y cada una de esas cosas, y sé que vuestra alma está

cansada de tanta deslealtad de vuestro laird. Aquel en quien debíais confiar para que os liderara y os cuidara os ha fallado.

Hizo una pausa, la gente estaba escuchando y Evander supo que ese era el momento en que debía ganarse sus corazones; estaban receptivos, abiertos a él.

—Fui yo quien ayudó a Finlay a recuperar el ganado que perdió. Sé que su esposa nació en esta aldea, y sé que todos los aquí presentes le conocisteis. Traté a ese hombre, era buena persona, y tanto mi mujer como yo nos ofrecimos a ayudarlo; por eso fui a buscar aquellas vacas… y por eso desafié a Alec —dijo Evander, y se bajó el feileadh mor para, acto seguido, sacarse la camisa y mostrarles su espalda maltratada y llena de costras—. Recibí este castigo por ayudarlo, y no me arrepiento, lo volvería a soportar si hubiese salvado su vida y borrado esa injusticia.

—¿Y qué quieres de nosotros, muchacho? —preguntó una mujer entre el gentío.

—Quiero que me ayudéis a salvar a la mujer que amo. Kaitlyn dio la cara por Finlay, ella fue la primera en protestar por el castigo que le había impuesto Alec, y por eso, el laird la maltrató y la encerró en la mazmorra. Ahora ella necesita nuestra ayuda, y yo os necesito a vosotros para hacer justicia. Ayudadme, y pondremos fin al reinado de terror de Alec. Al fin los Colquhoun tendrán a un laird justo.

—¿Y quien será ese laird, tú, MacFarlane?

—No, seré yo —intervino Malcolm—. Estoy enamorado de lady Elspeth y ella me corresponde. Laird Alec quiere matarme para que no me despose con su hija, pero cuando tomemos el castillo, la liberaremos a ella también y nos casaremos.

—Eso es sedición, si Alec se entera nos hará despellejar —dijo un hombre.

—¡Nos matará de todas formas, Magnus, como hicieron con Finlay!

—¡Sí! —exclamó la multitud.

—¡Basta de injusticias! —rugió otro hombre, y desenvainó—. ¡Iré!

—¡Yo también! —dijo otro.

El fuego que ardía en los corazones ya exaltados de los highlanders ardió como un barril de pólvora, solo se necesitaron las palabras para prender la mecha y la revolución avanzó como un río

en pleno deshielo: imparable e inevitable. Evander sonrió y Malcolm y Brody se adelantaron para organizar la partida. Reunieron una treintena de guerreros, que sumados a ellos dos y los MacFarlane, harían un grupo suficientemente fuerte para actuar. Parecía que, después de todo, un futuro más próspero y feliz estaba a su alcance.

***

Se decidió que, ya que serían avistados por la guardia del castillo, los MacFarlane y Malcolm se colarían en Dunglass por una entrada secundaria para rescatar a las mujeres. Ponerlas a salvo era lo más importante, lidiar con Alec y Callum tendría que esperar a que estuviesen a salvo, el loco de hermano podría usarlas en su contra como rehenes para coaccionarlos. Callum no dudaría ni un latido en hacerlo, los tres lo sabían, y no pensaban permitirlo. Así pues, un par de horas mas tarde, con los caballos y las armas preparadas, la expedición salió de Dunblaine hacia la capital del clan: Dumbarton. No fue hasta divisar la ciudad que tomaron caminos separados; los aldeanos cabalgaron directos hacia la ciudad y ellos hacia el río, el plan estaba a punto de dar comienzo.

El atardecer iluminaba el cielo como una antorcha: rojo, naranja y amarillo, cuando llegaron a la rivera del Clyde. El camino que subía al castillo estaba custodiado, así que desmontaron y Evander los guio por la playa de guijarros hasta la base del puente. El río era profundo, nadar era inevitable para llegar al castillo, pero allí había menos corriente y se les facilitaría la tarea.

—De acuerdo, venid por aquí, la cara oeste es la más accesible, el camino para subir será más fácil por ese extremo del castillo —dijo Caden y comenzó a meterse en el agua; estaba muy fría y se le helaron hasta los huesos.

—¿Adónde pretendes ir? Por allí no hay puertas ni pasadizos —señaló Brody.

—Esperad y lo veréis.

Los MacFarlane, Malcolm y Brody nadaron hasta alcanzar la otra orilla. Les llevó un buen rato debido a la intensa corriente, y al poner los pies sobre el lecho pedregoso del otro lado tenían el aliento

entrecortado. Observaron los muros del castillo mientras recuperaban el aliento, la pared vertical mediría quince metros, parecía inconquistable a la sombra de la torre. Fue Mac el primero en decir lo que todos estaban pensando.

—Este bastión es impresionante, será difícil entrar —dijo.

—Os lo hemos dicho, Dunglass nunca ha sido tomado a la fuerza —señaló Brody.

—Pero no lo haremos a la fuerza, sino desde dentro —sonrió Caden y les guiñó un ojo—. Un muro no me detendrá, no es la primera vez que trepo por una pared así… y creo que Evander estará de acuerdo conmigo en que no hay muro suficientemente alto para un hombre enamorado. ¿Me equivoco, primo?

—No, por Katt treparé con manos desnudas la altura que haga falta —dijo.

—Pues vamos, una vez arriba nos guiareis vosotros.

Evander sonrió, al fin entendía el plan de Caden. Comenzaron a trepar por las piedras de la cara del castillo para alcanzar la terraza. Era casi poético: tal y como la vez que Caden se coló en el castillo de Balquhidder para hablar con April, un amante luchaba por la mujer que amaba contra las inclemencias para salvarla. Esta vez, Evander trepaba con decisión para llegar a Kaitlyn. Y a medida que subían crecía su miedo. Esperaba que estuviese bien, si lady Marion o laird Alec la habían maltratado quemaría el castillo hasta los cimientos. Duncan suspiró; las alturas no eran su mayor fuerte, subió sin mirar abajo hasta poner los pies sobre la terraza del patio. Una vez que los seis estuvieron en ella miraron a ambos lados; no había guardias a la vista, caminaron agachados y se adentraron al castillo para evitar ser descubiertos. Evander lideraba, lo seguían Malcolm, Duncan, Caden, Mac y Brody, que cerraba la marcha con una daga en la mano por si acaso.

El castillo estaba sorprendentemente silencioso, como si todos estuvieran fuera, así que Evanderr hizo un alto y se detuvieron a pensar un rumbo de actuación. Estaba a punto de romper el silencio cuando el alboroto del patio les indicó que la acción había dado comienzo: el grupo de Dunblaine había llegado y estaba peleando

contra los highlanders del castillo. Había aldeanos de Dumbarton, así que los guardias del puente habían caído.

—Vamos, ya no lo podemos retrasar más —dijo Evander—. Mal, Brody y tú iréis a buscar a Elspeth, los demás id a luchar con los demás al patio. Yo iré a las mazmorras a por a Kaitlyn.

«Aguanta, Katt, ya voy a buscarte», se dijo el rubio mientras se internaba en las mazmorras del castillo, para rescatar a la mujer que había encontrado la senda a su corazón.

Capítulo Treinta y Dos



Los dos últimos días habían sido un lento descenso a la desesperación para Kaitlyn. Desde la fiesta de compromiso de Elsie, no había vuelto a saber nada de ella ni de Evander. Alec había venido a verla, muy enfadado, y había ordenado que la encadenasen a la pared. Desde entonces, el mundo de Kaitlyn se había reducido a las paredes de piedra fría y la oscuridad opresiva de su celda. El silencio era casi tan insoportable como la oscuridad. Ahora que estaba sola, solo el goteo constante del agua y el ocasional chirrido de las ratas rompían la quietud.

A pesar del dolor de sus heridas y la desesperación de su encierro, una chispa de desafío ardía en su interior. Kaitlyn no tenía intención de dejarse vencer. Resistiría, lo haría por Evander, por su sonrisa, su fuerza, su amor; y por el bebe que llevaba en su vientre. Se aferraba a esos pensamientos como a un salvavidas, sabiendo que era lo único que la mantenía a flote en el mar de desesperación. En eso pensaba, cuando escuchó abrirse la gran puerta de hierro y la celda se iluminó a la luz de una antorcha que la cegó momentáneamente, revelando a Ewan Colquhoun.

Kaitlyn estaba encadenada a la pared y tenía un aspecto deplorable, pensó el pelirrojo. Su cabello negro, antes un torrente brillante, colgaba sucio y enmarañado, enmarcando un rostro aún desafiante. A pesar de su estado, sus ojos azules brillaban con una intensidad feroz, como estrellas en la oscuridad. La redondez de su vientre era ya visible bajo la tela sucia de su vestido.

—Apesta… no sé cómo puedes soportar este olor a podredumbre. Cuando sea laird pondré a unos cuantos criados a limpiar todo esto —dijo el muchacho y se acercó a ella, apartándole el pelo de la cara —. Estás que das asco, MacLaren, ni siquiera el necio de Evander querría follarte así.

Kaitlyn escupió al suelo, cerca de los pies de Ewan, la saliva brillando a la luz de la antorcha como una perla negra.

—¿Qué quieres, Ewan? —susurró Kaitlyn, con voz ronca.

—Yo no quiero nada, muchacha, solo soy un tío preocupado. Quiero ver qué tal está bastardo de mi hermanastro. Quiero ser yo el que te de la noticia, no vaya a darte un ataque…

Kaitlyn frunció el ceño, confundida.

—¿De qué hablas?, ¿qué noticia?

—¿No te has dado cuenta de que la mazmorra está muy vacía? Evander es libre, Kaitlyn. Padre le ha liberado, y el muy cabrón te ha abandonado.

Las palabras de Ewan resonaron en su cabeza como el veneno de una serpiente. ¿ Evander la había abandonado? El pensamiento la heló por un instante, pero lo rechazó con furia. Evander la amaba, lo sabía en lo más profundo de su ser. No la dejaría en aquel lugar, no después de todo lo que habían pasado. Las palabras de Ewan eran solo veneno, un intento desesperado de romper su espíritu. Evander volvería, no tenía dudas.

—Mientes, Evander no me abandonaría.

Ewan soltó una carcajada, una risa hueca y cruel.

—¡Qué ingenua eres! Evander está libre, lejos de aquí. A estás horas ya debe estar follando a alguna fulana en la posada de Dumbarton. Evander te ha olvidado, como si nunca hubieras existido.

Kaitlyn lo miró con incredulidad, luego soltó una carcajada, una risa llena de desprecio.

—Eres patético, Ewan. ¿En serio crees que me creeré semejante patraña? ¿Tienes que inventarte algo así para sentirte importante? ¿Tan miserable es tu vida que necesitas recurrir a estas mentiras?

—Cállate, mujer… ¡No sabes de lo que hablas!

—Claro que lo sé —replicó Kaitlyn, su voz llena de desprecio—. Eres un hombrecillo insignificante que necesita burlarse de una mujer a la que tiene secuestrada para sentirse poderoso. No eres más qué un cobarde, un mentiroso patético.

La ira de Ewan alcanzó su punto álgido. Alzó la mano y abofeteó a Kaitlyn con fuerza, el sonido resonando en la mazmorra como un trueno. Ella giró la cabeza, pero su mirada permaneció desafiante, sin una pizca de miedo.

—¿Eso es todo lo que tienes? —escupió Kaitlyn, la sangre goteando de su labio—. Mi hermana pequeña pega mas fuerte que tú.

Ewan, furioso, se dispuso a golpearla de nuevo, pero de pronto oyeron gritos que venían del exterior. El pelirrojo se detuvo en seco, y se paró a escuchar. Sin mediar palabra, se dio la vuelta y salió de la celda, cerrando la puerta de golpe tras de sí, y dejando a Kaitlyn sola en la oscuridad.

***

El griterío que había comenzado un rato antes era cada vez mas fuerte. Kaitlyn no sabía lo que estaba pasando, pero fuera lo que fuera, aquella era su oportunidad para escapar. Al cabo de un rato los pasos de los guerreros comenzaron a escucharse más cerca, en el pasillo de su celda; abriendo y cerrando puertas como si buscaran algo. O a alguien. «Oh, no, deben venir a por Evander», pensó con una sensación de alarma comenzando a latir dentro de ella. «Tengo que improvisar, no puedo esperar a que vuelva Elspeth o será demasiado tarde», resolvió. «¿Qué puedo hacer? Tengo que pensar algo para salir de aquí, y pronto, tengo que ayudarlo», pensó. Cuando los pasos comenzaron a acercarse Kaitlyn contuvo el aliento. Tras la puerta, escuchó espadas y gritos de pelea, y de pronto, se hizo el silencio. La cerradura comenzó a girar y ella se dejó caer, con

la cabeza hacía el suelo y el cabello cubriéndole la cara, aguantando la respiración y cada movimiento.

Entonces una idea repentina acudió a su cabeza. «¿Cómo no se me ha ocurrido antes?», pensó, «será ese highlander el que me saque de las mazmorras». Se mordió el interior de las mejillas para evitar soltar algún sonido y esperó a que entrara. El guerrero abrió la puerta de un manotazo y dio dos pasos hacía el interior, se detuvo y miró en derredor. La luz de su antorcha reveló una figura encadenada a la pared, desplomada e inmóvil. El pánico lo invadió.

—¡Kaitlyn! —gritó, corriendo hacia ella.

Se arrodilló a su lado, tomándola en sus brazos. El dolor lo atravesó como una espada. La había perdido.

—No... no puede ser —susurró, con la voz quebrada.

En cuanto oyó la voz, Kaitlyn le reconoció al instante. Evander había vuelto a por ella. La joven abrió los ojos, sus pupilas dilatadas luchando por enfocar.

—Evander... —susurró, su voz apenas un hilo.

La incredulidad y el alivio le inundaron. Kaitlyn estaba viva. Evander le tomó el rostro entre las manos y la besó. Fue un beso para infundirle la vida y las fuerzas que necesitaba, pero de algún modo su tacto penetró en la mente de la joven, que devolvio el beso. Se besaron, y Kaitlyn jadeó al sentir el toque de Evander sobre la piel.

—Katt, mi Kat… dime que no estoy soñando, pequeña, dime que no estoy muerto y estás en mis brazos —murmuró Evander sin dejar de rozarle la boca en suaves besos—. No puedo creerlo aún, ¡estás viva!

—Estoy muy viva, Evan, y tú también —dijo ella—. Estamos juntos, estoy aquí y nadie me va a separar de ti jamás.

—Entonces bésame, demuéstrame que eres real.

Kaitlyn jadeaba, sucia y sudada, lo mismo que él, que estaba cubierto de sangre; pero a ninguno le importó. Estaban juntos, al fin estaban juntos. No hizo falta que lo repitiera, la joven lo besó como nunca antes, llena de necesidad, amor y deseo; conquistó su boca como una guerrera, enzarzando sus lenguas en una batalla que Evander correspondió, acariciando la lengua de Kaitlyn contra la suya

hasta que le faltó el aire. Estaba tan centrada en sentirla y saborearla que se había olvidado del dolor de sus muñecas. Kaitlyn se apartó con una mueca de dolor y Evander se apresuró a liberarla.

—¿Te das cuenta de lo cerca que hemos estado de la muerte los dos una vez más? Siempre lo supe, MacLaren, serás mi fin —señaló alegre.

—Prefiero pensar que soy «tu principio», Colquhoun —rio Kaitlyn.

Ya libre, selló esa declaración envolviéndole con un abrazo hambriento y entonces fue él quien la devoró como un sediento. Se besaron y besaron, y llegaron a olvidar el oscuro lugar en el que estaban. Fue un grito sordo que oyeron a través del pasillo lo que les sacó de su trance.

—Rápido, Kaitlyn tengo que ponerte a salvo.

—¿Que está pasando, que es todo ese alboroto?

—Estamos atacando el castillo, hemos venido a rescataros, a ti y a Elsie.

—¿Estamos? —dudo Kaitlyn.

—Es largo de explicar. Ahora tengo que sacarte de aquí.

—De eso nada, Evan, no pienso dejarte solo y abandonar a Elsie.

—No tienes por qué acompañarnos, Katt, podemos hacer esto solos, lo único que me importa a mí es tu seguridad. Esto es demasiado arriesgado para ti, ahora que estás herida y encinta —señaló.

—Tú también estás herido y vas a luchar. Si todas las mujeres, nobles y campesinas, cruzaran los brazos cada vez que están encinta el mundo se acabaría, Evander, estoy preñada, no inválida —resopló ella y soltó una risita decidida—. Iré contigo, no intentes impedírmelo o te seguiré de todas maneras

—Bien, pero te mantendrás detrás de mí, eso no es negociable. No permitiré que salgas herida, no voy a arriesgar ni uno solo de tus cabellos ahora que sé lo que se siente al perderte.

Kaitlyn asintió, y juntos se levantaron y se encaminaron al corazón del castillo.

***

Ahora que conocía los entresijos y pasillos del castillo de Dunglass, Kaitlyn sabía adónde la estaba conduciendo Evander: no al cuarto de Elspeth, no al salón o la biblioteca, sino a la cámara del laird. Algo le decía que estarían allí, rabiando como ratas en un cubo en lleno de agua. Y no se equivocó, las voces alteradas del laird y su esposa sonaban por todo el corredor, así que apresuraron el paso para escuchar sin que desde dentro oyeran sus pisadas. Lady Marion estaba histérica, notó Kaitlyn, y temió por Elspeth.

—¡Y te atreves a decir que Callum estaba equivocado! ¡Todo esto es culpa tuya, Alec, de tu estúpida idea y tu maldito plan de conquista! —exclamó la señora del clan—. ¡Has sido demasiado blando, ese condenado MacFarlane te ha envenenado el seso!

—¡Silencio, mujer, no permito que me insultes en mi propia cara! —dijo él.

—¡Pues trágate el orgullo, tu hija es una prostituta, el hazmerreír del clan! ¡A saber el tiempo que lleva fornicando con ese necio de Malcolm a escondidas!

Evander tensó los músculos de la mandíbula, Kaitlyn tuvo que sujetarle para que no hiciese una locura; tenían que averiguar si Elspeth estaba allí o no.

—¡Eso ha terminado! Elspeth se casará con quien yo mande, y en cuanto atrapemos a Malcolm le haré colgar de la torre de Dunglass por atreverse a desflorar a mi única hija —rugió Alec.

—Perro ladrador poco mordedor, ¡estamos al filo de la navaja, Alec! Evander nos ha traicionado, justo como dije que haría. ¿¡Crees que esa zorrita MacLaren no huirá corriendo a Balquhidder, o a Arrochar? ¡En cuanto le vean se acabó tu juego! —le increpó Marion —. Lo juro por los dioses, si le hacen daño a uno de mis hijos te mataré yo misma.

—No me amenaces, maldita mujer, o no respondo de mí.

La campana de alarma del castillo sonó y las voces de Alec y Marion se detuvieron; Evander tomó a Kaitlyn de la manga del vestido y la arrastró hacia la pared tras la esquina. Ni un instante antes de tiempo, en ese momento la puerta se abrió y el laird salió a toda prisa seguido de su esposa; parecía que uno de los highlanders había escapado del patio y dado la alarma, así que la situación se

descontroló. Una vez que se hubieron alejado, Evander y Kaitlyn entraron en la alcoba para buscar a Elspeth; no había rastro de ella, así que se asomaron para ver que la lucha se había encarnizado en el patio. Kaitlyn sintió que el corazón le daba un vuelco. Los gritos de batalla eran salvajes. Se acercó a la chimenea y tomó el arco que había allí colgado, junto al carcaj y las flechas; tenía que darse prisa, quería ir a ayudar a los demás, así que se volvió y encontró sus ojos con los de Evander.

El guerrero parecía estar pensando lo mismo, así que corrieron.

—Coge esto y ve a la habitación de Elsie —dijo Evander y le lanzó un cuchillo—. Si te cruzas con algún guerrero, no dudes en utilizarlo. Yo iré a ayudar a mis hermanos.

—No te preocupes por Elsie, yo la rescataré —respondió Kaitlyn.

—Y Katt, ten cuidado.

La joven sonrió, y se encaminó a las escaleras. Se detuvo en el pasillo donde estaba el cuarto de Elsie; ante ella, Malcolm peleaba con dos guerreros Colquhoun. La hoja de Malcolm silbaba en el aire, repeliendo los ataques de los dos guerreros que lo acosaban. Malcolm luchaba con ferocidad, pero lo superaban en número. Kaitlyn salió de su estupor y decidió intervenir, sacó la daga que Evander le había entregado y se lanzó sobre el guerrero con un grito de guerra, clavándosela en la espalda. Malcolm, aprovechó la distracción y se giró sobre el otro atacante, descargando un golpe que lo dejó tendido en el suelo.

—¡Kaitlyn! ¿Estás bien? ¿Donde está Evander? —inquirió Malcolm, al recuperar el aliento.

—Está bien, ha ido a ayudar al patio ¿Que hay de Elsie?

—Tiene que estar dentro, William y John estaban custodiándola en su alcoba. Vamos, tenemos que liberarla.

Kaitlyn asintió, y juntos abrieron la puerta de roble. En el interior, encontraron a la joven pegada a la ventana intentando ver la batalla; tenía el tobillo atado al poste de la cama, y al oír la puerta se volvió con expresión de enfado. Expresión que se dulcificó en el acto al ver a Kaitlyn y a Malcolm.

—¡Katt, Mal! —exclamó la joven y corrió hacia el hombre —. ¡Espíritus, Malcolm! ¿¡Qué está pasando!? ¡Nos están atacando!

—No hay tiempo de explicártelo, tenemos que reunirnos con Evander abajo —dijo Kaitlyn mientras cortaba la cuerda que la aprisionaba—. Vamos, hay que salir de aquí.

—¿¡Está bien Evan!?

—Sí, logré salvarlo —asintió Malcolm y continuó, mientras corrían a la salida—. Resulta que es un MacFarlane, sus hermanos han venido por él y vamos a tomar Dunglass.

—¡¿Un MacFarlane?! —se sorprendió Kaitlyn.

—¡Oh! Me lo imaginaba… —musitó Elspeth—. Lo supe cuando laird Gareth, laird Duncan y laird Lachlan vinieron a preguntar por él y por Katt.

—¿Vinieron a buscarme? —preguntó Kaitlyn.

Elspeth asintió, habían llegado al hall, los gritos de batalla eran ensordecedores.

—Fue el día en que mi hermano y Evander atacaron la granja en tierras MacFarlane, mi padre lo sabía y les envió para que no descubriesen a Evander. Lo siento, Katt.

—No hay tiempo para lamentos ahora, tenemos que ayudarlos —dijo Kaitlyn.

La pelirroja asintió y salieron al patio, convertido en un campo de batalla. Kaitlyn buscó al hombre que amaba, y en cuanto lo vio, corrió hacia él sin dudar.

***

Evander apoyó la espalda contra la de Duncan. Su hermano tenía la claymore en la mano, como él, y se flanqueaban el uno al otro. Habían matado al menos a una decena de hombres y empezaban a ver la luz al final de la cueva. Caden y Mac estaban al otro lado del patio luchando y los guerreros de Dunblaine se estaban abriendo paso entre los de Dunglass: estaban ganando. Pero las cosas no podían ser tan sencillas, Callum apareció junto a sus hombres con una expresión enloquecida. Miró el patio y en cuanto lo vio se lanzó hacia él, solo y sin escolta, a lo loco. Evander sonrió y aferró su espada con ambas manos.

—No te separes, lo derrotaremos entre los dos —dijo Duncan.

—Gracias, Dunn, pero no. Déjame a Callum a mí, debo vengar lo que le hizo a John —contestó él—. Cúbreme las espaldas y que no se interponga nadie, acabaré yo con él.

—Muy bien, como quieras.

Apenas lo dijo, Evander salió al encuentro de su supuesto hermano. Callum sonrió, sus ojos brillaban de odio y demencia, al llegar a su altura alzó la claymore y la bajó en una feroz estocada, que Evander detuvo con la suya en un choque de acero que hizo saltar una chispa. Lucharon, cruzaron las espadas en un baile mortal, y al tercer choque en el que sus rostros quedaron frente a frente con las claymore entre los dos, Callum soltó una risa que sonó como un rugido, muy desagradable.

—Hasta que al fin nos enfrentamos como es debido, «hermano» —se burló—. Llevaba deseando esto desde hace muchísimo tiempo, estaba harto de esa farsa, me quemaban las palabras en la lengua como veneno al alabarte, MacFarlane.

—No te vuelvas a llamar hermano mío, hijo de puta, te voy a hacer tragar cada una de las patrañas y maldades que has hecho, te desprecio como no te haces una idea —dijo Evander—. Pagarás ahora mismo, empezando por lo que le hiciste a Kaitlyn.

—¡Aaaahhh, Kaitlyn! Claro que sí. Lástima que no esté aquí para ver como te mato, cuando acabe contigo la voy a follar hasta hartarme, hasta hacerla desmayarse debajo de mí. ¡Le haré olvidar a cualquier hombre que le haya metido la polla hasta ser mía!

Sus palabras enfurecieron a Evander, rugió y le propinó un cabezazo. Callum se desestabilizó, y el rubio aprovechó su distracción para lanzarlo al suelo de un empujón y clavarle la espada en el hombro. Podría haberle atravesado el corazón en ese mismo momento, pero quiso ver el pánico reflejado en sus ojos de bestia.

—Vuelve a nombrarla y te juro por lo más sagrado que te corto las pelotas, no estoy bromeando, lo haré —dijo Evander y hundió aún más la hoja en la carne, sacando un grito de dolor de Callum. El odio estaba flotando entre ellos pesado como el plomo.

—¿¡Vas a matarme, o te falta valor para hacerlo!? —escupió Callum.

—Esto va por John. ¡Vete al infierno!

Evander sacó la claymore de golpe y la alzó dispuesto a atravesarle el pecho y terminar con su vida de una vez y para siempre. Pero antes de que llegase a atravesarlo, la voz de Alec lo detuvo. El laird soltó un grito desde lo alto de las escaleras, Evander volvió la cabeza para verlo acercarse con el rostro desencajado. Pisó el pecho de Callum con la bota para impedirle moverse, si bien, la herida le dolía tanto que no podía escapar. Al alzar la vista a la terraza Evander vio a lady Marion encaramada a la baranda con expresión de pánico, temía por la vida de su hijo, y Evander se enfureció por su falsedad: cruel y dura como era, en el fondo era una madre que quería a su hijo. Pero no podía perdonarla. Desvió la vista hacia Alec, cuya presencia había detenido la batalla, parando en seco a los Colquhoun y por consiguiente a los MacFarlane. Laird e hijo adoptivo se miraron.

—¡Depón tu espada, Evander! —bramó Alec y sacó la propia—. ¿¡Qué estás haciendo así vestido, portando los colores de mis enemigos!?

—¡Tu enemigo soy yo, maldito desgraciado! ¡Soy un MacFarlane! ¡Me hiciste creer que era tu hijo mediante magia y embustes, cuando lo único que pretendías era utilizarme! Y eso, querido padre, no te lo voy a perdonar jamás: las muertes que has provocado usándome a mí como herramienta te las voy a cobrar con sangre —contestó Evander e igualó su amenaza—. ¡Te arrepentirás del día que me has conocido!

—¡Basta, muchacho, respeta a tu laird!

—Tú no eres «mi laird». Te lo dije el día que mataste al granjero, no mereces serlo.

—¡Cesa esta locura y suelta a Callum! ¿Acaso no te hemos tratado bien? ¿No te hemos acogido, compartido contigo nuestra mesa, nuestro hogar y nuestras vidas? ¡Has sido uno de los nuestros, Evander!

Evander resopló y le dedicó una sonrisa irónica; la situación estaba tan cortante que se escuchaba hasta el graznido de los pájaros, el susurro del viento. Todos los presentes escuchaban el careo atentamente, pero Duncan tenía la espada preparada para proteger a su hermano, alerta como un halcón. El laird pretendía ganar tiempo,

pero Evander había recuperado su ser y sus palabras solo le dolían y enfurecían en vez de calmarlo.

—Si es por esa muchacha MacLaren que haces todo esto, puedes tenerla. ¡Cásate con ella si tanto la deseas, hazla tu esposa! Pero depón tu espada, no me obligues a matarte —dijo Alec, su tono se volvió frío de repente, y Evander apretó el peso de su pie sobre el pecho de Callum, que tosió e hizo que el laird tensara la mandíbula.

—Me casaré con Kaitlyn ante Dios en la iglesia de Arrochar, como corresponde, y no porque tú lo permitas, sino porque ella es mía, mi mujer, y la razón que me da la vida —contestó él—. No intentes embaucarme con tus embustes, laird Colquhoun, no eres nadie para mí, y si alguna vez te quise, mataste ese cariño al fustigarme con un látigo.

—Ya veo… que así sea, morirás aquí, bajo mi mano: te mataré.

—Lo intentarás —le espetó Evander.

Alec se lanzó hacia él espada en alto, y, tal como antes, Colquhoun y MacFarlane se enfrentaron. Los guerreros del clan que estaban más cerca trataron de ayudar a su señor, pero Alec los detuvo con un grito: «¡No, no me ayudéis, él es mío!» dijo. La batalla volvió a reavivarse y todo se salió de control en un parpadeo. Ewan, que estaba luchando contra Mac, soltó un chillido de ratón y trató de apuñalarlo por la espalda. Caden lo vio venir y lanzó un cuchillo que le impactó en el brazo, así que el muchacho gritó y huyó hacia su padre en busca de protección. Sabía que no podía ganar y no quería morir haciendo el ridículo. Si tenía que morir, moriría matando al menos.

***

Kaitlyn y Malcolm se detuvieron en las escaleras y la joven buscó a Evander con la mirada. Recorrió el campo de batalla, encarnizado, y lo encontró peleando con laird Alec, así que corrió hacia él en el mismo momento en que Ewan se lanzaba con la daga en alto hacia el hombre que amaba para atravesarlo. Kaitlyn actuó por instinto, el corazón le latía con fuerza y la sangre le bombeaba y corría en sus venas feroz como un torrente cuando sacó una flecha, tensó el arco,

y soltó la cuerda. La flecha impactó en el cuello de Ewan, que cayó muerto a los pies de Evander y Alec. En lo alto del balcón, Marion chilló, y Alec profirió un gemido lastimero; siempre había considerado a su hijo menor una deshonra, pero lo quería a pesar de todo. Una lágrima corrió por su mejilla, se lanzó contra Evander y este lo derribó tirándolo al suelo.

Alec se incorporó de rodillas irguió el mentón. Se preparó para morir con orgullo, era un laird y se negaba a irse tumbado: moriría como un guerrero.

—Bien, hijo, me has derrotado. Dame al menos una muerte honrosa —dijo.

—Si es tu último deseo, así sea —dijo Evander.

El silencio era sepulcral, solo roto por los gemidos de Callum, que se puso en pie en una última oleada para salvar a su padre en un acto de lealtad. Se tambaleó hacia Evander con un cuchillo en la mano. Kaitlyn alzó el arco, Duncan se acercó con la claymore, pero fue Malcolm quien actuó primero, tomó a Callum del cabello y lo degolló. Alec cerró los ojos al ver caer a su primogénito, pero no lloró. Miró a Evander una última vez y el rubio asintió, se colocó tras él y alzó la espada. Cerró los ojos y la bajó. A medida que hundía la claymore en el cuello de Alec y sesgaba su vida, una ráfaga de recuerdos lo inundó: su partida de Londres, la muerte de John. La noche de Samhain, la primera vez que vio a Kaitlyn, la primera vez que la besó, la primera vez que le hizo el amor. Su sonrisa. Su futuro juntos con un niño rubio de ojos azules en los brazos y un par de niñas de rizos negros correteando a su alrededor mientras Katt corría tras ellas con un osito de trapo en la mano.

Y lo supo, aquella pesadilla al fin había terminado.

Su futuro, la vida de paz y alegría con Kaitlyn y su familia estaba al alcance de sus manos, y nada ni nadie se interpondría jamás, al fin el circulo se había cerrado.

Capítulo Treinta y Tres



Los siguientes días fueron un ajetreo, el caos se había desatado en el clan Colquhoun con la muerte de Alec, pero, para sorpresa de nadie, aceptaron de buen ánimo que Malcolm les gobernara. Ahora que el laird había muerto se reveló que eran muchos los que no estaban conformes con su gobierno y vivían con miedo a sus castigos, a los desmanes de Callum, a las represalias que enfrentarían si se quejaban. Desde los niños pequeños de Bowling que le temían y le veían como un ogro; a los labriegos de Dumbarton; y a los criados de Dunglass, que, como Eara y Mary, podían respirar en paz sin miedo a ser ultrajadas y maltratadas. Elspeth era hija de sangre de Alec, era legítimo que ella se convirtiera en la Lady del clan. A su lado, Malcolm, un verdadero Colquhoun, les guiaría a una nueva era. Ewan había muerto. Callum había muerto. Y lady Marion, al ver a su esposo y sus hijos muertos, se había tirado de la torre y perdido la vida en el acto. La única que restaba con vida tras la fatídica noche y la toma del castillo era Anna que, embarazada, se había jurado salir adelante por el pequeñito que llevaba en el vientre.

Tal como Kaitlyn, que miraba su futuro junto a Evander y el hijo que tendrían con esperanza. Habían pasado seis días y sus noches, las aguas habían empezado a calmarse y la ceremonia de unión de Malcom y Elspeth se celebraría al día siguiente en el patio del castillo. Greig había huido, temeroso del castigo de Evander por haberlo embrujado; ahora era Aoife la que guiaba sus almas según los ritos antiguos, ella quien casaría a los nuevos jefes del clan Colquhoun. Y en ese escenario insólito se encontraba la joven, sentada junto a Elspeth y los mastines de Alec en las escaleras del hall mientras observaban la escena que tenía lugar ante sus ojos: laird Gareth MacFarlane había acudido con su esposa y su familia a sellar la paz con sus enemigos ancestrales. Elspeth reía entre dientes mientras veía las mejillas coloradas de Malcolm al estrecharle la mano a Gareth, el laird de los MacFarlane era imponente: guapísimo, de cabello negro como ala de cuervo, ojos claros y muy bien conservado para sus cuarenta años. Vestía un feileadh mor de gala y capa de pieles.

A su lado, Malcolm parecía un mozo inexperto; a sus veinticuatro veranos, tenía mucho que descubrir de la vida y la gobernanza, pero poseía la voluntad para aprender.

—Ay, Katt, me parece mentira lo que está pasando, ¿puedes creerlo? Más de ocho siglos de enemistad se van a diluir en con un apretón de manos —dijo la pelirroja—. Podías haberme dicho que los MacFarlane eran tan gallardos, ¡menudos hombres! No sé quién es más guapo, si el laird o su primo; y Evan no se queda atrás.

—¿Hubiese cambiado algo si te lo hubiese contado? —bromeó Kaitlyn.

—No, claro, solo tengo ojos para Malcolm; pero una puede alegrarse la vista, ¿no?

—«Cuidado, jovencita, o caerás en el mal camino» —regañó Kaitlyn con fingida voz varonil, y ambas se rieron entre dientes—. Lo importante en ellos es que son buena gente, Elsie. Mi clan siempre ha sido aliado de los Graham, no nos llevábamos bien con los MacFarlane dada esa rivalidad que había entre sus clanes, pero tras la boda de April y Caden las cosas cambiaron y laird Robert les abrió

las puertas. Hoy somos buenos amigos, y sé que lo mismo os sucederá a vosotros.

—Eso espero, Mal y yo pondremos todo de nuestra parte para limpiar el nombre de nuestro clan. Oh, Katt… no quiero que te vayas, ¿qué voy a hacer sin mi querida hermana?

Kaitlyn sonrió y le rodeó la espalda para darle un beso en la mejilla. Elspeth se rio y devolvió el abrazo; podían no ser parientes, pero habían formado un lazo.

—Tienes a Anna, es buena, y ahora que no están Marion y Callum, sé que vuestra relación os unirá. Vamos, ¡vas a ser tía! Será maravilloso, ya veo las travesuras que vas a hacer con ese cachorrito; pobre de Mary cuando tenga que limpiar tus desastres… Ahora somos hermanas de alma, así que por muy lejos que me mude seguirás contando conmigo. Además, Elsie, Arrochar no está lejos, somos vecinas —señaló—. Evander y yo vendremos a visitaros.

—Entonces, ¿vivirás con los MacFarlane?, ¿no piensas volver con tu clan?

—Por supuesto, ha pasado demasiado tiempo desde que abracé a mi padre y a mi hermana —dijo Kaitlyn—. Sin embargo, después de mi boda viviré con Evander y su familia, es la tradición de Escocia, la novia es quien se muda al clan del marido y adopta su apellido.

—Tengo tanto que aprender de vuestras tradiciones que me muero por saberlo todo —sonrió Elspeth y enarcó las cejas al ver que el laird y su esposa se acercaban—. ¡Ay, espíritus! Que vienen, Katt…

—Tranquila, verás que es muy amable.

Al ver el color que habían adquirido las mejillas de su amiga Kaitlyn sonrió, Elspeth se levantó e hizo una reverencia ante Gareth, que le tomó la mano para besarle el dorso, como correspondía con una dama. Elsie combustionó, pero sonrió e hizo un gesto amable hacia Faith, que devolvió la sonrisa con igual entusiasmo.

—Salud, bienvenido sea, laird MacFarlane —dijo Elspeth.

—Salud, y muchas gracias, lady Elspeth, es un placer estar aquí de nuevo en mejores circunstancias que la última vez. Me alegro de conocerte de forma oficial, querida —saludó Gareth—. Permite que te presente a mi esposa, lady Faith MacFarlane.

—Encantada de conocerte, Elspeth, Evander me ha hablado de ti —sonrió Faith.

—Espero que te haya dicho cosas buenas, Evan es de lo que no hay.

—Solo las mejores.

Las dos jóvenes se rieron, y mientras las Lady de ambos clanes se familiarizaban, Gareth le ofreció el codo a Kaitlyn, que se enganchó para caminar por el gran salón del castillo de Dunglass hacia el hall. El ambiente era tranquilo, los habitantes de Dumbarton habían acogido bien a los huéspedes y se respiraba una energía y actividad como no se había visto en ese castillo desde hacía años; siglos, quizá. Cuando llegaron a la terraza que daba al patio inferior y al río, Gareth suspiró.

—¿Quieres dar un paseo? El día está radiante —propuso.

—Sí, por qué no, el paisaje es bonito —asintió Kaitlyn—. Qué bien se siente esta repentina tranquilidad, sé que no va a durar, en cuanto termine la boda de Elsie iré a Balquhidder a hablar con mi laird. Si mi padre accede, me gustaría vivir con Evander en el castillo de Inveruglas; espero que no te moleste, Gareth.

—La duda ofende, le he ofrecido un trabajo a tu padre, y tanto él como Eileen están contentos. Laird Robert querrá despedirse de ti, de todas formas, eres una muchacha lista y bondadosa, te habrán echado de menos en Balquhidder.

—Muchas gracias, Gareth, no sabes cuanto significa para mí.

El laird se encogió de hombros sin perder la sonrisa, entonces se detuvo; estaban junto a las escaleras que descendían hacia la ribera del río, pero no avanzó más.

—Ahora eres parte de mi familia, Kaitlyn, desde el momento que Evander te eligió te convertiste en una MacFarlane. Si hay alguien que debe agradecer aquí soy yo, a ti por cuidar de mi primo cuando estaba en su momento más oscuro; Evan me lo ha contado todo. Que te enamoraras y arriesgaras tu vida por él aún cuando te raptó y arrancó del lugar al que pertenecías lo ha cambiado para mejor. Gracias, muchacha, por ser así. Espero que seas feliz entre nosotros, lo digo de corazón —dijo Gareth.

—Mientras tenga a Evander y a los míos, no necesito nada más; labriega o princesa, solo necesito tener caliente el alma —asintió Kaitlyn y de pronto rio—. Hablando de eso, me alegro de que hayas mostrado mesura con Elspeth, la pobre es muy impresionable, creo que tiene un pequeño enamoramiento contigo.

—¿De verdad?

—No puedes culparla, eres un guerrero gallardo y un hombre culto y agradable, cualquier mujer podría caer rendida por ti.

—Me vas a poner colorado, muchacha. Me alegro de oírlo, sé que con esta sangre nueva que va a liderar a los Colquhoun, al fin podremos llevarnos bien. Mañana es la boda, nunca he asistido a una unión pagana, ¿y tú?

—Tampoco, tengo mucha curiosidad —admitió Kaitlyn.

—Entonces volvamos, según me ha dicho Malcolm, hay que asistir a varios eventos. ¡Que el cielo nos proteja, igual terminamos todos embrujados! —rio Gareth.

—¿Tendré que sacar mi arco?

—Tenlo a mano por si acaso…

Ambos se miraron y rompieron a reír. Y así, entre bromas cómplices, el laird y la joven emprendieron su regreso al castillo.

***

La unión se celebraba en la plaza de Dunglass. Habían decorado los muros y la pared del castillo con flores blancas, y una gran bandera con el emblema del clan colgaba de la terraza. Un pequeño altar presidía el patio, frente a la hoguera encendida. Las sillas de los invitados estaban dispuestas en forma de media luna rodeando el fuego, y cuando Evander y Kaitlyn llegaron los invitados ya estaban acomodados. Corrieron a sus asientos, en primera línea, y se sentaron tomados de la mano: Evander junto a Caden y Duncan, y Kaitlyn al lado de April y Rhona. Su amiga se inclinó hacia ella, alegre.

—Un poco más y hubiese tenido que ir a buscaros, se ve que ha valido la pena… —susurró April sin perder la sonrisa.

—La ha valido con creces —asintió ella.

April la miró y se sonrieron. La puerta del castillo se abrió para revelar a la pareja casadera, que, a diferencia de en las uniones a las que estaban habituados entraron tomados de la mano, para posicionarse frente a la hoguera. Aoife caminaba detrás. Se detuvo frente a los novios y les tendió un cáliz. Malcolm bebió primero, Elspeth lo hizo después y le tendió la copa a Aoife, que asintió y arrojó el contenido a las llamas. El fuego se inflamó y la sacerdotisa elevó ambas manos.

—En este día señalado de finales de verano nos hemos reunido para unir las vidas de estos dos seres de la creación: Malcolm, el guerrero, Elspeth, la doncella. Ambos han bebido el aliento del Padre y compartido los rituales de la Madre. Son uno, y como uno han de vivir. ¡Malcolm Colquhoun, del linaje de los Colquhoun! —comenzó Aoife—. ¿Juras vivir para proveer, amar y honrar a esta mujer?

—Lo juro —asintió Malcolm.

—¿Vienes libremente a unirte para siempre a esta mujer?

—Vengo libremente.

—Entonces repite conmigo: «Juro ante la Madre entregarle mi vida y mi corazón a esta mujer: su mesa proveeré, de su lecho velaré y a ella me entregaré. Sus lágrimas secaré y por ella lucharé, hasta que el Padre me lleve» —dijo Aoife.

El guerrero asintió y se volvió hacia la joven, cuyas manos tomó para entrelazar sus dedos y mirarla a los ojos con absoluta adoración.

—Yo, Malcolm Colquhoun, juro ante la Madre entregarle mi vida y mi corazón a esta mujer: tu mesa proveeré, de tu lecho velaré y a ti me entregaré. Tus lágrimas secaré y por ti lucharé hasta que el Padre me lleve —dijo, y añadió—. Te amo, Elspeth.

—Ahora es tu turno, muchacha, repite: «Juro ante la Madre entregarle mi vida y mi corazón a este hombre: su plato llenaré, su lecho compartiré y de mi favor le colmaré. Sus lágrimas secaré y su camino compartiré hasta que el Padre me lleve».

—Yo, Elspeth Colquhoun, juro ante la Madre entregarle mi vida y mi corazón a este hombre: tu plato llenaré, tu lecho compartiré y de mi favor te colmaré. Tus lágrimas secaré y tu camino compartiré hasta que el Padre me lleve. ¡Te amo, Malcolm, te amo! —dijo.

La multitud aplaudió, y para perplejidad de Kaitlyn, Aoife procedió a atarles las manos a Elspeth y Malcolm con un lazo con los colores del clan. Les tendió el cáliz vacío, que sostuvieron juntos, y volvió a elevar las manos.

—Vuestra unión comienza vacía, como este cáliz, pero pronto estará llena: ¡de amor, de promesas, de cariño y de risas, de hijos e hijas! —rezó—. Nunca dejéis de llenarla: cada día contará, jamás dejéis que se desborde, puesto que sois uno y unidos la habréis de mantener Por el poder que me ha otorgado la Gran Diosa Madre os declaro unidos como uno. ¡Salve al Laird y la Lady del clan!

—¡Salve! —rugieron todos, entre un mar de aplausos.

—¡Salve! —exclamó Kaitlyn.

Se levantó para aplaudir, radiante de felicidad, y los novios rodearon la hoguera antes de envolverse el uno al otro en un gran abrazo y besarse pletóricos de felicidad. Kaitlyn sintió que se le aguaban los ojos; así era como terminaban las mejores historias de amor, con la dama en brazos de su hombro en medio de un clamoroso aplauso. Parecía que la vida estaba poniendo las cosas en su sitio, y esperaba que su vida fuera tan feliz como la de ellos. Unidos, ambos clanes encabezarían un próspero futuro, como amigos.

***

La partida tuvo lugar dos días más tarde; la mañana estaba nublada, el otoño se estaba adelantando, y la comitiva iba envuelta en gruesos mantos de cuadros. Se habían reunido al final del camino que subía al castillo: los MacFarlane a un lado y los Colquhoun a otro, todos estaban en sus monturas listos para partir, con excepción de Anna, Elspeth, Malcolm, Brody, Evander y Kaitlyn. La joven MacLaren se acercó a su amiga y la envolvió en un abrazo, que la pelirroja devolvió con los ojos llenos de lágrimas.

—No te olvides de escribir, Katt, ¡no me obligues a presentarme en Inveruglas! —exclamó Elspeth y se sorbió la nariz—. Recuerda que tienes que venir para el nacimiento del hijo de Anna, y yo misma tendré muchas cosas que contarte.

—Pues claro, Elsie, estaremos en contacto, lo prometo —sonrió Kaitlyn antes de volverse hacia el nuevo laird—. Mucha suerte, Mal.

—Lo mismo digo, Katt, suerte en lo que te propongas —asintió él.

Kaitlyn caminó hacia Brody y Anna, que aguardaban más atrás.

—Adiós, Brody, me alegro de haberte conocido. No forniques mucho en mi ausencia, si no, te veo formando un ejército de hijos.

—¡El cielo te oiga, MacLaren! Si hay algo que quiero es ser padre —rio él—. Buen viaje, e igualmente, me alegro de que te cruzaras en nuestras vidas y la de Evander.

La joven sonrió antes de volverse hacia Anna, que mostraba ya una ligera curvita en el vientre. Le sonrió, a pesar de la tristeza que la envolvía tras la muerte de Callum.

—¿Estarás bien? —preguntó Kaitlyn.

—Lo estaré, ambos lo estaremos —dijo la rubia—. Gracias por todo, Kaitlyn, por ser buena conmigo y abrirme los ojos. Sé que el amor que sentía por Callum me cegó, pero no hasta el punto de no ver la amistad que me brindaste; sé feliz, te lo mereces.

—Gracias, tú también. Quién sabe, quizá tu felicidad esté mas cerca de lo que crees…

Le dio un guiño a Brody antes de volverse hacia Evander, que agarró a Malcolm y a Brody en un achuchón fraternal antes de separarse. Los dos highlanders Colquhoun tenían amplias sonrisas en sus rostros, incluso una lágrima suelta brillaba en su cara.

—Maldición, Mal, los hombres no lloran —bromeó Brody.

—Los hombres de verdad lloran, solo las bestias no tienen emociones, idiota —dijo Malcolm y se rio entre dientes—. Cuídate mucho, Evan, visítanos, ¿eh?

—Lo haré, «Laird». Os echaré de menos, amigos, buena suerte.

Ambos sonrieron, y tras la despedida, Evander y Kaitlyn entrelazaron sus manos y caminaron hacia la comitiva. Evander ayudó a Kaitlyn se sentó tras ella y besó su mejilla antes de tirar de las riendas y volverse hacia sus hermanos. El horizonte parecía más cercano, el verde de los valles y montes escoceses bajo el nublado cielo plateado. Soplaba viento del norte, floral y frío, la brisa arrastraba el aroma a hogar.

—¿Listo para volver a casa, Evander? —preguntó Duncan.

—Más listo que nunca, hermano.
—Entonces, a casa.
—Sí, a «mi hogar» —sonrió él.
—«Nuestro hogar» —afirmó Kaitlyn.
Evander asintió sin perder la sonrisa.
El grupo espoleó a los caballos y echó a cabalgar sin mirar atrás.

Capítulo Treinta y Cuatro



3 MESES DESPUÉS

Arrochar. Escocia, Septiembre, 1586.
Castillo de Inveruglas. Tierras del clan MacFarlane.

El viento soplaba sobre la colinas de Arrochar, el otoño había llegado y los campos se habían teñido de dorado, sus árboles de rojo, naranja y amarillo; solo los grandes lagos rompían la cálida paleta con sus profundos azules, intensos como el mar. Evander sonrió y tiró de las riendas para frenar el paso de *Suspiro* y mirar atrás con una sonrisa, *Valerosa* saltó un tronco y se puso a su altura; Kaitlyn era una amazona increíble, e incluso ahora, preñada de cinco meses montaba con naturalidad, como si fuese su segunda naturaleza. Al llegar a su lado la joven tiró de las correas y le flanqueó, trotando en círculos a su alrededor como una depredadora con su presa.

—Te lo reconozco, la vista es impresionante, has ganado porque conoces el terreno mejor que yo —dijo Kaitlyn—. Si no fuera porque me pesa el cuerpo como rocas, te haría tragar aire; tu hijo es fuerte, como su padre… cielos, no sé cómo voy a lograr alumbrarlo.

—Podrás con ello, eres la mujer más tenaz que conozco, Katt, traerás al mundo a un campeón. ¿Lo notas moverse dentro de ti, golpeando como un guerrero en batalla?

—¿Y si es niña?

—Si es una niña será como tú, una fierecilla con colmillos y afiladas garras —rio Evander—. Cada vez que recuerdo nuestra aventurilla en la cueva me pongo a temblar…

Kaitlyn rio, recordaba con cariño su viaje, la de altibajos que pasaron.

—¿Para eso hemos venido al bosque, para rememorar nuestras batallas? No es que me oponga, al contrario, me encantará escribir páginas nuevas en nuestra historia, pero te recuerdo que esta tarde es la fiesta de cumpleaños de Gareth, habrá un banquete y debemos darle nuestro regalo —dijo Kaitlyn—. ¿No deberíamos volver? Nos va a llevar un buen rato volver a Arrochar.

—¿Haciendo de voz de la razón, mi amor?

—Alguien debe serlo de vez en cuando, dado que tú no te preocupas por nada.

—Y tú te preocupas demasiado. ¿De verdad quieres irte?

—No, prefiero pasar el día contigo, Evan, ya lo sabes. Esto es justo lo que siempre imaginé para mí: el hombre que amo y yo disfrutando del viento y el sol en los prados de las Highlands, haciendo hijos mientras vemos las estrellas —explicó Kaitlyn.

—Entonces espera un poco más y verás cumplido ese anhelo, tengo cosas más apremiantes que hacer que ver a los guerreros de Arrochar bebiendo como descosidos mientras le cantan el cumpleaños a Gareth. Y todas ellas, diabla, te involucran a ti.

Sus palabras suscitaron la curiosidad de Kaitlyn, que chasqueó la lengua para que su yegua trotara al paso por el sendero de tierra abarrotado de hojas. Evander la imitó y se colocó a su lado; la joven esperó a que él hablara, así que el rubio rompió el silencio.

—«Disfrutar del viento y el sol, hacer hijos y ver las estrellas», ya veo. Creo que hemos cumplido en lo de hacer hijos —señaló divertido.

—En disfrutar del viento y el sol también —dijo Kaitlyn y de pronto se rio—. ¿Es por eso que querías traerme, para hacer el amor

mientras vemos las estrellas?

—No es mala idea, pero no, hoy no; hay algo que quería enseñarte. En realidad, hace siglos que no vengo, pero creo que te gustará el lugar. ¿Te apetece acompañarme?

—La duda ofende, cariño, iré contigo adónde sea.

El guerrero sonrió y bajó del caballo para tomar las riendas de ambas monturas y guiar a *Valerosa* y a *Suspiro* desde abajo. La curiosidad innata en Kaitlyn comenzó a burbujear. ¿Adónde la llevaba? En esos tres meses pasados viviendo entre los MacFarlane había recorrido buena parte de las cercanías de Arrochar: sola, y con él; a veces cazando y otras simplemente por el hecho de disfrutar de la belleza del lugar. Pero no tenía ni idea de adónde la guiaba. Kaitlyn sonrió y se dejó llevar, Evander caminaba bosque a través siguiendo la rivera del lago hasta que toparon con un río. La corriente rugía mientras desembocaba en la masa de agua, y él se desvió para seguir el curso como si supiese bien adónde iba. Kaitlyn no conocía esa zona, y a cada milla que avanzaban se sentía mas sumergida en un cuento: pájaros cantando, hojas susurrando, el sol de otoño brillando y bañándolo todo de luz.

Al cabo de un rato no pudo aguantar más la intriga, su pequeñín estaba pateando su vientre cual potrillo, estaba deseando estirarse y curiosear a su alrededor como un ratón.

—De acuerdo, Evan, no tengo ni idea de qué planeas. ¿Adónde vas exactamente?

—Ya lo verás, es ahí delante, pasados esos árboles, entonces entenderás por qué te he querido traer aquí —contestó Evander.

—Me muero por llegar, pasear me relaja… tu hijo está ansioso.

—Valdrá la pena, lo prometo.

No fue necesario que añadiera nada, tal como había dicho, apenas cruzaron la línea de árboles salieron a un claro en el que rugía una enorme cascada. Era alta y ancha, caía en corrientes pequeñas para formar un entramado, como la melena de un purasangre blanco extendida sobre las rocas. Sus labios se entreabrieron debido al asombro, y apenas lo vio Kaitlyn lo entendió todo. Aquel lugar, ese punto exacto, se parecía muchísimo a las cascadas del río Dochart, donde Evander y ella se cruzaron sus caminos la fatídica mañana en

que la raptó. Las comisuras de sus labios se elevaron sin poder evitarlo.

—Sé bienvenida a las cascadas de Inversnaid, bella mujer —anunció Evander.

—Evan, esto es… es perfecto, no tengo palabras —susurró Kaitlyn.

Trató de desmontar para unirse a él, su abultado vientre le dificultó la tarea, así que Evander se acercó para estrecharla entre sus brazos y bajarla a tierra firme. Una vez abajo caminaron hacia la laguna que formaba la cascada; el *highlander* la tenía pegada a su regazo y Kaitlyn se arrimó contra su calidez; se estaba levantando brisa y Evander era como un sol, cálido y confortable, siempre brillante como una ardiente brasa.

—Estaba cazando corzos cuando me topé con este lugar; fue hace solo unos días, pero resultó una señal. Mi padre solía traerme de niño, es una zona muy buena para aprender a disparar, se acercan muchos animales a beber a primera hora de la tarde, hacía años que no había venido. Ni lo recordaba. Al verlo pensé en ti, supe que debía traerte, que teníamos que venir juntos, que este podía convertirse en «nuestro lugar» —dijo Evander—. Me recuerda al claro de las cascadas del río Dochart, donde posé mis ojos en ti por primera vez.

—Es cierto, se parecen, pero Dochart no es el lugar donde nos conocimos. Me seguiste a caballo por el bosque, y fue allí, entre los árboles, donde nos vimos por primera vez; jamás podría olvidar el encuentro que me cambió la vida para siempre.

—Lo sé, pero esa fue la vez que *tú* posaste los ojos en mí, diablilla; mi corazón ya se había fijado en ti desde antes. Recuerda que me habían ordenado vigilarte.

Su declaración sorprendió a Kaitlyn, y sin motivo se le arrebolaron las mejillas.

—Me habías visto allí antes?—preguntó perpleja.

—Sí, nunca lo olvidaré tampoco; estabas sola con *Valerosa*, te habías descalzado y jugabas con los dedos entre la corriente como si tuvieras mucho en la cabeza —explicó Evander, y comenzó a caminar hacia la orilla sin separarse de Kaitlyn—. Recuerdo que encontraste un cristal, un cristal de cuarzo, creo, y el sol se reflejó en tu cara.

—Recuerdo ese día, no tenía ni idea de que tú estabas presente.

—En eso consiste ser espía, corazón, en que no te vean venir.

La joven hizo un mohín y Evander soltó una carcajada, su fierecilla era adorable.

—Como decía, ese fue el instante en que supe que serías para mí; algo dentro de mí se avivó como un incendio. Quise protegerte: de Callum, de mi padre, de tu nulo instinto de supervivencia. Y aunque me hiciste pasar un infierno durmiendo con un ojo abierto, y no elegiste el camino fácil entre los dos… —prosiguió Evander.

—¡Bien merecido lo tenías por raptarme, *Demonio*! —rio Kaitlyn.

—…sé ahora que todo aquello que vivimos mereció la pena para llegar aquí. Eres la mujer de mi vida, Katt, somos como el agua tú y yo: nos crecemos cuando nos unimos, como un arroyo bajo la tormenta. No sería el hombre que tienes frente a ti de no haberte cruzado en mi camino; me has cambiado y no puedo ni deseo volver atrás.

—Desde ahora miremos solo hacia adelante, Evander, juntos.

En un repentino impulso, la joven se puso de puntillas y le atrapó los labios en un beso, que el guerrero correspondió de buena gana. Cuando se alejaron, los de Kaitlyn estaban rojos por el roce con su barba, húmedos y brillantes. Evander le rozó la piel con el pulgar y le acarició la comisura de la boca; su diabla tenía una boca deliciosa que gritaba a los cuatro vientos ser besada y adorada, le volvía loco.

—Así me gusta ver tus labios, clamando de pasión y anhelo de ser besados por los míos… te amo, Kaitlyn —murmuró—. Ya es hora de que lo demuestre como Dios manda.

—Lo has hecho.

—Tal vez, pero deseo que lo sepa todo el mundo, que somos uno.

—¿De qué estás hablando? —dudó Kaitlyn.

—Hablo de que deseo pasar el resto de mi vida contigo, de que deseo despertar a tu lado por las mañanas y contemplar tu rostro al dormirme. Hablo de que deseo perderme en tu piel y que tú te calientes con la mía. Hablo de que, como dijiste, quiero peinar mis canas contigo; acariciar tus mejillas de anciana y ver en ti reflejado el mismo amor que sientes por mí ahora. Quiero ser tuyo para siempre. Eres mi corazón, Kaitlyn, y no quiero volver a separarme de él. ¿Me concederás el honor de convertirte en mi esposa? Sé que estamos

casados, al menos bajo los ritos antiguos de Escocia; y ante el sol, la tierra y el mar. Pero quiero casarme contigo ante los ojos de nuestro clan.

—¿¡Me estás pidiendo en matrimonio!?

Su voz sonó aguda como la de un ratoncito, y Evander no pudo evitar volver a reír. ¡Esa muchacha era de lo que no hay, tan sincera, valiente y tierna como escandalosa!

—Tal vez deba ser más directo, y una acción hable más que las palabras —dijo, y para alegría de Kaitlyn se arrodilló entre las hojas y rebuscó algo en el *sporran*. Al sacar la mano, la joven vio que sostenía un anillo, una banda de oro con una pequeña esmeralda engarzada—. Verde como tu tartán, como el corazón de tu clan y del mío, que ahora serán uno si aceptas ser mi esposa. ¿Qué dices, me tendrás, muchacha?

—¡Sí, y sí! ¡Mil veces sí! —exclamó Kaitlyn—. ¡Te acepto, Evander!

El *highlander* la alzó en volandas y giró sobre sus pies causando la risa de ambos; y entre giro y giro volvió a besarla. La jornada había empezado tranquila, pero Kaitlyn estaba segura de que terminaría jolgoriosa. Bajo las cascadas de Inversnaid habían hecho esa promesa, y no podía esperar a cruzar el altar para empezar ese futuro a su lado.

Epílogo



La risa sonaba a través de los jardines, el valle rebosaba de vida, las flores estaban abiertas y Kaitlyn se dejó caer hacia atrás con la mejilla llena de barro. Le dolía la tripa de tanto reír, y a su lado, su padre resopló sin poder contener una sonrisa. Bryden se acuclilló frente a ella y movió el dedo índice y el corazón en un claro gesto que indicaba «un par», a lo que Kaitlyn se incorporó sobre los antebrazos y sonrió con las cejas en alto.

—Estás perdiendo facultades, cachorrilla, antes no hubieses errado ese disparo, has asustado a la liebre y alertado a los pocos conejos que estuvieran rondando al chillar como un jabalí —señaló y le mostró los dos conejos que el llevaba pendidos del cinturón—. ¿Sigues diciendo que puedes superarlo?

—Error mío, he caído de culo al barro, papá, deja que salve al menos un poquitín de mi dignidad antes de volver al castillo —bromeó Kaitlyn y de nuevo volvió a reír—. Si me vieran Caden y Mac ahora, sus chanzas a mi costa no encontrarían final.

—Aquí la dignidad se presupone, hija, tu orgullo está a buen recaudo conmigo.

—Entonces, ¿una última batida? —propuso ella.

—Sí es lo que quieres, adelante, a los niños les encantará.

—Dalo por echo.

El guerrero se levantó y le ofreció la mano a su hija mayor para sacarla del charco. Se encontraban en la pradera junto al lago Lomond, el mismo en cuya orilla se alzaba la ciudad de Arrochar, corazón del clan MacFarlane, y el castillo de Inveruglas, en un islote en el lago al que solo se podía acceder en barco. El verano había entrado con fuerza y los animales campaban por el bosque para diversión de los niños del clan. La pequeña Lainey y su primo Ruairidh jugaban junto a los niños del clan; mientras Elaine, la gobernanta y mujer de confianza del laird cuidaba de Rae, la hija más pequeña de Gareth —que apenas tenía un año y medio—, y de los mellizos que Kaitlyn había alumbrado: Leana y Jacob. Faltaban pocos días para *Midsommar* y los pequeñuelos del clan se dedicaban a buscar guijarros de colores entre las piedras de la orilla para pintarlos y decorar la fiesta.

La mañana se había levantado radiante, calurosa y soleada; así que Bryden había tomado su arco, su carcaj y sus flechas y salido en busca de su primogénita, que amamantaba a los pequeños bebés de cinco meses a solas en el salón del castillo. Estaba encandilado con ellos, llevaba tantos años viudo que su corazón atesoraba cada gesto de cariño, cada sonrisa y cada nuevo miembro en la familia. Por eso, cuando Katt regresó a Balquhidder tras meses desaparecida, ni Eileen ni ella lo dudaron antes de acompañarla a emprender su nueva vida junto a Evander MacFarlane. Laird Robert dio su bendición.

Ahora, junto a sus hijas, su yerno, sus amigos y sus nietos, era parte de una gran familia de nuevo. Y pensaba consentir a su nietecita y a su nietecito de ojos grises como si el sol no fuese a salir. Tenía buena mano con los críos, de ahí que propusiera la tradición de pintar piedras de colores para decorar las mesas de Midsommar, algo que hacían entre los MacLaren los niños más pequeños.

Kaitlyn había dejado de ser una niña; era una mujer de la que se sentía orgulloso: valiente hija, leal amiga, amorosa esposa y dulce madre. Compartir aficiones con ella, vivo reflejo de su difunta esposa, era una de sus alegrías, cazar juntos siempre le hacía sonreír. Fue la

voz de Kaitlyn la que lo sacó de sus ensueños, se había quedado alelado.

—¿Estás bien, padre, quieres que volvamos al castillo? Estoy segura de que James y Owen podrán llevar las piezas si estás demasiado cansado —dudó la joven.

—Estoy bien, solo estaba pensando —contestó Bryden.

—¿Puedo saber en qué?

—En nuestra familia, en lo orgulloso que estoy de ti, hija. Tu madre también lo estaría si pudiese ver la gran mujer en que te has convertido. Has cargado sobre tus hombros a tu hermana Eileen durante demasiado tiempo, Kaitlyn, merecías ser feliz, encontrar un hombre que te amara y valorara. Y lo has hecho, Evander es digno de ti.

—No podía haber pedido un marido mejor, es el compañero con el que siempre había soñado —admitió ella—. ¿Crees que a mamá le hubiese gustado?

—Desde luego, tenía un gusto por los hombres de ojos claros…

Kaitlyn sonrió y le dio un codazo, causando la risa de Bryden.

—¡Papá, hablo en serio! —señaló la joven—. ¿Crees que hubiese dado su bendición a nuestra unión?

—Eres como tu madre, Kaitlyn, ella tenía el mismo espíritu que tú. Le hubiese encantado que te enamoraras de un hombre como Evander; incluso si empezasteis vuestra historia de amor de la peor manera.

—O de la mejor. Una vez oí que una mujer del clan decía: «los amores que empiezan tempestuosos son los más profundos al final», y no podría estar más de acuerdo con ella. Te prometo algo, papá, haré que este amor y esta nueva vida valgan la pena.

—Entonces, hija, no tengo nada que añadir. Sé feliz, ama y vive. Te quiero, Katty.

—Y yo a ti, papá.

El hombre la estrechó en un abrazo, logrando que los pelillos de los conejos le hicieran cosquillas a Kaitlyn, que se rio sin poder evitarlo.

—Volvamos al bosque, si no atrapo al menos a cuatro liebres quedaré en vergüenza, a ver quién aguanta tus bromas después —

dijo alegre.

—Mis bromas son divertidas —señaló Bryden.

—Vamos…

Padre e hija caminaron hacia los árboles y se sumieron en una mañana de caza. La vida así, pensó Bryden, valía la pena ser vivida.

***

—¿Fue todo bien con Bryden? Lo he notado más contento que nunca —dijo Evander.

—Creo que hemos alcanzado un equilibrio, al fin me ha dejado marchar, ha cortado el lazo que tenía atado a mí desde que murió mi madre —contestó Kaitlyn.

—¿Y qué lo ha provocado?

—Mi felicidad. Eres la prueba viviente de que el amor existe, Evan.

Lo dijo mirándolo a los ojos, pero desvió la vista un momento para arropar a los bebés que dormían tranquilos en la cunita junto a la chimenea, envueltos en una manta de lana y borreguito con los colores del clan MacFarlane. Una vez se aseguro que estaban bien cubiertos y tranquilos, Kaitlyn se bajó los tirantes y dejó que la tela del camisón resbalara por sus curvas para caer al suelo. La pasó por encima y se bajó la polaina para caminar, ya desnuda, hacia Evander, que la esperaba sentado sobre el colchón. Al rubio se le dilataron las pupilas, su esposa era una mujer extremadamente deliciosa. Siempre había tenido unos pechos deliciosos, pero ahora que había parido, estaban exuberantes. Extendió la mano y abrió las piernas para que ella se acomodara entre ellas. Kaitlyn lo hizo, aún en pie, y Evander le rodeó la cintura antes de bajar en una suave caricia hacia sus muslos y su trasero, que amasó. Kaitlyn se dejó hacer, cerró los ojos y echó el cuello hacia atrás.

Sabía lo que ella quería, la conocía a la perfección: cada peca, cada recoveco, cada gesto y cada suspiro. Amaba cada ápice de ella, la adoraba con pasión; hundió el rostro entre sus pechos y la atrajo aún más hacia él. Kaitlyn notó su hombría dura contra sus piernas, mientras el guerrero se deleitaba y adoraba sus pezones, erguidos y

sensibles desde que amamantaba. Al primer roce de su lengua, la joven jadeó.

—¿Ansiosa? —dijo él, juguetón, y lamió su areola con los labios.

—Eres un *Diablo*, MacFarlane… sabes lo que quiero —susurró ella.

—No lo sé, fierecilla, dímelo tú. ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Lo quiero todo, Evander, te quiero a ti.

—Entonces, cariño, me tendrás.

No se hizo de rogar y la tendió sobre la cama matrimonial para sembrar su cuerpo de caricias y pintar de besos su piel. Kaitlyn se movió en busca de contacto, y cuando la acarició con los dedos se entregó a la pasión. Bendito fuera el día en que salió a dar aquel paseo la noche de *Hogmanay*. Si no hubiese salido a tomar aire, no estaría allí, en los brazos del hombre que había conquistado su alma. Cuando se introdujo en ella, Kaitlyn le rodeó la espalda y se miraron a los ojos.

—Tenías razón, ¿sabes? fui echa para ti —dijo y se mordió los labios, se sentía estallar como una ola, estrellas brillaban tras sus párpados con cada envestida—. Te amo, y deseo que nuestro amor nunca termine, que nunca deje de brillar.

—Nunca lo hará, porque te amaré, Kaitlyn, mientras viva. La senda que he tenido que andar para llegar a tu corazón, la andaré una y mil veces.

—Y muchas muchas más...

Evander sonrió y la besó.

Así, sumidos en un dulce beso, unidos como uno supieron que todo lo bueno que les deparaba la vida no había hecho más que comenzar.

Agradecimientos

Madre mía, aquí estamos, poniendo fin a la primera serie de Highlanders que he escrito. ¡Y como me he enamorado de las Tierras Altas, de sus clanes y cultura! Parece que al final, Escocia es como una droga mágica que una no quiere soltar, en cuanto la pruebas estás enganchada a la belleza de sus montañas, al valor de sus hombres, a sus valientes doncellas y ardientes pasiones.

Mirad, cuando empecé a escribir Espinas en el Corazón iba con un gran respeto; el género Escoceses es uno de los más queridos en la novela Romántica, y yo quería hacerle justicia. Y creo que con las historias del clan MacFarlane lo he hecho. Me he enamorado de Caden y su descaro; de Duncan y su dulzura, de Evander y su lealtad. Y creo que vosotras habéis disfrutado tanto como yo de sus romances y aventuras.

Os puedo garantizar que veréis Highlanders mucho tiempo de mi pluma; ahora estoy con el clan Cameron, y sé que cuando leáis las historias de Keith, Bryce y Kenna, os enamorarán. Así que, si os ha gustado la serie de los MacFarlane y os morís por más, estad atentas y seguidme, porque esto está empezando queridos lectores.

Antes de nada, quiero agradecer a todas las personas que han hecho posible esto, que tuviese el valor de dar el salto de las novelas de Regencia Inglesa a las de Escoceses, porque la acogida y el cariño que me habéis dado, el éxito cosechado, se debe a ello.

En primer lugar a Cristian. Tú fuiste el primero en decírmelo, querido hermano, en regañarme y asegurar que debía intentarlo y no desperdiciar mi inspiración. Y gracias a Dios que te hice caso. Eres el mejor lector —y el más exigente y el más analítico; supongo que debido a que miras el texto con "mente masculina" y añades un punto de lógica entre tanta pastelada mía—, y el mejor consejero ever. Te quiero infinito. Gracias.

En segundo lugar a LasSuperBetas: Mariam @mariam.la_magia_de_las_letras, que es mi primera lectora beta, y cuya opinión me ha ayudado muchísimo en momentos de grandes dudas, por tu amistad apoyo y palabras. También a Ana, @vintibook, la segunda en formar parte de este grupo, y cuyas palabras y consejos, y apoyo, tanto me han ayudado. Por último, a Naroa, @nleelibros, la más apasionada amante de las highlands, y cuya pasión y palabras, apoyo y opiniones han sido un chute de energia y positivismo muy necesario. Sois top, las mejores lectoras betas ever, compis y amigas además de todo lo profesional. Sabed que este libro hubiese sido algo diferente sin ellas. Y aunque su opinión coincidía con la mía, necesitaba leer opiniones expertas y ajenas para ver que mi intución era la correcta. Gracias a todas.

A mis niñas de Instagram, sabéis quienes sois. Las que habéis estado disfrutando mis lecturas, comentando mis historias y reseñando, leyendo y mis post, disfrutando, apoyándome, haciéndome reír y sonreír. Aconsejándome, fangirleando. Os quiero, gracias de corazón. No os nombro porque sois muchas, pero os llevo en el corazoncito.

A todas las personas que habéis leído un libro mío, que me habéis descubierto en Amazon, o en Instagram, o gracias a mis andanzas editoriales. Gracias por estar ahí fielmente, para un escritor el apoyo de los lectores es el aire que nos impulsa a volar y seguir creando, asi que, si te ha gustado esta serie, alguno de sus libros o todos ellos, millón de gracias.

A todos los que han dejado su apoyo en forma de estrellas y comentarios (esto me hace tan feliz), de lecturas en Kindle Unlimited, o comprado el ebook o el libro en papel: muchísimas gracias por confiar en mí, prometo seguir dándoos historias, se viene lo bueno, nenas, ¡¡ise viene!!!

A todos los diseñadores gráficos y fotógrafos que han trabajado en las portadas del libro, y de los anteriores; menudos artistas digitales hay por ahí. En mi caso, cada detalle del libro está decorado, y todas esas herramientas y vectores (ya no hablo solo de la portada y contraportada, sino de los interiores) no son obra mía. Gracias por embellecer mis libros.

A todas las páginas que he investigado para enriquecer los libros: macfarlane.org, lovelyscottland.com, clancolquhoun.com, emmasdiaries.co.uk y un larguísimo etc. La novela histórica no es solo escupir cuatro pasteladas en una página en blanco y matizarlas con un poco de spicy y de riñas, no. La novela histórica hay que investigarla, que trabajarla, y en Escocia hay mil traiciones, clanes, ritos, cultura, palabras, etc. Así que gracias por hacer de la ambientación de mis novelas algo genial.

Y, por último, a ti, lector, que estás ahora mismo leyendo esto. Gracias por haber confiado en mí, por haberte animado con una de mis historias. Si te ha gustado mi estilo, me has hecho feliz, y por ello de doy las gracias de todo corazón.

Ponemos el punto y final a la serie del clan MacFarlane, pero la andanza continúa. Habrá más, ya os lo garantizo, escocia me ha robado el corazón, y sus clanes y guerreros también.

Veréis nuevas novelas muy pronto, así que sigamos soñando juntos.

Un besazo enorme, os quiero.

Judit.